ESTUDIO BÍBLICO COMPLETO

LA IGLESIA QUE DA A LUZ



Un estudio bíblico profundo sobre las promesas de Dios, la formación espiritual y el poder de la expectativa

Basado en el mensaje predicado por el pastor Vinny Azzolini en Tampa Life Church

CONTENIDO

00	Cuando Dios se prepara para dar a luz algo nuevo	3
01	Antes de la formación, hubo una Palabra	8
02	La visitación que lo cambia todo	22
03	El poder del acuerdo: cuando la fe dice sí a la Palabra de Dios	42
04	La gestación de una promesa: lo que Dios desarrolla mientras esperamos	59
05	Proteger la promesa: la alimentación espiritual de una iglesia que da a luz	75
06	La posesión requiere población: prepararnos para la multiplicación espiritual	93
07	Las contracciones antes del nacimiento: comprender la presión, la incomodidad y la transición espiritual	110
08	El nacimiento es solo el comienzo: cuidar la vida que Dios ha hecho nacer	127
09	Nacidos para alcanzar más allá de nuestras paredes: la misión de una iglesia que se multiplica	143
10	Llegar a ser la iglesia que da a luz: de la expectativa espiritual a un legado duradero	159
11	Examen personal, reflexión espiritual y nuestro compromiso con la próxima generación	176

INTRODUCCIÓN + ONCE PARTES / ESCRITURA + REFLEXIÓN + APLICACIÓN

Texto bíblico: Reina-Valera 1960 ® © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Renovado © Sociedades Bíblicas Unidas, 1988.

INTRODUCCIÓN

00

Cuando Dios se prepara para dar a luz algo nuevo



Pasajes fundamentales: Jeremías 1:4-5; Jeremías 29:10-11; Lucas 1:26-38

Hay épocas en nuestras caminatas con Dios en las que podemos reconocer claramente su mano moviéndose en nuestras vidas. Las puertas comienzan a abrirse, las oraciones reciben respuestas y las circunstancias se alinean de manera que nos recuerdan su fidelidad. Sin embargo, hay otras épocas en que la actividad de Dios no es tan visible. Seguimos orando, sirviendo, creyendo y permaneciendo fieles, pero las promesas que hemos hecho parecen distantes. Sabemos lo que Dios ha dicho a través de su Palabra, pero nuestras circunstancias actuales parecen estar desconectadas de lo que creemos que Él está preparando para lograr.

Estas temporadas pueden convertirse en algunos de los momentos más difíciles de nuestro viaje espiritual porque se enfrentan a una pregunta fundamental: ¿Podemos seguir confiando en las promesas de Dios cuando aún no vemos su cumplimiento?

El mensaje LA IGLESIA QUE DA A LUZ, predicado por pastor Vinny Azzolini, introduce una poderosa perspectiva bíblica sobre esta tensión entre la promesa y el cumplimiento. A través de las experiencias de Jeremías, Israel, María y Elisabet, descubrimos un patrón espiritual recurrente. Dios habla, Su Palabra establece una expectativa, sigue un proceso de formación, y finalmente lo que Él ha querido se manifiesta.

Este ejemplo nos enseña que las promesas de Dios no siempre se cumplen inmediatamente después de que se dicen. A veces la Palabra llega mucho antes de que se desarrollen las circunstancias necesarias para su cumplimiento.

Consideremos la experiencia del profeta Jeremías. Antes de que Jeremías comprendiera su llamado, antes de que desarrollara la capacidad de comunicar el mensaje de Dios, e incluso antes de que naciera, Dios ya lo conocía y lo había designado para un propósito particular.

Jeremías 1:5 (RVR1960)

> *Antes que te formase en el vientre te conocí, y antes que nacieses te santifiqué, te di por profeta a las naciones.*

Este pasaje revela algo extraordinario acerca de la relación de Dios con Su creación. El llamado de Jeremías no comenzó cuando lo descubrió. Su propósito existía en el conocimiento y la intención de Dios antes de que Jeremías tuviera la capacidad de reconocerlo.

La distinción es significativa. Nuestro conocimiento del propósito de Dios no determina cuándo comienza ese propósito. Dios puede estar preparando algo mucho antes de que comprendamos lo que está haciendo.

A menudo interpretamos nuestras vidas a través de las limitaciones del momento presente. Evaluamos nuestro futuro de acuerdo con nuestros recursos, nuestras experiencias, nuestros fracasos y las oportunidades que tenemos actualmente. Sin embargo, la perspectiva de Dios no está restringida por esas limitaciones. Ve lo que aún no se ha desarrollado. Él entiende el proceso requerido para prepararnos para responsabilidades que aún no imaginamos.

Esto no quiere decir que cada ambición personal represente una promesa divina, ni tampoco sugiere que cada dificultad sea evidencia de un avance próximo. Más bien, las Escrituras nos invitan a reconocer que

los propósitos de Dios se desarrollan de acuerdo con Su sabiduría, y nuestra responsabilidad es permanecer fieles durante todo ese proceso.

La diferencia entre recibir una promesa y estar preparado para ella

Uno de los principios más importantes en este estudio es que recibir una promesa y poseer la madurez necesaria para administrar su cumplimiento no siempre son experiencias simultáneas.

Es posible que deseemos influir espiritualmente sin comprender aún la responsabilidad que conlleva. Podemos orar por más oportunidades de servir sin reconocer el sacrificio que requerirán esas oportunidades. Podemos pedirle a Dios que restablezca nuestras familias mientras nos enseña el perdón, la humildad, la paciencia y la importancia de reconstruir la confianza.

A veces nuestras oraciones se centran exclusivamente en lo que queremos que Dios cambie a nuestro alrededor, mientras que la Palabra de Dios cuestiona lo que debe cambiar dentro de nosotros.

Esto nos lleva a uno de los temas centrales del sermón: la temporada de espera no debe convertirse en una temporada perdida.

Una madre que espera un hijo no simplemente espera el día del parto. Durante el embarazo, la preparación tiene lugar. El niño se está desarrollando, el cuerpo de la madre se está adaptando, y la familia comienza a hacer espacio para una nueva responsabilidad.

De manera similar, la expectativa espiritual debe producir preparación espiritual.

Si oramos para que nuestros hijos desarrollen una relación más profunda con Dios, también debemos examinar el ambiente espiritual que cultivamos en nuestros hogares. Si creemos en Dios para el avivamiento en nuestra iglesia, debemos considerar si estamos desarrollando las estructuras de discipulado, las relaciones y el liderazgo de los siervos necesarios para cuidar a los que responden al evangelio.

Si pedimos a Dios que amplíe nuestro ministerio, también debemos estar dispuestos a crecer en el carácter, la responsabilidad, el entendimiento bíblico y la fidelidad.

La expectativa sin preparación puede convertirse en poco más que el entusiasmo religioso. La fe bíblica nos llama a responder a la Palabra de Dios mediante la obediencia.

Una promesa que llega más allá de nosotros mismos

Otra dimensión importante de LA IGLESIA QUE DA A LUZ es el reconocimiento de que la obra de Dios no se limita a nuestras vidas individuales.

Naturalmente nos acercamos a muchas experiencias espirituales preguntándonos qué significan para nosotros personalmente. Nos preguntamos cómo un mensaje se aplica a nuestras luchas, cómo una promesa puede afectar nuestras circunstancias o cómo Dios puede responder una oración en particular.

Estas preguntas son importantes, pero no son completas.

A través de las Escrituras, los propósitos de Dios a menudo se extienden más allá del individuo que recibe la promesa.

Cuando Dios llamó a Abraham, la promesa se refería a generaciones que Abraham nunca conocería personalmente. Cuando Dios libró a Israel de Egipto, estaba estableciendo un pueblo a través del cual sus propósitos de pacto continuaran. Cuando María recibió el anuncio acerca de Jesús, su obediencia se convirtió en parte del plan redentor de Dios para el mundo.

El cumplimiento de los propósitos de Dios a menudo se extiende más allá de la persona a través de la cual Él elige trabajar.

Este entendimiento debe transformar la forma en que vemos nuestras familias, nuestros ministerios y nuestras responsabilidades dentro de la iglesia.

No buscamos simplemente experiencias espirituales que nos animen. Estamos participando en algo más grande que nosotros mismos. Nuestras oraciones, nuestra obediencia, nuestra generosidad y nuestra disposición a enseñar a otros pueden influir en vidas y generaciones más allá de nuestras circunstancias inmediatas.

Cuando enseñamos a nuestros hijos a orar, estamos invirtiendo en el fundamento espiritual de otra generación. Cuando hacemos discípulo a un nuevo creyente, estamos participando en la multiplicación de la fe. Cuando elegimos la unidad en lugar de la división, ayudamos a preservar el ambiente espiritual en el que la iglesia puede cumplir su misión.

La iglesia no está llamada simplemente a preservar lo que las generaciones anteriores establecieron. Estamos llamados a llevar adelante fielmente el evangelio.

De emoción espiritual a responsabilidad espiritual

pastor Azzolini Descrito Tampa Life como una iglesia que da a luz, una congregación llamada a llevar y producir lo que Dios está preparando para lograr.

Esa declaración nos desafía a pensar más allá del crecimiento numérico o la expansión institucional. Una iglesia fecunda espiritualmente no se mide sólo por el número de personas que asisten a sus servicios, sino también por los discípulos que se forman, las familias que se fortalecen, los ministerios que se desarrollan y el testimonio del evangelio que llega más allá del edificio de la iglesia.

Por lo tanto, una iglesia que da a luz debe convertirse en una iglesia que nutre.

Los nuevos creyentes necesitan algo más que un encuentro emocional. Necesitan enseñanza bíblica, relaciones espirituales, aliento, responsabilidad y oportunidades para desarrollar sus dones. Las familias necesitan más que inspiración ocasional. Necesitan la aplicación constante de la Palabra de Dios en su vida diaria.

Y los que están llamados a dirigir deben entender que la multiplicación espiritual siempre lleva responsabilidad.

El nacimiento de algo nuevo no es el final del proceso. En muchos sentidos, es el comienzo de un mayor compromiso.

El viaje por delante

A lo largo de este estudio bíblico examinaremos el progreso espiritual presentado en el sermón, comenzando con la visita de Dios y Su Palabra, pasando por la expectativa y la formación, y finalmente explorando la preparación, la presión y la responsabilidad asociadas con la fecundidad espiritual.

Estudiaremos cómo María respondió a una Palabra que excedió su comprensión, cómo la experiencia de Elisabet desafía nuestras suposiciones sobre las limitaciones, y cómo la llamada de Jeremías revela el conocimiento de Dios de Sus propósitos antes de que se manifestaran visiblemente.

También exploraremos los peligros espirituales de las influencias no saludables, la importancia de proteger nuestros corazones y la diferencia entre orar solo para escapar de la dificultad y pedir a Dios sabiduría para entender lo que Él puede estar logrando a través de una época determinada.

Sobre todo, volveremos continuamente a una verdad fundamental:

La Palabra de Dios nos llama no sólo a esperar algo de Él, sino a convertirnos en personas que estén preparadas para obedecerle.

La pregunta que tenemos ante nosotros no es simplemente si creemos que Dios puede hacer algo extraordinario. Es si estamos dispuestos a ser fieles administradores de lo que Él ya nos ha confiado.

Porque cuando Dios inicia algo en nuestras vidas, en nuestras familias y en nuestra iglesia, debemos estar preparados no sólo para celebrar su llegada, sino también para fomentar su crecimiento.

PARTE 01

01

Antes de la formación, hubo una Palabra



Comprender el conocimiento previo de Dios, el propósito divino y el proceso de formación espiritual

Pasajes fundamentales: Jeremías 1:4-5 (RVR1960)

> *Vino, pues, palabra de Jehová a mí, diciendo: Antes que te formase en el vientre te conocí, y antes que nacieses te santifiqué, te di por profeta a las naciones.*

1.1 El propósito de Dios comienza antes de que lo comprendamos

Una de las revelaciones más extraordinarias de las Escrituras es que Dios conoce nuestras vidas más allá de los límites de nuestra comprensión humana. Experimentamos la vida cronológicamente. Recordamos ayer, vivimos en el presente y anticipamos el mañana. Nuestra comprensión del propósito se desarrolla a través de experiencias, relaciones, decisiones y circunstancias. Sin embargo, Dios no está limitado por nuestra percepción del tiempo. Posee un conocimiento completo de lo que ha sido, lo que es y lo que está por venir.

Cuando Dios habló con Jeremías, reveló algo que cambiaría fundamentalmente la comprensión del profeta de su existencia. Antes de que Jeremías tuviera un nombre reconocido por el mundo, antes de que desarrollara una personalidad, antes de que pudiera decir una sola palabra, y antes de que alguien pudiera reconocer su potencial, Dios ya lo conocía.

El Señor declaró: "Antes de formarte en el vientre te conocí".

Esta afirmación establece una profunda distinción entre el reconocimiento humano y el conocimiento divino. La gente a menudo descubre nuestras habilidades después de observar lo que logramos. Reconocen nuestro potencial a través de la educación, la experiencia y la competencia demostrada. Sin embargo, Dios no necesita esperar a que nuestras capacidades se vean antes de comprender lo que Él nos ha creado para lograr.

La llamada profética de Jeremías no fue algo improvisado por Dios después de observar su desarrollo. El Señor reveló que Su conocimiento y nombramiento de Jeremías precedieron al nacimiento del profeta.

Esta verdad debería producir humildad en lugar de orgullo. Jeremías no creó su llamado por ambición personal. No ganó la atención de Dios por un desempeño excepcional. Su asignación profética se originó en el propósito soberano de Dios.

Sin embargo, debemos distinguir cuidadosamente la designación profética específica de Jeremías de los propósitos generales que Dios tiene para Su pueblo. Jeremías 1:5 describe una vocación particular dada a un individuo en particular. No significa que cada creyente haya sido designado para el mismo cargo o que cada deseo personal represente una asignación divina predeterminada. Sin embargo, este pasaje revela una verdad fundamental sobre el carácter de Dios: Dios es intencional en Sus obras, completo en Su conocimiento y capaz de cumplir Sus propósitos a través de personas que al principio se sienten incapaces.

Esto es especialmente alentador cuando consideramos con qué frecuencia nos evaluamos a nosotros mismos a pesar de nuestras limitaciones.

Podemos mirar nuestro pasado y concluir que nos hemos perdido demasiadas oportunidades. Podemos examinar nuestras familias y preguntarnos si nuestros errores han dañado permanentemente lo que Dios podría lograr a través de nosotros. Podemos considerar nuestra educación, nuestros recursos

económicos, nuestra experiencia espiritual o nuestras capacidades personales y decidir que tenemos muy poco que ofrecer.

Pero la experiencia de Jeremías nos recuerda que nuestras limitaciones no sorprenden a Dios.

Él conocía a Jeremías antes de que Jeremías se entendiera a sí mismo. Él entendió la tarea antes de que Jeremías entendiera la responsabilidad. Y estaba preparado para equipar al hombre que había llamado.

Por lo tanto, nuestra confianza no debe reposar en la grandeza de nuestras capacidades, sino en la fidelidad de Dios que nos llama a obedecerle.

1.2 La Palabra precede la formación

pastor Vinny Azzolini enfatizó un patrón importante en su mensaje: la Palabra de Dios precede el proceso de formación.

En la experiencia de Jeremías, el Señor reveló que Su conocimiento y propósito existían antes de la formación física de Jeremías. Esto se convierte en una poderosa ilustración de cómo Dios puede establecer Sus intenciones antes de que veamos su desarrollo visible.

A través de las Escrituras, encontramos momentos en que Dios habla antes de que se vea el cumplimiento de Sus propósitos.

En el Génesis 12, Dios llamó a Abram a abandonar su país y la casa de su padre, prometiendo hacer de él una gran nación. Sin embargo, en el momento de esa llamada, Abram no poseía la nación que Dios había prometido. Él tuvo que caminar en obediencia antes de poder presenciar el cumplimiento de lo que Dios había dicho.

En el Génesis 15:5-6 El Señor dirigió la atención de Abram hacia las estrellas y prometió que sus descendientes serían extremadamente numerosos. La Escritura nos dice entonces que Abram creyó en el Señor, y que su fe le fue contada como justicia.

La promesa era real, pero su cumplimiento no fue inmediato.

Abraham y Sara experimentarían años de espera, momentos de incertidumbre e incluso intentos de cumplir los propósitos de Dios a través de su propia comprensión. Su viaje demuestra que recibir una promesa divina no elimina la necesidad de tener paciencia, obediencia y seguir dependiendo de Dios.

Este patrón vuelve a aparecer en la vida de José. Cuando era joven, José tuvo sueños que indicaban que tendría una posición de autoridad en el futuro. Sin embargo, el camino entre esos sueños y su eventual cumplimiento pasó por traición, esclavitud, acusaciones falsas y encarcelamiento.

Las circunstancias de la vida de José a menudo parecían contradecir el futuro representado en sus sueños. Sin embargo, Dios estaba actuando a través de acontecimientos que José no podía entender completamente.

Cuando José finalmente se presentó ante sus hermanos en Génesis 50:20, reconoció que aunque habían planeado mal contra él, Dios había dado el bien a sus acciones, salvando muchas vidas.

No debemos concluir que todo evento doloroso sea causado directamente por Dios o que el sufrimiento demuestra automáticamente que estamos cerca de una promesa en particular. Sin embargo, las Escrituras muestran la capacidad de Dios para trabajar fielmente incluso en circunstancias que parecen contrarias a sus propósitos.

La lección es que la ausencia de un cumplimiento visible no significa necesariamente la ausencia de actividad divina.

Puede haber épocas en que Dios está desarrollando el carácter, las relaciones, la comprensión y la madurez espiritual necesarias para las responsabilidades por delante.

Es posible que estemos orando por oportunidades mientras Dios nos enseña a ser fieles en responsabilidades ordinarias. Quizás estemos pidiendo más influencia mientras aprendemos a servir sin reconocimiento. Es posible que deseemos un ministerio más amplio mientras descubrimos cómo amar y hacer discípulos a las personas que ya se nos han confiado.

El proceso de formación es importante porque las responsabilidades asociadas con los propósitos de Dios requieren más que entusiasmo.

Requieren madurez.

1.3 La formación no es lo mismo que la realización

Hay una diferencia entre ser formado con un propósito y ver ese propósito cumplido.

Cuando Dios habló con Jeremías, el profeta ya estaba vivo y era capaz de recibir la Palabra. Sin embargo, todavía tenía que desarrollar en su comprensión de lo que requeriría la obediencia a esa Palabra.

El llamado de Jeremías no lo eximió de dificultades. De hecho, su ministerio implicaría rechazo, oposición, soledad y un tremendo sufrimiento emocional.

El nombramiento de Dios estableció la responsabilidad de Jeremías, pero no eliminó los desafíos asociados con cumplir esa responsabilidad.

Esto desafía una incomprensión común sobre el propósito divino. A veces pensamos que cuando Dios nos llama a algo, el camino hacia él debería ser más fácil. Esperamos circunstancias favorables, provisión inmediata y confirmación visible en cada etapa.

Pero las Escrituras demuestran constantemente que la llamada de Dios y las dificultades de la vida pueden existir al mismo tiempo.

Consideremos a Moisés. Aunque Dios le llamó a llevar a Israel de Egipto, Moisés al principio cuestionó su propia capacidad para hablar y dirigir. En el Éxodo 4:10, se describió a sí mismo como lento de habla y de una lengua lenta.

Dios no respondió diciéndole a Moisés que sus limitaciones eran imaginarias. En cambio, le recordó a Moisés que el Creador de la boca humana era capaz de ayudarlo a cumplir la tarea.

En el Éxodo 4:12, el Señor declaró:

> *Ahora pues, ve, y yo estaré con tu boca, y te enseñaré lo que hayas de hablar.*

La respuesta a la inseguridad de Moisés no fue solo la confianza en sí mismo. Depende de la presencia y instrucción de Dios.

Esta distinción es esencial para nuestro desarrollo espiritual.

Dios no necesariamente espera hasta que nos sintamos completamente preparados antes de invitarnos a obedecer. A veces la obediencia se convierte en parte de la preparación misma.

Aprendemos a orar orando. Aprendemos a servir al servir. La disciplina espiritual se desarrolla mediante una práctica constante. Nos hacemos más pacientes al elegir la paciencia en circunstancias difíciles. Aprendemos a perdonar cuando renunciamos a nuestro derecho a contener la amargura.

La formación no es simplemente algo que nos sucede mientras permanecemos pasivos. Esto implica que respondamos de buena gana a la Palabra de Dios.

Esta es la razón por la que el crecimiento espiritual requiere participación intencional.

No podemos esperar que desarrollemos un profundo entendimiento de las Escrituras mientras constantemente descuidamos su estudio. No podemos esperar relaciones espirituales fuertes mientras rechazamos la compañía y la rendición de cuentas. No podemos esperar que nuestras familias desarrollen costumbres de oración si la oración permanece ausente en nuestros hogares.

Dios provee la gracia, la sabiduría y la fuerza necesarias para el crecimiento espiritual, pero también nos llama a responder mediante la fe y la obediencia.

El proceso de formación es donde nuestra profesión de fe comienza a convertirse en un patrón de vida.

1.4 Dios forma el vaso antes de encargarle más responsabilidades

La imagen de la formación se vuelve aún más significativa cuando examinamos Jeremías 18.

El Señor ordenó a Jeremías que visitara la casa del alfarero, donde observó a un artesano trabajando con arcilla.

Jeremías 18:3-4 (RVR1960)

> *Y descendí a casa del alfarero, y he aquí que él trabajaba sobre la rueda. Y la vasija de barro que él hacía se echó a perder en su mano; y volvió y la hizo otra vasija, según le pareció mejor hacerla.*

En su contexto original, este pasaje comunica la autoridad soberana de Dios sobre Israel y Su trato con las naciones en respuesta a su conducta. Los siguientes versículos enfatizan que las advertencias y promesas de Dios deben entenderse junto con la respuesta del pueblo a Él.

Sin embargo, las imágenes también proporcionan un cuadro instructivo de la importancia de la rendición.

La arcilla no determina la forma del recipiente. El alfarero posee el entendimiento, la intención y la habilidad necesarias para producir algo útil.

Como creyentes, debemos reconocer que la madurez espiritual requiere que dejemos nuestras preferencias, actitudes y ambiciones a la autoridad de la Palabra de Dios.

A veces queremos que Dios cumpla Sus propósitos sin permitirle enfrentar las actitudes que nos impedirían administrar esos propósitos fielmente.

Podemos desear un liderazgo mientras nos resistimos a la corrección. Es posible que necesitemos autoridad espiritual sin desarrollar humildad. Podemos pedir una plataforma más grande mientras descuidamos la devoción privada. Podemos orar para que nuestros hijos sigan a Dios mientras no demuestran coherencia entre lo que enseñamos y cómo vivimos.

El proceso de formación enfrenta estas contradicciones.

Nos invita a examinar si nuestro carácter se está desarrollando a la altura de nuestras expectativas.

El apóstol Pablo refuerza este principio en 2 Timoteo 2:20-21, donde describe los vasos dentro de una gran casa y enfatiza la importancia de limpiarnos de las cosas deshonrosas para que podamos convertirnos en vasos preparados para buenas obras.

El énfasis de Pablo no es simplemente en ser elegidos para ser útiles, sino en vivir de una manera consistente con los propósitos del Maestro.

Esto es especialmente importante para los que servimos en el ministerio.

Una iglesia en crecimiento requiere más que individuos talentosos. Requiere discípulos espiritualmente maduros que puedan ser confiados con responsabilidad. Requiere líderes que valoran la integridad más que el reconocimiento, la unidad más que las preferencias personales y la fidelidad más que el aplauso público.

Si estamos pidiendo a Dios que eleve nuevos maestros, líderes de ministerio, misioneros y siervos, también debemos crear un ambiente en el que se tome en serio la formación espiritual.

La capacitación debe incluir algo más que enseñar a las personas a desempeñar una función del ministerio. Debemos ayudarnos mutuamente a desarrollar convicciones bíblicas, relaciones saludables, costumbres de oración, humildad y amor genuino por la gente.

Una iglesia preparada para la multiplicación debe primero dedicarse al discipulado.

1.5 Cuando la Palabra de Dios desafía nuestra comprensión

Uno de los momentos más importantes de la llamada de Jeremías ocurrió inmediatamente después de que Dios reveló Su propósito.

Jeremías respondió con vacilación.

Jeremías 1:6 (RVR1960)

> *Y yo dije: ¡Ah! ¡Ah, Señor Jehová! He aquí, no sé hablar, porque soy niño.*

La respuesta de Jeremías revela la tensión entre la llamada de Dios y la autoestima humana.

Dios había declarado a Jeremías lo que quería que fuera, pero Jeremías se centró inmediatamente en lo que creía que no podía lograr.

Él vio su juventud y inexperiencia. Dios vio la tarea que le había dado.

Esta tensión no es exclusiva de Jeremías.

A menudo comparamos los propósitos de Dios con nuestras capacidades actuales. Cuando una responsabilidad excede nuestra experiencia, nuestra primera respuesta puede ser identificar todas las razones por las que no estamos preparados.

Podemos decir que somos demasiado jóvenes, demasiado viejos, demasiado inexperientes, demasiado ocupados o demasiado limitados en nuestros recursos. A veces estas preocupaciones reflejan consideraciones prácticas genuinas que requieren sabiduría y planificación. En otras ocasiones, se convierten en excusas que nos impiden cumplir responsabilidades bíblicas claras.

La respuesta del Señor a Jeremías es notable.

Jeremías 1:7-8 (RVR1960)

> *Y me dijo Jehová: No digas: Soy un niño; porque a todo lo que te envíe irás tú, y dirás todo lo que te mande. No temas delante de ellos, porque contigo estoy para librarte, dice Jehová.*

Dios no creó la confianza de Jeremías exagerando sus habilidades. Reorientó la atención de Jeremías hacia la instrucción y la presencia divinas.

La responsabilidad de Jeremías era ir a donde Dios lo mandara y decir lo que Dios le mandara.

Esto revela un principio importante para nuestra vida: la obediencia no requiere que tengamos habilidades ilimitadas. Requiere que confiemos en Aquel que ha dado la instrucción.

Cuando consideramos la misión de la iglesia, esto se vuelve particularmente significativo.

Jesús mandó a sus discípulos predicar el evangelio, hacer discípulos y enseñarles a obedecer sus mandamientos. La iglesia primitiva no poseía los recursos financieros, la tecnología de comunicación o las estructuras institucionales que tenemos hoy en día.

Sin embargo, poseían la Palabra de Dios, el poder del Espíritu Santo y la voluntad de obedecer.

Su confianza no estaba arraigada en la grandeza de sus recursos organizativos. Estaba arraigada en la presencia y autoridad de Jesucristo.

En el Hechos 1:8 Jesús prometió que los discípulos recibirían poder después de que el Espíritu Santo viniera sobre ellos, permitiéndolos ser testigos en Jerusalén, Judea, Samaria y hasta las extremidades de la tierra.

La misión era mayor que su capacidad natural, pero la promesa de poder divino acompañaba la responsabilidad.

Para nosotros, esto significa que la formación espiritual debe permanecer siempre conectada con la presencia y el poder del Espíritu Santo.

No producimos frutos espirituales solo por el esfuerzo humano. Necesitamos la obra transformadora de Dios dentro de nosotros.

Nuestra planificación es importante. Nuestra preparación es importante. Nuestro entrenamiento es importante. Pero ninguno de estos puede reemplazar la dependencia del Espíritu Santo.

1.6 La Palabra debe formar a nuestras familias antes de que forme nuestro futuro

Una de las aplicaciones más prácticas de esta enseñanza se refiere al ambiente espiritual de nuestros hogares.

A menudo hablamos de las promesas de Dios para nuestras familias. Oramos por nuestros hijos, nuestros matrimonios, nuestras relaciones y las generaciones que nos seguirán. Creemos que Dios desea trabajar en nuestros hogares y que Su gracia es suficiente para transformar vidas.

Pero la expectativa espiritual debe llevarnos a examinar lo que estamos cultivando hoy.

Deuteronomio 6:6-7 enseña que los mandamientos de Dios debían permanecer en los corazones de Su pueblo y ser diligentemente enseñados a sus hijos durante toda la vida cotidiana.

La instrucción no se limitó a reuniones religiosas formales. Se extendía a las conversaciones en casa, durante los viajes, antes de acostarse y al comienzo del día.

Esto revela que la formación espiritual no es un acontecimiento ocasional. Es un proceso continuo.

Nuestros hijos no solo son influenciados por las lecciones que enseñamos sino también por las prioridades que demuestramos.

Observan cómo reaccionamos a la decepción, cómo hablamos de otras personas, cómo manejamos los conflictos y si nuestra fe permanece consistente cuando las circunstancias se ponen difíciles.

Si queremos que la próxima generación desarrolle confianza en la Palabra de Dios, debemos demostrar lo que parece confiar en esa Palabra nosotros mismos.

Si queremos que nuestros hijos valoren la oración, deben ver la oración como parte natural de nuestra vida familiar y no simplemente como una respuesta de emergencia.

Si queremos que entiendan el perdón, debemos estar dispuestos a pedir perdón cuando nos equivocamos.

Si queremos que desarrollen un amor por la iglesia, debemos tener cuidado de que nuestras conversaciones sobre la iglesia reflejen la gracia, el honor y la responsabilidad que las Escrituras nos invitan a demostrar.

Esto no quiere decir que los padres fieles garanticen todas las decisiones que tomen nuestros hijos. Cada persona debe responder personalmente a Dios. Sin embargo, tenemos la responsabilidad de cultivar un ambiente en el que se enseñe, se muestre y se anime la fe.

El mismo principio se aplica a nuestros matrimonios.

No podemos orar continuamente por relaciones más fuertes mientras nos negamos a practicar paciencia, comunicación, humildad y perdón.

Debemos permitir que la Palabra de Dios forme nuestra conducta.

Cuando permitimos que la Escritura corrija nuestras actitudes y guíe nuestras decisiones, participamos en el proceso de formación espiritual.

Y esa formación nos prepara para asumir mayores responsabilidades con madurez.

1.7 El peligro de querer la promesa sin el proceso

Hay una tentación dentro de la naturaleza humana de desear los resultados de la madurez espiritual sin aceptar las disciplinas que la producen.

Nos admiramos a las personas que muestran una fe profunda, pero quizás olvidemos los años de oración, obediencia y perseverancia que ayudaron a moldear su carácter.

Celebramos ministerios que influyen en miles, pero tal vez no reconozcamos los sacrificios invisibles, las decisiones difíciles y el servicio constante que precedió a su crecimiento.

Deseamos el fruto mientras nos oponemos al cultivo.

Sin embargo, las Escrituras enseñan que el crecimiento espiritual requiere perseverancia.

Santiago 1:3-4 (RVR1960)

> *sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna.*

Santiago enseña que las pruebas de fe pueden desarrollar resistencia y madurez espiritual.

El propósito no es el sufrimiento por sí mismo. Más bien, se anima a los creyentes a permanecer firmes para que las pruebas no destruyan su confianza en Dios.

La palabra traducida perfectamente en este pasaje transmite la idea de madurez o plenitud. Santiago describe a los creyentes que se establecen espiritualmente a través de la perseverancia.

Esta perspectiva desafía nuestro deseo de resultados inmediatos.

Vivimos en una cultura que valora la velocidad. Queremos soluciones rápidas, respuestas inmediatas y progresos mensurables. La tecnología nos ha condicionado a esperar información y servicios casi instantáneamente.

Pero la madurez espiritual no se puede descargar, comprar o fabricar a través de atajos.

Una vida de oración profunda se desarrolla a través de una comunión constante con Dios. La comprensión de la Biblia crece a través del estudio, la reflexión y la obediencia. La confianza se fortalece a medida que seguimos caminando con Dios a través de circunstancias cambiantes.

Incluso el desarrollo de relaciones significativas requiere tiempo.

Una iglesia no puede producir discípulos maduros simplemente atrayendo grandes multitudes. Debe invertir en la enseñanza, la orientación, la colaboración, la rendición de cuentas y las oportunidades de servicio.

Cuando intentamos evitar la formación, corremos el riesgo de crear una apariencia de éxito espiritual sin la base necesaria para sostenerlo.

Es por eso que debemos aprender a valorar el proceso en lugar de tratarlo como un obstáculo.

Dios no sólo se interesa en lo que logramos. Su Palabra llama continuamente nuestra atención a lo que nos estamos convirtiendo.

1.8 Nuestra responsabilidad mientras Dios forma algo

Si a menudo los propósitos de Dios se revelan a través de un proceso, ¿cómo debemos reaccionar durante las épocas en que el cumplimiento aún no es visible?

La respuesta no es esperar pasivamente.

En la Biblia, la espera implica la fidelidad continua.

El apóstol Pablo escribió en Gálatas 6:9:

> *No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos.*

Pablo conecta la expectativa de una cosecha futura con la perseverancia en hacer lo correcto.

El énfasis no está en controlar el momento de la cosecha, sino en rechazar abandonar la obediencia fiel.

Este principio debe influir en nuestra comprensión de la expectativa espiritual.

Continuamos orando incluso cuando las respuestas se retrasan. Continuamos enseñando a nuestros hijos incluso cuando su desarrollo espiritual parece lento. Seguimos sirviendo aunque nuestros esfuerzos no

sean reconocidos. Continuamos predicando el evangelio incluso cuando la gente no responde de inmediato.

Nos mantenemos fieles porque nuestra obediencia se basa en la Palabra de Dios, no sólo en los resultados visibles.

Para Tampa Life Church, el mensaje de convertirse en una iglesia que da a luz lleva una responsabilidad significativa.

Si creemos que Dios nos llama para llegar a más personas, entonces debemos estar dispuestos a fortalecer nuestro discipulado. Si deseamos influir en nuestra comunidad, debemos cultivar compasión por las personas que viven dentro de ella. Si esperamos que Dios suscite nuevos líderes, debemos invertir deliberadamente en el desarrollo espiritual de los que ya están entre nosotros.

Si oramos por un renacimiento multicultural y multigeneracional, debemos estar preparados para dar la bienvenida, enseñar y cuidar a las personas que tienen orígenes y experiencias diferentes a las nuestras.

La responsabilidad de una iglesia que da a luz no es simplemente celebrar el crecimiento espiritual. Es crear un entorno bíblico saludable en el que ese crecimiento pueda continuar.

Esto requiere unidad, paciencia, sacrificio y comprensión de que cada miembro del cuerpo de Cristo tiene un papel que cumplir.

Debemos resistir la tentación de medir el éxito exclusivamente por lo que está sucediendo en la plataforma. La mayor parte de la formación espiritual más importante se realiza en conversaciones, estudios bíblicos, reuniones de oración, hogares y relaciones que quizás nunca sean reconocidas por el público.

Estas expresiones ordinarias de fidelidad son esenciales para la salud de la iglesia.

La promesa de un crecimiento futuro nunca debe distraernos de la gente que Dios ha confiado a nuestro cuidado hoy.

1.9 Cuando el proceso es más largo de lo que esperábamos

Quizás uno de los aspectos más difíciles de la formación espiritual es que rara vez sabemos cuánto durará una temporada en particular.

Podemos comenzar con entusiasmo, creyendo que la realización de nuestras expectativas está cerca. Sin embargo, a medida que pasan meses o años, el desaliento puede comenzar a influir en nuestro pensamiento.

Nos preguntamos si entendimos mal la dirección de Dios. Nos preguntamos si nuestras oraciones han sido escuchadas. Incluso podríamos empezar a comparar nuestras vidas con otras que parecen progresar más rápido.

Pero la comparación es un fundamento peligroso para la confianza espiritual.

En toda la Escritura, Dios no trató a individuos de la misma manera.

Abraham experimentó un largo período entre la promesa de un hijo y el nacimiento de Isaac. José soportó años de adversidades antes de asumir el liderazgo en Egipto. David fue ungido antes de convertirse en rey, pero sufrió una oposición significativa antes de ascender al trono.

Estos relatos no establecen un calendario universal para las promesas divinas. Muestran que los propósitos de Dios no se cumplen necesariamente de acuerdo con nuestro calendario preferido.

Durante las largas temporadas de espera, nuestro mayor desafío puede no ser comprender lo que Dios está haciendo, sino permanecer fieles cuando no lo entendemos.

Proverbios 3:5-6 Nos llama a confiar en el Señor con todo nuestro corazón y no sólo en nuestro propio entendimiento.

La confianza no significa abandonar la sabiduría o rechazar tomar decisiones responsables. Significa reconocer que nuestra perspectiva es limitada y someter nuestros caminos a Dios.

Podemos hacer planes mientras permanecemos entregados a Su dirección. Podemos buscar oportunidades mientras reconocemos su autoridad. Podemos orar con confianza y aceptar que su sabiduría supera la nuestra.

A veces la evidencia más importante de crecimiento espiritual no es que nuestras circunstancias hayan cambiado, sino que nuestra relación con Dios se haya profundizado mientras las circunstancias siguen siendo difíciles.

Descubrimos que la oración es valiosa incluso antes de que una respuesta llegue. Aprendemos que la adoración es apropiada incluso cuando la vida es incierta. Reconocemos que la obediencia es importante incluso cuando requiere sacrificio.

Y poco a poco, nuestra comprensión de la fidelidad de Dios se vuelve menos dependiente de los resultados inmediatos.

1.10 La Palabra que inicia el proceso debe seguir guiándolo

La lección central de esta sección nos devuelve al encuentro de Jeremías con Dios.

Antes de que comenzara el ministerio de Jeremías, Dios habló.

Pero la Palabra que inició la llamada de Jeremías también debía sostenerlo durante toda su asignación.

Jeremías no podía depender de un solo encuentro espiritual mientras descuidaba seguir obedeciendo las instrucciones de Dios. Su ministerio requería que siguiera escuchando, siguiendo hablando fielmente y confiando en el Señor a pesar de la oposición.

El mismo principio se aplica a nosotros.

No podemos construir nuestra vida espiritual únicamente sobre recuerdos de encuentros anteriores con Dios.

El aliento de ayer no puede reemplazar la oración de hoy. Un poderoso servicio de la iglesia no puede sustituir una relación consistente con el Señor. Un mensaje profético nunca debe convertirse en una excusa para descuidar la Palabra escrita de Dios.

Nuestras expectativas deben permanecer ancladas en las Escrituras.

Esto es especialmente importante cuando consideramos la diferencia entre las promesas reveladas de Dios y nuestras interpretaciones personales de lo que Él puede estar haciendo.

Podemos afirmar con confianza lo que enseñan las Escrituras sobre el carácter de Dios, su salvación, su fidelidad y sus propósitos finales. Sin embargo, debemos mostrar humildad al interpretar las impresiones personales o las predicciones sobre eventos específicos futuros.

El apóstol Pablo instruyó a los creyentes en 1 Tesalonicenses 5:20-21 No despreciemos las profecías, sino probemos todo y nos aferramos a lo bueno.

La expectativa espiritual y el discernimiento bíblico pertenecen juntas.

Una iglesia sana no abandona las expectativas porque valora el discernimiento. Tampoco abandona el discernimiento porque valora el movimiento del Espíritu Santo.

Necesitamos ambas cosas.

Debemos seguir siendo sensibles a la presencia de Dios mientras permitimos que la Escritura establezca los límites de nuestras creencias y prácticas.

Cuando la Palabra permanece central, la formación espiritual se basa en la verdad y no sólo en el entusiasmo emocional.

Y cuando nuestra vida está conformada por esa verdad, nos preparamos mejor para cumplir con las responsabilidades que Dios nos pone delante.

Sección 1 Conclusión: La promesa puede ser futura, pero nuestra obediencia está presente

Antes de que Jeremías entendiera su llamado, Dios lo conocía. Antes de que pudiera reconocer su asignación, Dios ya había declarado Su propósito. Sin embargo, Jeremías todavía tenía que responder, crecer, perseverar y permanecer fiel.

Esta es la tensión que debemos abrazar mientras consideramos el mensaje de LA IGLESIA QUE DA A LUZ.

Creemos que Dios es capaz de realizar cosas extraordinarias, pero también reconocemos que la fecundidad espiritual requiere participación fiel en Su obra.

No podemos controlar todas las circunstancias ni determinar el momento de cada resultado. No podemos fabricar un renacimiento mediante el esfuerzo humano ni garantizar que todas las expectativas personales se desarrollen exactamente como imaginamos.

Pero podemos responder a la Palabra de Dios.

Podemos ceder nuestras actitudes a su corrección. Podemos fortalecer nuestros hogares mediante la oración y la instrucción bíblica. Podemos desarrollar disciplina espiritual. Podemos invertir en el discipulado. Podemos proteger la unidad de la iglesia. Podemos servir fielmente mientras confiamos en Dios con los resultados.

Quizás la pregunta más importante no sea simplemente lo que esperamos que haga Dios después.

Tal vez también debemos preguntarnos qué es lo que Dios nos está llamando a ser hoy.

Porque una iglesia preparada para llevar nueva vida debe ser una iglesia dispuesta a ser formada por la Palabra que da vida.

No podemos separar la promesa que deseamos de la responsabilidad espiritual que se requiere para cumplirla fielmente.

Y antes de comprender plenamente el proceso del nacimiento espiritual, debemos entender lo que sucede cuando la Palabra de Dios entra en nuestras vidas y nos llama a responder.

PARTE 02

02

La visitación que lo cambia todo



Cuando la presencia de Dios cumple con su Palabra y despierta la expectativa divina

Pasajes fundamentales: Jeremías 29:10-11; Lucas 1:26-38; Génesis 18:9-14; Hechos 2:1-4

2.1 Todo propósito divino comienza con Dios

A través de las Escrituras, descubrimos que algunas de las transformaciones más importantes en la historia humana comenzaron cuando Dios intervino en circunstancias ordinarias. La gente estaba viviendo su vida, cumpliendo sus responsabilidades, enfrentando sus limitaciones y navegando situaciones que no podían entender completamente. Luego, mediante un encuentro divino, una revelación de Su Palabra, o una manifestación de Su presencia, Dios redirigió el curso de sus vidas.

Abraham vivía en un mundo rodeado de idolatría cuando Dios le llamó a abandonar su país y cumplir una promesa que aún no podía ver. Moisés estaba cuidando ovejas en el desierto cuando Dios se reveló a sí mismo a través de un arbusto en llamas. Gedeón estaba gritando trigo en una prensa de vino, tratando de proteger lo poco que quedaba de los madianitas, cuando el ángel del Señor anunció una llamada que sobrepasó la comprensión de Gedeón de sí mismo. María vivía una vida ordinaria en Nazaret cuando un ángel apareció con un anuncio que cambiaría para siempre la historia humana.

Estos encuentros eran diferentes en sus circunstancias, pero tenían en común una característica esencial: Dios inició algo que la capacidad humana sola nunca podría haber logrado.

Aquí es donde debemos empezar nuestra comprensión de las visitas espirituales.

Una visita de Dios no es simplemente un momento emocional o una experiencia religiosa inusual. En los relatos bíblicos que examinamos, se trata de que Dios hace saber su presencia, voluntad o propósito de una manera particular. A veces ese encuentro trae instrucción. A veces trae corrección. A veces anuncia una promesa. En otras ocasiones, llama a la gente a responsabilidades que nunca anticiparon.

Pero los encuentros genuinos con Dios siempre nos dirigen a Él y a Sus propósitos.

En el mensaje LA IGLESIA QUE DA A LUZ, pastor Vinny Azzolini introdujo un poderoso progreso que vincula la visita divina con el cumplimiento de las promesas de Dios. Identificó un patrón en el que Dios visita, se comunica Su Palabra, se despierta la expectativa, se realiza la formación y, finalmente, se manifiesta el propósito que Él ha establecido.

Este modelo es especialmente significativo porque nos recuerda que la fecundidad espiritual comienza con la iniciativa de Dios y no con la ambición humana.

No podemos fabricar la presencia de Dios. No podemos manipular sus propósitos a través de la intensidad emocional. No podemos obligar a que las promesas divinas se cumplan según nuestro horario preferido.

Pero podemos cultivar corazones que estén atentos a su Palabra, que estén sujetos a su autoridad y que estén dispuestos a responder cuando Él los llama.

Esta distinción es esencial para la salud espiritual de nuestras familias y de nuestra iglesia.

Nunca debemos confundir una atmósfera poderosa con una verdadera transformación. Un servicio puede ser emocionante sin producir obediencia duradera. Podemos sentirnos profundamente animados por un mensaje sin permitir que su verdad bíblica cambie nuestro comportamiento.

El propósito de un encuentro con Dios no es simplemente darnos una experiencia memorable. Es llevarnos a una relación más profunda con Él y a una respuesta más fiel a Su Palabra.

Cuando la presencia de Dios se vuelve el centro de nuestras vidas, nuestras prioridades comienzan a cambiar. Nos volvemos más sensibles a su corrección, más atentos a las necesidades de los demás y más dispuestos a rendirnos a las áreas de nuestras vidas que resisten a su autoridad.

Por lo tanto, una iglesia que desea ser fecunda espiritualmente debe buscar más que momentos ocasionales de inspiración.

Debemos convertirnos en un pueblo que acepte continuamente la obra transformadora de Dios.

2.2 La visita que llega después de una larga espera

Uno de los pasajes fundamentales pastor Azzolini se utilizó Jeremías 29:10-11. Estos versículos revelan la relación entre la visita prometida de Dios y el futuro que Él había establecido para Su pueblo.

Jeremías 29:10-11 (RVR1960)

> *Porque así dijo Jehová: Cuando en Babilonia se cumplan los setenta años, yo os visitaré, y despertaré sobre vosotros mi buena palabra, para haceros volver a este lugar.*
>
> *Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová, pensamientos de paz, y no de mal, para daros el fin que esperáis.*

Estos versículos se citan a menudo como expresiones de aliento, especialmente cuando nos enfrentamos a incertidumbres sobre el futuro. Sin embargo, su contexto histórico les da un significado mucho más profundo.

Jeremías estaba hablando con un pueblo que había experimentado una tremenda perturbación nacional. Jerusalén había sufrido bajo el dominio babilónico, y muchos de sus habitantes habían sido llevados al exilio. Las familias se separaron de su patria, las estructuras familiares de la vida se habían interrumpido, y el futuro de la nación parecía incierto.

El exilio no fue simplemente un acontecimiento político desafortunado. Según el testimonio profético de las Escrituras, estaba relacionado con la persistente desobediencia de Judá y la infidelidad al pacto.

Sin embargo, incluso en medio del juicio, Dios comunicó una promesa sobre el futuro de Su pueblo.

Declaró que después de setenta años, Él los visitaría y cumpliría Su buena Palabra al traerlos de vuelta.

La promesa no eliminó el período de setenta años.

Este es un detalle importante.

Dios no les dijo a los exiliados que sus circunstancias cambiarían inmediatamente. De hecho, más temprano en Jeremías 29 El Señor les instruyó a construir casas, plantar jardines, establecer familias y buscar la paz de la ciudad donde habían sido capturados.

Se esperaba que vivieran fielmente durante una época que no hubieran elegido.

Su esperanza en el futuro no les quitó su responsabilidad en el presente.

Esto desafía la forma en que a veces nos acercamos a las promesas de Dios.

Quizás creamos que si Dios ha prometido algo, debemos sentir inmediatamente alivio de las circunstancias que lo oponen. Podemos interpretar el retraso como un abandono o suponer que una dificultad prolongada significa que Dios nos ha olvidado.

Pero... Jeremías 29 demuestra que la fidelidad de Dios puede permanecer segura incluso cuando el cumplimiento se retrasa.

El pueblo de Judá no fue instruido a negar la realidad de su exilio. Ellos fueron llamados a permanecer fieles mientras confían en la declarada intención del Señor de restaurarlos.

También debemos reconocer que ésta era una promesa específica del pacto a los exiliados de Judá. No debe transformarse en una garantía universal de que cada plan personal tendrá éxito después de un período de espera determinado. Su significado duradero radica en lo que revela acerca de la fidelidad de Dios, su autoridad sobre la historia y su capacidad para cumplir lo que ha dicho.

Para nuestras vidas, la aplicación es profundamente significativa.

Puede haber momentos en que oremos por la restauración en nuestras familias, por una renovada pasión espiritual, por la curación en las relaciones o por mayores oportunidades de servir. Durante esas épocas, no debemos permitir que nuestra anticipación del mañana se convierta en una excusa para descuidar las responsabilidades de hoy.

Seguimos amando a nuestras familias. Seguimos sirviendo a la iglesia. Seguimos practicando generosidad, perdón y obediencia.

No suspendemos nuestra fidelidad hasta que las circunstancias se adapten.

La promesa de la fidelidad futura de Dios debe fortalecer nuestra obediencia actual, no reemplazarla.

2.3 "Te visitaré": el Dios que no ha olvidado a su pueblo

Las palabras "te visitaré" en Jeremías 29:10 tienen un enorme significado.

Para los exiliados, la visita de Dios significó que su condición actual no tendría la última palabra sobre su futuro nacional. El Señor había establecido un período de juicio, pero también había declarado Su intención de cumplir Su promesa de restauración.

El pueblo no pudo revertir el exilio por su propia fuerza. No podían simplemente decidir que habían pasado setenta años porque estaban cansados de esperar. Su esperanza estaba basada en la fidelidad de Dios.

Esto revela un principio esencial para la madurez espiritual: las promesas de Dios dependen en última instancia de su carácter, no de nuestra capacidad de controlar las circunstancias.

Los seres humanos son limitados en conocimiento, fuerza y perspectiva. No podemos predecir todos los desafíos que tenemos por delante. No podemos garantizar las decisiones que tomen otras personas. No podemos evitar todas las decepciones ni eliminar todos los obstáculos.

Pero Dios no está limitado en la forma en que somos.

Su conocimiento es completo. Su autoridad es suprema. Su fidelidad no fluctúa según nuestras emociones.

Cuando la Escritura revela que Dios cumple su Palabra, nos invita a desarrollar confianza en su confiabilidad.

Sin embargo, esta confianza debe permanecer arraigada en lo que Dios realmente ha prometido.

Hay una diferencia entre confiar en la fidelidad de Dios y suponer que Él está obligado a cumplir todas las expectativas que desarrollamos.

Es posible que nuestros deseos sean sinceros sin que necesariamente representen instrucciones divinas. Nuestros planes pueden ser significativos sin una garantía bíblica. Es posible que nuestra comprensión de una situación particular sea incompleta.

Por esta razón, la madurez espiritual requiere tanto fe como discernimiento.

Debemos aprender a distinguir entre las promesas inmutables de la Palabra de Dios y nuestras interpretaciones personales de lo que Él puede estar haciendo.

Esta distinción no debilita la fe. Protege a la fe de depender de suposiciones que Dios nunca nos exigió hacer.

Cuando nuestra confianza se basa en el carácter de Dios, podemos permanecer fieles incluso cuando nuestras expectativas necesitan ser corregidas.

La mayor seguridad que tenemos no es que todas las circunstancias se desarrollen según nuestras preferencias, sino que Dios sigue siendo digno de nuestra confianza.

2.4 La Palabra crea una expectativa que las circunstancias no pueden producir

pastor Azzolini hizo hincapié en que la Palabra de Dios produce expectativa.

Este es uno de los temas teológicos centrales de todo el mensaje.

Antes de que llegue la Palabra, tal vez solo veamos las limitaciones de nuestras circunstancias. Evaluamos las posibilidades a través de la experiencia, los recursos disponibles y lo que parece razonable. Pero cuando Dios habla, Él revela lo que es posible según Su sabiduría y poder.

Consideremos la experiencia de Abraham y Sara.

En el Génesis 18, el Señor reafirmó la promesa de que Sara tendría un hijo. En ese momento, tanto Abraham como Sara estaban en edad avanzada, y la expectativa biológica ordinaria de un parto parecía imposible.

Génesis 18:13-14 (RVR1960)

> *Entonces Jehová dijo a Abraham: ¿Por qué se ha reído Sara diciendo: Será cierto que he de dar a luz siendo ya vieja?*
>
> *¿Hay para Dios alguna cosa difícil? Al tiempo señalado volveré a ti, y según el tiempo de la vida, Sara tendrá un hijo.*

La reacción de Sara reflejó la tensión entre la promesa de Dios y su comprensión de lo que era naturalmente posible.

Había vivido lo suficiente como para conocer las limitaciones de sus circunstancias. Ella entendió su edad. Ella entendió los años que habían pasado sin el hijo que deseaba.

Pero el Señor desafió la suposición de que las limitaciones humanas podían determinar los límites de la capacidad divina.

"¿Hay algo demasiado difícil para el SEÑOR?"

Esta pregunta va más allá de las circunstancias de Abraham y Sara.

Se enfrenta a nuestra tendencia a evaluar el poder de Dios según los límites de lo que hemos experimentado anteriormente.

Podemos mirar a un miembro de la familia que se ha resistido al evangelio durante años y empezar a creer que el cambio es imposible. Quizás observemos que un matrimonio está teniendo problemas y pensemos que nunca se puede reconciliar. Podemos considerar la condición espiritual de nuestras comunidades y llegar a la conclusión de que no podemos alcanzar un renacimiento significativo.

Pero las Escrituras nos recuerdan repetidamente que Dios posee un poder que supera a la capacidad humana.

Sin embargo, también debemos reconocer que el poder de Dios no significa que todos los resultados que deseamos hayan sido prometidos. La cuestión no es si Dios es capaz de hacer lo imposible. - Sí, lo es. La pregunta es si estamos dispuestos a confiar en su sabiduría, a someternos a su Palabra y a permanecer fieles sin importar el resultado.

Este es el fundamento de una sana expectativa espiritual.

No negamos la realidad. No pretendemos que no existan obstáculos. No confundimos el optimismo con la fe.

En cambio, reconocemos nuestras limitaciones y confiamos en el infinito poder y sabiduría de Dios.

La expectativa bíblica no es la confianza en nuestra capacidad de predecir el futuro. Es la confianza en el Dios que tiene el futuro.

2.5 La visita de María: Cuando la Palabra de Dios interrumpe una vida ordinaria

El relato de María en Lucas 1 ofrece uno de los ejemplos más claros de visita divina, revelación y respuesta.

María vivía en Nazaret, una ciudad de Galilea. Ella estaba casada con José, y su vida se estaba moviendo hacia las expectativas ordinarias relacionadas con el matrimonio y la familia.

Entonces apareció el ángel Gabriel con un mensaje que transformaría todo.

Lucas 1:30-33 (RVR1960)

> *Entonces el ángel le dijo: María, no temas, porque has hallado gracia delante de Dios.*
>
> *Y ahora, concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS.*
>
> *Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre;*
>
> *y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin.*

María recibió un anuncio que excedió todas las expectativas naturales.

Ella no estaba siendo invitada simplemente a una nueva oportunidad personal. Se le decía que se convertiría en la madre de Jesucristo, el Mesías prometido.

El significado de este momento no puede ser exagerado.

La encarnación de Jesucristo es un acontecimiento único en la historia redentora. No es simplemente una ilustración del potencial humano o un patrón general que se puede reproducir en la vida de cada creyente.

Dios estaba cumpliendo Su propósito eterno de salvación a través de la venida de Jesucristo.

Sin embargo, la respuesta de María es un profundo ejemplo de cómo la fe responde cuando la Palabra de Dios supera el entendimiento humano.

Ella no tenía todas las respuestas. No podía anticipar plenamente las consecuencias sociales, los desafíos emocionales o los sacrificios personales que acompañarían su llamado.

Sin embargo, fue invitada a confiar en la Palabra que había recibido.

Aquí es donde el relato se vuelve profundamente personal para nosotros.

Es posible que no recibamos visitas angélicas, y nunca debemos suponer que nuestras circunstancias son equivalentes al papel único de María en la historia de la salvación. Pero sí encontramos la Palabra de Dios que nos llama a la obediencia que a veces desafía nuestras expectativas.

La Escritura nos exhorta a perdonar cuando se siente justificado el resentimiento. Nos llama a amar cuando las relaciones se vuelven difíciles. Nos llama a la generosidad cuando el egoísmo parece más fácil. Nos llama a la santidad cuando la cultura que nos rodea fomenta el compromiso.

La Palabra a menudo desafía nuestras preferencias naturales.

Y en esos momentos, nos enfrentamos a una decisión similar en principio a la respuesta de María.

¿Permitiremos que la Palabra de Dios guíe nuestra vida, incluso cuando la obediencia requiere que renunciemos a nuestra propia comprensión?

2.6 "¿Cómo será esto?": La fe no es la ausencia de preguntas

La respuesta de María a Gabriel es particularmente instructiva.

Lucas 1:34 (RVR1960)

> *Entonces María dijo al ángel: ¿Cómo será esto? pues no conozco varón.*

Mary hizo una pregunta.

Este detalle es importante porque a veces suponemos que la fe verdadera nunca se esfuerza por entender.

Podemos creer que hacer preguntas demuestra debilidad espiritual o que la incertidumbre revela automáticamente falta de fe.

Pero las Escrituras presentan un cuadro más matizado.

La pregunta de María se refería a cómo ocurriría el evento anunciado. Ella no afirmó poseer la capacidad de lograrlo. Ella reconoció que la promesa superaba las posibilidades ordinarias de sus circunstancias.

El ángel respondió explicándole que el Espíritu Santo vendría sobre ella y que el poder del Altísimo la eclipsaría.

Lucas 1:35 (RVR1960)

> *Respondiendo el ángel, le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios.*

La respuesta no le dio a María una explicación completa de todos los acontecimientos futuros.

Reveló el poder divino mediante el cual se cumpliría el propósito de Dios.

Esta distinción nos enseña algo importante acerca de la fe.

La fe no requiere que comprendamos todo antes de obedecer lo que Dios ha revelado claramente.

Hay momentos en que necesitamos sabiduría, aclaración y consejo. La Escritura nos anima a buscar entendimiento y a probar lo que escuchamos.

Pero también hay momentos en que debemos reconocer que nuestro conocimiento seguirá siendo incompleto.

Podemos entender que Dios nos llama a perdonar sin saber si la reconciliación será inmediatamente posible. Podemos entender que Él nos llama a compartir el evangelio sin saber cómo responderá otra persona. Es posible que comprendamos que Él nos llama a servir sin saber a dónde nos llevará ese servicio.

Nuestra responsabilidad es obedecer la verdad que hemos recibido mientras confiamos en Dios con lo que sigue siendo desconocido.

Para nuestras familias, este principio es particularmente valioso.

Los padres a menudo se enfrentan a circunstancias para las cuales no hay soluciones inmediatas. Podemos orar por los niños que están luchando espiritualmente, emocionalmente o en relación con sus familias. Podemos buscar sabiduría para tomar decisiones que influyan en su futuro.

La fe no significa fingir que estas situaciones son sencillas.

Significa seguir buscando a Dios, aplicando su Palabra, tomando decisiones responsables y confiando en él con asuntos que no podemos controlar.

Podemos tener preguntas y aún así poseer fe.

Podemos reconocer la incertidumbre y seguir siendo obedientes.

Podemos reconocer nuestras limitaciones sin cuestionar la capacidad de Dios.

2.7 El Espíritu Santo: el poder detrás de la obra redentora de Dios

El anuncio del ángel a María introduce la obra del Espíritu Santo de una manera notable.

La concepción de Jesucristo no fue el resultado de la capacidad humana ordinaria. Fue la obra milagrosa de Dios.

Para los creyentes apostólicos pentecostales, este pasaje también nos recuerda la importancia central del Espíritu Santo en toda la narrativa bíblica.

Desde los capítulos iniciales del Génesis hasta el establecimiento de la iglesia del Nuevo Testamento, las Escrituras revelan que el Espíritu de Dios cumple activamente Sus propósitos.

En el Génesis 1:2, el Espíritu de Dios se movió sobre la superficie de las aguas.

A lo largo del Antiguo Testamento, el Espíritu empoderó a individuos para encargarse de tareas particulares, incluyendo el liderazgo, el ministerio profético y el servicio.

En el Nuevo Testamento, el Espíritu Santo es central para la concepción de Jesús, el ministerio de Cristo y el nacimiento y expansión de la iglesia.

Jesús prometió a sus discípulos que recibirían poder por medio del Espíritu Santo.

Hechos 1:8 (RVR1960)

> *pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra.*

El propósito de este empoderamiento no era simplemente proporcionar una experiencia espiritual extraordinaria.

Era para equipar a los creyentes para participar en la misión de Jesucristo.

Los discípulos fueron llamados a ser testigos.

Ellos anunciarían el evangelio, demostrarían obediencia a Cristo y llevarían el mensaje de salvación más allá de los límites de su comunidad inmediata.

En el Hechos 2, el prometido derramamiento del Espíritu Santo se convirtió en un momento decisivo en la historia de la iglesia.

Hechos 2:4 (RVR1960)

> *Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen.*

A partir de un entendimiento apostólico pentecostal, este pasaje establece el patrón bíblico del bautismo del Espíritu acompañado de hablar en otras lenguas mientras el Espíritu da expresión.

Sin embargo, también debemos reconocer que la experiencia de Pentecostés estaba relacionada con una misión continua.

Los creyentes no recibieron el Espíritu Santo para poder permanecer aislados en una habitación de arriba.

Ellos fueron facultados para proclamar a Jesucristo.

Pedro se puso delante de la multitud y predicó la muerte, el entierro y la resurrección de Jesús. Cuando la gente le preguntó qué debían hacer, él declaró el mensaje escrito en Hechos 2:38.

El arrepentimiento, el bautismo en el nombre de Jesucristo para la remisión de los pecados y la recepción del don del Espíritu Santo se convirtieron en el centro del anuncio apostólico.

La iglesia llena de Espíritu nació en una misión de evangelización, discipulado y multiplicación espiritual.

Esta conexión es esencial para el mensaje de LA IGLESIA QUE DA A LUZ.

No podemos separar el poder espiritual de la responsabilidad espiritual.

Si deseamos un mayor movimiento del Espíritu Santo en nuestros servicios, también debemos estar dispuestos a responder a la misión que el Espíritu nos empodera para cumplir.

Si oramos por el avivamiento, debemos estar preparados para compartir el evangelio.

Si oramos por los nuevos creyentes, debemos estar preparados para hacerlos discípulos.

Si deseamos que los dones espirituales funcionen dentro de la iglesia, también debemos buscar el amor, la madurez y el orden bíblico que requieren las Escrituras.

El poder del Espíritu Santo no se da para magnificar nuestra importancia. Se da para glorificar a Jesucristo y fortalecer Su obra a través de Su pueblo.

2.8 Elisabet: Cuando Dios actúa más allá de los límites de nuestra época

Después de anunciar la concepción milagrosa de Jesús, Gabriel dirigió la atención de María hacia Elisabet.

Lucas 1:36-37 (RVR1960)

> *Y he aquí tu parienta Elisabet, ella también ha concebido hijo en su vejez; y este es el sexto mes para ella, la que llamaban estéril;*
>
> *porque nada hay imposible para Dios.*

La historia de Elisabet añade otra dimensión importante a nuestra comprensión de la visita divina.

Ella y su esposo Zacarías habían vivido fielmente ante Dios, pero habían experimentado el dolor de no poder tener hijos.

Lucas 1:7 explica que Elisabet era estéril y que tanto ella como Zacarías eran de edad avanzada.

Sus circunstancias parecían situarlas más allá de la posibilidad ordinaria de tener un hijo.

Sin embargo, Dios intervino.

Elisabet concibió a Juan el Bautista, quien prepararía el camino para el ministerio de Jesucristo.

pastor Azzolini En este relato se destaca un poderoso pensamiento: algunas promesas se cumplen en épocas de madurez en lugar de al comienzo de nuestro viaje.

Esta observación cuestiona nuestras suposiciones sobre el tiempo espiritual.

A veces creemos que las oportunidades más importantes en la vida pertenecen exclusivamente a los jóvenes. Podemos pensar que a medida que envejecemos, nuestra utilidad disminuye o que las oportunidades que aún no hemos experimentado se pierden permanentemente.

Pero las Escrituras no apoyan la idea de que la edad sola determine la utilidad espiritual.

Moisés tenía ochenta años cuando se presentó ante el faraón. Caleb, a los ochenta y cinco años, continuó expresando confianza en la promesa de Dios con respecto a su herencia. Ana, una anciana profetisa, siguió dedicándose a la adoración, al ayuno y a la oración, y reconoció la importancia del niño Jesús.

Estos relatos revelan que la fecundidad espiritual no se limita a una etapa determinada de la vida.

Hay responsabilidades que requieren fuerza y entusiasmo juveniles. Hay otros que se benefician de décadas de experiencia, sabiduría y perseverancia.

Una iglesia sana necesita ambas cosas.

Necesitamos la pasión y la energía de las generaciones más jóvenes, pero también necesitamos la estabilidad, la sabiduría y la experiencia espiritual de aquellos que han caminado con Dios durante muchos años.

Cuando las generaciones se honran, la iglesia se fortalece.

Los creyentes más jóvenes reciben orientación y aliento. Los creyentes mayores continúan encontrando oportunidades significativas de servir, enseñar, guiar e invertir en el futuro.

La iglesia nunca debe tratar la madurez espiritual como un obstáculo para participar.

Tampoco debe suponer que la juventud es incompatible con un servicio significativo.

Dios puede trabajar a través de las personas en todas las etapas de la vida.

2.9 La esterilidad no define nuestra identidad

La experiencia de Elisabet también introduce el tema de la esterilidad.

En el relato bíblico, su esterilidad era literalmente una incapacidad para concebir un hijo. Debemos tener cuidado de no minimizar la realidad emocional de la infertilidad tratándola simplemente como una metáfora espiritual.

Para Elisabet, esta fue una experiencia muy personal.

Sin embargo, sus circunstancias no determinaron su valor ante Dios.

Lucas 1:6 describe a Elisabet y a Zacarías como justos ante Dios, caminando en Sus mandamientos y ordenanzas.

Su incapacidad para tener hijos no fue presentada como prueba de que carecieran de fidelidad.

Esta distinción es esencial.

Debemos resistir la tendencia a interpretar cada deseo no satisfecho como un signo de fracaso espiritual.

Una familia que experimenta infertilidad no necesariamente carece de fe. Un creyente que enfrenta dificultades económicas no está viviendo automáticamente fuera de la voluntad de Dios. Una iglesia que experimenta un lento crecimiento numérico no es necesariamente espiritualmente enferma.

Las circunstancias solas no proporcionan una medida completa de fidelidad espiritual.

Cuando aplicamos la imagen de la esterilidad a nuestra vida espiritual, debemos hacerlo con cuidado.

Puede haber áreas en las que nos sentimos poco productivos, desanimados o inseguros acerca de nuestra utilidad. Podemos mirar nuestro pasado y creer que nuestras oportunidades han desaparecido. Podemos comparar nuestra vida con la de otros y concluir que no tenemos nada que aportar.

Pero nuestro valor en el reino de Dios no se determina exclusivamente por los logros visibles.

La fidelidad es importante incluso cuando los resultados son difíciles de medir.

Un padre que ora constantemente por un hijo que está luchando demuestra fidelidad espiritual. Un creyente que anima silenciosamente a alguien que está en dificultades participa en un ministerio significativo. Un miembro de la iglesia que sirve sin reconocimiento contribuye a la salud del cuerpo de Cristo.

El reino de Dios incluye innumerables actos de obediencia que quizás nunca atraigan la atención pública.

No debemos permitir que la ausencia de resultados visibles nos convenza de que nuestras vidas se han vuelto poco significativas espiritualmente.

Dios ve lo que otros pasan por alto.

Y Él es capaz de cumplir Sus propósitos a través de gente cuyas circunstancias parecen limitadas.

2.10 "Que me sea conforme a tu palabra": La respuesta que cambia todo

Quizás el momento más importante en el encuentro de María ocurra al final del anuncio de Gabriel.

Lucas 1:38 (RVR1960)

> *Entonces María dijo: He aquí la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra. Y el ángel se fue de su presencia.*

La respuesta de María revela el corazón de la entrega bíblica.

No exigía el control de todas las circunstancias futuras. Ella no insistió en comprender todos los desafíos que acompañarían su llamado.

En cambio, ella se identificó como la sierva del Señor y expresó su voluntad de recibir lo que Dios había dicho.

Su respuesta no fue un intento de crear la promesa a través de la determinación personal.

Era una expresión de sumisión a la Palabra de Dios.

Esta es una distinción crucial.

No poseemos autoridad para hacer existir los propósitos divinos simplemente declarando lo que deseamos. La Palabra de Dios tiene autoridad porque Dios es su fuente.

Nuestra responsabilidad es aceptar, creer y obedecer lo que Él ha revelado.

Por lo tanto, la respuesta de María es un ejemplo de fe entregada.

Ella reconoció la autoridad de Dios. Ella aceptó Su Palabra. Ella se sometió a su propósito.

Para nuestra vida, esto se convierte en un profundo desafío espiritual.

Podemos disfrutar escuchando sermones sobre las promesas divinas, pero ¿estamos igualmente dispuestos a recibir instrucciones bíblicas que enfrenten nuestras actitudes?

Podemos celebrar mensajes acerca de la multiplicación espiritual, pero ¿estamos dispuestos a hacer los sacrificios necesarios para ser discípulos?

Podemos orar para que nuestras familias se recuperen, pero ¿estamos dispuestos a perdonar, ser humildes y mostrar amor paciente?

Podemos desear un mayor movimiento de Dios en nuestra iglesia, pero ¿estamos dispuestos a renunciar a las preferencias personales por el bien de la unidad y la misión?

El acuerdo con la Palabra de Dios no puede reducirse a una afirmación verbal entusiasta.

Debe ser visible a través de la obediencia.

Jesús abordó este principio directamente en Lucas 6:46 Cuando le preguntó: "¿Por qué lo llaman Señor y no hacen lo que Él les ordena?"

La pregunta sigue siendo relevante.

Es posible admirar las enseñanzas de Jesús sin aplicarlas constantemente.

Es posible participar en la adoración mientras se resiste a su corrección.

Es posible expresar entusiasmo por el futuro mientras se descuidan las responsabilidades actuales.

Pero la fe bíblica nos llama más allá del acuerdo en palabras.

Nos llama a entregar nuestras vidas.

La prueba más fuerte de que hemos recibido la Palabra de Dios no es sólo lo que declaramos, sino cómo respondemos a lo que Él manda.

2.11 Una visita debe llevar más de un momento

A lo largo de la historia de la iglesia, los creyentes han experimentado momentos poderosos en oración, adoración, predicación y renovación espiritual.

Estas experiencias pueden ser profundamente significativas.

Pueden aportar convicción, aliento, compromiso renovado o una comprensión más clara de la Palabra de Dios.

Pero el significado duradero de tales momentos se revela a través de lo que sigue.

Consideremos a los discípulos después de Pentecostés.

Hechos 2 no concluye con la experiencia de hablar en lenguas.

El capítulo continúa describiendo una creciente comunidad de creyentes que se dedicaban a la enseñanza apostólica, la comunión, la partición del pan y la oración.

Hechos 2:42 (RVR1960)

> *Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones.*

El derramamiento del Espíritu Santo fue seguido de un patrón de compromiso espiritual.

Los creyentes continuaron en la doctrina.

Desarrollaron relaciones.

Rezaban juntos.

Prácticaban la generosidad.

Se convirtieron en una comunidad cuya fe influyó en la vida cotidiana.

Esta es una de las lecciones más importantes para una iglesia que espera la multiplicación espiritual.

No podemos medir el impacto duradero de un encuentro espiritual únicamente por la intensidad del momento.

También debemos examinar si produce una obediencia más profunda, un discipulado más fuerte, relaciones más saludables y un mayor compromiso con la misión de Jesucristo.

Si experimentamos poderosa adoración pero seguimos sin querer perdonar, algo está incompleto.

Si celebramos los dones espirituales pero descuidamos el amor, hemos comprendido mal su propósito.

Si oramos por un avivamiento mientras nos negamos a cuidar a los nuevos creyentes, no nos estamos preparando para el mismo crecimiento que deseamos.

Una iglesia que da a luz debe entender que los encuentros espirituales crean responsabilidades.

Las personas que responden al evangelio necesitan instrucción y aliento.

Los que reciben el Espíritu Santo necesitan seguir siendo discípulos.

Las familias que experimentan una restauración necesitan relaciones saludables y apoyo continuo.

Los nuevos líderes necesitan formación, responsabilidad y oportunidades para desarrollarse.

La multiplicación espiritual requiere cuidado intencional.

La iglesia no debe centrarse tanto en celebrar nuevos comienzos que descuide la responsabilidad de nutrir lo que ha comenzado.

2.12 Desde la visita personal hasta la responsabilidad corporativa

El mensaje LA IGLESIA QUE DA A LUZ Se dirigió específicamente a Tampa Life Church.

pastor Azzolini no era simplemente alentar a las personas a creer para obtener bendiciones personales. Él estaba desafiando a la congregación a reconocer su responsabilidad colectiva.

Esto introduce una distinción importante entre las experiencias espirituales individuales y la misión de la iglesia como cuerpo.

Dios trabaja en las vidas individuales, pero también reúne a los creyentes en una comunidad espiritual.

1 Corintios 12:27 (RVR1960)

> *Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular.*

Pablo describe a la iglesia como un cuerpo compuesto por muchos miembros, cada uno de los cuales tiene un papel en el conjunto.

Ningún miembro representa el cuerpo entero.

Ningún individuo posee todos los dones.

Ningún ministerio puede cumplir la misión de la iglesia de forma independiente.

Esto significa que la multiplicación espiritual requiere cooperación.

Una persona puede recibir una carga por el evangelio, pero la iglesia también debe estar preparada para recibir y hacer discípulo a los que responden.

Un maestro puede sentirse llamado a desarrollar instrucción bíblica, pero ese ministerio se fortalece a través de la rendición de cuentas, el liderazgo y la comunidad comprometida con el aprendizaje.

Una familia puede experimentar una renovación espiritual, pero el crecimiento continuo se fortalece a través de la comunión con otros creyentes.

La misión es colectiva.

Esto es particularmente importante para una iglesia multicultural.

A medida que Dios reúne a personas de diferentes naciones, idiomas, generaciones y culturas, debemos aprender a valorar la diversidad de experiencias representadas dentro del cuerpo.

La unidad no requiere que todos comparten el mismo origen cultural o preferencias personales.

Requiere un compromiso compartido con Jesucristo, la verdad bíblica, el amor mutuo y la misión del evangelio.

La iglesia se fortalece espiritualmente cuando reconocemos que nuestras diferencias pueden crear oportunidades de servicio en lugar de razones para la división.

Aquellos que hablan diferentes idiomas pueden ayudar a comunicar el evangelio a través de las fronteras culturales.

Los que tienen habilidades de enseñanza pueden fortalecer el discipulado.

Los que tienen talento en la hospitalidad pueden ayudar a los recién llegados a sentirse bienvenidos.

Los que tienen experiencia en la oración pueden animar a otros a desarrollar más profundas disciplinas espirituales.

Los que poseen habilidades organizativas y administrativas pueden ayudar a establecer estructuras que apoyen el ministerio sostenible.

Cada miembro tiene algo significativo que contribuir.

Y cuando el cuerpo funciona juntos en amor, la iglesia se prepara mejor para cumplir su llamado.

2.13 La expectativa debe estar arraigada en la presencia de Dios, no en nuestras preferencias

Uno de los peligros asociados con la expectativa espiritual es la posibilidad de confundir nuestros deseos con la dirección de Dios.

Podemos llegar a estar tan emocionados con un resultado en particular que suponemos que nuestra expectativa debe representar una promesa divina.

Pero las Escrituras nos invitan repetidamente a someter nuestros deseos a la voluntad de Dios.

Jesús mismo demostró perfecta sumisión en Getsemaní.

Frente al sufrimiento de la cruz, oró:

Lucas 22:42 (RVR1960)

> *diciendo: Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya.*

Esta oración revela que entregarse no es la ausencia de deseo.

Jesús expresó la realidad del sufrimiento que tenía ante sí mientras permanecía completamente sometido a la voluntad del Padre.

Para nosotros, esto establece un principio esencial.

Podemos orar con valentía mientras permanecemos entregados.

Podemos creer en Dios para la curación mientras reconocemos Su sabiduría.

Podemos pedir la restauración reconociendo que otras personas tienen responsabilidad por sus propias decisiones.

Podemos buscar crecimiento en nuestra iglesia mientras nos negamos a comprometer los principios bíblicos en la búsqueda del éxito numérico.

Podemos desear oportunidades mientras confiamos en Dios cuando las puertas permanecen cerradas.

Nuestras expectativas nunca deben ser más importantes que nuestra relación con el Señor.

El principal propósito de las visitas espirituales no es convencernos de que Dios cumplirá todas las ambiciones personales.

Es atraernos a una comunión más profunda con Él y a un mayor alineamiento con Su Palabra.

Cuando nuestra relación con Dios se convierte en la base de nuestras expectativas, descubrimos que es posible ser fieles incluso cuando los resultados difieren de lo que esperábamos.

Nos mantenemos anclados porque confiamos en Él.

2.14 Preparar nuestros corazones para lo que Dios quiere lograr

Si la visita espiritual despierta la expectativa, entonces debemos considerar cómo preparar nuestro corazón para responder.

El primer requisito es la humildad.

Debemos reconocer que la sabiduría de Dios supera la nuestra y que Su Palabra tiene autoridad sobre nuestras preferencias.

El segundo es la atención.

Necesitamos un tiempo consistente en las Escrituras y en la oración, no porque estas prácticas obliguen a Dios a actuar, sino porque nos ayudan a desarrollar sensibilidad espiritual y comprensión bíblica.

El tercero es la obediencia.

Cuando las Escrituras revelan un aspecto de nuestra vida que requiere un cambio, debemos responder en lugar de posponer continuamente la corrección.

La cuarta es la unidad.

Una iglesia dividida por el chisme, el celos, la competencia y la amargura no resuelta luchará por cultivar relaciones espirituales saludables.

Y el quinto es la preparación.

Si creemos que Dios nos llama para llegar a la gente, debemos estar dispuestos a desarrollar los ministerios y las relaciones necesarias para servirles.

Estas responsabilidades pertenecen juntas.

No podemos sustituir el entusiasmo emocional por la madurez bíblica.

No podemos reemplazar la oración con una estrategia organizativa.

Tampoco podemos descuidar la preparación práctica mientras esperamos que el crecimiento espiritual se mantenga automáticamente.

Una iglesia sana reconoce que la oración y la preparación son socios.

Oramos porque dependemos de Dios.

Nos preparamos porque tomamos en serio las responsabilidades que Él nos ha confiado.

Nos quedamos entregados porque a Él pertenece el fin.

Esta es la postura espiritual de una iglesia lista para crecer.

No una iglesia que afirma controlar el futuro, sino una iglesia que se prepara fielmente para servir a cualquier gente y oportunidades que Dios traiga.

Sección 2 Conclusión: Cuando Dios visita, debemos estar listos para responder

Los relatos de Jeremías, María y Elisabet revelan diferentes expresiones de la fidelidad de Dios.

Jeremías anunció una visita prometida que traería la restauración después de una larga temporada de exilio.

María recibió un anuncio divino que la llamó a desempeñar un papel único en el plan redentor de Dios.

Elisabet experimentó la intervención milagrosa de Dios en una época en la que el parto parecía naturalmente imposible.

Cada relato demuestra que los propósitos de Dios superan los límites de la comprensión humana.

Pero estos pasajes también nos recuerdan que los encuentros divinos no están destinados a producir admiración pasiva.

Piden una respuesta.

A los exiliados se les instruyó que vivieran fielmente mientras esperaban la restauración.

María se entregó a la Palabra del Señor.

Elisabet y Zacarías formaron parte de la preparación de Dios para la venida del Mesías.

Y la iglesia del Nuevo Testamento, fortalecida por el Espíritu Santo, se trasladó de una habitación superior a un mundo que necesitaba desesperadamente el evangelio.

La pregunta para nosotros no es simplemente si deseamos otro poderoso encuentro espiritual.

La cuestión es si estamos dispuestos a aceptar la responsabilidad que sigue.

¿Estamos dispuestos a dejar que la Palabra de Dios cuestione nuestras suposiciones?

¿Estamos dispuestos a ceder nuestras preferencias personales a sus propósitos?

¿Estamos desarrollando la madurez espiritual necesaria para hacer discípulos a otros?

¿Estamos preparando nuestros hogares para que se conviertan en ambientes donde se practique constantemente la oración, la Escritura, el perdón y la fe?

Y como iglesia, ¿estamos listos para cuidar a la gente que pedimos a Dios que traiga a nuestra comunidad?

Una iglesia que da a luz no puede sobrevivir solo con la expectativa.

Tiene que estar fundamentada en la Palabra de Dios, fortalecida por Su Espíritu, y comprometida a la obediencia fiel.

La visita despierta la expectativa, pero nuestra respuesta revela si estamos dispuestos a asumir la responsabilidad que sigue.

La Palabra ha sido pronunciada. Se ha extendido la invitación a la confianza. Ahora debemos considerar lo que sucede cuando esa Palabra comienza a moldear nuestras expectativas.

Porque recibir una promesa es una cosa.

Aprender a llevarla fielmente es otra cosa.

Y eso nos lleva a la siguiente etapa del viaje.

PARTE 03

El poder del acuerdo: cuando la fe dice sí a la Palabra de Dios



Comprender el acuerdo espiritual, la responsabilidad de la fe y el poder de la obediencia colectiva

Pasajes fundamentales: Lucas 1:38; Hebreos 11:1-6; Romanos 10:17; Santiago 1:22-25; Efesios 4:1-6

3.1 Cuando oír se convierte en creer

Hay una diferencia significativa entre escuchar la Palabra de Dios y permitir que la Palabra cambie la dirección de nuestra vida. A lo largo de nuestro viaje espiritual, podemos asistir a innumerables servicios, participar en estudios bíblicos, escuchar una poderosa predicación y familiarizarnos con las promesas registradas en las Escrituras. Incluso podemos experimentar momentos de tremenda emoción espiritual cuando un mensaje en particular habla directamente a nuestras circunstancias. Sin embargo, estar familiarizados con la Palabra de Dios no significa automáticamente que nos hayamos entregado a su autoridad. Llega un momento en que la verdad que hemos escuchado debe ir más allá de la comprensión intelectual y convertirse en una convicción que moldea nuestras decisiones, influye en nuestras relaciones y determina cómo respondemos a los desafíos de la vida. Aquí es donde comienza el acuerdo espiritual, no sólo en las palabras que hablamos durante un servicio de adoración, sino en la voluntad de nuestros corazones de aceptar lo que Dios ha revelado.

En su mensaje LA IGLESIA QUE DA A LUZ, pastor Vinny Azzolini hizo hincapié en que una congregación fecunda espiritualmente debe poseer tres características esenciales: debe ponerse de acuerdo con la Palabra, esperar lo que ha oído y llevar la promesa hasta el final de su gestación. Estos tres principios establecen un progreso que va mucho más allá de la emoción de recibir un mensaje alentador. El acuerdo establece nuestra respuesta a la autoridad de Dios, la expectativa moldea la forma en que abordamos el futuro, y la perseverancia determina si permanecemos fieles durante todo el proceso. El énfasis del predicador era particularmente significativo porque no estaba describiendo una iglesia que simplemente disfruta de experiencias espirituales. Él estaba describiendo una congregación dispuesta a aceptar la responsabilidad de participar en lo que Dios está llevando a cabo. Por lo tanto, una iglesia que da a luz debe convertirse en una comunidad en la que la Palabra de Dios no sólo se predica con convicción sino que también se recibe con humildad y se demuestra a través de la obediencia.

Uno de los mayores desafíos que enfrentamos es que la Palabra de Dios no siempre está de acuerdo con nuestra comprensión actual. A veces la Escritura confirma lo que ya creemos, pero otras veces contrasta con las suposiciones que hemos desarrollado a través de años de experiencia. Podemos creer que nuestros fracasos pasados nos han descalificado permanentemente de un servicio significativo, mientras que el evangelio revela el poder transformador de la gracia de Dios. Podemos pensar que algunas relaciones son irreparables, mientras que la Escritura nos exhorta a practicar el perdón, la humildad y la reconciliación siempre que sea posible. Podemos convencernos de que nuestros recursos son demasiado limitados para contribuir a la obra de Dios, mientras que el testimonio bíblico demuestra repetidamente que la fidelidad no se mide exclusivamente por el tamaño de nuestra contribución. En cada una de estas circunstancias, debemos decidir si nuestra comprensión seguirá siendo la autoridad final o si permitiremos que la Palabra de Dios corrija y modifique nuestra perspectiva.

Es por esto que el acuerdo espiritual nunca debe confundirse con simplemente expresar entusiasmo por algo que deseamos. No estamos de acuerdo con Dios cuando insistimos en que Él cumpla nuestras ambiciones personales. Estamos de acuerdo con Él cuando entregamos voluntariamente esas ambiciones a Su sabiduría y autoridad. La fe verdadera no trata de hacer que la Palabra de Dios se ajuste a nuestras expectativas; permite que nuestras expectativas sean transformadas por la Palabra de Dios. Esta distinción es esencial porque una iglesia puede entusiasmarse con la posibilidad de renacimiento,

multiplicación o expansión espiritual sin estar igualmente comprometida con las responsabilidades bíblicas que acompañan a esos deseos. Podemos celebrar la idea de llegar a cientos de nuevas familias, pero ¿estamos dispuestos a invertir el tiempo necesario en hacerlas discípulas? Podemos orar para que surjan nuevos líderes, pero ¿estamos dispuestos a guiarlos con paciencia y proporcionar oportunidades para su desarrollo? Podemos desear un poderoso movimiento del Espíritu Santo, pero ¿estamos dispuestos a renunciar a las actitudes, divisiones y preferencias personales que obstaculizan la unidad dentro del cuerpo de Cristo?

En última instancia, la evidencia de un acuerdo espiritual se encuentra en la forma en que respondemos a las instrucciones de Dios. Una iglesia que está de acuerdo con la Palabra debe convertirse en una iglesia que practica la Palabra. Nuestra adoración debe influir en nuestra conducta, nuestras oraciones deben influir en nuestras prioridades y nuestra comprensión de las Escrituras debe ser visible en nuestras relaciones. Cuando el acuerdo se convierte en un patrón de vida en lugar de una declaración ocasional, comenzamos a desarrollar la base espiritual necesaria para asumir mayores responsabilidades. Aquí es donde el mensaje de LA IGLESIA QUE DA A LUZ se vuelve profundamente personal, porque antes de poder participar en la multiplicación espiritual de una congregación, debemos permitir que la Palabra de Dios produzca una verdadera transformación en nosotros.

3.2 El acuerdo de María: entregarse a una palabra que excedió su comprensión

El relato de María en Lucas 1 ofrece una de las ilustraciones bíblicas más claras de lo que significa responder a la Palabra de Dios con auténtico acuerdo. Cuando el ángel Gabriel se le apareció a María, le anunció algo que no podía entender. Ella concebiría y daría a luz a Jesucristo, el Mesías prometido, cuyo reino no tendría fin. Este no era un anuncio ordinario sobre el futuro de su familia. Fue la revelación de un acontecimiento único en el plan redentor de Dios, uno que cambiaría el curso de la historia humana. María estaba siendo llamada a una responsabilidad que nunca había anticipado, y las implicaciones de esa llamada se extendían mucho más allá de sus circunstancias personales.

Lucas 1:38 (RVR1960)

> *Entonces María dijo: He aquí la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra. Y el ángel se fue de su presencia.*

La respuesta de María es aún más notable cuando consideramos la incertidumbre que rodeaba su futuro. Ella estaba casada con José, y el anuncio de su embarazo introduciría circunstancias que otros podrían tener dificultades para entender. No podía anticiparse plenamente a los desafíos que acompañarían su obediencia, ni podía saber todos los detalles del viaje que la esperaba. No obstante, ella se identificó como sierva del Señor y expresó su voluntad de recibir lo que Dios había dicho. Su acuerdo no se basó en tener una explicación completa del futuro. Se basó en su reconocimiento de que la Palabra de Dios era digna de confianza, incluso cuando el cumplimiento de esa Palabra excedeba su capacidad de entender.

Hay algo profundamente desafiante en este tipo de entrega porque naturalmente deseamos la certeza antes de aceptar la responsabilidad. Queremos saber cómo se desarrollarán las circunstancias, qué sacrificios se requerirán y si el resultado justificará las dificultades que podamos encontrar. A menudo nos

acercamos a la dirección de Dios con el deseo de negociar las condiciones de nuestra obediencia. Estamos dispuestos a servir, siempre que la responsabilidad no se vuelva demasiado exigente. Estamos dispuestos a perdonar, siempre que la otra persona admita todo el error. Estamos dispuestos a confiar, siempre y cuando las circunstancias comiencen a moverse en una dirección que tenga sentido para nosotros. Sin embargo, la respuesta de María se enfrenta a este enfoque condicional de la fe. Ella no pretendía entender todo, pero estaba dispuesta a someterse a Aquel que lo hizo.

Es importante reconocer que el acuerdo de María no creó la promesa a través del poder independiente de su declaración. La encarnación de Jesucristo fue la obra soberana de Dios, realizada mediante el poder del Espíritu Santo. La respuesta de María demostró que estaba dispuesta a participar en lo que Dios ya había anunciado. Esta distinción nos protege del malentendido del acuerdo espiritual como método para controlar los resultados divinos. No podemos hacer promesas hablando con confianza de nuestros deseos, ni podemos obligar a Dios a cumplir expectativas que Él no ha establecido. El acuerdo bíblico significa someterse a lo que Dios ha revelado, confiar en su carácter y responder fielmente a sus instrucciones.

Cuando aplicamos este principio en nuestra vida, descubrimos que el auténtico acuerdo a menudo requiere que renunciemos al deseo de controlar las circunstancias. Podemos estar orando para que nuestros hijos desarrollen una relación más profunda con Dios, pero no podemos controlar todas las decisiones que tomen. Podemos pedirle a Dios que restablezca las relaciones, pero no podemos obligar a otra persona a responder con arrepentimiento o reconciliación. Es posible que deseemos tener más oportunidades en el ministerio, pero no podemos determinar cuándo las tendremos. Lo que podemos hacer es permanecer fieles a las responsabilidades que las Escrituras nos dan. Podemos cultivar hogares amorosos, practicar el perdón, fortalecer nuestra vida de oración y seguir sirviendo con integridad. Como María, debemos aprender que el acuerdo con la Palabra de Dios comienza con la entrega a la autoridad de Dios.

Para una iglesia que espera una multiplicación espiritual, la respuesta de María establece un principio esencial. No podemos pedirle a Dios que cumpla Sus propósitos a través de nosotros mientras nos negamos a ceder a nuestras propias preferencias. El crecimiento espiritual requerirá cambios, sacrificios y responsabilidades que pueden desafiar nuestras rutinas familiares. Los nuevos creyentes necesitarán atención, las familias con dificultades necesitarán atención, y los líderes emergentes necesitarán paciencia y guía. Si nuestro acuerdo es genuino, debemos estar dispuestos a aceptar las responsabilidades asociadas con el futuro que estamos orando para ver. Las palabras "que me sea según tu palabra" deberían por tanto desafiarnos a considerar si estamos verdaderamente preparados para someternos a los propósitos de Dios, incluso cuando esa sumisión requiere más de lo que originalmente anticipamos.

3.3 La fe nace a través de la palabra y se fortalece a través de la obediencia

El apóstol Pablo establece una importante relación entre escuchar la Palabra de Dios y desarrollar fe. En el Romanos 10, explica la necesidad de anunciar el Evangelio para que la gente oiga el mensaje de la salvación y lo acepte. Su argumento revela que la fe no es simplemente el producto del optimismo humano o el aliento emocional. Se basa en la revelación de la verdad de Dios. Cuando escuchamos el evangelio, nos encontramos con el mensaje de Jesucristo, Su muerte, sepultura y resurrección, y la salvación hecha disponible a través de Él. Este mensaje nos llama a creer, arrepentirse y responder a la gracia de Dios. La Palabra proporciona el fundamento sobre el que se basa la fe genuina.

Romanos 10:17 (RVR1960)

> *Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios.*

Este pasaje desafía la idea de que la fe se puede sostener exclusivamente mediante la excitación espiritual. Las experiencias emocionales pueden animarnos, pero no pueden reemplazar el creciente entendimiento de las Escrituras. Si nuestra confianza en Dios depende enteramente de la atmósfera de un servicio en particular, es posible que tengamos dificultades cuando esa atmósfera ya no esté presente. Si nuestras expectativas se basan únicamente en declaraciones alentadoras que no comprenden la Biblia, podemos desanimarnos cuando las circunstancias no se desarrollan como esperábamos. Pero cuando nuestra fe está arraigada en la Palabra de Dios, desarrollamos un fundamento que permanece firme a pesar de las circunstancias cambiantes. Comenzamos a entender no sólo lo que Dios es capaz de hacer, sino también quién es Él, lo que promete y cómo nos llama a vivir.

Sin embargo, escuchar la Palabra es sólo el comienzo de la formación espiritual. Santiago advierte a los creyentes sobre el peligro de convertirse en oyentes sin hacerlos. Su preocupación es que las personas puedan poseer conocimiento de las instrucciones de Dios y no permitir que esas instrucciones influyan en su conducta. Esto produce una forma de autoengaño espiritual en la que el conocimiento de la verdad bíblica se confunde con la verdadera madurez. Es posible que sepamos la importancia del perdón sin practicarlo. Es posible que comprendamos la necesidad de orar sin desarrollar una vida de oración consistente. Podemos reconocer la responsabilidad bíblica de ser discípulos sin invertir en el crecimiento espiritual de otra persona. En cada caso, el problema no es necesariamente la falta de información, sino la falta de respuesta a la información que ya hemos recibido.

Santiago 1:22 (RVR1960)

> *Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos.*

Este principio se vuelve especialmente importante cuando consideramos la misión de la iglesia. Podemos desarrollar excelentes programas de enseñanza, organizar servicios de adoración significativos y proporcionar innumerables oportunidades para que la gente escuche el evangelio, pero si esas oportunidades no conducen a la obediencia y la madurez espiritual, algo esencial falta. El objetivo del discipulado no es simplemente producir gente que pueda repetir información bíblica. Es ayudar a los creyentes a desarrollar una relación genuina con Jesucristo, comprender Su Palabra y aplicar Sus enseñanzas en la vida cotidiana. Por lo tanto, una iglesia fecunda espiritualmente debe medir su salud no

sólo por el número de personas que asisten, sino también por la profundidad de los discípulos que se están formando.

Cuando pensamos en nuestras familias, la solicitud se vuelve aún más personal. Es posible que deseemos que nuestros hijos tengan fuertes convicciones bíblicas, pero esas convicciones son influenciadas por el ejemplo que observan en nuestros hogares. Si enseñamos la importancia de la oración sin dejarla de lado, creamos una contradicción entre nuestras palabras y nuestras prioridades. Si hablamos de perdón mientras permitimos que la amargura domine nuestras relaciones, debilitamos la credibilidad de nuestra enseñanza. Si animamos a nuestros hijos a confiar en Dios, pero continuamos respondiendo a las dificultades con desesperación y temor, estamos comunicando un mensaje que entra en conflicto con la fe que profesamos. Nuestras familias necesitan más que instrucciones bíblicas. Necesitan ser testigos de la transformación de la influencia de esa instrucción en nuestra vida diaria.

La fe crece a medida que nos exponemos continuamente a la Palabra y respondemos mediante la obediencia. Esto no significa que nuestra obediencia obtenga el favor de Dios o que la madurez espiritual se alcanza únicamente mediante el esfuerzo humano. Dependemos de la gracia de Dios y del poder transformador del Espíritu Santo. Sin embargo, las Escrituras nos invitan constantemente a participar en nuestro desarrollo espiritual a través de la oración, el estudio, la comunión, el arrepentimiento y la vida fiel. A medida que practicamos estas disciplinas, nuestra relación con Dios se profundiza y nuestra comprensión de su carácter se fortalece. Comenzamos a reconocer que la Palabra de Dios no es simplemente información destinada a animarnos. Es la verdad destinada a transformarnos.

3.4 Cuando la fe debe continuar sin pruebas visibles

Una de las dimensiones más difíciles del acuerdo espiritual es aprender a confiar en Dios cuando el cumplimiento de Sus propósitos aún no es visible. Naturalmente encontramos confianza en lo que podemos observar. Cuando las circunstancias mejoran, cuando las oraciones reciben respuestas inmediatas o cuando comienzan a abrirse oportunidades, es más fácil creer que se está haciendo progreso. Pero hay épocas en que las pruebas disponibles para nuestros sentidos parecen estar separadas de las promesas que encontramos en las Escrituras. Seguimos orando, sirviendo y creyendo, pero las circunstancias que nos rodean siguen siendo difíciles. Durante estas épocas, se desafía nuestra fe a basarse en el carácter de Dios en lugar de en la apariencia inmediata de nuestra situación.

Hebreos 11:1 (RVR1960)

> *Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve.*

El capítulo once de Hebreos introduce una colección notable de personas cuya fe se hizo visible a través de su respuesta a la Palabra de Dios. Noé preparó un arca para obedecer una advertencia acerca de acontecimientos que aún no habían ocurrido. Abraham dejó su país natal sin tener una comprensión completa de su destino. Sara recibió la fuerza de concebir porque consideraba fiel a Aquel que había prometido. Moisés rechazó los privilegios temporales de Egipto y se identificó con el pueblo de Dios. Estos individuos no demostraron fe simplemente expresando confianza. Su fe influyó en las decisiones que tomaron y en las responsabilidades que aceptaron.

Consideremos la experiencia de Noé. De acuerdo con Hebreos 11:7, respondió a la advertencia de Dios sobre cosas aún no vistas preparando un arca para la preservación de su familia. Su fe no eliminó la necesidad de prepararse. En cambio, su confianza en la Palabra de Dios motivó el trabajo necesario para responder a esa Palabra. Esto se convierte en una poderosa ilustración para una iglesia que espera crecimiento espiritual. No podemos simplemente declarar que creemos que Dios traerá a personas a nuestra congregación mientras descuidamos la responsabilidad de prepararnos para recibirlas. Si oramos por los nuevos creyentes, debemos desarrollar oportunidades de hacerse discípulos. Si esperamos que las familias experimenten la restauración, debemos cultivar relaciones y ministerios capaces de apoyarlas. Si deseamos multiplicarnos espiritualmente, debemos estar dispuestos a invertir en el desarrollo del liderazgo, la enseñanza bíblica y las estructuras prácticas necesarias para un ministerio saludable.

El viaje de Abraham nos da otra perspectiva importante. Cuando Dios le llamó a abandonar su país natal, Abraham no recibió una descripción completa de cada desafío que se encontraría. Su obediencia requirió que avanzara con confianza en Aquel que lo había llamado. Sin embargo, el cumplimiento de las promesas de Dios se desarrolló a través de un largo proceso que incluía incertidumbre, decepción y momentos en que Abraham y Sara luchaban por entender cómo se cumpliría la promesa. Su experiencia nos recuerda que la fe no siempre tiene un cumplimiento inmediato. A veces debemos seguir caminando con Dios mientras las circunstancias visibles permanecen inalteradas.

Esto es especialmente significativo cuando consideramos las oraciones que hacemos por nuestras familias. Podemos tener hijos que están luchando espiritualmente, seres queridos que se han alejado de la iglesia o relaciones que parecen resistir la reconciliación. En estas situaciones, debemos tener cuidado de no confundir la fe con la suposición de que podemos determinar el futuro de otra persona. No podemos garantizar las decisiones que tomen los demás, pero podemos seguir amando, orando, comunicando la verdad y demostrando el carácter de Cristo. Nuestra confianza se basa en la capacidad y la fidelidad de Dios, mientras que nuestra responsabilidad se basa en la obediencia.

La fe no exige que negemos la realidad. No nos pide fingir que el sufrimiento es insignificante o que toda dificultad es simplemente una ilusión. Más bien, nos invita a reconocer que nuestra comprensión de la realidad es incompleta sin reconocer la soberanía y la sabiduría de Dios. Es posible que no sepamos cómo se desarrollará una situación en particular, pero podemos saber que Dios sigue siendo digno de nuestra confianza. Es posible que no comprendamos el momento en que cumplirá sus propósitos, pero podemos seguir practicando lo que ordena su Palabra. Puede que no tengamos pruebas visibles de todos los resultados que deseamos, pero podemos permanecer fieles en las responsabilidades que hoy nos han sido confiadas. Este es el tipo de fe que prepara a una iglesia para llevar una responsabilidad espiritual a través de épocas de incertidumbre.

3.5 El acuerdo se pone a prueba cuando la palabra desafía nuestras preferencias

Hay una gran diferencia entre estar de acuerdo con un principio bíblico cuando es conveniente y permanecer comprometido con ese principio cuando requiere sacrificio personal. Podemos afirmar con entusiasmo la importancia de la unidad hasta que la unidad exige que renunciemos a una preferencia personal. Podemos celebrar el valor del perdón hasta que alguien nos decepciona profundamente. Es posible que reconozcamos la importancia de la generosidad hasta el punto de que dar requiere que reconsideremos nuestras prioridades. Podemos apoyar la idea de ser discípulos hasta que alguien necesite más paciencia, atención y aliento de lo que originalmente esperábamos. Estos momentos revelan si nuestro acuerdo está arraigado en la convicción genuina o en el entusiasmo temporal.

Jesús abordó esta tensión cuando desafió verbalmente a aquellos que reconocían su autoridad pero se rehusaban a obedecer sus instrucciones. En el Lucas 6:46 Preguntó por qué la gente lo llamaba Señor y no hacían lo que Él les ordenaba. La pregunta expone la contradicción que se produce cuando nuestro lenguaje religioso no corresponde con nuestra conducta. Es posible participar en la adoración, afirmar la sana doctrina y expresar entusiasmo por asuntos espirituales mientras se resiste a las implicaciones prácticas de seguir a Jesús. Pero la autoridad de Cristo no puede limitarse a los momentos en que Sus instrucciones coinciden con nuestras preferencias. Si Él es Señor, Su Palabra debe gobernar todas las dimensiones de nuestras vidas.

Este desafío se vuelve particularmente significativo en el contexto del crecimiento de la iglesia. A medida que una congregación se expande, surgen nuevas responsabilidades. Las diferentes generaciones pueden presentar diferentes expectativas con respecto al ministerio. Las familias de diversos orígenes culturales pueden introducir tradiciones y perspectivas desconocidas. Es posible que los nuevos creyentes necesiten instrucción paciente en temas que los cristianos maduros han comprendido durante años. Los ministerios pueden necesitar adaptar sus horarios, estructuras o métodos para servir a la gente de manera más efectiva. Estos desarrollos pueden causar incomodidad porque el crecimiento a menudo requiere que pasemos más allá de las rutinas familiares. Sin embargo, la incomodidad no indica automáticamente que algo está mal. A veces simplemente revela que nuestras preferencias están siendo desafiadas por responsabilidades que no hemos encontrado previamente.

Sin embargo, debemos tener cuidado de no confundir la fidelidad bíblica con la aceptación sin duda de cualquier cambio propuesto. El acuerdo espiritual no elimina la necesidad de discernimiento, responsabilidad o un liderazgo sabio. La iglesia debe evaluar continuamente sus prácticas de acuerdo con las Escrituras, y los líderes deben permanecer humildes y dispuestos a recibir consejo. Sin embargo, cuando una decisión es consistente con la verdad bíblica y apoya la misión de la iglesia, debemos examinar si nuestra resistencia proviene de una preocupación espiritual genuina o de una falta de voluntad para liberar lo familiar. Una iglesia que da a luz debe aprender a distinguir entre principios que no pueden ser comprometidos y métodos que pueden necesitar ser cambiados.

El apóstol Pablo aborda el corazón de este asunto en Filipenses 2:3-4, donde exhorta a los creyentes a rechazar la ambición egoísta y a considerar las necesidades de los demás. Su instrucción nos desafía a reconocer que el cuerpo de Cristo no puede funcionar correctamente cuando cada individuo insiste en la

preferencia personal como prioridad suprema. Las relaciones espirituales sanas requieren humildad, paciencia y disposición a servir más allá de nuestros intereses inmediatos. Cuando comprendemos que la iglesia pertenece a Jesucristo en lugar de a cualquier individuo o grupo de ministerio, nos volvemos más dispuestos a cooperar en la obra que Él nos ha confiado.

Para Tampa Life Church, este principio tiene una importancia especial porque una congregación multicultural y multigeneracional debe practicar continuamente el tipo de unidad que las Escrituras describen. Podemos venir de diferentes naciones, hablar diferentes idiomas y tener diferentes experiencias de la vida de la iglesia, pero nuestro compromiso compartido con Jesucristo debe permanecer más fuerte que esas diferencias. El acuerdo con la Palabra de Dios no borra nuestra diversidad. Nos da una base común sobre la cual esa diversidad puede contribuir a la misión del evangelio. Cuando aprendemos a valorarnos unos a otros, a escuchar con humildad y a priorizar el bienestar espiritual de toda la congregación, nos preparamos mejor para recibir y nutrir a las personas que Dios trae a nuestra congregación.

3.6 Un acuerdo espiritual debe convertirse en un compromiso compartido

El mensaje LA IGLESIA QUE DA A LUZ no se dirigió exclusivamente a los creyentes individuales. pastor Azzolini estaba hablando con Tampa Life como congregación, enfatizando que la iglesia debe aceptar colectivamente la responsabilidad asociada con la multiplicación espiritual. Esta dimensión corporativa del acuerdo es esencial porque la misión de la iglesia no se puede cumplir a través de los esfuerzos de una persona o un ministerio. Las Escrituras describen a los creyentes como miembros de un solo cuerpo, cada uno de los cuales posee responsabilidades que contribuyen a la salud y la eficacia del todo. Cuando reconocemos esta verdad, comenzamos a entender que el crecimiento espiritual requiere cooperación, aliento mutuo y sumisión compartida a la autoridad de Jesucristo.

Efesios 4:3-6 (RVR1960)

> *solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz;*
>
> *un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación;*
>
> *un Señor, una fe, un bautismo,*
>
> *un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos.*

La instrucción de Pablo revela que la unidad no es algo que los creyentes creen simplemente a través de un acuerdo organizativo. Está arraigada en la identidad espiritual que compartimos a través de Jesucristo. Sin embargo, esta unidad también debe preservarse activamente. La palabra esfuerzo comunica la importancia del esfuerzo intencional. Debemos estar dispuestos a proteger las relaciones, resolver conflictos, practicar la humildad y rechazar las actitudes que producen divisiones innecesarias. La unidad no se mantiene automáticamente simplemente porque las personas asisten a la misma iglesia. Requiere una madurez espiritual constante y un compromiso compartido con los principios de la Palabra de Dios.

Esto es especialmente importante cuando una congregación comienza a experimentar crecimiento o transición. Las nuevas personas traen nuevas necesidades, y las nuevas responsabilidades pueden crear presión sobre las estructuras existentes. Es posible que los profesores necesiten apoyo adicional, que los líderes del ministerio necesiten capacitación y que los voluntarios descubran que las exigencias del servicio están aumentando. Durante estas temporadas, la tentación de comparar, criticar o retirarse puede volverse más fuerte. Podemos empezar a centrarnos en lo que otros no están haciendo en lugar de reconocer nuestras propias oportunidades de contribuir. Podemos interpretar el éxito de otro ministerio como una competencia en lugar de celebrarlo como un crecimiento dentro del mismo cuerpo. Pero el acuerdo espiritual nos impide reconocer que la misión es mayor que cualquier función individual.

Una iglesia que verdaderamente está de acuerdo con la Palabra de Dios debe aprender a celebrar la fecundidad colectiva. Cuando alguien recibe el Espíritu Santo, toda la iglesia tiene razón para regocijarse. Cuando un nuevo creyente comienza a desarrollar madurez espiritual, cada ministerio que involucra en el viaje de esa persona ha contribuido a algo significativo. Cuando una familia experimenta la restauración, las oraciones, la enseñanza, el aliento y las relaciones que la apoyaron se convierten en parte de un testimonio compartido. Cuando surge un nuevo líder, debemos reconocer que su desarrollo fortalece a toda la congregación. Esta perspectiva nos protege de la suposición destructiva de que el éxito en el ministerio pertenece exclusivamente a la persona cuya obra es más visible.

El acuerdo también requiere que reconozcamos que la multiplicación espiritual no puede mantenerse sin el discipulado. La iglesia debe convertirse en algo más que un lugar donde la gente encuentra una poderosa predicación. Debe convertirse en una comunidad en la que las personas sean enseñadas, animadas, corregidas con amor y equipadas para el servicio. Esto significa que cada ministerio tiene un papel en crear un ambiente en el que el crecimiento espiritual pueda continuar. La hospitalidad ayuda a las personas a sentirse bienvenidas, la enseñanza proporciona fundamentos bíblicos, la oración fortalece la dependencia de Dios, el cuidado pastoral apoya a los que enfrentan dificultades, y la comunión crea relaciones que fomentan la perseverancia. Ninguna de estas responsabilidades debe considerarse insignificante porque cada una contribuye a la salud del cuerpo.

Cuando nuestro compromiso compartido con la Palabra de Dios se vuelve más fuerte que nuestras ambiciones personales, comenzamos a desarrollar el tipo de unidad necesaria para una fecundidad espiritual duradera. Dejamos de preguntar sólo cómo una decisión en particular afecta nuestras responsabilidades individuales y empezamos a considerar cómo contribuye a la misión de la iglesia. Nos volvemos más dispuestos a apoyar ministerios más allá de nuestra participación inmediata, más pacientes con aquellos que todavía están en desarrollo, y más intencionales sobre la preservación de las relaciones. Este es el tipo de acuerdo que prepara a una congregación no sólo para experimentar momentos de emoción espiritual, sino para llevar la responsabilidad continua de cuidar a la gente que Dios le ha confiado.

3.7 Nuestras palabras revelan si nuestros corazones están de acuerdo

Durante su sermón, pastor Azzolini hizo hincapié en la importancia de proteger la expectativa que Dios ha puesto dentro de la iglesia. Alentó a la congregación a rechazar conversaciones que socavaran la fe, introducirían miedo innecesario o causaran división. Este principio está profundamente relacionado con la enseñanza bíblica sobre el poder y la responsabilidad de nuestro habla. Las palabras no son insignificantes. Comunican lo que creemos, influyen en las actitudes de los que nos rodean y contribuyen a un ambiente en el que el crecimiento espiritual florece o se ve obstaculizado. Por lo tanto, una iglesia que desea cumplir fielmente los propósitos de Dios debe ser intencional sobre la forma en que sus miembros se comunican.

Proverbios 18:21 (RVR1960)

> *La muerte y la vida están en poder de la lengua, Y el que la ama comerá de sus frutos.*

Este proverbio nos recuerda que nuestras palabras pueden producir consecuencias que van mucho más allá del momento en que se dicen. Un comentario descuidado puede dañar la confianza que ha tardado años en desarrollarse. Las críticas repetidas pueden desalentar a alguien que ya está luchando. El chisme puede crear sospechas entre personas que antes tenían relaciones saludables. Por el contrario, un aliento sincero puede fortalecer a alguien que está perdiendo la esperanza, una disculpa sincera puede comenzar a restaurar una relación dañada, y una palabra de instrucción bíblica puede ayudar a alguien a reconocer una dirección que antes no había considerado. Nuestro habla es responsable porque influye tanto en nuestro propio corazón como en la de las personas que nos escuchan.

Santiago desarrolla este tema en el tercer capítulo de su epístola, donde compara la lengua a un pequeño fuego capaz de influir en algo mucho más grande. Su advertencia es particularmente relevante para la iglesia porque las comunidades espirituales dependen de la confianza, el amor y el aliento mutuo. Cuando las conversaciones se vuelven dominadas por celos, competencia, crítica y sospecha, las relaciones necesarias para un ministerio saludable comienzan a debilitarse. La gente duda en servir, los líderes se desaniman y los nuevos creyentes pueden encontrarse con actitudes que contradicen el evangelio que se predica. Una iglesia que da a luz no puede darse el lujo de ignorar las consecuencias espirituales de una comunicación no saludable.

Sin embargo, también debemos distinguir entre la negatividad destructiva y el discernimiento legítimo. Proteger la expectativa espiritual no significa negarse a reconocer los problemas o silenciar a las personas que plantean preocupaciones genuinas. La unidad bíblica no se mantiene mediante la negación. A veces la fidelidad requiere de conversaciones difíciles, corrección, responsabilidad y evaluación honesta. La diferencia radica en el espíritu y el propósito de nuestra comunicación. ¿Hablamos porque deseamos restaurar, comprender y crecer, o porque queremos socavar, avergonzar o dividir? ¿Están nuestras palabras basadas en la verdad y el amor, o están impulsadas por resentimiento y frustración personal? Estas preguntas nos ayudan a evaluar si nuestro habla refleja el carácter de Cristo.

En nuestras familias, la influencia de nuestras palabras es especialmente significativa. Los niños a menudo desarrollan su comprensión de la fe a través de las conversaciones que escuchan en casa. Si nuestras discusiones sobre la iglesia están constantemente llenas de crítica y amargura, no debemos

sorprendernos cuando luchan por desarrollar un sano aprecio por la comunidad espiritual. Si continuamos describiendo nuestras circunstancias como sin esperanza, podemos enseñarles involuntariamente a abordar las dificultades sin confiar en la fidelidad de Dios. Pero cuando hablamos con honestidad sobre los desafíos mientras mantenemos la oración, la gratitud, la humildad y la confianza, demostramos que entendemos la fe más maduros. Mostramos que creer en Dios no requiere fingir que la vida es fácil, sino que requiere rechazar que la amargura y la desesperación se conviertan en las voces dominantes en nuestros hogares.

Una iglesia que da a luz debe cultivar un discurso que fortalezca la misión en lugar de socavarla. Debemos ser personas que animen a los que sirven, oren por los que luchan, corregir con compasión y celebrar el desarrollo espiritual de los demás. Nuestras palabras deben reflejar la verdad que decimos creer. Si esperamos que Dios funcione en nuestras familias, debemos hablar de nuestros seres queridos con esperanza y dignidad. Si deseamos la unidad, debemos rechazar conversaciones que destruyan innecesariamente las relaciones. Si creemos en el discipulado, debemos usar nuestras palabras para enseñar y alentar, en lugar de simplemente criticar las debilidades. De esta manera, el acuerdo espiritual se hace visible no sólo a través de declaraciones públicas sino también a través de las conversaciones ordinarias que dan forma a la cultura de nuestra iglesia.

3.8 Acuerdo en nuestras familias: Cuando la fe se convierte en un ejemplo diario

Uno de los lugares más importantes donde el acuerdo espiritual debe hacerse visible es en nuestros hogares. Es posible participar activamente en la iglesia mientras permitimos que nuestras relaciones familiares permanezcan desconectadas de los principios que profesamos. Podemos mostrar entusiasmo durante la adoración, pero responder con impaciencia a los más cercanos a nosotros. Podemos hablar con confianza acerca de la fidelidad de Dios mientras permitimos que el miedo domine nuestras decisiones. Podemos enseñar a nuestros hijos la importancia de los valores bíblicos sin demostrarlos constantemente a través de nuestra conducta. Estas contradicciones nos recuerdan que el acuerdo espiritual no se puede limitar a un ambiente de servicio en la iglesia. Debe influir en las relaciones y responsabilidades que ocupan la mayor parte de nuestra vida diaria.

La declaración de Josué en Josué 24:15 es un ejemplo poderoso de compromiso familiar intencional. Estando delante de Israel durante un momento de renovación del pacto, Josué desafió al pueblo a rechazar la idolatría y servir fielmente al Señor. Su declaración de que él y su casa servirían al Señor comunicaba una clara dirección espiritual. Entendía que la fidelidad requería más que reconocer la existencia de Dios. Exigió una decisión deliberada sobre a quién debían adorar y obedecer. Para nuestras familias, este principio nos impone examinar si nuestros hogares poseen un compromiso reconocible con la Palabra de Dios.

Un hogar espiritual sano no es necesariamente aquel en el que todas las relaciones estén libres de conflicto o en el que todos los miembros hayan alcanzado el mismo nivel de madurez. Las familias experimentan desacuerdos, decepciones, luchas emocionales y cambios en las estaciones. Incluso los creyentes sinceros cometen errores. La diferencia es que un hogar conformado por la Palabra de Dios aprende a responder a esos desafíos mediante arrepentimiento, perdón, humildad y amor. Cuando

estamos equivocados, debemos estar dispuestos a reconocerlo. Cuando surge un conflicto, debemos buscar el entendimiento en lugar de atribuir inmediatamente la culpa. Cuando alguien está luchando, debemos mostrar compasión sin abandonar la verdad. Estas expresiones comunes de fe pueden tener una mayor influencia en nuestros hijos que muchas lecciones formales porque revelan cómo se ven los principios bíblicos en la vida real.

También debemos recordar que el acuerdo espiritual dentro de una familia no puede ser forzado a través de la presión o la manipulación. Cada persona debe responder personalmente a Dios. Los padres tienen la responsabilidad de enseñar, guiar y ser ejemplos de la verdad bíblica, pero no pueden controlar todas las decisiones que sus hijos tomen. Los cónyuges pueden animarse mutuamente espiritualmente, pero la fe verdadera debe permanecer arraigada en la convicción personal. Cuando los miembros de la familia están luchando o se han alejado de la iglesia, nuestra responsabilidad es seguir amándolos, orando por ellos, comunicando la verdad con sabiduría y manteniendo límites apropiados. Debemos resistir la tentación de confundir el control con el liderazgo espiritual.

Este entendimiento es particularmente importante cuando llevamos expectativas a largo plazo para nuestras familias. Es posible que hayamos orado durante años acerca de la salvación de un ser querido, el restablecimiento de una relación o la dirección espiritual de nuestros hijos. Durante estas épocas, no debemos permitir que la decepción destruya las mismas relaciones a través de las cuales esperamos demostrar el amor de Cristo. Nuestras palabras y acciones deben comunicar que nuestro amor no depende de la respuesta espiritual inmediata de otra persona. Podemos seguir comprometidos con la verdad bíblica y al mismo tiempo mostrar paciencia, bondad y compasión.

Cuando nuestros hogares se convierten en ambientes donde se respeta la Escritura, se practica la oración y se demuestra el perdón, comenzamos a crear una base para el crecimiento espiritual de generaciones. Esto no garantiza que cada miembro de la familia tome las decisiones que deseamos, pero cumple una importante responsabilidad que nos ha sido confiada. Estamos llamados a ser testigos fieles de Jesucristo dentro de nuestros hogares. Si deseamos ver a nuestros hijos y a las generaciones futuras desarrollar una verdadera relación con Dios, debemos permitir que esa relación forme la forma en que vivimos hoy. Una iglesia que da a luz es fortalecida por familias que entienden esta responsabilidad, porque la salud espiritual de una congregación está profundamente influenciada por los hábitos espirituales practicados más allá de sus muros.

3.9 Llevar la promesa requiere más que un sí inicial

pastor Azzolini La declaración de que una iglesia que da a luz debe llevar la promesa de un término completo introduce una de las dimensiones más desafiantes del acuerdo espiritual. Es posible que respondamos con entusiasmo cuando recibimos una Palabra alentadora por primera vez, pero para permanecer fieles durante un proceso prolongado se requiere un mayor nivel de compromiso. La emoción de un nuevo comienzo a menudo crea energía y motivación, sin embargo, a medida que aumentan las responsabilidades y surgen dificultades, ese entusiasmo inicial puede comenzar a disminuir. Descubrimos que las promesas que celebramos pueden implicar sacrificios que no anticipamos plenamente. Aquí es donde la perseverancia se vuelve esencial, porque el acuerdo que sólo existe mientras las circunstancias son favorables no es suficiente para sostener una responsabilidad espiritual a largo plazo.

Hebreos 10:36 (RVR1960)

> *porque os es necesaria la paciencia, para que habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa.*

El escritor de Hebreos estaba animando a los creyentes que habían sufrido dificultades por su fe. Necesitaban perseverancia para no abandonar su confianza en Cristo. El pasaje nos recuerda que la perseverancia espiritual no es simplemente la capacidad de tolerar inconvenientes. Es la voluntad de permanecer fiel a Dios incluso cuando la obediencia es costosa. Este principio es particularmente significativo porque a menudo asociamos las promesas divinas con el gozo de su cumplimiento mientras ignoramos la responsabilidad de permanecer obedientes durante el proceso.

Las imágenes de embarazo utilizadas en LA IGLESIA QUE DA A LUZ nos ayuda a entender esta responsabilidad. Una madre no lleva a un niño sólo en los momentos en que el embarazo se siente emocionante. El proceso implica cambios físicos, molestias, preparación y mayor responsabilidad. La expectativa de una nueva vida da sentido al proceso, pero no elimina los desafíos asociados con él. De manera similar, los compromisos espirituales a menudo requieren que permanezcamos fieles mucho tiempo después de que se haya desvanecido la emoción que teníamos al principio. Un ministerio puede comenzar con gran entusiasmo, pero su eficacia continua dependerá de un servicio constante. Un programa de discipulado puede comenzar con una fuerte participación, pero su impacto duradero requerirá maestros que se preparan fielmente, líderes que se mantengan responsables y creyentes que continúen invirtiendo en otros.

Aquí es donde la iglesia debe aprender a valorar la consistencia tanto como la inspiración. Naturalmente celebramos momentos extraordinarios, y no hay nada malo en regocijarnos cuando Dios se mueve poderosamente. Pero gran parte de la salud espiritual de una congregación se mantiene a través de actos comunes de fidelidad que rara vez atraen la atención pública. Alguien prepara una lección bíblica después de una semana de trabajo exigente. Otra persona visita a una familia que tiene dificultades. Un voluntario llega temprano para preparar un aula. Un padre pasa tiempo orando con su hijo. Un creyente maduro anima a alguien que está luchando por mantenerse conectado con la iglesia. Estas acciones pueden parecer pequeñas cuando se consideran individualmente, pero juntas crean el entorno en el que se puede fomentar el crecimiento espiritual.

También debemos reconocer que perseverar no significa mantener obstinadamente todos los planes sin importar las circunstancias. A veces la sabiduría requiere ajuste, corrección o cambio de dirección. La clave es seguir siendo fieles a los principios revelados de Dios mientras ejercemos humildad con respecto a nuestros propios métodos y expectativas. Nunca debemos confundir la determinación personal con la instrucción divina. Si una estrategia en particular es ineficaz, podemos evaluarla honestamente sin abandonar la misión de hacer discípulos. Si un ministerio requiere una reestructuración, podemos hacer los cambios necesarios mientras seguimos sirviendo fielmente. Si las circunstancias cambian de lo que esperábamos, podemos buscar la sabiduría de Dios en lugar de suponer que cada ajuste representa un fracaso.

Una iglesia que da a luz entiende que la multiplicación espiritual requiere perseverancia. No podemos construir un sano discipulado solo con el entusiasmo ocasional. Debemos seguir comprometidos con la

enseñanza, la oración, la comunión, la evangelización y el cuidado pastoral a lo largo de las temporadas cambiantes. La voluntad de asumir responsabilidades cuando se vuelven exigentes es una de las expresiones más claras de auténtico acuerdo. No estamos simplemente diciendo que sí a la posibilidad de crecimiento. Estamos diciendo que sí a la obra necesaria para alimentar fielmente ese crecimiento.

3.10 Cuando el acuerdo se convierte en cultura de la Iglesia

El objetivo final del acuerdo espiritual no es crear una congregación que simplemente repita las mismas declaraciones durante la adoración. Es desarrollar una comunidad cuyas convicciones compartidas influyen en sus relaciones, prioridades y misión. Cuando la Palabra de Dios se convierte en el fundamento de nuestra identidad colectiva, comenzamos a abordar el ministerio de manera diferente. Ya no medimos el éxito espiritual únicamente por la asistencia o el reconocimiento público. Nos preocupa más si la gente está creciendo en su relación con Jesucristo, si las familias se están fortaleciendo, si los nuevos creyentes están recibiendo instrucciones bíblicas, y si nuestra iglesia cumple fielmente su responsabilidad de anunciar el evangelio.

La iglesia primitiva ofrece un ejemplo convincente de este tipo de compromiso compartido. Después del derramamiento del Espíritu Santo en el Día de Pentecostés, los creyentes continuaron firmemente en la doctrina de los apóstoles, la comunión, la partición del pan y las oraciones. Su experiencia espiritual no se limitó a la habitación de arriba ni al momento de la predicación de Pedro. Se convirtió en un patrón de vida que influyó en sus relaciones, posesiones, adoración y responsabilidades diarias. Hechos 2 describe una comunidad donde los creyentes comparten recursos, se cuidan unos a otros y continúan reuniéndose con unidad y alegría. Su fe no era simplemente un conjunto de convicciones individuales. Se convirtió en una forma de vida compartida.

Hechos 2:42 (RVR1960)

> *Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones.*

Este versículo revela que la vitalidad espiritual de la iglesia primitiva se mantuvo mediante un compromiso constante. Los creyentes no simplemente experimentaron Pentecostés y luego regresaron a una vida que no cambió. Continuaron estudiando, orando, reuniéndose y sirviendo juntos. Su acuerdo con el evangelio produjo una comunidad donde el crecimiento espiritual podía desarrollarse. Esto debería desafiarnos a considerar qué tipo de cultura estamos construyendo dentro de nuestra propia congregación. ¿Estamos desarrollando un ambiente en el que los nuevos creyentes puedan hacer preguntas sin temor a la vergüenza? ¿Estamos animando a los cristianos maduros a invertir en aquellos que todavía están aprendiendo? ¿Estamos creando oportunidades para que personas de diferentes generaciones y orígenes culturales desarrollen relaciones significativas? ¿Estamos ayudando a las personas a reconocer que tienen un papel valioso en el cuerpo de Cristo?

Para Tampa Life Church, el mensaje de convertirse en una iglesia que da a luz debe inspirar un compromiso renovado con estas responsabilidades. Debemos desear ver a la gente arrepentirse, ser bautizados en el nombre de Jesucristo, y recibir el don del Espíritu Santo. Pero nuestra responsabilidad no termina cuando alguien responde al evangelio. Ese momento marca el comienzo de un viaje de

discipulado en el que toda la iglesia tiene la oportunidad de participar. Los nuevos creyentes necesitan ánimo, comprensión bíblica, relaciones saludables y oportunidades para desarrollar madurez espiritual. Las familias necesitan apoyo mientras aprenden a establecer hábitos de oración y obediencia. Los líderes emergentes necesitan orientación y responsabilidad. Una iglesia fecunda espiritualmente debe estar preparada para proveer este cuidado consistentemente.

A medida que nuestra congregación crece, también debemos protegernos de la tentación de dejar que la expansión de la organización sustituya la profundidad espiritual. Los programas y las estructuras son valiosos cuando apoyan la misión, pero no pueden sustituir las relaciones genuinas o la dependencia del Espíritu Santo. Podemos desarrollar excelentes sistemas para recibir a los huéspedes, organizar clases y coordinar el ministerio, pero estos sistemas deben permanecer conectados con el propósito bíblico de hacer discípulos. La iglesia no es simplemente una institución que busca una mayor eficiencia. Es el cuerpo de Cristo, llamado a anunciar su evangelio y demostrar su amor.

Cuando el acuerdo se convierte en una cultura de fidelidad, la iglesia desarrolla la capacidad de nutrir la vida espiritual a través de generaciones. Los creyentes mayores invierten su sabiduría en discípulos más jóvenes. Las familias se alientan mutuamente. Los líderes del ministerio cooperan en lugar de competir. Las personas de diferentes culturas encuentran unidad en su fe común. Los nuevos creyentes no son tratados como visitantes temporales, sino como bienvenidos en una familia espiritual donde pueden crecer. Este es el tipo de ambiente que refleja la misión de la iglesia del Nuevo Testamento.

La conclusión de Hechos 2:47 nos recuerda que el Señor añadió a la iglesia a los que estaban siendo salvos. Esta afirmación establece un equilibrio importante entre la actividad divina y la responsabilidad humana. Los creyentes estaban comprometidos con la doctrina, la comunión, la oración y la vida compartida, pero Dios seguía siendo la fuente del crecimiento espiritual. Podemos prepararnos, enseñarnos, organizarnos y servir, pero nunca debemos suponer que solo el esfuerzo humano produce vida espiritual. Nuestra responsabilidad es la fidelidad, y nuestra confianza descansa en el Señor que construye su iglesia.

Sección 3 Conclusión: El acuerdo debe convertirse en una forma de vida

El mensaje de LA IGLESIA QUE DA A LUZ nos obliga a reconocer que recibir la Palabra de Dios es sólo el comienzo de nuestra responsabilidad espiritual. María demostró su consentimiento mediante la entrega, Noé expresó su fe mediante la preparación, Abraham respondió mediante la obediencia, y la iglesia primitiva reveló su compromiso mediante la continua devoción a la doctrina apostólica, la comunión y la oración. Estos ejemplos nos recuerdan que la fe verdadera nunca se trata de una creencia abstracta que no está relacionada con la vida cotidiana. Debe influir en las prioridades que damos, influir en nuestras relaciones y guiar nuestra respuesta a las responsabilidades que Dios nos ha confiado.

Para nuestras familias, esto significa permitir que la Escritura se convierta en algo más que una colección de versículos que citamos en momentos difíciles. La Palabra de Dios debe influir en la forma en que nos comunicamos, resolver conflictos, mostrar perdón y guiar a la próxima generación. No podemos controlar todas las decisiones que tomen nuestros seres queridos, pero podemos cultivar fielmente un ambiente en el que el carácter de Cristo se demuestre constantemente. Cuando nuestros hijos ven la humildad, la

integridad, la paciencia y la oración practicadas en nuestros hogares, encuentran un ejemplo vivo de la fe que profesamos.

Para nuestra iglesia, el acuerdo significa abrazar un compromiso compartido con la misión de Jesucristo. Debemos estar dispuestos a apoyar el discipulado, invertir en el desarrollo del liderazgo, proteger la unidad y hacer espacio para las personas que Dios trae a nuestra comunidad. La multiplicación espiritual requerirá más que servicios poderosos y declaraciones inspiradoras. Necesitará paciencia, sacrificio, cooperación y disposición a servir fielmente cuando la obra se vuelva exigente. Debemos entender que la responsabilidad de nutrir la vida espiritual pertenece a todo el cuerpo, no sólo a los que ocupan posiciones visibles de liderazgo.

Sobre todo, debemos recordar que el acuerdo con la Palabra de Dios no es un intento de controlar el futuro mediante nuestras declaraciones. Es una respuesta de fe a Aquel que posee autoridad sobre el futuro. Podemos orar con valentía, esperar que Dios trabaje, y permanecer confiados en Su poder mientras todavía sometemos nuestros deseos a Su sabiduría. Nuestra confianza no se basa en nuestra capacidad de predicir todo lo que sucederá, sino en la fidelidad del Señor que nos ha llamado a seguir su camino.

Por lo tanto, una iglesia que da a luz no es simplemente una congregación que espera que suceda algo extraordinario. Es una iglesia dispuesta a prepararse espiritualmente para las responsabilidades que acompañan a la obra de Dios. Es una comunidad que valora la obediencia más que la emoción, la unidad más que el reconocimiento personal y la fidelidad más que los resultados inmediatos. Es un pueblo que entiende que las promesas de Dios no sólo deben inspirar nuestra imaginación sino que también deben transformar nuestra forma de vivir.

La profundidad de nuestro acuerdo con la Palabra de Dios se revela no sólo por lo que creemos que Él puede lograr, sino también por nuestra voluntad de obedecerlo mientras se desarrollan Sus propósitos.

Y esto nos lleva a la siguiente etapa esencial del viaje. Una vez que hemos recibido la Palabra, hemos aceptado su autoridad y nos hemos comprometido a la obediencia fiel, debemos aprender a navegar entre la promesa y el cumplimiento. Debemos entender por qué esperar no es necesariamente una pérdida de tiempo, cómo la madurez espiritual se desarrolla a través de la perseverancia, y por qué la preparación es esencial cuando esperamos que Dios realice algo más grande de lo que vemos actualmente.

PARTE 04

La gestación de una promesa: lo que Dios desarrolla mientras esperamos



Comprender el tiempo divino, la madurez espiritual y la obra oculta de Dios entre la promesa y el cumplimiento

Pasajes fundamentales: Génesis 21:1-7; Hebreos 6:12-15; Santiago 1:2-4; Gálatas 6:9; Eclesiastés 3:1; Isaías 40:31

4.1 Cada promesa tiene un proceso

Una de las lecciones más difíciles que debemos aprender en nuestra relación con Dios es que recibir una promesa no significa necesariamente experimentar su cumplimiento inmediatamente. Es natural que asociemos la Palabra de Dios con la acción, la transformación y los resultados visibles. Cuando escuchamos un mensaje que fortalece nuestra fe o descubrimos una promesa de las Escrituras que habla directamente a nuestras circunstancias, algo dentro de nosotros comienza a anticiparse a un cambio. Imaginamos cómo sería nuestra vida cuando esa promesa se haga realidad, y a menudo desarrollamos expectativas sobre cómo y cuándo cumplirá Dios sus propósitos. Sin embargo, las Escrituras demuestran repetidamente que puede haber un período significativo entre el momento en que Dios habla y el momento en que se cumple Su Palabra. Durante ese período, nuestra fe es cuestionada, nuestro entendimiento se expande y nuestra madurez espiritual se desarrolla.

En su mensaje LA IGLESIA QUE DA A LUZ, pastor Vinny Azzolini introdujo una poderosa ilustración tomada del proceso natural del embarazo. Recordó a la congregación que una promesa tiene un período de gestación. Al igual que un niño se desarrolla en el vientre antes de nacer, hay épocas en que los propósitos de Dios se desarrollan aunque su cumplimiento aún no sea visible. El predicador describió la experiencia de ver a su esposa llevar a sus hijos, recordando la incomodidad, la anticipación, los cambios físicos y la preparación que acompañaban cada embarazo. La llegada de un niño fue un momento de tremenda alegría, pero ese momento fue precedido por meses de desarrollo. El niño no comenzó a existir el día del parto. La vida ya se había desarrollado mucho antes de que la familia pudiera sostener al bebé en sus brazos.

Esta ilustración introduce un principio espiritual importante: la ausencia de un cumplimiento visible no significa necesariamente la ausencia de actividad divina. A menudo evaluamos el progreso de acuerdo a lo que podemos observar, pero la obra de Dios no se limita a lo que nuestros sentidos naturales pueden reconocer inmediatamente. Hay épocas en que Él desarrolla nuestro carácter, fortalece nuestras convicciones, profundiza nuestro entendimiento de las Escrituras y nos prepara para responsabilidades que aún no hemos encontrado. Podemos interpretar estas estaciones como períodos de inactividad porque las circunstancias que nos rodean parecen no cambiar, pero la formación espiritual puede tener lugar incluso cuando los resultados externos siguen siendo limitados.

Sin embargo, debemos abordar esta ilustración con discernimiento bíblico. El embarazo sigue un proceso biológico reconocible, pero las Escrituras no enseñan que cada expectativa personal posea un período de gestación espiritual predeterminado. Tampoco todo retraso garantiza que se acerca un resultado determinado. La metáfora es valiosa porque nos ayuda a entender la paciencia, la preparación y el desarrollo, pero no debe convertirse en una fórmula a través de la cual tratamos de predecir el tiempo de Dios. Nuestra confianza debe permanecer basada en lo que Dios ha revelado a través de Su Palabra en lugar de en suposiciones sobre el significado de cada circunstancia.

La lección más profunda es que a Dios le importa no sólo lo que recibimos sino también lo que nos hacemos. Podemos desear mayores oportunidades en el ministerio mientras Dios nos enseña a servir fielmente en responsabilidades que parecen pequeñas. Podemos orar por familias más fuertes mientras aprendemos a practicar el perdón, la paciencia y el amor constante. Podemos pedirle a Dios que expanda la influencia de nuestra iglesia mientras descubrimos la importancia del discipulado, el desarrollo del

liderazgo y la unidad. En cada una de estas situaciones, el proceso mismo se convierte en una oportunidad para el crecimiento espiritual. No estamos simplemente esperando que algo suceda a nuestro alrededor. Estamos siendo desafiados a dejar que la Palabra de Dios cumpla algo dentro de nosotros.

Por lo tanto, una iglesia que da a luz debe aprender a valorar la formación espiritual tanto como la multiplicación visible. No podemos centrarnos tanto en la emoción del crecimiento futuro que descuidemos las responsabilidades del presente. Si creemos que Dios nos está llamando a llegar a más personas, debemos esforzarnos por fortalecer nuestra capacidad de hacerlos discípulos. Si deseamos ver la restauración de las familias, debemos cultivar una comunidad en la que haya consejos bíblicos, oración, compasión y relaciones saludables. Si esperamos que surjan nuevos líderes, debemos invertir en el desarrollo de los que ya sirven entre nosotros. La temporada de espera nunca debe convertirse en una excusa para la inactividad. Debería convertirse en una oportunidad para prepararnos fielmente para las responsabilidades asociadas con la misión que Dios nos ha confiado.

4.2 Abraham y Sara: Cuando la promesa supera nuestras expectativas

La historia de Abraham y Sara ofrece uno de los ejemplos bíblicos más significativos de la relación entre la promesa divina y la prolongada espera. Cuando Dios llamó a Abram en Génesis 12 y le prometió hacer de él una gran nación, y bendecir por él a las familias de la tierra. Sin embargo, en el momento de esa llamada, Abram y Sarai no tenían el hijo por medio del cual la familia prometida continuaría. La promesa estableció una expectativa que parecía cada vez más difícil de reconciliar con sus circunstancias a medida que pasaban los años. Su viaje demuestra que recibir una verdadera promesa de Dios no elimina los desafíos asociados con esperar su cumplimiento.

En el Génesis 15 Dios reafirmó Su promesa al dirigir la atención de Abram hacia las estrellas y declaró que sus descendientes serían extremadamente numerosos. Abram creyó en el Señor, y la Escritura dice que le fue contado por su fe como justicia. Sin embargo, el nacimiento de Isaac no ocurrió inmediatamente. Abraham y Sara continuaron envejeciendo, y la posibilidad natural de tener un hijo se hizo cada vez más remota. El paso del tiempo intensificó la tensión entre lo que Dios había dicho y lo que parecían indicar sus circunstancias. Habían recibido una promesa concerniente a las generaciones futuras, pero su realidad actual seguía marcada por la falta de hijos.

El relato bíblico no presenta a Abraham y a Sara como personas que navegaron en este proceso sin dificultad. En el Génesis 16, Sara propuso que Abraham tuviera un hijo a través de Agar, su sirvienta. Esta decisión reflejaba un intento de abordar sus circunstancias a través de la iniciativa humana, pero introdujo dolorosas complicaciones en su hogar. Su experiencia revela un peligro que sigue siendo relevante para nosotros: cuando el cumplimiento parece retrasado, podemos ser tentados a cumplir con nuestros propios métodos lo que creemos que Dios ha prometido hacer. Es posible que empecemos a manipular las circunstancias, a forzar oportunidades o a tomar decisiones motivadas más por impaciencia que por la sabiduría bíblica.

Esto no quiere decir que esperar fielmente requiera que evitemos tomar medidas. Abraham mismo demostró obediencia activa durante todo su viaje. La diferencia es entre la acción responsable que sigue sometida a las instrucciones de Dios y los intentos de controlar un resultado mediante métodos que

contradicen Su voluntad. Cuando nos volvemos impacientes, podemos comenzar a tratar la promesa como algo que debemos fabricar en lugar de como algo que debemos administrar fielmente. Podemos comprometer nuestras convicciones para lograr un crecimiento en el ministerio, presionar a las personas para que produzcan las respuestas espirituales que deseamos, o tomar decisiones financieras y organizativas que exceden nuestras responsabilidades porque creemos que el resultado deseado justifica el riesgo. La experiencia de Abraham y Sara nos recuerda que la fe sincera no hace que todas las estrategias sean sabias.

Finalmente, el Señor cumplió su promesa.

Génesis 21:1-2 (RVR1960)

> *Visitó Jehová a Sara, como había dicho, e hizo Jehová con Sara como había hablado. Y Sara concibió y dio a Abraham un hijo en su vejez, en el tiempo que Dios le había dicho.*

La redacción de este pasaje es especialmente significativa. La Escritura enfatiza que el Señor actuó como había dicho y como había hablado. El cumplimiento de la promesa dependía de la fidelidad de Dios. El pasaje también identifica el nacimiento como ocurriendo en el tiempo designado. Abraham y Sara habían esperado durante años, pero el momento en que nació Isaac no fue determinado por su ansiedad, impaciencia o intentos de controlar la situación. Dios cumplió lo que había dicho.

Cuando examinamos este relato en relación con nuestra propia vida espiritual, debemos reconocer tanto su aliento como sus limitaciones. Abraham y Sara recibieron una promesa específica de Dios acerca de Isaac. No podemos aplicar automáticamente su experiencia como garantía de que todos los deseos que llevamos eventualmente se cumplirán de la misma manera. Sin embargo, su historia revela la fidelidad de Dios y la importancia de seguir dependiendo de su sabiduría. Nos enseña que las promesas divinas no son inválidas simplemente porque su cumplimiento requiere tiempo, y nos advierte de no permitir que la impaciencia nos lleve a tomar decisiones que comprometan nuestra obediencia.

Para nuestras familias, esta lección se vuelve especialmente significativa cuando estamos llevando preocupaciones que han permanecido sin resolver durante años. Quizás oremos por seres queridos que se han alejado de Dios, por relaciones que necesitan ser restauradas o por hijos que toman decisiones que nos preocupan profundamente. En estas situaciones debemos resistir la tentación de controlar lo que pertenece a la responsabilidad de otra persona. Podemos continuar orando, amando, enseñando y demostrando el carácter de Cristo, pero no podemos forzar una transformación espiritual. Debemos mantener nuestra confianza en la capacidad de Dios para trabajar mientras nuestras acciones permanecen consistentes con Su Palabra.

Para la iglesia, la experiencia de Abraham y Sara nos recuerda que el crecimiento espiritual no se puede fabricar a través de la impaciencia. Es posible que deseemos ver un mayor crecimiento numérico, un mayor número de ministros y una mayor influencia en nuestra comunidad, pero nunca debemos sacrificar la fidelidad bíblica en la búsqueda de esos resultados. Una iglesia que se obsesiona con los resultados inmediatos puede comenzar a medir el éxito a través de la apariencia en lugar de la madurez espiritual genuina. Debemos recordar que el Señor nos llama a hacer discípulos, no sólo a producir estadísticas impresionantes. El proceso de construir relaciones espirituales saludables requiere paciencia, consistencia y disposición a confiar en Dios con el aumento.

4.3 La temporada oculta no es necesariamente una temporada perdida

Una de las experiencias más desalentadoras de la vida es invertir tiempo y esfuerzo en algo sin ver resultados inmediatos. Vivimos en un mundo donde el progreso a menudo se mide a través de logros visibles, proyectos completados, crecimiento financiero y logros medibles. Esta forma de pensar puede influir en nuestra vida espiritual, haciéndonos suponer que las estaciones sin progresos obvios son estaciones sin propósito. Podemos comenzar a cuestionar si nuestras oraciones son importantes, si nuestro servicio hace una diferencia, o si las responsabilidades que hemos aceptado producen frutos significativos.

Sin embargo, la Escritura nos exhorta repetidamente a reconocer el valor de la fidelidad incluso cuando sus resultados no son inmediatamente visibles. El desarrollo de la madurez espiritual a menudo se realiza a través de actos ordinarios de obediencia que parecen insignificantes cuando se consideran individualmente. Un creyente que estudia constantemente las Escrituras puede no reconocer cuán profundamente esta práctica está moldeando su pensamiento hasta que se encuentra con una situación que requiere sabiduría bíblica. Un padre que ora fielmente con sus hijos puede no percibir inmediatamente la influencia a largo plazo de esos momentos. Un maestro que invierte en un pequeño grupo de discípulos puede no saber cómo esos individuos influirán eventualmente en otros. Gran parte de la obra que produce fruto espiritual duradero se lleva a cabo en silencio, fuera de la atención de la congregación más grande.

Jesús usó imágenes agrícolas para explicar el desarrollo misterioso del reino de Dios. En Marcos 4:26-29, Él describió a un hombre que esparcía semillas en el suelo y luego continuaba su rutina ordinaria mientras la semilla crecía. El agricultor no entiende completamente todos los aspectos del proceso de crecimiento, pero la semilla se desarrolla hasta que llegue la cosecha. La parábola hace hincapié en que el reino de Dios posee una dimensión de crecimiento que no puede reducirse al control humano. El agricultor participa en la siembra y la cosecha, pero la vida y el desarrollo de la semilla no se producen simplemente por su esfuerzo.

Esta ilustración nos ayuda a entender por qué debemos permanecer fieles incluso cuando es difícil medir el progreso. Podemos enseñar a una persona la Biblia sin darnos cuenta de lo profundamente que el mensaje ha influido en la persona que la escucha. Podemos animar a alguien que parece no haber sido afectado, pero luego descubrimos que la conversación le ayudó a permanecer fiel durante una época difícil. Podemos invertir años en desarrollar un ministerio antes de ver el tipo de crecimiento que originalmente esperábamos. Estas experiencias nos recuerdan que nuestra capacidad de medir los resultados es limitada, y que la fidelidad no debe ser abandonada simplemente porque no hay evidencia inmediata.

Al mismo tiempo, no debemos usar la posibilidad de un crecimiento oculto como excusa para ignorar los problemas reales. Si un ministerio está constantemente luchando, el liderazgo sabio debe evaluar sus métodos, relaciones y eficacia. Si una relación familiar se está deteriorando, debemos buscar ayuda apropiada en lugar de suponer que la situación mejorará automáticamente. La paciencia bíblica no requiere pasividad o rechazo a reconocer la realidad. Nos invita a permanecer fieles mientras ejercemos la sabiduría y la responsabilidad.

Para Tampa Life Church, la temporada oculta puede incluir el desarrollo silencioso de discípulos que eventualmente se convertirán en maestros, líderes de ministerio, misioneros o siervos fieles dentro de la congregación. Puede implicar que las familias aprendan a establecer costumbres espirituales consistentes o que los nuevos creyentes mejoren su comprensión de las Escrituras. Estos procesos no siempre son visibles desde la plataforma, pero son esenciales para la salud a largo plazo de la iglesia. Si nos centramos exclusivamente en lo que se puede celebrar en público, podríamos pasar por alto la obra misma que hace posible la multiplicación espiritual sostenible.

Una iglesia preparada para una fecundidad duradera debe aprender a valorar tanto la obra invisible de discipulado como los momentos visibles de avance espiritual.

4.4 La espera revela en qué confiamos verdaderamente

Esperar tiene una notable capacidad para exponer el fundamento de nuestra confianza. Cuando las circunstancias cambian de acuerdo con nuestras expectativas, es relativamente fácil hablar de confiar en Dios. Nos sentimos animados porque nuestros planes parecen tener éxito, nuestras oraciones parecen recibir respuestas inmediatas y nuestros esfuerzos producen resultados visibles. Pero cuando el progreso se ralentiza o las circunstancias se vuelven inciertas, comenzamos a descubrir si nuestra fe está arraigada en el carácter de Dios o en los resultados que deseamos. El tiempo de espera pone de manifiesto nuestras suposiciones sobre el control y nos invita a examinar lo que realmente creemos acerca de la fidelidad del Señor.

El escritor de Hebreos hace hincapié en la importancia de la fe y la paciencia al describir la experiencia de Abraham.

Hebreos 6:12 (RVR1960)

> *a fin de que no os hagáis perezosos, sino imitadores de aquellos que por la fe y la paciencia heredan las promesas.*

Esta instrucción fue dada a los creyentes que necesitaban aliento para seguir creciendo en madurez espiritual. El escritor les exhortó a no ser perezosos o descuidados en su compromiso, sino a imitar a aquellos cuya fe se demostró a través de la perseverancia. La conexión entre la fe y la paciencia es significativa porque revela que la confianza genuina no se limita a momentos de cumplimiento inmediato. La fe debe permanecer activa incluso cuando el proceso requiere perseverancia.

En el Hebreos 6:13-15 Abraham es dado como ejemplo de quien tuvo paciencia y obtuvo la promesa. El énfasis no está en la capacidad de Abraham de controlar el tiempo de los propósitos de Dios, sino en la fiabilidad de Aquel que había hablado. Alá había mantenido su promesa y Abraham fue llamado a confiar en Él. Esto se convierte en un poderoso recordatorio de que la fuerza de la fe bíblica no se encuentra en la intensidad de nuestra determinación personal. Se encuentra en el carácter de Dios, cuya Palabra sigue siendo confiable.

Hay una diferencia importante entre esperar con fe y esperar con resentimiento. Es posible que sigamos cumpliendo con nuestras responsabilidades externamente mientras permitimos que la amargura se desarrolle en nuestro interior porque las circunstancias no se han desarrollado de acuerdo a nuestras

expectativas. Podemos empezar a comparar nuestro viaje con otros, preguntándonos por qué sus oportunidades parecen más grandes o por qué sus oraciones parecen recibir respuestas más rápidamente. Es posible que nos frustremos con las mismas responsabilidades que antes nos daban alegría. Cuando estas actitudes comienzan a desarrollarse, el tiempo de espera revela las áreas de nuestros corazones que requieren una nueva entrega.

Por eso la madurez espiritual implica aprender a confiar en Dios sin hacer que nuestra relación con Él dependa de resultados inmediatos. Debemos reconocer que Su bondad no se mide exclusivamente por si nuestras circunstancias mejoran según nuestro horario preferido. El Señor sigue siendo digno de adoración cuando la vida es difícil. Su Palabra sigue siendo verdadera cuando no entendemos lo que está sucediendo. Su gracia sigue siendo suficiente cuando nuestra fuerza es limitada. A medida que desarrollamos esta perspectiva, nuestra fe se vuelve menos vulnerable a las fluctuaciones emocionales que acompañan a las circunstancias cambiantes.

Para nuestras familias, este tipo de confianza se vuelve especialmente importante porque algunas de las preocupaciones espirituales más significativas que llevamos involucran a personas cuyas decisiones no podemos controlar. Es posible que deseemos que nuestros hijos desarrollen una relación más profunda con Dios, pero su crecimiento espiritual implica decisiones personales y responsabilidades individuales. Podemos orar por la restauración de un matrimonio o la reconciliación dentro de una familia mayor, pero esos resultados pueden requerir la participación voluntaria de otros. Esperar fielmente significa continuar demostrando amor, verdad e integridad mientras no permitimos que la incertidumbre destruya nuestra propia relación con Dios.

Una iglesia que da a luz debe cultivar esta misma madurez espiritual. No debemos desanimarnos simplemente porque cada ministerio no crezca al mismo ritmo o porque cada iniciativa no produzca resultados inmediatos. Debemos estar dispuestos a evaluar, mejorar y adaptarnos, pero nuestro compromiso con el evangelio no puede depender exclusivamente del éxito visible. Estamos llamados a permanecer fieles porque Jesucristo es digno de nuestra obediencia, no sólo porque la obediencia produce resultados que podemos celebrar inmediatamente.

4.5 El proceso desarrolla el carácter requerido para la responsabilidad

Uno de los temas centrales de LA IGLESIA QUE DA A LUZ Es que el período entre la promesa y el cumplimiento no debe desperdiciarse. pastor Azzolini utilizó las imágenes del embarazo para enfatizar que el desarrollo está teniendo lugar antes del parto. El niño está creciendo, el cuerpo de la madre se está adaptando y se están preparando para una responsabilidad que pronto se hará visible. De la misma manera, la espera espiritual puede convertirse en una época en la que Dios desarrolla el carácter necesario para una mayor responsabilidad. El proceso puede exponer debilidades, desafiar nuestras prioridades, y requerir que desarrollemos disciplinas que antes descuidábamos.

En el primer capítulo de su carta, Santiago habla de la relación entre la dificultad y la madurez espiritual.

Santiago 1:2-4 (RVR1960)

> *Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna.*

Santiago no está sugiriendo que el sufrimiento sea agradable o que los creyentes pretendan que las dificultades no hacen daño. Su instrucción se refiere a la perspectiva espiritual que desarrollamos cuando nuestra fe es puesta a prueba. La palabra traducida paciencia comunica perseverancia o firmeza, mientras que la descripción de llegar a la perfección y la integridad indica la madurez y la perfección espirituales. Las pruebas de fe pueden convertirse en un ambiente en el que se desarrolla perseverancia, pero este crecimiento requiere que respondamos fielmente en lugar de permitir que las dificultades produzcan amargura o abandono de nuestras convicciones.

Este principio se vuelve especialmente significativo cuando consideramos las responsabilidades asociadas con el ministerio. Podemos desear oportunidades para enseñar, predicar, dirigir o servir en mayor capacidad, pero esas responsabilidades requieren más que entusiasmo o habilidad natural. Requieren integridad, paciencia, humildad, comprensión bíblica y amor genuino por la gente. Una persona puede poseer habilidades de comunicación notables pero aún así necesitar desarrollar el carácter necesario para manejar las críticas. Alguien puede demostrar capacidad organizativa mientras se esfuerza por practicar paciencia con otros. Un creyente puede sentir pasión por la evangelización mientras necesita aprender a hacer discípulos a personas cuyo crecimiento es más lento de lo esperado.

La formación espiritual aborda estas áreas porque Dios se preocupa por el carácter de los que le sirven. Debemos resistir la tentación de pensar que una mayor responsabilidad produce automáticamente una mayor madurez. En realidad, la responsabilidad a menudo revela la madurez que ya poseemos. Cuando aumenta la presión, las actitudes no resueltas se hacen más visibles. Cuando las expectativas crecen, las debilidades en la comunicación o en la rendición de cuentas pueden volverse más perjudiciales. Cuando la influencia se expande, las consecuencias de malas decisiones pueden afectar a más personas. Es por ello que el desarrollo del carácter debe seguir siendo fundamental para la preparación del liderazgo.

El apóstol Pablo hizo hincapié en este principio cuando instruyó a Timoteo sobre las calificaciones de los líderes de la iglesia. En el 1 Timoteo 3, describió características como el autocontrol, la hospitalidad, la buena conducta y la capacidad de administrar su hogar de manera responsable. Estas calificaciones revelan que el liderazgo espiritual no se determina exclusivamente por la capacidad pública. La condición del carácter y las relaciones de una persona son profundamente importantes. Por lo tanto, una iglesia que se prepara para la multiplicación debe invertir en el desarrollo espiritual de sus líderes en lugar de simplemente llenar puestos con voluntarios disponibles.

En nuestras familias, se aplica el mismo principio. Podemos desear una mayor paz en nuestros hogares, pero la paz requiere que desarrollemos paciencia y autocontrol. Es posible que deseemos que los matrimonios sean más fuertes, pero una relación saludable requiere humildad, comunicación y perdón. Podemos esperar que nuestros hijos muestren madurez espiritual, pero también debemos estar dispuestos a imitar las disciplinas y actitudes que queremos que desarrollen. El proceso de formación nos desafía a ser ejemplos de los principios que enseñamos.

Por lo tanto, el tiempo de espera puede convertirse en una oportunidad para un examen espiritual honesto. En lugar de preguntar solo cuándo Dios cambiará nuestras circunstancias, también podemos preguntarnos qué nos enseña Su Palabra sobre nuestras actitudes, hábitos y responsabilidades. Podemos examinar si nuestras oraciones son cada vez más consistentes, si nuestras relaciones son más saludables y si nuestra comprensión de las Escrituras es más profunda. Estas áreas de crecimiento pueden no producir un reconocimiento público inmediato, pero nos preparan para asumir las responsabilidades con mayor madurez.

4.6 Cuando tratamos de acelerar lo que requiere madurez

Una de las mayores tentaciones durante las largas temporadas de espera es el deseo de acelerar el proceso. Nos hacemos impacientes con el desarrollo gradual porque queremos experimentar los resultados sin continuar con las responsabilidades que les preceden. Esta tentación es particularmente fuerte cuando nos comparamos con otros cuyo progreso parece más rápido o cuyas oportunidades parecen mayores. Podemos empezar a creer que algo está mal con nuestro viaje porque no se parece a las experiencias de los que nos rodean. Sin embargo, la formación espiritual no es una competencia, y el tiempo de desarrollo de otra persona no establece el calendario para nuestras propias responsabilidades.

La vida de David ofrece un ejemplo significativo de la relación entre la llamada y la preparación. En 1 Samuel 16, el profeta Samuel ungió a David, identificándolo como el que Dios había elegido para ser rey. Sin embargo, David no subió inmediatamente al trono. Su viaje incluyó años de servicio, conflictos, peligros e incertidumbres. Durante ese período, desarrolló experiencias que influyeron en su comprensión del liderazgo, la dependencia de Dios y la responsabilidad hacia los demás. La unción identificó su llamado futuro, pero las responsabilidades del reinado se desarrollaron a través de un proceso mucho más largo.

La experiencia de David también revela que poseer una vocación no justifica tomar autoridad mediante métodos injustos. En varias ocasiones, David tuvo oportunidades de hacer daño a Saúl, el rey reinante que buscaba su vida. Sin embargo, David se negó a tomar el trono por violencia contra el ungido del Señor. Su moderación demostró que comprendía la importancia de permanecer sometido a Dios en lugar de tratar de forzar el cumplimiento de su llamado por medio de ambiciones personales. Aunque David no estuvo libre de fallas, estos momentos revelan un principio importante sobre la relación entre la promesa y la obediencia.

Debemos aprender que un buen objetivo no justifica un método impío. Podemos desear ver crecer nuestra iglesia, pero no podemos comprometernos con la verdad bíblica para atraer a más asistentes. Puede que deseemos desarrollar nuevos líderes, pero no debemos poner a las personas en responsabilidades para las que no están preparadas espiritualmente simplemente porque hay que ocupar puestos. Es posible que esperemos ampliar las oportunidades de ministerio, pero debemos ejercer una administración responsable en lugar de tomar decisiones impulsadas exclusivamente por la emoción. Cuando nuestro deseo de resultados se vuelve más fuerte que nuestro compromiso con los principios bíblicos, corremos el riesgo de dañar la misma obra que esperamos realizar.

Esto es especialmente relevante en una cultura que celebra la rapidez y el logro inmediato. Estamos acostumbrados a recibir información instantáneamente, comunicándonos a través de los continentes en segundos, y evaluando el progreso a través de mediciones constantes. Estas ventajas pueden ser valiosas para el ministerio, pero también pueden crear expectativas poco realistas sobre el crecimiento espiritual. El discipulado no puede reducirse a un proceso rápido en el que las personas reciben información e inmediatamente desarrollan carácter maduro. Las relaciones requieren tiempo. La comprensión de la Biblia se profundiza a través del estudio continuo. La confianza se desarrolla a través de la consistencia. La madurez del liderazgo surge a través de la instrucción, la experiencia, la rendición de cuentas y la corrección.

Por lo tanto, una iglesia que da a luz debe resistir la tentación de confundir la rápida expansión con la sana multiplicación. El crecimiento es valioso cuando refleja una verdadera vida espiritual, pero el aumento numérico sin el discipulado adecuado puede crear grandes desafíos. Si las personas son recibidas en la iglesia sin recibir instrucción bíblica y relaciones significativas, pueden tener dificultades para desarrollar fundamentos espirituales duraderos. Si los ministerios se expanden sin suficiente preparación para el liderazgo, los voluntarios pueden sentirse abrumados y desalentados. Si las estructuras organizacionales crecen más rápido que la capacidad de la iglesia para proporcionar cuidado pastoral, se pueden pasar por alto las necesidades importantes.

El objetivo no es simplemente crecer rápidamente. Es crecer fielmente.

4.7 Prepararse durante la temporada de espera

Tal vez una de las declaraciones más prácticas en pastor Azzolini El sermón fue su advertencia de que la temporada de espera no se debe desperdiciar. Describió los preparativos que realizó antes del nacimiento de sus hijos, incluyendo organizar el cuarto de infantes, montar muebles, reunir suministros y aprender lo que sería necesario para cuidar la nueva vida que entraba en su familia. Estas responsabilidades no fueron pospuestas hasta que el niño llegó. Se completaron porque la familia entendió que la expectativa requería preparación.

Esta ilustración nos pone en riesgo de considerar si nuestras acciones corresponden a lo que decimos que esperamos. Si creemos que Dios nos llama para llegar a más personas con el evangelio, debemos fortalecer nuestra capacidad de recibirlos y hacerlos discípulos. Si deseamos ver una mayor participación en el ministerio, debemos desarrollar oportunidades claras de capacitación y servicio. Si oramos para que las familias experimenten una restauración espiritual, debemos cultivar relaciones y recursos que puedan proporcionar ánimo bíblico. La preparación demuestra que tomamos en serio nuestras responsabilidades, aunque reconocemos que el resultado final queda en manos de Dios.

Consideremos la experiencia de Nehemías. Cuando se enteró de la condición de las murallas de Jerusalén, respondió primero por medio del duelo, el ayuno y la oración. Sin embargo, su respuesta no terminó ahí. Cuando se le dio la oportunidad, se acercó al rey con una petición específica, buscó los recursos necesarios y, finalmente, organizó la obra de reconstrucción. Su dependencia de Dios no suprimió la importancia de la planificación y la acción práctica. La oración y la preparación funcionaron juntas como expresiones de su compromiso con la responsabilidad ante él.

Este principio es especialmente importante para el liderazgo de la iglesia. Podemos orar por el avivamiento mientras descuidamos las estructuras necesarias para cuidar a las personas que responden al evangelio. Podríamos pedirle a Dios que nos proporcione maestros, pero no ofrecemos oportunidades para la formación bíblica. Es posible que deseemos tener familias más sólidas, pero que no tengamos en cuenta la necesidad de seguir siendo discípulos y de recibir apoyo pastoral. Es posible que esperemos ampliar el ministerio multicultural sin desarrollar una comunicación efectiva a través de las diferencias lingüísticas y culturales. En cada una de estas situaciones, la cuestión no es si Dios tiene el poder de trabajar. La cuestión es si estamos administrando fielmente las responsabilidades que ya nos han sido confiadas.

La preparación también implica la condición de nuestro corazón. No podemos estar preparados espiritualmente para mayores responsabilidades solo mediante la planificación organizativa. Debemos cultivar humildad, oración, integridad y relaciones saludables. Una iglesia puede poseer excelentes instalaciones y programas bien desarrollados mientras todavía lucha contra la división, la competencia o la complacencia espiritual. Estas actitudes pueden socavar el mismo crecimiento que la congregación desea. Por esta razón, la preparación debe implicar tanto preparación práctica como madurez espiritual.

En nuestros hogares, la preparación toma una forma diferente pero igualmente significativa. Si oramos para que nuestros hijos desarrollen una relación duradera con Dios, podemos empezar a establecer oportunidades consistentes de oración y conversación bíblica. Si deseamos un matrimonio más fuerte, podemos desarrollar deliberadamente hábitos de comunicación, perdón y aliento mutuo. Si esperamos influir en las generaciones futuras, podemos examinar los valores espirituales que nuestras decisiones actuales están comunicando. No podemos garantizar todos los resultados futuros, pero podemos cultivar fielmente un ambiente que refleje nuestro compromiso con Jesucristo.

La expectativa no debe hacernos observadores pasivos del futuro. Debería motivarnos a convertirnos en administradores fieles de la actualidad.

4.8 El peligro de cansarse antes de la cosecha

Las largas temporadas de responsabilidad pueden resultar agotadoras, especialmente cuando nuestros esfuerzos no parecen generar los resultados que esperábamos. Podemos comenzar a servir con gran entusiasmo, creyendo que el progreso será rápido y visible. Sin embargo, con el tiempo, las exigencias del ministerio, las responsabilidades familiares y los desafíos personales pueden debilitar gradualmente nuestra motivación. Es posible que sigamos cumpliendo con nuestras obligaciones pero perdamos la alegría que originalmente les daba. Podemos comenzar a preguntarnos si nuestros sacrificios son importantes o si la obra que hacemos produce frutos significativos.

El apóstol Pablo abordó este peligro en su carta a los gálatas.

Gálatas 6:9 (RVR1960)

> *No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos.*

La instrucción de Pablo aparece en una discusión más amplia acerca de sembrar y cosechar, responsabilidad espiritual y hacer bien a otros. Su aliento recuerda a los creyentes que la conducta fiel es

importante incluso cuando los resultados no son inmediatamente visibles. La promesa de cosecha no debe reducirse a una garantía de que cada iniciativa de ministerio tendrá éxito de acuerdo con nuestras expectativas. En cambio, Pablo nos anima a perseverar en hacer lo correcto porque nuestro trabajo en obediencia a Dios tiene sentido.

Este pasaje es especialmente importante para aquellos que han servido fielmente durante muchos años. Algunos de nosotros hemos invertido parte significativa de nuestra vida en el ministerio, la enseñanza, la oración, la evangelización y el cuidado de los demás. Hemos celebrado victorias, pero también hemos experimentado decepciones. Hemos visto a personas crecer espiritualmente, pero también hemos visto a otros abandonar compromisos que antes habían asumido. Hemos invertido en relaciones que han sido fructíferas, mientras que otros esfuerzos parecían producir poco progreso visible. Estas experiencias pueden crear fatiga emocional si comenzamos a medir el valor de nuestro servicio exclusivamente a través de resultados inmediatos.

Debemos aprender que la fidelidad no es lo mismo que una actividad sin fin. La instrucción de no cansarse no significa que debemos ignorar el agotamiento físico, descuidar a nuestras familias o rechazar el descanso adecuado. Jesús mismo se retiró de la multitud para orar, y las Escrituras reconocen la importancia del descanso y las limitaciones humanas. A veces la respuesta más sabia a una responsabilidad prolongada no es aumentar nuestra actividad, sino evaluar nuestras prioridades, establecer límites más saludables y buscar el apoyo de los demás. La perseverancia espiritual requiere sabiduría en cuanto a cómo administramos nuestra fuerza.

Esto es especialmente importante para una iglesia que da a luz porque la multiplicación espiritual puede aumentar las exigencias que se imponen a los líderes y voluntarios. A medida que los ministerios crecen, las responsabilidades deben compartirse. Los nuevos líderes deben ser entrenados. Se deben desarrollar sistemas que permitan a las personas servir eficazmente sin llevar cargas insostenibles. Una iglesia que expande continuamente sus actividades sin fortalecer sus estructuras de liderazgo y cuidado puede agotar involuntariamente a las mismas personas que ayudan a sostener su misión.

Por lo tanto, el crecimiento espiritual saludable debe incluir la multiplicación de la responsabilidad, no simplemente la multiplicación de la actividad. Debemos aprender a equipar a otros en lugar de suponer que un pequeño grupo de personas fieles debe llevar cada carga indefinidamente. Efesios 4:11-12 describe la responsabilidad del liderazgo del ministerio para preparar a los santos para la obra del ministerio y la edificación del cuerpo de Cristo. Este principio nos recuerda que el desarrollo del liderazgo no es simplemente una estrategia organizativa. Es parte del patrón bíblico para construir una iglesia sana.

Cuando nos cansamos, debemos volver al fundamento de nuestro llamado. Servimos porque Jesucristo es digno. Enseñamos porque Su Palabra da vida. Oramos porque dependemos de Él. Somos discípulos porque Él nos mandó hacer discípulos. Estas convicciones siguen siendo significativas incluso cuando los resultados de nuestro trabajo son difíciles de medir. Nuestra confianza no se basa en nuestra capacidad de producir éxito inmediato, sino en la fidelidad del Señor que nos ha llamado a seguir haciendo el bien.

4.9 El tiempo de Dios desafía nuestro deseo de control

Uno de los aspectos más difíciles de esperar es aceptar que no podemos controlar el momento de cada resultado. Podemos hacer planes, establecer metas y organizar nuestras responsabilidades cuidadosamente, pero las circunstancias pueden ocurrir de manera diferente a lo que esperábamos. Las oportunidades pueden tardar más en desarrollarse. Las relaciones pueden requerir más paciencia de lo esperado. El crecimiento del ministerio puede ocurrir de maneras inesperadas. Estas experiencias confrontan nuestro deseo de certeza y nos recuerdan que nuestra comprensión del futuro sigue siendo limitada.

Eclesiastés 3:1 (RVR1960)

> *Todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora.*

Este pasaje introduce una reflexión sobre las estaciones cambiantes de la vida humana. El escritor reconoce que diferentes experiencias ocurren en diferentes momentos y que los seres humanos no poseen un control completo sobre las circunstancias que encuentran. El capítulo finalmente reconoce que Dios ha hecho todo hermoso en su tiempo, al mismo tiempo que reconoce las limitaciones de la comprensión humana respecto a Su obra desde el principio hasta el final.

Esta perspectiva alienta a la humildad. Podemos planificar de manera responsable sin suponer que nuestros planes poseen la máxima autoridad. Podemos establecer metas para el ministerio sin creer que cada objetivo debe alcanzarse según nuestro horario preferido. Podemos orar con confianza mientras permanecemos entregados a la sabiduría de Dios. La madurez espiritual requiere que reconozcamos que nuestra responsabilidad es obedecer fielmente, mientras que el resultado final pertenece al Señor.

El apóstol Santiago aborda un principio similar en Santiago 4:13-15, advirtiendo a los creyentes que no hablen de los planes futuros como si tuvieran el control total sobre el mañana. Los anima a reconocer la voluntad del Señor en sus intenciones. Esto no desalienta la planificación. Más bien, establece la actitud adecuada con la que se debe realizar la planificación. Debemos tomar decisiones con sabiduría, diligencia y responsabilidad, reconociendo que nuestra vida sigue dependiendo de Dios.

Para nuestra iglesia, esto significa que la visión y la rendición deben permanecer conectadas. Debemos buscar oportunidades para ampliar nuestra influencia, fortalecer el discipulado y llegar a más personas con el evangelio. Debemos elaborar planes prácticos, evaluar los recursos disponibles y establecer objetivos significativos. Sin embargo, también debemos estar dispuestos a adaptarnos cuando las circunstancias requieren sabiduría y discernimiento. No podemos suponer que cada retraso represente una oposición espiritual o que cada puerta abierta representa automáticamente la aprobación divina. Nuestras decisiones deben estar basadas en las Escrituras, en la oración, en los consejos y en una administración responsable.

Para nuestras familias, aceptar el tiempo de Dios a menudo requiere liberarnos de la presión que ejercemos sobre nosotros mismos y sobre los demás. Podemos haber imaginado que nuestros hijos alcanzarían ciertos hitos en ciertas edades o que nuestras relaciones se desarrollarían de acuerdo a un patrón específico. Cuando la vida se desarrolla de manera diferente, podemos sentirnos decepcionados o inciertos. Pero nuestra responsabilidad no es forzar cada circunstancia en la línea de tiempo que

imaginamos originalmente. Es permanecer fieles, amorosos y sabios mientras navegamos por el tiempo que nos espera.

Esperar se vuelve espiritualmente destructivo cuando permitimos que produzca resentimiento hacia Dios. Pero puede formarnos espiritualmente cuando nos enseña humildad, dependencia y perseverancia. Puede que no comprendamos todos los retrasos, pero podemos seguir confiando en el Señor mientras tomamos decisiones responsables. Es posible que no sepamos cuándo cambiarán las circunstancias, pero podemos seguir comprometidos con las responsabilidades que ya nos han sido confiadas.

4.10 La promesa no se refiere sólo a lo que recibimos

Quizás el cambio más significativo que puede ocurrir durante un tiempo de espera es un cambio en la forma en que entendemos el propósito de la obra de Dios. A menudo comenzamos con una expectativa particular respecto a lo que esperamos recibir. Es posible que deseemos una relación restaurada, una nueva oportunidad de ministerio, una mayor influencia espiritual o un avance en circunstancias que siguen siendo difíciles. Estos deseos pueden ser sinceros y significativos, pero a medida que seguimos caminando con Dios, podemos descubrir que Su obra se extiende más allá del resultado específico que originalmente anticipamos.

El apóstol Pablo ofrece un ejemplo notable de esta perspectiva en 2 Corintios 12. Describió una aflicción persistente que le llevó a buscar al Señor una y otra vez alivio. Sin embargo, la respuesta que recibió redirigió su comprensión de la fuerza divina.

2 Corintios 12:9 (RVR1960)

> *Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo.*

La experiencia de Pablo nos recuerda que la fidelidad de Dios no se demuestra únicamente mediante la eliminación de las dificultades. A veces su gracia nos sostiene a través de circunstancias que no habríamos elegido. La respuesta que recibió Pablo no coincidió con su petición original, pero reveló algo profundo sobre la suficiencia de la gracia divina y el poder de Cristo en la debilidad humana.

Esto desafía la suposición de que cada temporada difícil debe terminar con el resultado particular que deseamos. Hay momentos en que Dios cambia nuestras circunstancias, y hay momentos en que nos fortalece para permanecer fieles en ellas. Hay momentos en los que las puertas se abren, y otros en los que debemos aceptar que una oportunidad particular no está disponible. Hay oraciones que reciben respuestas que podemos reconocer inmediatamente, y otras cuyos resultados siguen siendo difíciles de entender.

En cada situación, nuestra relación con Dios debe seguir siendo mayor que el resultado que buscamos.

Para una iglesia que da a luz, esta perspectiva es esencial porque la multiplicación espiritual no es en última instancia sobre el reconocimiento institucional, el logro numérico, o la expansión de nuestra influencia personal. El propósito de la iglesia es glorificar a Jesucristo, anunciar Su evangelio, hacer

discípulos y demostrar Su amor. El crecimiento se vuelve significativo cuando sirve a esa misión. Los nuevos ministerios se vuelven valiosos cuando fortalecen el cuerpo y llegan a la gente con la verdad. El desarrollo del liderazgo es importante porque prepara a los creyentes para servir fielmente.

Por lo tanto, debemos examinar si nuestras expectativas se centran en la gloria de Dios o en nuestro deseo de éxito visible. ¿Buscamos crecimiento porque realmente amamos a las personas y deseamos su salvación, o porque un mayor número nos haría sentir más logrados? ¿Estamos orando por una mayor influencia porque queremos servir más eficazmente, o porque el reconocimiento se ha vuelto importante para nuestra identidad? ¿Estamos dispuestos a celebrar los frutos espirituales en otro ministerio, incluso cuando nuestros propios esfuerzos siguen siendo menos visibles?

Estas preguntas no pretenden desalentar la expectativa. Están destinadas a purificar nuestros motivos.

El tiempo de espera nos da la oportunidad de madurar en nuestra comprensión del éxito. Comenzamos a reconocer que la fidelidad es valiosa incluso cuando no produce reconocimiento público. Descubrimos que la influencia espiritual no se limita a un liderazgo visible. Aprendemos que la formación de un verdadero discípulo puede tener un significado más allá de lo que podemos medir.

Y quizás lo más importante, comenzamos a entender que la obra más grande de Dios no es siempre lo que Él pone en nuestras manos, sino lo que Su gracia desarrolla en nuestros corazones.

Sección 4 Conclusión: No debemos desperdiciar el tiempo de espera

El viaje desde la promesa al cumplimiento rara vez es tan sencillo como al principio imaginamos. Abraham y Sara tuvieron que esperar años antes de que naciera Isaac. David recibió unción mucho antes de asumir las responsabilidades de rey. Noé respondió a la advertencia de Dios mediante la preparación, y la iglesia primitiva se desarrolló mediante la continua devoción a la oración, la doctrina, la comunión y el servicio. Estos relatos bíblicos nos recuerdan que la fidelidad a menudo requiere perseverancia, y que el desarrollo de la madurez espiritual no puede separarse de las responsabilidades que Dios confía a Su pueblo.

El mensaje de LA IGLESIA QUE DA A LUZ nos desafía a reconsiderar cómo interpretamos las estaciones cuando el progreso visible parece limitado. En lugar de suponer que nada significativo está sucediendo, debemos examinar si estamos utilizando la temporada presente para desarrollar el carácter, las relaciones y las disciplinas espirituales necesarias para el servicio fiel. Puede que no podamos controlar el momento de cada resultado, pero podemos seguir siendo responsables de las decisiones que tomamos hoy. Podemos fortalecer nuestra vida de oración, profundizar en nuestro entendimiento de las Escrituras, invertir en el discipulado y cultivar relaciones más saludables en nuestros hogares y iglesias.

Para nuestras familias, el tiempo de espera no debe convertirse en un período de retiro emocional o de desaliento espiritual. Podemos estar preocupados por los seres queridos cuyas circunstancias no han cambiado, pero podemos seguir demostrando el amor y la verdad de Jesucristo. Podemos orar sin tratar de controlar a otros, animar sin manipularnos y permanecer fieles sin permitir que la decepción endurezca nuestros corazones. El ambiente espiritual que cultivamos hoy puede influir en generaciones que aún no hemos visto.

Para Tampa Life Church, la responsabilidad es igualmente significativa. Si esperamos multiplicarnos espiritualmente, debemos prepararnos intencionalmente. Debemos fortalecer el discipulado, equipar líderes, apoyar a las familias, proteger la unidad y crear oportunidades para que las personas crezcan en su relación con Dios. No podemos esperar un crecimiento sostenible sin tener en cuenta las estructuras y las relaciones necesarias para fomentarlo. El tiempo de espera debe motivarnos a ser más fieles, no sólo más emocionados.

También debemos recordar que esperar no garantiza la realización de todos los deseos personales. Nuestra confianza debe permanecer basada en las promesas que Dios realmente ha revelado, y nuestras expectativas deben permanecer entregadas a Su sabiduría. A veces sus propósitos se desarrollan de manera diferente de lo que imaginábamos. A veces su gracia nos sostiene a través de circunstancias que permanecen sin resolver. Sin embargo, su fidelidad no depende de nuestra capacidad de entender todos los detalles del viaje.

El tiempo de espera no es simplemente el tiempo necesario para que algo suceda. También se trata de la madurez espiritual que se requiere para permanecer fieles mientras se desarrollan los propósitos de Dios.

Por lo tanto, una iglesia que da a luz debe aprender a asumir la responsabilidad con paciencia. Debemos resistir la tentación de forzar resultados, abandonar compromisos o medir nuestro valor exclusivamente a través de resultados visibles. Estamos llamados a permanecer fieles a la Palabra, dependiendo del Espíritu Santo, y dispuestos a prepararnos para las oportunidades que Dios nos pone delante.

Pero prepararnos implica más que desarrollar nuestras habilidades y organizar nuestras responsabilidades. Así como una madre embarazada debe prestar atención a lo que entra en su cuerpo, una iglesia que espera espiritualmente debe ser intencional acerca de lo que influye en su corazón. Las conversaciones que entretengamos, las actitudes que cultivamos, las relaciones que mantenemos y las influencias espirituales que recibimos pueden fortalecer o debilitar nuestra capacidad de permanecer fieles.

En este sentido, la Comisión ha adoptado una propuesta de directiva relativa a la protección de las personas con discapacidad. pastor Azzolini El mensaje: una iglesia que da a luz debe proteger lo que lleva.

PARTE 05

Proteger la promesa: la alimentación espiritual de una iglesia que da a luz



Guardando nuestro corazón, protegiendo la unidad espiritual y comprendiendo cómo nuestras influencias diarias influyen en lo que Dios está desarrollando dentro de nosotros

Pasajes fundamentales: Proverbios 4:23; Philippians 4:8; Efesios 4:29-32; 1 Corintios 15:33; Hebreos 12:14-15; Juan 15:1-5

5.1 Lo que llevamos determina lo que debemos proteger

Una de las ilustraciones más convincentes en pastor Vinny Azzolini El mensaje de LA IGLESIA QUE DA A LUZ Se trata de la responsabilidad de proteger lo que se desarrolla durante el embarazo. Cuando una madre descubre que está esperando un hijo, su comprensión de las decisiones ordinarias diarias comienza a cambiar. Las actividades que antes requerían poca consideración ahora pueden requerir más atención. Lo que consume, cómo cuida su salud y el entorno en el que vive se vuelven importantes porque sus decisiones afectan más que a ella misma. Ella reconoce que está llevando vida, y ese reconocimiento produce un nuevo nivel de responsabilidad. pastor Azzolini usó esta ilustración para desafiar a la congregación a considerar si estamos protegiendo la obra espiritual que Dios desea que realice a través de nuestras vidas y a través de la iglesia.

Esta ilustración introduce un profundo principio espiritual: cuando reconocemos la importancia de lo que Dios nos ha confiado, debemos ser más intencionales acerca de las influencias que permitimos moldear nuestros corazones. No podemos esperar desarrollar madurez espiritual mientras nos exponemos continuamente a actitudes, conversaciones y prácticas que contradicen la Palabra de Dios. No podemos orar por la unidad dentro de la iglesia mientras participamos en conversaciones que crean sospecha y división. No podemos pedirle a Dios que fortalezca nuestras familias mientras permitimos que el resentimiento, la deshonestidad y la comunicación destructiva dominen nuestros hogares. La expectativa espiritual requiere responsabilidad espiritual, y parte de esa responsabilidad incluye proteger la condición de nuestro corazón.

A través de la Escritura, Dios llama repetidamente a su pueblo a reconocer la relación entre la devoción interior y la conducta exterior. La vida espiritual no se sostiene simplemente a través de encuentros ocasionales con la presencia de Dios. Se desarrolla a través de una relación continua en la que nuestros pensamientos, deseos, hábitos y decisiones se someten continuamente a Su Palabra. Esto significa que proteger lo que Dios está desarrollando dentro de nosotros requiere más que evitar actos obvios. También debemos examinar las influencias sutiles que gradualmente dan forma a nuestras actitudes. Una sola conversación puede parecer insignificante, pero la exposición repetida a las críticas puede eventualmente influir en la forma en que vemos a los demás. Una ofensa no resuelta puede parecer manejable, pero cuando se ensaya continuamente, puede convertirse en amargura. Un pequeño compromiso puede parecer inofensivo al principio, pero el compromiso repetido puede debilitar gradualmente nuestra sensibilidad a la convicción bíblica.

El peligro es que estos cambios a menudo ocurren lentamente. Es posible que no reconozcamos de inmediato cómo nuestra perspectiva espiritual está siendo afectada porque el proceso es gradual. Así como la salud física se ve influenciada por los patrones consistentes en lugar de las decisiones aisladas, nuestra condición espiritual se ve influenciada por los hábitos que cultivamos con el tiempo. Las palabras que escuchamos repetidamente, las conversaciones que entretendemos, el contenido que consumimos y las actitudes que permitimos no ser cuestionadas pueden influir en nuestra comprensión de Dios, en nuestras relaciones y en nuestra disposición de obedecer las Escrituras. Por esta razón, una iglesia que da a luz debe desarrollar discernimiento espiritual acerca de lo que permite influir en su vida colectiva.

También debemos reconocer que proteger la promesa no significa tratar de preservar un resultado determinado por medio del miedo o la superstición. Los propósitos soberanos de Dios no son tan frágiles

que un error común pueda destruirlos automáticamente. La preocupación bíblica no es que nuestras palabras tengan poder independiente para anular las intenciones de Dios, sino que las actitudes pecaminosas y el comportamiento destructivo pueden dañar las relaciones, obstaculizar el discipulado y comprometer nuestra fidelidad. Cuando hablamos de proteger lo que Dios nos ha confiado, estamos hablando de administrar nuestras responsabilidades a través de la obediencia, la sabiduría y la madurez espiritual.

Para Tampa Life Church, este principio va más allá de la devoción individual. Si nos preparamos para dar la bienvenida a los nuevos creyentes, fortalecer a las familias y desarrollar futuros líderes, debemos considerar el ambiente espiritual que esos individuos se encontrarán. ¿Encontrarán una congregación caracterizada por el estímulo, la oración, la humildad y el amor genuino? ¿Encontrarán relaciones en las que la corrección se ofrece con compasión y donde la gente está dispuesta a perdonar? ¿O encontrarán competencia, sospechas, chismes y conflictos sin resolver? La cultura espiritual de una iglesia influye en las personas que se convierten en parte de ella, y esa cultura se moldea por las decisiones diarias de sus miembros.

Por lo tanto, una iglesia que da a luz debe reconocer que la multiplicación espiritual requiere un ambiente espiritual saludable. No estamos preparando programas o ampliando estructuras organizativas. Estamos cultivando una comunidad en la que la gente pueda conocer a Jesucristo, recibir instrucciones bíblicas y desarrollar relaciones duraderas. La responsabilidad de proteger ese medio ambiente pertenece a todos nosotros.

5.2 Guardando el corazón: la fuente de nuestra dirección espiritual

El libro de Proverbios proporciona una de las instrucciones bíblicas más claras sobre la importancia de proteger nuestra vida interior. En el Proverbios 4, un padre instruye a su hijo a buscar la sabiduría, prestar atención a la enseñanza sana, y permanecer comprometido con el camino de la justicia. En esa instrucción, él hace hincapié en la importancia de proteger el corazón porque influye en la dirección de la vida misma.

Proverbios 4:23 (RVR1960)

> *Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; Porque de él mana la vida.*

El corazón, como se usa en gran parte de la literatura bíblica sobre sabiduría, representa más que las emociones humanas. Incluye nuestros pensamientos, deseos, intenciones, convicciones y la orientación interior de nuestras vidas. Por lo tanto, proteger el corazón significa prestar mucha atención a las influencias que influyen en nuestras decisiones y conducta. El escritor no está fomentando el aislamiento emocional o la evitación de todas las experiencias incómodas. Él está pidiendo sabiduría con respecto a la condición de nuestra vida interior porque lo que se desarrolla dentro de nosotros finalmente influye en lo que se hace visible a través de nosotros.

Este principio es especialmente importante porque a menudo nos centramos más en el comportamiento externo que en las actitudes que lo producen. Podemos tratar de controlar nuestras palabras sin abordar el resentimiento que las motiva. Podemos tratar de parecer pacientes mientras continuamos fomentando

frustraciones hacia los demás. Podemos participar en el ministerio mientras nos comparamos en privado con aquellos que reciben mayor reconocimiento. La conducta exterior es importante, pero las Escrituras nos recuerdan repetidamente que la transformación duradera también debe llegar al corazón.

Jesús reforzó esta verdad en Lucas 6:45 cuando explicó que el habla de una persona revela lo que se almacena en el corazón. Su enseñanza demuestra que nuestras palabras no están desconectadas de nuestra condición interior. Cuando la crítica, los celos, la amargura o el orgullo aparecen continuamente en nuestras conversaciones, no debemos tratarlos simplemente como problemas de comunicación. Pueden revelar actitudes más profundas que requieren arrepentimiento y corrección espiritual. Del mismo modo, cuando nuestro discurso se caracteriza por gratitud, compasión, paciencia y verdad, a menudo refleja la influencia continua de la Palabra de Dios en nuestro pensamiento.

Es por eso que para proteger nuestros corazones se requiere un examen espiritual intencional. Debemos estar dispuestos a preguntarnos si nuestras actitudes son cada vez más consistentes con el carácter de Cristo. ¿Estamos haciendo más paciencia con las personas que todavía están creciendo espiritualmente, o estamos criticando cada vez más sus debilidades? ¿Realmente celebramos las bendiciones y oportunidades que otros reciben, o permitimos que la comparación produzca resentimiento? ¿Estamos abordando las conversaciones difíciles con humildad, o nos hemos preocupado más por defender nuestras opiniones que por preservar relaciones sanas? Estas preguntas pueden ser incómodas, pero son esenciales porque la madurez espiritual requiere que nos enfrentemos a lo que está sucediendo bajo la superficie de nuestra conducta.

El apóstol Pablo describe un proceso relacionado en Romanos 12:2, donde llama a los creyentes a transformarse a través de la renovación de sus mentes. Esta transformación implica permitir que la verdad de Dios modifique nuestra comprensión, valores y prioridades. No desarrollamos una mente renovada simplemente evitando las influencias negativas. También debemos cultivar activamente una comprensión más profunda de las Escrituras y una relación consistente con Dios. La oración, el estudio bíblico, la adoración, la comunión y la obediencia son importantes porque ayudan a establecer la verdad a través de la cual se evalúan nuestras actitudes y decisiones.

En nuestras familias, proteger el corazón se convierte en una responsabilidad que influye en toda la familia. Los padres que constantemente desarrollan ansiedad, resentimiento o amargura pueden, sin querer, comunicar esas actitudes a sus hijos. Los cónyuges que se niegan a resolver los conflictos no resueltos pueden gradualmente crear un ambiente en el que la confianza se vuelve difícil de mantener. Los miembros de la familia que hablan negativamente el uno del otro a menudo pueden debilitar las relaciones que deben caracterizarse por el amor y el estímulo mutuo. Sin embargo, cuando permitimos que la Palabra de Dios controle nuestras actitudes, comenzamos a crear oportunidades para una comunicación más sana, perdón y crecimiento espiritual.

Una iglesia que da a luz debe entender que la condición de nuestros corazones es importante porque nuestras actitudes internas finalmente influyen en nuestra cultura colectiva. El ambiente espiritual de una congregación no se determina exclusivamente por la calidad de su predicación o adoración. También está formada por las actitudes de sus miembros hacia las conversaciones, las relaciones y las responsabilidades. Si deseamos una iglesia sana, debemos ser intencionados en cultivar corazones sanos.

5.3 La dieta espiritual: Lo que consumimos continuamente moldea lo que nos convertimos

pastor Azzolini La ilustración del embarazo enfatiza la importancia de estar atento a lo que entra en el cuerpo durante una temporada de desarrollo. Aplicó este principio espiritualmente al desafiar a la congregación a considerar lo que consumimos a través de nuestras conversaciones, relaciones y influencias diarias. La ilustración es particularmente significativa porque la formación espiritual no se separa de la información y las actitudes que recibimos continuamente. Nuestra mente se ve influenciada por la exposición repetida, y poco a poco nuestros corazones pueden ser moldeados por los valores que permitimos dominar nuestra atención.

El apóstol Pablo proporciona una base importante para este principio en su carta a los filipenses.

Philippians 4:8 (RVR1960)

> *Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad.*

Pablo estaba escribiendo a los creyentes que necesitaban estímulo para permanecer firmes, perseguir la unidad y continuar regocijándose en el Señor a pesar de las circunstancias difíciles. Su instrucción acerca de la mente no era una invitación a ignorar la realidad o fingir que no existen situaciones difíciles. Más bien, estaba guiando a los creyentes hacia un modelo disciplinado de pensamiento conformado por la verdad, la justicia, la pureza y lo que es digno de alabanza. Se hace hincapié en desarrollar una mente cada vez más influenciada por los valores del reino de Dios en lugar de por las actitudes destructivas que caracterizan a un mundo caído.

Este pasaje nos desafía a examinar la información que consumimos continuamente. Vivimos en un entorno donde las noticias, las redes sociales, el entretenimiento y las opiniones personales están disponibles casi constantemente. Estos recursos pueden proporcionar información útil, comunicación significativa y oportunidades de aprendizaje. Sin embargo, también pueden exponernos a patrones repetidos de miedo, hostilidad, comparación, inmoralidad y cinismo. Si no lo hacemos a propósito, las voces que escuchamos más a menudo pueden comenzar a influir en nuestra actitud más profundamente que la Palabra de Dios.

Esto no significa que los creyentes deben retirarse de la sociedad o rechazar participar en temas difíciles. Las Escrituras nos invitan a vivir como testigos en el mundo, y vivir fielmente como cristianos requiere que comprendamos las necesidades y los desafíos de las personas que nos rodean. La cuestión no es si nos encontramos con información negativa, sino si permitimos que esa información domine nuestro pensamiento y determine nuestra perspectiva espiritual. Podemos mantenernos informados sin ser consumidos por el miedo. Podemos reconocer la injusticia sin rendirnos al odio. Podemos reconocer los fracasos de los demás sin permitir que la crítica se convierta en la característica distintiva de nuestras conversaciones.

Nuestra alimentación espiritual también incluye las voces que permitimos influir en nuestra comprensión de la iglesia. Si continuamente nos rodeamos de gente que critica cada decisión, cuestiona cada motivo y

interpreta cada desafío con sospecha, esas actitudes pueden poco a poco influir en nuestra propia perspectiva. Es posible que empecemos a ver el ministerio a través de la lente de la frustración en lugar de la gratitud. Es posible que seamos menos dispuestos a servir porque hemos dejado que las imperfecciones de otros oscurezcan la misión de Jesucristo. Esto no quiere decir que toda crítica sea insalubre o que los líderes deben ser protegidos de una responsabilidad legítima. Significa que debemos distinguir entre conversaciones destinadas a producir entendimiento y restauración y aquellas que simplemente cultivan resentimiento.

El mismo principio se aplica a nuestras relaciones personales. Debemos buscar amistades que fomenten el crecimiento espiritual, la honestidad, la humildad y la fidelidad. Las relaciones saludables no requieren un constante acuerdo, y los amigos verdaderos a veces pueden desafiarnos cuando nuestras decisiones no son sabias. De hecho, Proverbios 27:6 nos recuerda que la corrección fiel puede ser una expresión de amor. Pero hay una diferencia significativa entre las relaciones que nos ayudan a ser más como Cristo y las que continuamente fomentan el compromiso, la amargura o la desobediencia. El discernimiento espiritual requiere que reconozcamos que no todas las influencias merecen la misma autoridad en nuestras vidas.

Para nuestros niños y jóvenes, este tema es especialmente importante porque están desarrollando su comprensión de la identidad, las relaciones, la moralidad y el propósito dentro de una cultura llena de mensajes competitivos. No podemos simplemente decirle a la siguiente generación que evite las influencias dañinas sin también ayudarla a entender por qué la verdad bíblica es importante. Necesitan oportunidades para hacer preguntas, examinar las Escrituras y desarrollar convicciones basadas en una verdadera relación con Dios. Si respondemos a cada pregunta difícil con temor o condena, podemos desalentar las conversaciones honestas necesarias para el crecimiento espiritual. Pero cuando impartimos instrucciones bíblicas con paciencia y amor, les ayudamos a desarrollar el discernimiento necesario para navegar en un mundo complicado.

Por lo tanto, una iglesia que da a luz debe ser intencionada en cuanto a su alimentación espiritual. Debemos exponernos continuamente a las Escrituras, a la oración, a la adoración y a las relaciones que fortalezcan nuestro compromiso con Cristo. Debemos aprender a reconocer cuando ciertas influencias producen miedo, celos, amargura o complacencia espiritual. Y debemos estar dispuestos a hacer cambios cuando nuestros hábitos diarios comiencen a debilitar las convicciones que profesamos.

5.4 El chisme y la división: cuando nuestras palabras dañan lo que Dios está edificando

Entre las influencias pastor Azzolini se advirtió contra el chisme, los celos, las divisiones y las conversaciones que debilitan la expectativa espiritual. Estas preocupaciones son particularmente importantes porque la salud de una iglesia depende en gran medida de la calidad de sus relaciones. Una congregación puede tener una fuerte predicación, una excelente música y estructuras organizativas efectivas, pero aún así sufrir graves daños espirituales cuando la confianza entre sus miembros comienza a deteriorarse. Los chismes y las divisiones pueden socavar silenciosamente las relaciones, creando sospechas y desalentamiento mucho antes de que sus efectos se vean públicamente.

El apóstol Pablo aborda la responsabilidad del discurso cristiano en Efesios 4.

Efesios 4:29 (RVR1960)

> *Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes.*

La instrucción de Pablo aparece en una discusión más amplia sobre la transformación que debe caracterizar a los que pertenecen a Jesucristo. Él llama a los creyentes a abandonar la mentira, a manejar adecuadamente la ira, a practicar un trabajo honesto y a hablar de manera edificante. El énfasis no es simplemente evitar el lenguaje ofensivo. Se trata del propósito y el efecto de nuestra comunicación. Nuestras palabras deben contribuir al bienestar espiritual de los demás en lugar de causar un daño innecesario.

El chisme se vuelve peligroso porque a menudo se presenta como una conversación inofensiva o incluso como preocupación por la situación de otra persona. Podemos comenzar a discutir las dificultades de alguien bajo la apariencia de buscar entendimiento, pero la conversación pasa poco a poco a la especulación, la crítica o el compartir información que nunca hemos tenido que distribuir. Podemos convencernos de que nuestros motivos son inocentes porque la información es cierta, pero la veracidad sola no justifica cada revelación. La sabiduría bíblica también requiere que consideremos si es necesario, amoroso y apropiado compartir información en particular.

Dentro de una iglesia, las consecuencias pueden ser importantes. Un nuevo creyente que descubre que las luchas personales se han convertido en el tema de la conversación pública puede perder la confianza en las personas que se suponía que proporcionaban apoyo espiritual. Un líder del ministerio que en repetidas ocasiones recibe críticas a través de conversaciones indirectas puede desanimarse o defenderse. Las familias que experimentan dificultades pueden alejarse de la congregación porque temen el juicio en lugar de esperar compasión. Estas situaciones demuestran por qué proteger la unidad no es sólo una preocupación de la organización. Es una responsabilidad espiritual relacionada con el mandamiento de amarnos unos a otros.

Los celos pueden causar un daño similar. Cuando empezamos a comparar nuestras responsabilidades, reconocimiento o oportunidades con las de otros, podemos perder de vista la misión colectiva de la iglesia. En lugar de celebrar el progreso de otro creyente, podemos empezar a preguntarnos por qué recibió la oportunidad que deseábamos. En lugar de apoyar un ministerio en crecimiento, podemos interpretar su éxito como una prueba de que nuestra contribución es menos importante. Estas actitudes son destructivas porque transforman el servicio en competencia y debilitan el estímulo mutuo que debería caracterizar el cuerpo de Cristo.

Pablo se enfrentó a este tipo de división en 1 Corintios 3, donde los creyentes se identificaban con diferentes ministros y permitían que la lealtad personal creara conflicto. Les recordó que un siervo sembró y otro regó, pero Dios dio el crecimiento. El propósito del ministerio no era establecer la superioridad de cada trabajador, sino participar fielmente en la obra de Dios. Este principio es especialmente importante para una iglesia en crecimiento porque la multiplicación requiere que celebramos el desarrollo de nuevas personas y nuevos ministerios sin interpretar su progreso como una amenaza para nuestro propio significado.

También debemos reconocer que proteger la unidad no significa ignorar el mal. Las Escrituras proporcionan principios claros para corregir, rendir cuentas y manejar adecuadamente las preocupaciones graves. Jesús instruyó a los creyentes en Mateo 18:15-17 en relación con el proceso de tratamiento del pecado dentro de la comunidad. El apóstol Pablo también dio instrucciones sobre la disciplina de la iglesia y la responsabilidad de los líderes de actuar fielmente. Por lo tanto, una iglesia sana nunca debe usar el lenguaje de la unidad para silenciar a los que plantean preocupaciones legítimas o buscan protección contra comportamientos dañinos. La unidad bíblica se basa en la verdad y en el amor, no en el secreto o en evitar la rendición de cuentas.

El desafío es cultivar una comunicación que busque la restauración en lugar de la destrucción. Cuando tenemos una preocupación, debemos abordarla a través de relaciones y procesos apropiados en lugar de difundir sospechas. Cuando alguien nos decepciona, debemos buscar comprensión antes de asumir lo peor de sus motivos. Cuando es necesario corregirnos, debemos seguirlo con humildad y un deseo genuino de crecer espiritualmente. Cuando otro ministerio tiene éxito, debemos celebrar la contribución que hace al cuerpo de Cristo. Estas prácticas ayudan a proteger las relaciones a través de las cuales el discipulado y la multiplicación espiritual tienen lugar.

Una iglesia que da a luz debe entender que el chismes y la división no sólo crean conversaciones desagradables. Pueden debilitar la confianza necesaria para que las personas crezcan espiritualmente. Si deseamos cultivar una nueva vida, debemos ser decididos a cultivar relaciones caracterizadas por honestidad, humildad, perdón y amor.

5.5 La amargura: la influencia oculta que puede extenderse a través de una comunidad

Una de las condiciones espirituales más peligrosas es la amargura porque a menudo se desarrolla gradualmente y puede permanecer oculta bajo la actividad religiosa exterior. Podemos continuar asistiendo a la iglesia, participando en el ministerio y cumpliendo con nuestras responsabilidades mientras en privado cultivamos resentimiento por alguien que nos ha decepcionado o lastimado. Con el tiempo, ese resentimiento puede comenzar a influir en la forma en que interpretamos sus palabras, evaluamos sus decisiones y respondemos a su presencia. Lo que comenzó como una ofensa en particular puede eventualmente convertirse en una actitud más amplia que afecta a múltiples relaciones.

El escritor de Hebreos advierte a los creyentes sobre este peligro.

Hebreos 12:14-15 (RVR1960)

> *Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor. Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios; que brotando alguna raíz de amargura, os estorbe, y por ella muchos sean contaminados;*

La imagen de una raíz es particularmente significativa porque las raíces a menudo se desarrollan debajo de la superficie antes de que sus efectos se hagan visibles. La amargura puede comenzar como una decepción no resuelta, pero cuando se cultiva continuamente, puede influir en nuestros pensamientos, habla y relaciones. El pasaje también enfatiza que las consecuencias pueden extenderse más allá del

individuo que lleva la amargura. Otros pueden verse afectados cuando el resentimiento comienza a influir en las conversaciones y las actitudes dentro de una comunidad.

Esto no quiere decir que toda experiencia de enojo o dolor sea pecaminosa. Las Escrituras reconocen que las personas pueden sufrir injusticia, traición y sufrimiento. Algunas situaciones requieren límites, responsabilidad o ayuda profesional. El perdón nunca debe confundirse con negar el daño o restaurar automáticamente la confianza cuando no hay arrepentimiento ni cambio de conducta. Sin embargo, la advertencia bíblica se refiere al peligro de permitir que el resentimiento se convierta en una condición duradera que moldea nuestra identidad y nuestras relaciones.

Dentro de una iglesia, la amargura puede ser particularmente destructiva porque los creyentes a menudo continúan interactuando con personas que les han decepcionado. Un desacuerdo relacionado con el ministerio puede permanecer sin resolver durante años. Un comentario descuidado puede recordarse mucho después de que la persona que lo ha dicho se haya olvidado. Una decisión del liderazgo puede convertirse en la base para la sospecha continua. Cuando estas experiencias no se abordan con humildad y sabiduría, poco a poco pueden influir en la forma en que participamos en la vida de la congregación.

El apóstol Pablo se refiere a la necesidad de perdón y compasión en Efesios 4:31-32. Él llama a los creyentes a que dejen de lado la amargura, la ira, la ira y la mala palabra, y se vuelvan bondadosos y tiernos, perdonándose unos a otros como Dios los perdonó a través de Cristo. Esta instrucción revela que el perdón cristiano se basa en la gracia que hemos recibido. No perdonamos porque cada ofensa sea insignificante o porque cada relación pueda volver inmediatamente a su condición anterior. Perdonamos porque reconocemos la misericordia de Dios y no permitimos que el resentimiento se convierta en la influencia dominante de nuestro corazón.

Para nuestras familias, este principio es muy importante. La amargura no resuelta puede formar parte de la atmósfera emocional de un hogar. Los niños pueden crecer escuchando relatos repetidos de ofensas pasadas, aprendiendo a desconfiar de unos parientes particulares o desarrollando suposiciones sobre relaciones basadas en conflictos que no experimentaron personalmente. Los cónyuges pueden dejar que las antiguas decepciones influyan en cada nuevo desacuerdo, lo que dificulta cada vez más la reconciliación genuina. Cuando repetimos continuamente el dolor del pasado sin buscar la curación, corremos el riesgo de permitir que las experiencias anteriores determinen la calidad de nuestras relaciones actuales.

Un hogar espiritualmente sano debe convertirse en un lugar donde se enseña y practica el perdón. Esto no significa evitar conversaciones difíciles. De hecho, para lograr una verdadera reconciliación se requiere a menudo ser honestos con respecto a lo ocurrido, reconocer la responsabilidad y hacer cambios prácticos que restablezcan la confianza. Pero sí significa que debemos resistir la tentación de conservar las ofensas como armas permanentes entre nosotros. Debemos aprender a abordar los conflictos de una manera que refleje tanto la verdad como la gracia.

Una iglesia que da a luz debe cultivar este mismo compromiso. Si esperamos que Dios traiga gente nueva a nuestra congregación, deberíamos considerar si la amargura no resuelta está influyendo en el entorno que encontrarán. Una congregación caracterizada por conflictos de larga data puede tener dificultades para proporcionar el tipo de apoyo espiritual que necesitan los nuevos creyentes. Pero cuando los

miembros practican el perdón, la rendición de cuentas y la comunicación saludable, ayudan a establecer una comunidad donde se puedan fortalecer las relaciones y florecer la discipuladocía.

5.6 Temor e incredulidad: Cuando nuestras circunstancias se vuelven más duras que la Palabra de Dios

Otra influencia importante que puede debilitar la expectativa espiritual es el miedo. El miedo es una reacción natural humana ante incertidumbre, peligro o circunstancias fuera de nuestro control. Las Escrituras no sugieren que los creyentes fieles nunca tengan miedo. Muchos personajes bíblicos se encontraron con momentos de ansiedad, incertidumbre y lucha emocional. Sin embargo, la Palabra de Dios nos llama repetidamente a responder al miedo mediante la confianza, la oración y la obediencia en lugar de dejar que determine la dirección de nuestras vidas.

Uno de los ejemplos más claros aparece en Números 13 y 14, cuando los israelitas se acercaron a la tierra que Dios había prometido a sus antepasados. Moisés envió a doce hombres para explorar la tierra, y regresaron con un informe sobre sus habitantes, recursos y ciudades fortificadas. Los doce habían observado el mismo territorio, pero interpretaron lo que vieron de manera diferente. Diez enfatizaron la fuerza de los habitantes y la aparente imposibilidad de vencerlos, mientras que Josué y Caleb instaron al pueblo a confiar en el Señor y proceder en obediencia.

La diferencia no fue que Josué y Caleb negaran la existencia de obstáculos. Reconocieron los desafíos, pero evaluaron esos desafíos a la luz de la promesa del pacto de Dios y de la historia de Su fidelidad. Los otros espías dejaron que su percepción de los obstáculos dominara su respuesta, y su informe contribuyó a temor y rebelión entre la gente. El relato demuestra cómo la respuesta de una comunidad a circunstancias difíciles puede ser influenciada por la interpretación comunicada a través de sus líderes y miembros.

Debemos tener cuidado de no usar este pasaje para desestimar preocupaciones legítimas o desalentar una evaluación responsable. Los israelitas habían recibido una promesa específica con respecto a la tierra, y su situación no puede aplicarse automáticamente a todas las ambiciones o planes de ministerio modernos. Sin embargo, el relato revela un principio relativo a la relación entre el temor y la obediencia. Cuando Dios nos ha instruido claramente a actuar, no debemos permitir que el miedo solo se convierta en la autoridad final sobre nuestra respuesta.

Este principio es relevante para nuestra vida personal porque el miedo puede influir en las decisiones de maneras sutiles. Podemos evitar conversaciones significativas porque tememos que nos rechacen. Es posible que dudemos en servir porque tememos cometer errores. Podemos rechazar oportunidades de crecimiento espiritual porque nos requieren ir más allá de las responsabilidades familiares. Podemos preocuparnos tanto por el posible fracaso que nunca tomamos los pasos necesarios para desarrollar nuestras habilidades. En estas situaciones, el miedo puede convertirse en un obstáculo para la obediencia, incluso cuando la responsabilidad ante nosotros es consistente con las Escrituras.

Para nuestras familias, el miedo también puede influir en la forma en que reaccionamos ante el futuro. Los padres pueden sentirse abrumados por las decisiones, la educación, las relaciones o la dirección espiritual de sus hijos. La incertidumbre financiera puede crear ansiedad que afecta la atmósfera del hogar. Los

problemas de salud o los conflictos familiares no resueltos pueden causar sentimientos de impotencia. Durante estas épocas, debemos reconocer que la fe no requiere que suprimamos todas las emociones. En cambio, somos invitados a presentar nuestras preocupaciones a Dios y buscar su sabiduría en cuanto a las responsabilidades que podemos cumplir fielmente.

La instrucción de Pablo en Filipenses 4:6-7 alienta a los creyentes a presentar sus peticiones a Dios mediante oración y súplica con acción de gracias. La promesa de la paz de Dios no se presenta como una garantía de que todas las circunstancias cambiarán inmediatamente, sino como un recordatorio de que Su presencia puede sostenernos en medio de la incertidumbre. Esto se vuelve especialmente importante cuando estamos manejando situaciones cuyos resultados permanecen fuera de nuestro control. Podemos orar, buscar consejo, tomar decisiones responsables y permanecer fieles sin dejar que el miedo domine nuestra comprensión del futuro.

Por lo tanto, una iglesia que da a luz debe cultivar una atmósfera en la que la fe y la sabiduría funcionen juntas. No debemos tener miedo de buscar oportunidades para evangelizar, hacer discípulos y desarrollar el ministerio simplemente porque implican desafíos. Tampoco debemos interpretar cada idea ambiciosa como un mandato divino que debe ser perseguido sin una evaluación cuidadosa. La fe bíblica estimula la obediencia valiente, mientras que la sabiduría bíblica nos invita a examinar honestamente nuestras responsabilidades. Si estos principios se mantienen unidos, podemos seguir adelante con confianza en Dios sin ser imprudentes o despreciar las preocupaciones legítimas.

5.7 La influencia de las relaciones: ¿Quién nos está ayudando a crecer?

Las personas con las que desarrollamos relaciones cercanas pueden influir significativamente en nuestra dirección espiritual. A través de las Escrituras encontramos ejemplos de personas cuyas decisiones fueron fortalecidas o debilitadas por el consejo y la compañía que recibieron. Las relaciones pueden proporcionar ánimo, responsabilidad, sabiduría y apoyo, pero también pueden reforzar las actitudes destructivas cuando las personas afirman continuamente el resentimiento, el compromiso o el orgullo del otro. Es por eso que el discernimiento espiritual debe incluir una atención cuidadosa a las relaciones que influyen en nuestro pensamiento y comportamiento.

1 Corintios 15:33 (RVR1960)

> *No erréis; las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres.*

En el contexto original, Pablo estaba hablando de la falsa enseñanza acerca de la resurrección. Su advertencia hizo hincapié en el peligro de permitir que creencias y asociaciones destructivas influyan en las convicciones y en la conducta de los creyentes. El principio se extiende más allá de la compañía casual porque se refiere a la influencia de las ideas, las relaciones y la exposición repetida en nuestra comprensión espiritual.

Debemos reconocer que no todas las relaciones tienen el mismo propósito. Algunas personas nos animan a ser más fieles a Dios, incluso cuando eso implica conversaciones difíciles. Otros pueden fortalecer continuamente las actitudes que debilitan nuestro crecimiento espiritual. Un amigo que amorosamente desafíe nuestra amargura puede estar ayudándonos más que alguien que siempre está de acuerdo con

nuestras críticas. Un mentor que nos corrija con honestidad puede contribuir más a nuestro desarrollo que alguien que simplemente elogia nuestras habilidades. Las relaciones espirituales sanas no requieren constantes afirmaciones. Requieren un compromiso compartido con la verdad, el amor y el crecimiento.

Esto es especialmente importante para aquellos que sirven en el ministerio. El liderazgo puede generar presión emocional, y las personas en posiciones de responsabilidad necesitan relaciones en las que puedan recibir aliento, responsabilidad y sabios consejos. Cuando los líderes se rodean exclusivamente de individuos que afirman cada decisión, corren el riesgo de perder la perspectiva necesaria para un liderazgo saludable. Por el contrario, cuando continúan teniendo conversaciones caracterizadas por el cinismo y la hostilidad, pueden desanimarse o defenderse. La madurez espiritual requiere que busquemos relaciones que combinen honestidad con compasión y convicción bíblica con humildad.

Dentro de nuestras familias, las relaciones fuera del hogar también pueden influir en los valores que cultivamos. Nuestros hijos y jóvenes desarrollan amistades que influyen en su comprensión de la identidad, la moralidad y la pertenencia. No podemos protegerlos de toda influencia dañina a través del aislamiento, ni debemos suponer que cada persona que piensa diferente representa una amenaza. En cambio, debemos ayudarlos a desarrollar discernimiento, confianza en la verdad bíblica y la capacidad de establecer límites saludables. Debemos crear oportunidades para una conversación significativa para que puedan discutir cuestiones difíciles sin temor a ser condenados de inmediato.

Para la iglesia, la responsabilidad es convertirse en una comunidad donde se desarrollen intencionalmente relaciones espirituales saludables. Los nuevos creyentes necesitan más que contacto ocasional con cristianos maduros durante los servicios. Se benefician de las amistades significativas, la orientación, las relaciones en grupos pequeños y las oportunidades de hacer preguntas a medida que crecen. Los jóvenes necesitan ejemplos espirituales que demuestren la coherencia entre la adoración pública y la conducta privada. Los líderes emergentes necesitan orientación de quienes poseen experiencia y madurez. Estas relaciones se convierten en parte del entorno a través del cual se realiza el discipulado.

Por lo tanto, una iglesia que da a luz debe reconocer que proteger el crecimiento espiritual implica cultivar relaciones que fortalezcan la fe en lugar de simplemente evitar las que la debilitan. El objetivo no es crear una comunidad aislada del mundo, sino establecer un cuerpo espiritualmente sano capaz de llegar al mundo sin perder su identidad bíblica.

5.8 Proteger nuestros hogares: el primer entorno de formación espiritual

La responsabilidad de proteger nuestro entorno espiritual se vuelve especialmente importante dentro de nuestras familias porque el hogar es a menudo el lugar donde nuestros hábitos más influyentes se desarrollan. Los servicios de la iglesia ofrecen oportunidades para adorar, enseñar, tener compañerismo y alentarse espiritualmente, pero la mayoría de nuestras decisiones diarias ocurren fuera del edificio de la iglesia. Nuestros hijos observan cómo reaccionamos ante el estrés, cómo nos comunicamos cuando tenemos desacuerdos, cómo tratamos a las personas que nos decepcionan y si nuestra relación con Dios permanece consistente cuando nadie más está mirando. Estas experiencias ordinarias contribuyen a su comprensión de lo que significa seguir a Jesucristo.

Deuteronomio 6:6-7 hace hincapié en la importancia de enseñar los mandamientos de Dios en toda la vida diaria. La instrucción no se limitó a reuniones religiosas formales, sino que incluía conversaciones en casa, durante los viajes, y al principio y al final del día. Esto revela que la formación espiritual estaba destinada a formar parte del ritmo ordinario de la vida familiar. La Palabra de Dios no era simplemente información para recordar durante las ceremonias religiosas. Era la verdad destinada a moldear la identidad, los valores y la conducta de las personas.

Para nuestras familias, esto significa que proteger el entorno espiritual del hogar requiere consistencia intencional. Debemos crear oportunidades para orar y conversar sobre la Biblia, pero también debemos reconocer que nuestra conducta comunica valores espirituales. Cuando pedimos disculpas después de hablar con dureza, demostramos humildad. Cuando elegimos perdonar en lugar de repetir continuamente una ofensa, demostramos gracia. Cuando tomamos decisiones responsables con respecto a nuestras finanzas, relaciones y prioridades, somos un modelo de mayordomía. Cuando respondemos a la incertidumbre mediante la oración en lugar de permitir que el miedo domine nuestras conversaciones, demostramos que dependemos de Dios.

También debemos tener cuidado de no crear un ambiente en el que las expectativas espirituales se vuelvan una fuente de presión constante. Los niños no deben pensar que su valor depende de demostrar un desempeño religioso en particular. Los cónyuges no deben experimentar la enseñanza bíblica como una herramienta de manipulación o control. El hogar debe convertirse en un ambiente en el que se comunique la verdad con amor, donde se puedan discutir honestamente las preguntas y donde se fomente el crecimiento espiritual mediante el ejemplo y la instrucción. La formación espiritual saludable requiere convicción y compasión.

Esto se vuelve especialmente importante cuando nuestros hijos comienzan a desarrollar una mayor independencia. A medida que maduran, encontrarán ideas, relaciones y decisiones que cuestionen los valores que han aprendido. No podemos garantizar que siempre elijan lo que creemos que es correcto, pero podemos ayudar a establecer un fundamento de comprensión bíblica y confianza relacionada. Si saben que las preguntas difíciles pueden ser discutidas con honestidad en la familia, pueden estar más dispuestos a buscar orientación cuando surgen problemas. Si son testigos de un arrepentimiento sincero y perdón, pueden entender mejor cómo reaccionar cuando cometen errores.

La salud espiritual de nuestros hogares también influye en la salud de nuestra iglesia. Las familias que practican la oración, la hospitalidad, el perdón y la instrucción bíblica contribuyen a una congregación donde esos valores son más propensos a prosperar. Por el contrario, cuando la amargura, la deshonestidad o la comunicación destructiva dominan nuestras vidas privadas, estas actitudes pueden influir eventualmente en nuestra participación en la iglesia. No podemos separar la condición de nuestros hogares de la cultura espiritual de la congregación porque la iglesia está compuesta por personas cuyas relaciones diarias influyen en la forma en que sirven y adoran juntos.

Por lo tanto, una iglesia que da a luz debe comprometerse a fortalecer a las familias, no sólo a aumentar la asistencia. Debemos reconocer que el discipulado implica ayudar a las personas a aplicar la verdad bíblica en el matrimonio, la crianza, las relaciones, el trabajo y la conducta personal. El objetivo no es producir familias que parezcan perfectas, sino animar a los hogares donde la gracia y la verdad de Jesucristo están moldeando continuamente la forma de vida de las personas.

5.9 Proteger la promesa requiere más que evitar las influencias negativas

Aunque pastor Azzolini Si bien se hace hincapié en la importancia de evitar las influencias espirituales destructivas, debemos reconocer que la salud espiritual no se puede mantener solo evitandolas. Podemos eliminar ciertos hábitos dañinos o alejarnos de conversaciones poco saludables, pero si no cultivamos una relación más profunda con Dios, nuestra vida espiritual puede seguir siendo débil y vulnerable. La vida cristiana no se define simplemente por lo que nos negamos a participar. Se define por nuestra relación con Jesucristo y la transformación que su gracia produce dentro de nosotros.

Jesús abordó este principio a través de la ilustración de la vid y las ramas en Juan 15.

Juan 15:4-5 (RVR1960)

> *Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí.*
>
> *Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, este lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer.*

Este pasaje establece el fundamento de una verdadera fecundidad espiritual. Una rama no produce fruto por esfuerzo independiente. Su capacidad de producir fruto depende de su continuo vínculo con la vid. Jesús usó esta ilustración para enseñar a sus discípulos que su vida espiritual debe seguir dependiendo de él. La fecundidad no es simplemente el resultado de evitar las influencias nocivas o desarrollar una actividad religiosa impresionante. Se deriva de una relación duradera con Cristo.

Este entendimiento es esencial porque podemos centrarnos tanto en protegernos de las influencias negativas que descuidamos las disciplinas positivas necesarias para el crecimiento espiritual. Podemos gastar mucha energía identificando lo que está mal con la cultura que nos rodea, mientras invertimos muy poco tiempo en la oración, las Escrituras y la compañía significativa. Podemos llegar a ser hábiles en criticar las actitudes no saludables sin desarrollar la humildad y la compasión necesarias para demostrar un mejor ejemplo. Podemos enfatizar la importancia de la santidad mientras no cultivamos el amor que las Escrituras identifican como fundamental para la madurez cristiana.

Una vida saludable espiritual requiere discernimiento y devoción. Debemos rechazar las influencias que contradicen la Palabra de Dios, pero también debemos perseguir deliberadamente las prácticas que fortalezcan nuestra relación con Él. La oración nos permite presentar a Dios nuestras preocupaciones y someter nuestros corazones a Su voluntad. Las Escrituras proporcionan la verdad a través de la cual nuestro pensamiento se renueva. La adoración dirige nuestra atención a la grandeza y fidelidad del Señor. La fraternidad ofrece oportunidades para el estímulo, la rendición de cuentas y el servicio mutuo. La obediencia permite que la verdad que hemos recibido se vea en nuestra conducta.

El apóstol Pablo describe este proceso en Gálatas 5, donde contrasta las obras de la carne con el fruto del Espíritu. Los frutos que él identifica incluyen el amor, la alegría, la paz, la paciencia, la mansedumbre, la bondad, la fe, la mansedumbre y la moderación. Estas cualidades revelan el tipo de carácter que debe desarrollarse cuando los creyentes caminan en el Espíritu. También proporcionan una norma significativa a través de la cual podemos examinar el entorno espiritual de nuestra iglesia. ¿Nuestras relaciones se

están volviendo más amorosas? ¿Estamos mostrando paciencia con los que todavía están creciendo? ¿Reaccionamos a los conflictos con suavidad y autocontrol? ¿Estamos desarrollando fidelidad que permanece firme en épocas difíciles?

Una iglesia que da a luz debe estar comprometida a cultivar este fruto porque la multiplicación espiritual sin madurez espiritual puede crear serios desafíos. Los nuevos creyentes necesitan ejemplos de carácter como el de Cristo, no simplemente una actividad religiosa impresionante. Las familias necesitan relaciones en las que la compasión y la verdad funcionen juntas. Los líderes necesitan la humildad y el autocontrol necesarios para servir con responsabilidad. La iglesia necesita una atmósfera en la que las personas sean alentadas a crecer a través de la obra transformadora del Espíritu Santo.

Cuando permanecemos unidos a Jesucristo, la protección espiritual se convierte en algo más que un intento de evitar el peligro. Se convierte en parte de una vida cada vez más moldeada por Su presencia y Palabra. Comenzamos a reconocer las influencias no saludables no sólo porque nos hacen incómodos, sino porque contradicen el carácter de Aquel a quien seguimos. Aprendemos a rechazar los chismes porque valoramos el amor, a resistir la amargura porque hemos recibido perdón y a buscar la unidad porque pertenecemos a un solo cuerpo. Nuestras disciplinas espirituales ya no son obligaciones religiosas aisladas. Se convierten en expresiones de nuestro deseo de permanecer en Cristo.

5.10 Una iglesia sana debe estar preparada para cultivar una nueva vida

La imagen de una iglesia que da a luz alcanza su mayor significado práctico cuando consideramos la responsabilidad de cuidar a los que responden al evangelio. Una familia que se prepara para un niño entiende que la llegada de una nueva vida introduce responsabilidades que van mucho más allá del momento del nacimiento. El niño necesitará nutrición, protección, orientación y cuidado constante. De manera similar, la multiplicación espiritual dentro de la iglesia crea la responsabilidad de nutrir el desarrollo de los nuevos creyentes. La emoción de ver a alguien arrepentirse, bautizarse en el nombre de Jesucristo o recibir el don del Espíritu Santo debe ir acompañada de un compromiso de seguir siendo discípulo.

La iglesia del Nuevo Testamento ofrece un claro ejemplo de esta responsabilidad. Después de los eventos de Pentecostés, Hechos 2:42 que los creyentes persistieron firmemente en la doctrina de los apóstoles, en la comunión, en la partición del pan y en las oraciones. Su experiencia espiritual fue el comienzo de una vida de aprendizaje continuo y compromiso compartido. La iglesia primitiva no consideraba la conversión como la culminación del desarrollo espiritual. Reconocía la importancia de la enseñanza, las relaciones y la devoción continua.

Este principio nos impone evaluar si nuestra congregación está preparada para nutrir a las personas a las que oramos. Un nuevo creyente puede llegar con un entendimiento limitado de la Biblia, circunstancias familiares complicadas o hábitos desarrollados durante muchos años. El crecimiento espiritual no necesariamente ocurrirá de inmediato o sin dificultad. Es posible que las personas tengan problemas con las preguntas, que tengan dificultades o que necesiten un aliento repetido. Una iglesia sana debe estar preparada para responder con paciencia y verdad en lugar de esperar madurez instantánea.

Esta es la razón por la que la dieta espiritual de la iglesia es tan importante. Los nuevos creyentes son influenciados por las actitudes y conversaciones que encuentran. Si están rodeados de críticas, chismes o

divisiones, su comprensión de la comunidad cristiana puede ser distorsionada. Si se encuentran con creyentes que muestran humildad, compasión y convicción bíblica, reciben ejemplos que pueden fortalecer su desarrollo. La cultura que cultivamos se convierte en parte del entorno en el que se produce el crecimiento espiritual.

Para los líderes del ministerio, esta responsabilidad requiere preparación intencional. Los maestros deben entender que la instrucción bíblica implica más que comunicar información. Requiere paciencia, claridad y voluntad de caminar junto a las personas a medida que aprenden. Los que prestan servicios de hospitalidad deben reconocer que una actitud de acogida puede influir en si alguien se siente cómodo volviendo. Los equipos de oración deben abordar las necesidades personales con compasión y confidencialidad. El liderazgo pastoral debe cultivar un ambiente donde la verdad, la rendición de cuentas y el cuidado permanezcan conectados. Cada ministerio contribuye a la salud espiritual de la congregación.

La responsabilidad también se extiende a los creyentes maduros que pueden no ocupar puestos formales de liderazgo. El discipulado no se limita a las aulas o a programas organizados. Una conversación después del servicio, una invitación a comer, un mensaje de aliento reflexivo o una disposición a responder a una pregunta pueden convertirse en expresiones significativas de cuidado espiritual. La iglesia se fortalece cuando cada miembro entiende que mantener una nueva vida es una responsabilidad colectiva.

Por lo tanto, debemos resistir la tentación de celebrar la multiplicación mientras descuidamos a las personas que hacen que esa multiplicación sea significativa. Una iglesia puede centrarse en la asistencia, el bautismo y el crecimiento visible sin prestar suficiente atención al desarrollo espiritual de los que acogen. Estos hitos son importantes, pero deberían llevarnos hacia un compromiso más profundo en lugar de convertirnos en la medida final del éxito. La misión de Jesucristo no es simplemente reunir a las multitudes. Es hacer discípulos.

Una iglesia que da a luz debe convertirse en una iglesia que nutre porque la responsabilidad de la multiplicación espiritual no termina cuando comienza una nueva vida. En muchos sentidos, entonces es cuando la obra de discipulado se vuelve más importante.

Sección 5 Conclusión: Debemos proteger el medio ambiente donde la vida espiritual crece

El mensaje de LA IGLESIA QUE DA A LUZ nos recuerda que la expectativa espiritual conlleva la responsabilidad de proteger lo que Dios ha confiado a nuestro cuidado. pastor Vinny Azzolini La ilustración de la dieta espiritual nos pone en riesgo de examinar las influencias que influyen en nuestros pensamientos, actitudes, relaciones y decisiones. Así como la preparación responsable acompaña a la expectativa de la llegada de un niño, la madurez espiritual requiere que seamos conscientes del entorno en el que se está desarrollando la fe. No podemos exponernos continuamente a amargura, chismes, celos, temor y divisiones mientras esperamos que esas influencias no afecten nuestra vida espiritual.

Las Escrituras nos invitan a proteger nuestro corazón porque la condición de nuestra vida interior influye en nuestra conducta exterior. Nos desafía a disciplinar nuestros pensamientos de acuerdo con lo que es verdadero y justo, a usar nuestras palabras para edificar y a buscar paz y santidad en nuestras relaciones.

Estas instrucciones no son reglas aisladas destinadas a restringir nuestras vidas innecesariamente. Son expresiones de la sabiduría de Dios con respecto al tipo de carácter que permite a los creyentes crecer en madurez y servirse fielmente unos a otros.

Para nuestras familias, proteger el entorno espiritual significa tener en cuenta las actitudes y hábitos que cultivamos en el hogar. Debemos reconocer que nuestros hijos son influenciados por algo más que por las lecciones bíblicas que enseñamos. Observan nuestras conversaciones, nuestras reacciones a los conflictos y la coherencia de nuestra relación con Dios. Cuando practicamos el perdón, la humildad, la oración y la comunicación honesta, ayudamos a establecer un ambiente en el que la verdad bíblica se vea en la vida diaria. No podemos garantizar todas las decisiones que tomen nuestros hijos en el futuro, pero podemos demostrar fielmente el carácter de Cristo.

Para Tampa Life Church, la responsabilidad es colectiva. Si deseamos convertirnos en una congregación fecunda espiritualmente, debemos proteger la unidad y las relaciones necesarias para un buen discipulado. Debemos rechazar los chismes, abordar los conflictos apropiadamente, celebrar el desarrollo de los demás y seguir comprometidos con la misión de Jesucristo. También debemos cultivar un ambiente en el que los nuevos creyentes puedan crecer sin desanimarse por críticas innecesarias o expectativas poco realistas. La gente a la que estamos orando para llegar necesitará algo más que un servicio inspirador. Necesitarán una familia espiritual caracterizada por la verdad, el amor, la paciencia y la instrucción fiel.

Por encima de todo, debemos recordar que la protección espiritual no se sostiene solo evitando. Jesús enseñó que la verdadera fecundidad viene a través de permanecer en Él. Nuestra relación con Cristo debe seguir siendo la base de todo lo que hacemos. Podemos desarrollar excelentes programas, establecer límites saludables y fomentar una comunicación responsable, pero estas prácticas no pueden reemplazar la obra transformadora del Espíritu Santo. Necesitamos su presencia para renovar nuestra mente, corregir nuestras actitudes y producir el fruto que refleja su carácter.

Por lo tanto, una iglesia que da a luz no es simplemente una congregación que espera que Dios realice algo extraordinario. Es una iglesia dispuesta a cultivar el entorno espiritual necesario para cuidar de lo que Él le confió. Comprende que la unidad debe ser protegida, las relaciones deben ser cultivadas y la madurez espiritual debe desarrollarse mediante la obediencia constante a la Palabra de Dios.

No podemos nutrir fielmente lo que Dios está desarrollando entre nosotros y al mismo tiempo dejar que las influencias destructivas molden continuamente el entorno en el que debe crecer esa vida espiritual.

Y a medida que continuamos explorando el mensaje, nos encontramos con otra responsabilidad esencial. Proteger el entorno espiritual es sólo una parte de la preparación. También debemos considerar si estamos haciendo espacio para el crecimiento que deseamos ver. La promesa de multiplicar introduce responsabilidades prácticas que desafían nuestra disposición a expandirse más allá de lo que es familiar. Si le pedimos a Dios que traiga nuevas personas, nuevas oportunidades y nuevas responsabilidades, debemos examinar si nuestro corazón, nuestro hogar y nuestra iglesia están preparados para recibirlas.

La siguiente sección nos llevará a uno de pastor Azzolini Las declaraciones más significativas sobre la multiplicación espiritual: la posesión requiere población. Examinaremos cómo este principio se conecta

con el mandato bíblico de la fecundidad, la responsabilidad del discipulado y la misión de la iglesia de alcanzar más allá de sus límites existentes.

PARTE 06

La posesión requiere población: prepararnos para la multiplicación espiritual



Comprender el propósito de Dios para la fecundidad, la responsabilidad de hacer discípulos y por qué una iglesia en crecimiento debe prepararse para llevar más de lo que tiene actualmente

Pasajes fundamentales: Génesis 1:26-28; Éxodo 23:29-30; Mateo 28:18-20; Hechos 2:41-47; Efesios 4:11-16; 2 Timoteo 2:2

6.1 El propósito del nacimiento espiritual es mayor que el momento de la liberación

A lo largo de este estudio, hemos examinado la progresión presentada en pastor Vinny Azzolini El mensaje de LA IGLESIA QUE DA A LUZ. Hemos considerado la importancia de recibir la Palabra de Dios, estar de acuerdo con sus instrucciones, cultivar la expectativa, permanecer fieles durante las temporadas de espera y proteger el entorno espiritual en el que se produce el crecimiento. Cada uno de estos principios nos ha preparado para comprender una responsabilidad aún mayor. Si Dios está llamando a Su iglesia a ser fecunda espiritualmente, debemos reconocer que el propósito de la nueva vida se extiende más allá del momento en que comienza. El nacimiento no es la conclusión del desarrollo de un niño. Es el comienzo de una nueva etapa de responsabilidad, que requiere cuidado, nutrición, instrucción y la voluntad de dar espacio a alguien cuya presencia cambiará permanentemente la familia.

Aquí es donde una de las declaraciones más significativas de pastor Azzolini "La posesión requiere población". En el contexto de su mensaje, esta declaración fue cuestionada. Tampa Life Church para entender que la expansión espiritual requiere más que un deseo entusiasta de crecer. Si oramos a Dios para que aumente la influencia de nuestra congregación, llegue a otras comunidades y atraiga a más personas a una relación con Jesucristo, también debemos estar dispuestos a aceptar las responsabilidades asociadas con ese aumento. Una iglesia no puede servir fielmente a una familia espiritual en crecimiento mientras no está dispuesta a desarrollar el discipulado, el liderazgo, las relaciones y las estructuras necesarias para cuidar a las personas. El deseo de tener más influencia debe ir acompañado de la voluntad de asumir mayores responsabilidades.

La frase también cuestiona la forma en que a veces entendemos las bendiciones espirituales. Naturalmente, podemos asociar la gracia de Dios con recibir algo que mejore nuestras circunstancias, amplíe nuestras oportunidades o traiga satisfacción personal. Sin embargo, a lo largo de las Escrituras, la bendición divina a menudo está relacionada con la responsabilidad. Abraham fue bendecido para que todas las familias de la tierra fueran bendecidas finalmente a través del propósito redentor de Dios. Israel fue llamado a ser un pueblo que reflejara la santidad y el carácter del Señor entre las naciones. La iglesia del Nuevo Testamento recibió el Espíritu Santo y fue encargada de llevar el evangelio más allá de los límites de Jerusalén. En cada uno de estos ejemplos, la obra de Dios se extendió más allá de la experiencia inmediata de los que recibieron Sus promesas.

Por esta razón, la multiplicación espiritual nunca debe convertirse en una simple búsqueda de logros numéricos. La iglesia no existe para acumular cifras de asistencia, desarrollar instalaciones impresionantes o establecer una reputación de éxito organizacional. Estas cosas pueden convertirse en herramientas útiles cuando sirven a la misión, pero no pueden convertirse en la misión misma. Jesucristo ha llamado a Su iglesia a anunciar el evangelio, hacer discípulos, bautizar a los creyentes, enseñar la obediencia a Sus mandamientos y demostrar Su amor. Cuando entran nuevas personas a la iglesia, no estamos simplemente aumentando el tamaño de una congregación. Estamos asumiendo la responsabilidad de ayudar a las personas y a las familias a crecer en su relación con Dios.

Esta distinción se vuelve particularmente importante cuando consideramos la imagen de una iglesia en parto. Una familia sana no mide el valor de un niño según el reconocimiento que el nacimiento del niño

trae a los padres. El niño es valioso porque la vida humana posee dignidad y valor. De manera similar, cada persona que ingresa a nuestra iglesia debe ser reconocida como alguien creado a imagen de Dios, no como otro número que contribuye al crecimiento institucional. La gente llega con diferentes experiencias, luchas, preguntas y niveles de comprensión espiritual. Algunos han crecido en la iglesia, mientras que otros pueden estar conociendo la enseñanza apostólica por primera vez. Algunos provienen de familias estables, mientras que otros soportan el dolor de relaciones rotas o circunstancias difíciles. Nuestra responsabilidad es darles la bienvenida con compasión, enseñarles la verdad bíblica y proporcionarles oportunidades para un verdadero desarrollo espiritual.

Por lo tanto, una iglesia que da a luz debe entender que la multiplicación no es simplemente acerca de cuántas personas podemos alcanzar. También se trata de cómo podemos criar fielmente a los que aceptan. La emoción del nacimiento espiritual debe convertirse en un compromiso con la madurez espiritual, porque la misión de Jesucristo implica hacer discípulos que eventualmente serán capaces de ayudar a otros a crecer.

6.2 "Sean frutíferos y multiplicados": Comprender el diseño original de Dios

pastor Azzolini conectó el principio de multiplicación con los capítulos iniciales del Génesis, donde Dios bendijo a la humanidad y estableció la responsabilidad de la fecundidad. Este pasaje proporciona una base importante para comprender que la multiplicación era parte del plan original de Dios para la vida humana, aunque debemos distinguir cuidadosamente su significado inmediato de su aplicación teológica más amplia a la iglesia.

Génesis 1:27-28 (RVR1960)

> *Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó.*
>
> *Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra.*

En su contexto original, este mandamiento se refiere a la creación de la humanidad, la fecundidad y la responsabilidad dentro del mundo que Dios había hecho. Los seres humanos fueron creados a imagen de Dios y se les confió la responsabilidad de llenar la tierra y ejercer administración sobre la creación. La orden no fue dada originalmente como una estrategia de crecimiento numérico para una congregación local. Sin embargo, el pasaje establece un tema bíblico más amplio: Dios creó la vida humana con la capacidad de ser fecunda, relacionarse y continuar viviendo a través de generaciones.

Este tema se vuelve especialmente significativo cuando consideramos la relación entre bendición y responsabilidad. Dios bendijo a la humanidad, pero esa bendición fue acompañada de un llamado a participar fielmente en el mundo que Él había creado. A los seres humanos no se les ordenó simplemente disfrutar de la creación sin aceptar la responsabilidad por ella. Se les confió la administración. De manera similar, cuando Dios otorga oportunidades para el ministerio, la influencia y el crecimiento espiritual, esas oportunidades llevan responsabilidades que deben ejercerse con sabiduría y obediencia.

El Nuevo Testamento desarrolla el tema de la fecundidad espiritual en una dirección diferente pero relacionada. Jesús enseñó a sus discípulos que la verdadera fecundidad depende de permanecer en Él. En el Juan 15 Se describió a sí mismo como la verdadera vid y a sus seguidores como ramas cuya capacidad para dar fruto depende de su relación continua con Él. Esta enseñanza nos recuerda que la multiplicación espiritual no puede reducirse a la productividad humana. Una iglesia puede aumentar su asistencia a través de una comunicación eficaz, una planificación organizativa o un compromiso comunitario, pero la verdadera vida espiritual se produce a través de la obra de Dios. Nuestros métodos pueden crear oportunidades para que las personas escuchen el evangelio, pero el arrepentimiento, la fe y la transformación no pueden producirse únicamente mediante el esfuerzo humano.

Por lo tanto, debemos entender la multiplicación espiritual como la extensión de la misión de Cristo a través de personas que han sido transformadas por Su gracia. Cuando alguien recibe el evangelio y comienza a seguir a Jesús, comienza un nuevo viaje de discipulado. A medida que esa persona crece en su comprensión bíblica, madurez espiritual y obediencia, eventualmente puede llegar a ser capaz de enseñar y animar a otros. De esta manera, la influencia del evangelio se extiende más allá de un individuo a familias, amistades, comunidades y generaciones futuras.

Este proceso es especialmente importante para nuestros hogares. Los padres tienen la responsabilidad de comunicar la verdad bíblica a sus hijos, no sólo mediante instrucciones formales sino mediante el ejemplo de su vida cotidiana. Cuando nuestros hijos observan la oración sincera, el arrepentimiento, el perdón y la obediencia, se encuentran con una demostración viva de la fe que profesamos. Aunque cada persona debe responder a Dios individualmente, el ambiente espiritual que cultivamos puede proporcionar una base importante para las generaciones futuras. El objetivo no es simplemente producir hijos que asistan a la iglesia porque sus padres lo esperan. Queremos ayudarlos a desarrollar convicciones personales, comprender las Escrituras y establecer una relación genuina con Jesucristo.

Para Tampa Life Church, el principio de multiplicación debe inspirarnos a pensar más allá de la congregación inmediata. Debemos considerar cómo nuestros ministerios pueden fortalecer a las familias, equipar a los creyentes y llegar a personas de diferentes culturas y idiomas. Una iglesia multicultural posee oportunidades para comunicar el evangelio a través de comunidades que de otro modo podrían permanecer desconectadas. Sin embargo, estas oportunidades requieren discipulado intencional, desarrollo de liderazgo y disposición a reconocer las contribuciones de personas cuyas experiencias difieren de las nuestras. La fecundidad espiritual se vuelve más saludable cuando todo el cuerpo comprende que ha sido llamado a participar en la misión de Cristo.

6.3 La posesión sin preparación puede volverse una carga

Una de las implicaciones más difíciles de pastor Azzolini La declaración es que recibir una mayor responsabilidad sin una preparación adecuada puede crear dificultades que socavan el mismo crecimiento que deseamos. A menudo oramos por expansión porque imaginamos la alegría que conlleva llegar a más personas, desarrollar nuevos ministerios y ver una mayor actividad espiritual. Sin embargo, toda forma de crecimiento introduce responsabilidades prácticas. Más personas necesitan más oportunidades para tener relaciones significativas. Los nuevos creyentes necesitan instrucción bíblica y cuidado pastoral. Los ministerios adicionales requieren líderes capacitados, voluntarios confiables y una administración responsable de los recursos. Si una iglesia desea multiplicarse sin considerar estas responsabilidades, puede descubrir que el crecimiento expone debilidades que eran menos visibles cuando la congregación era más pequeña.

Un interesante paralelismo aparece en las instrucciones que Dios dio a Israel sobre la posesión de la tierra prometida.

Éxodo 23:29-30 (RVR1960)

> *No los echaré de delante de ti en un año, para que no quede la tierra desierta, y se aumenten contra ti las fieras del campo.*
>
> *Poco a poco los echaré de delante de ti, hasta que te multipliques y tomes posesión de la tierra.*

En su contexto histórico, este pasaje se refiere a la promesa de Dios de establecer a Israel en la tierra de Canaán. El Señor explicó que el proceso no ocurriría todo de una vez porque la tierra requería una población capaz de ocuparla y mantenerla. La naturaleza gradual de la conquista prometida estaba relacionada con las realidades prácticas de la vivienda y la administración.

Este pasaje no debe interpretarse como una promesa directa de que cada iglesia recibirá territorio o experimentará una expansión numérica de acuerdo con un calendario particular. Su situación histórica se refiere a la antigua Israel, y su lenguaje de conquista no debe ser transferido sin crítica al ministerio moderno. Sin embargo, ofrece una ilustración instructiva de la relación entre una mayor responsabilidad y la capacidad de administrar lo que se ha confiado.

El principio es particularmente relevante para el desarrollo de los ministerios de la iglesia. Si una congregación crece rápidamente sin preparar a las personas para servir, las responsabilidades pueden concentrarse en un pequeño número de líderes y voluntarios. Estos individuos pueden al principio responder con entusiasmo, pero la presión prolongada puede producir agotamiento, frustración y disminución de la eficacia. Si las oportunidades de hacer discípulos son insuficientes, los nuevos creyentes pueden tener dificultades para establecer sólidas bases espirituales. Si los sistemas de comunicación son débiles, las familias pueden sentirse olvidadas. Si se descuida el desarrollo del liderazgo, la expansión del ministerio puede depender de las personas que ya llevan más de lo que pueden soportar razonablemente.

Por esta razón, la preparación no debe considerarse como falta de fe. Es una expresión de administración responsable. Cuando organizamos clases de discipulado, formamos maestros, desarrollamos equipos de

ministerio y establecemos sistemas saludables de comunicación, no estamos tratando de reemplazar la obra del Espíritu Santo con una organización humana. Buscamos cumplir nuestras responsabilidades fielmente para que las personas que Dios trae a nuestra congregación puedan recibir el cuidado apropiado.

El mismo principio se aplica a nuestras vidas personales. Es posible que deseemos tener más influencia, más recursos financieros o nuevas oportunidades de servicio, pero estas responsabilidades requieren madurez. Una mayor capacidad financiera sin una administración prudente puede generar nuevos problemas en lugar de una estabilidad duradera. Una mayor influencia sin humildad puede crear oportunidades para el orgullo y el mal uso de la autoridad. Una mayor responsabilidad en el ministerio sin disciplina espiritual puede exponer debilidades en el carácter y en las relaciones. La cuestión no es simplemente si deseamos más. Debemos considerar si estamos desarrollando la madurez necesaria para administrar más fielmente.

Por lo tanto, una iglesia que da a luz debe convertirse en una iglesia preparadora. No debemos esperar a que cada aula esté llena antes de considerar la necesidad de profesores adicionales. No debemos esperar a que los líderes del ministerio se agoten antes de desarrollar nuevos voluntarios. No debemos esperar hasta que las familias se sientan separadas antes de fortalecer la comunión y el cuidado pastoral. Debemos aprender a anticipar las responsabilidades asociadas con el crecimiento y responder con sabiduría, oración y preparación intencional.

6.4 La Gran Comisión: Multiplicación mediante el discipulado

El fundamento más claro del Nuevo Testamento para la misión de la multiplicación espiritual se encuentra en la Gran Comisión. Después de su resurrección, Jesús se apareció a sus discípulos y les confió la responsabilidad de llevar su mensaje a las naciones. Sus instrucciones revelan que la misión de la iglesia implica más que reunir a la gente a reuniones religiosas. Requiere hacer discípulos, bautizarlos y enseñarles a guardar Sus mandamientos.

Mateo 28:18-20 (RVR1960)

> *Y Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra.*
>
> *Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo;*
>
> *enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén.*

La autoridad detrás de esta comisión pertenece a Jesucristo. Él comienza declarando que se le ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. La iglesia no posee una misión independiente que pueda redefinir de acuerdo a sus preferencias. Estamos participando en la obra del Señor resucitado, y nuestra responsabilidad es permanecer fieles a sus instrucciones.

El mandamiento de hacer discípulos es especialmente significativo porque el discipulado implica más que una sola decisión o experiencia espiritual. Un discípulo es alguien que sigue, aprende de y se somete a las enseñanzas de Jesucristo. El proceso incluye instrucción, obediencia, crecimiento espiritual y participación en la comunidad de fe. El bautismo es una parte esencial de la comisión, y desde un entendimiento apostólico pentecostal, la iglesia sigue la proclamación apostólica del bautismo en el nombre de Jesucristo, como se registra en Hechos 2:38 y demostrado en todo el libro de Hechos.

Pero la Gran Comisión no termina con el bautismo. Jesús instruyó específicamente a Sus seguidores a enseñar a los creyentes a guardar todo lo que Él había mandado. Esto significa que la multiplicación espiritual debe permanecer siempre relacionada con la instrucción continua y la obediencia. No podemos suponer que alguien posea un entendimiento bíblico maduro simplemente porque ha asistido a un servicio poderoso o ha respondido a una llamada al altar. El comienzo de la fe debe ser seguido de un proceso de crecimiento en el que los creyentes aprenden a aplicar las Escrituras a sus relaciones, decisiones, responsabilidades y conducta diaria.

Esto se vuelve especialmente importante para una iglesia con un fuerte énfasis en la evangelización y el movimiento del Espíritu Santo. Debemos continuar orando para que las personas se arrepientan, sean bautizadas en el nombre de Jesús y reciban el don del Espíritu Santo. Estas experiencias son fundamentales para nuestra comprensión apostólica de la respuesta del evangelio. Sin embargo, también debemos reconocer que los nuevos creyentes necesitan una instrucción continua acerca de la oración, la santidad, la mayordomía, los dones espirituales, las relaciones y la misión de la iglesia. El nacimiento espiritual introduce una nueva vida que debe cultivarse a través del discipulado.

Una iglesia que se centra exclusivamente en traer a las personas a la congregación sin ayudarlas a desarrollarse espiritualmente puede experimentar actividad sin madurez duradera. Las personas pueden sentirse emocionadas por sus experiencias iniciales, pero luchan cuando se encuentran con tentaciones, decepciones o preguntas difíciles. Es posible que carezcan de la base bíblica necesaria para entender por qué ciertas convicciones son importantes o cómo practicar disciplinas espirituales de manera consistente. Sin relaciones significativas, pueden sentirse aislados cuando surgen problemas. Estas realidades demuestran por qué la Gran Comisión debe dar forma a todo el ministerio de la iglesia en lugar de ser tratada como una responsabilidad limitada a la predicación evangélica.

Para Tampa Life Church, esto significa que cada ministerio debe entender cómo contribuye al proceso de hacer discípulos. La adoración crea oportunidades para que las personas encuentren la verdad bíblica y respondan a Dios. La enseñanza proporciona el fundamento necesario para la comprensión espiritual. Los pequeños grupos y la comunión ayudan a los creyentes a desarrollar relaciones significativas. Los ministerios de oración fomentan la dependencia del Señor. El cuidado pastoral proporciona orientación durante las épocas difíciles. El desarrollo del liderazgo prepara a los creyentes maduros para servir a los demás. Estas responsabilidades están interconectadas porque el discipulado no se realiza a través de un solo evento o programa.

Una iglesia que da a luz no sólo celebra la llegada de nuevos creyentes. Asume la responsabilidad de ayudarlos a convertirse en seguidores maduros de Jesucristo.

6.5 La Iglesia primitiva: Cuando el nacimiento espiritual produjo una familia espiritual

Los acontecimientos registrados en Hechos 2 proporcionan uno de los ejemplos bíblicos más claros de multiplicación espiritual acompañada por el desarrollo de una comunidad. El día de Pentecostés, el Espíritu Santo fue derramado sobre los creyentes reunidos en Jerusalén. Pedro proclamó entonces el evangelio de Jesucristo, declarando Su muerte, resurrección y exaltación. Cuando los que escucharon el mensaje les preguntaron qué debían hacer, Pedro les instruyó a arrepentirse, bautizarse en el nombre de Jesucristo para el perdón de los pecados y recibir el don del Espíritu Santo.

La respuesta fue notable. Hechos 2:41 el relato dice que aproximadamente tres mil personas recibieron la Palabra y fueron bautizadas. Este fue un momento significativo de aumento numérico, pero el relato bíblico no termina con el tamaño de la respuesta. Lucas continúa describiendo las prácticas y relaciones espirituales que se desarrollaron entre los creyentes.

Hechos 2:42 (RVR1960)

> *Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones.*

Este versículo revela que la multiplicación espiritual inmediatamente introdujo la responsabilidad de la formación espiritual. Los creyentes continuaron en la enseñanza apostólica, compartieron la comunión, participaron en las comidas y se dedicaron a la oración. Su respuesta al evangelio no fue tratada como un evento aislado desconectado del resto de sus vidas. Se convirtió en el comienzo de un compromiso compartido con Jesucristo y entre sí.

La iglesia primitiva también desarrolló un notable sentido de responsabilidad mutua. Hechos 2 describe a los creyentes compartiendo recursos y respondiendo a las necesidades dentro de su comunidad. Esta generosidad reflejaba la transformación que se estaba produciendo en su comprensión de las relaciones y las posesiones. Su fe influyó en la forma en que trataban a los demás, y su compromiso con Cristo produjo una voluntad de cuidar a los que se encontraban en necesidad. La iglesia se estaba convirtiendo en algo más que una reunión de individuos que compartían creencias religiosas similares. Se estaba convirtiendo en una familia espiritual cuyos miembros comprendían que pertenecían unos a otros.

Esto es especialmente importante cuando consideramos los desafíos asociados con el crecimiento de la iglesia moderna. Es posible que una congregación aumente en asistencia mientras las personas permanecen separadas en relación con las relaciones. Podemos reunirnos en el mismo edificio, participar en los mismos servicios de adoración y escuchar la misma predicación sin desarrollar relaciones significativas. Pero el modelo del Nuevo Testamento nos desafía a reconocer que la comunión es una parte esencial de la formación espiritual. Los creyentes necesitan oportunidades para animarse mutuamente, compartir cargas, hacer preguntas y practicar el amor de Cristo en la vida común.

Para los nuevos creyentes, estas relaciones pueden ser especialmente significativas. Alguien que recientemente ha respondido al evangelio puede estar experimentando cambios en sus hábitos personales, en sus amistades o en sus relaciones familiares. Es posible que se encuentren con preguntas acerca de las Escrituras que nunca antes habían considerado. Es posible que se enfrenten al desaliento o

a la incertidumbre a medida que aprenden a establecer una relación consistente con Dios. Una comunidad espiritual sana proporciona oportunidades para el estímulo y la guía durante estas estaciones. Los creyentes maduros pueden ayudar a demostrar cómo es la vida cristiana fiel más allá del entorno de un servicio de adoración.

La iglesia primitiva también nos recuerda que la multiplicación depende en última instancia del Señor. Hechos 2:47 describe a Dios añadiendo a la iglesia a los que estaban siendo salvos. Los creyentes tenían la responsabilidad de anunciar el evangelio, continuar en la doctrina, orando y cuidándose unos a otros, pero la obra de salvación pertenecía a Dios. Este equilibrio nos protege de tratar el crecimiento espiritual como algo que podemos fabricar mediante el esfuerzo humano. Debemos desarrollar prácticas efectivas en el ministerio, pero nunca debemos olvidar que la transformación genuina requiere la obra del Espíritu Santo.

Por lo tanto, una iglesia que da a luz debe convertirse en una familia espiritual capaz de nutrir una nueva vida. Debemos celebrar a cada persona que responda al evangelio, pero también debemos considerar si esa persona encontrará relaciones, instrucción y oportunidades para seguir creciendo. La salud de nuestra iglesia no puede medirse exclusivamente por la cantidad de personas que entran a sus puertas. También debemos considerar si estas personas están recibiendo ayuda para desarrollar una relación duradera con Jesucristo.

6.6 Hacer espacio para personas que aún no son como nosotros

Uno de los aspectos más difíciles de la multiplicación espiritual es que el crecimiento a menudo introduce a personas cuyos antecedentes, experiencias y niveles de madurez espiritual difieren significativamente de los nuestros. Es natural que nos sintamos cómodos con personas que comparten nuestro idioma, cultura, tradiciones y comprensión de la vida de la iglesia. La familiaridad crea una sensación de pertenencia, y no hay nada inherentemente malo en apreciar las relaciones que hemos desarrollado con el tiempo. Sin embargo, la misión de Jesucristo nos llama más allá de los límites de nuestro consuelo existente.

La Gran Comisión dirige a la iglesia hacia todas las naciones. El evangelio nunca tuvo la intención de limitarse a un grupo cultural, región geográfica o origen social. El libro de Hechos demuestra cómo la iglesia primitiva llegó poco a poco a comprender las implicaciones completas de este llamado. En el Hechos 10 Pedro se encontró con la casa de Cornelio, un centurión gentil. A través de esta experiencia, Dios desafió las suposiciones acerca de las personas que podían recibir el evangelio y el don del Espíritu Santo. Pedro fue testigo de que el Espíritu fue derramado sobre los gentiles, y reconoció que Dios extendía Su obra salvadora más allá de los límites que muchos creyentes judíos habían asumido anteriormente.

Este desarrollo no fue sin dificultades. La iglesia primitiva tuvo que abordar cuestiones relacionadas con las prácticas culturales, las tradiciones religiosas y la relación entre los creyentes judíos y gentiles. Hechos 15 registra una discusión significativa entre los líderes de la iglesia acerca de las responsabilidades de los gentiles convertidos. Estos relatos nos recuerdan que la multiplicación espiritual a menudo requiere que

los creyentes distinguan entre la verdad inmutable del evangelio y las expectativas culturales que no deben convertirse en barreras innecesarias para la comunión.

Para una congregación multicultural, este principio es de especial importancia. Tampa Life Church tiene oportunidades para llegar a personas de diferentes naciones, idiomas y culturas. Estas oportunidades son una bendición, pero también requieren sensibilidad y cooperación intencionales. Las personas pueden expresarse de manera diferente durante la adoración, acercarse a las relaciones a través de diferentes expectativas culturales, o poseer diferentes niveles de familiaridad con la enseñanza apostólica. Si esperamos que todos sean culturalmente idénticos antes de que se sientan bienvenidos, corremos el riesgo de crear barreras que las Escrituras no requieren.

Esto no significa que la doctrina bíblica deba ser comprometida por el bien de la inclusión cultural. La iglesia debe permanecer fiel al evangelio y a las enseñanzas de las Escrituras. Pero debemos distinguir cuidadosamente entre las convicciones bíblicas y las preferencias personales. El idioma en que una persona ora, el origen cultural de su familia o las tradiciones que trae de su país de origen no determinan su valor dentro del cuerpo de Cristo. Nuestra identidad común en Jesucristo debe permanecer más fuerte que las diferencias que nos distinguen.

Hacer espacio también requiere paciencia con la inmadurez espiritual. Es posible que los nuevos creyentes no comprendan inmediatamente todos los aspectos de la conducta cristiana ni tengan las mismas convicciones que los que han caminado con Dios durante muchos años. Pueden hacer preguntas difíciles o luchar contra hábitos que requieren tiempo, instrucción y responsabilidad. Si respondemos con dureza o con expectativas poco realistas, podemos desalentar a las mismas personas a las que hemos orado para llegar. Sin embargo, si comunicamos la verdad bíblica con amor y paciencia, creamos oportunidades para un verdadero crecimiento.

El apóstol Pablo describe la importancia de acogerse unos a otros en Romanos 15:7, conectando la comunión cristiana con la forma en que Cristo nos recibió. Este principio debe dar forma a la cultura de una iglesia que da a luz. Debemos estar dispuestos a dar la bienvenida a las personas que todavía están aprendiendo, a caminar junto a las familias que se enfrentan a situaciones difíciles y a reconocer que la madurez espiritual se desarrolla a través de un proceso. El objetivo no es rebajar los estándares bíblicos, sino ayudar a las personas a crecer hacia esos estándares a través de la verdad, la gracia y el discipulado fiel.

Por lo tanto, una iglesia que desea multiplicarse espiritual debe examinar si su cultura existente da lugar a nuevas personas. ¿Estamos dispuestos a construir relaciones más allá de nuestros círculos familiares? ¿Notamos visitantes que parecen inciertos o desconectados? ¿Estamos preparados para explicar las prácticas bíblicas a aquellos que nunca las han encontrado? ¿Estamos dispuestos a adaptar métodos no esenciales cuando hacerlo ayuda a comunicar el evangelio con mayor eficacia? Estas preguntas son importantes porque una iglesia puede orar por el crecimiento mientras inadvertidamente mantiene hábitos que hacen que los recién llegados se sientan no bienvenidos.

6.7 La multiplicación requiere el desarrollo de nuevos líderes

A medida que una iglesia crece, las responsabilidades asociadas con el ministerio inevitablemente aumentan. Más personas necesitan oportunidades adicionales para ser discípulos, compañerismo, cuidado pastoral y servicio. Si estas responsabilidades siguen concentradas en un pequeño número de personas, la congregación puede depender cada vez más de los líderes que ya llevan importantes cargas. Esto puede producir agotamiento y limitar la capacidad de la iglesia para responder eficazmente a nuevas oportunidades. Por esta razón, la multiplicación espiritual debe incluir el desarrollo intencional de nuevos líderes.

El apóstol Pablo proporciona una base importante para este principio en su instrucción a Timoteo.

2 Timoteo 2:2 (RVR1960)

> *Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros.*

Este versículo revela un patrón de multiplicación espiritual a través de la fiel transmisión de la enseñanza bíblica. Pablo había instruido a Timoteo, y Timoteo era responsable de confiar esa enseñanza a personas confiables que serían capaces de instruir a otros. El proceso se extendió más allá de una generación de liderazgo. Se trataba de preparar a personas que pudieran continuar el trabajo después de que el maestro original ya no estuviera presente.

Este es uno de los ejemplos bíblicos más claros de discipulado que produce multiplicación. Pablo no ordenó a Timoteo simplemente reunir a una audiencia más grande para su propia enseñanza. Él le desafió a desarrollar a otros que pudieran ser capaces de enseñar. El objetivo no era la influencia personal concentrada en un solo individuo, sino la continuación fiel de la doctrina apostólica a través de generaciones sucesivas de creyentes.

Para nuestra iglesia, este principio debe influir en la forma en que abordamos el desarrollo del ministerio. Debemos aprender a reconocer el potencial de las personas que aún no poseen una amplia experiencia. Alguien que demuestra lealtad en pequeñas responsabilidades puede llegar a ser capaz de enseñar o dirigir. Un creyente que constantemente anima a otros puede poseer dones que se pueden desarrollar mediante la orientación y la formación. Un joven que muestra interés por las Escrituras puede beneficiarse de las oportunidades de estudiar, servir y recibir orientación de cristianos maduros. El desarrollo del liderazgo comienza cuando reconocemos que nuestra responsabilidad incluye preparar a otros para participar en la misión.

Este proceso requiere paciencia porque las personas no se convierten en líderes maduros simplemente por recibir un título. Necesitan instrucción bíblica, oportunidades de experiencia práctica, comentarios honestos y responsabilidad. Deben aprender a comunicarse eficazmente, responder a las críticas, manejar las responsabilidades y servir a las personas con humildad. Los errores pueden ocurrir durante este desarrollo, y los líderes sabios deben distinguir entre errores que requieren corrección y patrones de comportamiento que indican que alguien aún no está preparado para una mayor responsabilidad.

También debemos protegernos de la tentación de ver a los líderes emergentes como una competencia. Cuando alguien desarrolla habilidades que superan las nuestras en un área particular, debemos celebrar su crecimiento en lugar de sentirnos amenazados por ello. El cuerpo de Cristo se fortalece cuando sus miembros están equipados para servir de acuerdo con los dones que Dios les ha dado. El liderazgo no debe convertirse en un medio para proteger el reconocimiento personal. Debe convertirse en una oportunidad para invertir en el desarrollo espiritual de los demás.

Efesios 4:11-12 describe la responsabilidad de los líderes del ministerio de preparar a los santos para la obra del ministerio y la edificación del cuerpo de Cristo. Esta enseñanza revela que el liderazgo no tiene la intención de desempeñar todas las responsabilidades del ministerio de forma independiente. Existe en parte para preparar al cuerpo más amplio para el servicio fiel. Cuando se adopta este principio, la iglesia se vuelve menos dependiente de unos pocos individuos y más capaz de responder colectivamente a las oportunidades que Dios proporciona.

Por lo tanto, una iglesia que da a luz debe convertirse en una iglesia en desarrollo. No deberíamos simplemente preguntar quién está disponible para ocupar un puesto hoy. Debemos considerar a quiénes nos estamos preparando para servir mañana. Si deseamos una multiplicación espiritual a través de las generaciones, debemos invertir intencionalmente en la gente que llevará el evangelio más allá de nuestra actual temporada de ministerio.

6.8 La diferencia entre el crecimiento numérico y la madurez espiritual

Uno de los mayores desafíos que enfrenta cualquier congregación en crecimiento es aprender a distinguir entre el aumento numérico y la salud espiritual genuina. Las cifras de asistencia pueden proporcionar información útil sobre el alcance de un ministerio, pero no cuentan toda la historia. Una iglesia puede experimentar un crecimiento numérico significativo mientras lucha con el discipulado, la unidad o el desarrollo de liderazgo. Por el contrario, una congregación más pequeña puede demostrar una notable fidelidad, madurez espiritual e influencia significativa dentro de su comunidad. Los números son importantes porque las personas son importantes, pero los números por sí solos no pueden definir la salud del cuerpo de Cristo.

El apóstol Pablo describe el propósito del desarrollo del ministerio en Efesios 4.

Efesios 4:13-15 (RVR1960)

> *hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo;*
>
> *para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error,*
>
> *sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo,*

Pablo hace hincapié en la madurez en Cristo. Él describe a los creyentes creciendo en unidad, comprensión bíblica, estabilidad y amor. El objetivo no es simplemente aumentar el número de personas asociadas con la iglesia, sino desarrollar un cuerpo cuyos miembros se están consolidando más firmemente en la verdad de Jesucristo. La madurez espiritual protege a los creyentes del engaño, fortalece las relaciones y prepara a la iglesia para cumplir su misión.

Este pasaje nos desafía a evaluar nuestra comprensión del éxito. Podemos celebrar una gran reunión, pero también debemos considerar si las personas están desarrollando una vida de oración consistente. Podemos regocijarnos cuando muchas personas responden a una llamada al altar, pero también debemos preguntarnos si reciben la instrucción bíblica necesaria para seguir creciendo. Puede que nos animen los programas de ministerio que se amplían, pero debemos examinar si esos programas están ayudando a las personas a convertirse en seguidores más maduros de Jesús.

Una iglesia espiritualmente sana debe desear tanto un alcance evangélico como un profundo discipulado. Estas responsabilidades no son competidores. El evangelio nos llama a llegar a los que aún no han creído, y la Gran Comisión nos llama a enseñar a los que responden. Cuando se separa la evangelización del discipulado, la iglesia puede centrarse en los comienzos sin desarrollar madurez duradera. Cuando el discipulado se separa de la evangelización, la congregación puede centrarse interiormente y descuidar la misión de llegar a otros. La multiplicación bíblica requiere ambas cosas.

Para Tampa Life Church, esto significa que el crecimiento espiritual debe ser evaluado a través de más de una medida. Debemos celebrar los bautismos, las personas que reciben el Espíritu Santo y las nuevas familias que forman parte de la congregación. Pero también debemos valorar el desarrollo de los maestros, el fortalecimiento de los matrimonios, el crecimiento espiritual de los jóvenes, la participación de los creyentes en el servicio y la formación de relaciones saludables a través de las fronteras culturales y generacionales. Estas expresiones de madurez pueden ser menos visibles que las cifras de asistencia, pero son esenciales para la salud a largo plazo de la iglesia.

El objetivo no es elegir entre crecimiento y madurez. Es la búsqueda de un crecimiento que produzca madurez y madurez que contribuye a un mayor crecimiento. Cuando los creyentes se establecen en las Escrituras, desarrollan un carácter semejante al de Cristo y aprenden a servir a otros, se preparan mejor para participar en la misión de hacer discípulos. De esta manera, la multiplicación espiritual se convierte en un proceso continuo en lugar de una serie de eventos desconectados.

6.9 Nuestras familias deben formar parte de la misión

La responsabilidad de la multiplicación espiritual no pertenece exclusivamente a los pastores, maestros o líderes formales del ministerio. La misión de la iglesia se lleva adelante a través de creyentes comunes cuyas relaciones diarias proporcionan oportunidades para demostrar el amor y la verdad de Jesucristo. Nuestros hogares, lugares de trabajo, amistades y comunidades se convierten en lugares importantes donde se puede comunicar el evangelio tanto por medio de la palabra como de la conducta. Esto significa que la visión de una iglesia que da a luz debe extenderse más allá del santuario y convertirse en parte de la forma en que entendemos nuestras responsabilidades diarias.

Para los padres, esto comienza con el reconocimiento de que nuestros hijos no son simplemente futuros miembros de la congregación. Son personas que necesitan una relación personal con Dios y una comprensión creciente de Su Palabra. No debemos suponer que ir a la iglesia produce madurez espiritual automáticamente. Nuestros hijos necesitan oportunidades para hacer preguntas, desarrollar convicciones y observar los principios bíblicos que se practican constantemente. Necesitan entender por qué oramos, por qué es importante la Escritura, por qué es importante la santidad y cómo el evangelio influye en nuestras relaciones y decisiones.

Esta responsabilidad se vuelve especialmente importante a medida que los niños crecen y comienzan a tomar decisiones independientes. Es posible que deseemos que sigan siendo fieles a los valores que les hemos enseñado, pero la verdadera fe no puede mantenerse solo con la presión de los padres. Debemos ayudarlos a desarrollar una relación con Jesucristo que se vuelva significativa más allá de las expectativas de la familia. Esto requiere paciencia, comunicación honesta y disposición a responder preguntas difíciles sin interpretar inmediatamente toda lucha como rebelión.

Nuestras familias también pueden participar en la misión de la iglesia a través de la hospitalidad y las relaciones. Invitar a alguien a nuestra casa, compartir una comida con un nuevo creyente o animar a una familia que tiene dificultades puede ser una expresión significativa de discipulado. Estas acciones pueden parecer ordinarias, pero ayudan a crear las conexiones relacionales que fortalecen las comunidades espirituales. Una persona que se siente bienvenida y apoyada es más propensa a reconocer que la iglesia no es simplemente un lugar para asistir, sino una familia en la que pueden pertenecer y crecer.

También debemos recordar que la multiplicación espiritual incluye la influencia que tenemos en las generaciones futuras. El apóstol Pablo reconoció la fe sincera de su abuela Lois y su madre Eunice. Su influencia contribuyó a la fundación espiritual de Timoteo y a su preparación para el ministerio. Este relato nos recuerda que la fidelidad de una generación puede ser una influencia importante en la siguiente, aunque cada individuo debe responder personalmente a Dios.

Por lo tanto, una iglesia que da a luz debe invertir intencionalmente en niños, jóvenes y familias. Debemos reconocer que la próxima generación no está simplemente esperando para ser útil en el futuro. Los jóvenes creyentes pueden desarrollar convicciones espirituales significativas y participar en el servicio hoy en día. Necesitan orientación, oportunidades y ejemplos de vida cristiana madura. Cuando las generaciones aprenden a servir juntos, la iglesia se vuelve más fuerte y mejor preparada para llevar a cabo su misión en el futuro.

6.10 Una Iglesia que se multiplica debe estar dispuesta a cambiar su capacidad

Una de las implicaciones más prácticas de la multiplicación espiritual es que una mayor responsabilidad a menudo requiere ajustes en la forma en que opera una iglesia. Una congregación que ha servido a un número determinado de personas durante muchos años puede desarrollar estructuras, rutinas y expectativas adecuadas para esa temporada. Es posible que esas prácticas hayan sido efectivas y apropiadas, pero a medida que surgen nuevas oportunidades, la iglesia puede necesitar reconsiderar si sus métodos existentes son suficientes para apoyar el crecimiento continuo.

Esto no significa que los principios bíblicos deban cambiar. El evangelio de Jesucristo sigue siendo el fundamento de la iglesia, y la doctrina apostólica nunca debe ser comprometida por el bien de la conveniencia o el éxito numérico. Sin embargo, es posible que los métodos de comunicación, organización, enseñanza y hospitalidad necesiten evolucionar a medida que cambian las circunstancias. Una iglesia que acoge a más familias puede requerir oportunidades adicionales de discipulado. Una congregación que llegue a personas de diferentes idiomas puede necesitar traducción, comunicación cultural sensible y líderes que comprendan las necesidades de esas comunidades. Un ministerio en crecimiento puede requerir sistemas más claros de rendición de cuentas y coordinación para que las responsabilidades se compartan eficazmente.

El principio de aumentar la capacidad también se aplica a la madurez espiritual de la congregación. Debemos ser más pacientes, más acogedores y más dispuestos a invertir en personas que son diferentes a nosotros. Es posible que tengamos que abandonar hábitos familiares que excluyan involuntariamente a los recién llegados. Es posible que necesitemos aprender a comunicar la verdad bíblica con mayor claridad a aquellos que tienen poco conocimiento religioso. Es posible que necesitemos ser más intencionales en el desarrollo de relaciones más allá de las personas que ya conocemos.

Este tipo de cambio puede causar incomodidad porque desafía nuestro apego a lo familiar. Podemos preferir la sencillez de una congregación más pequeña, donde todos se conocen y las responsabilidades se entienden fácilmente. El crecimiento introduce complejidad, y la complejidad requiere sabiduría. Sin embargo, si realmente deseamos llegar a más personas con el evangelio, debemos estar dispuestos a aceptar que las responsabilidades del ministerio puedan desarrollarse más allá de los patrones que hemos experimentado anteriormente.

Por lo tanto, una iglesia que da a luz debe ser flexible en sus métodos mientras permanece firmemente establecida en su doctrina. Debemos evaluar los cambios en función de si fortalecen el discipulado, preservan la verdad bíblica, apoyan relaciones saludables y contribuyen a la misión de Jesucristo. Debemos resistir el cambio motivado meramente por el deseo de parecer moderno o impresionante, pero también debemos resistir la suposición de que todo método conocido debe permanecer inalterado indefinidamente.

La pregunta central es si nuestras prácticas nos están ayudando a cumplir la misión confiada a la iglesia. Si un método en particular fortalece el discipulado y nos permite servir más eficazmente a las personas, debemos estar dispuestos a considerarlo. Si una práctica establecida crea barreras innecesarias, debemos examinar si los ajustes son apropiados. Si el crecimiento revela debilidades en nuestra organización o en nuestra comunicación, debemos responder con humildad en lugar de defendernos.

Una iglesia que ora por una mayor responsabilidad espiritual también debe estar dispuesta a desarrollar la capacidad necesaria para llevar a cabo esa responsabilidad fielmente.

Sección 6 Conclusión: Debemos estar preparados para las personas a las que oramos

pastor Vinny Azzolini La declaración de que "la posesión requiere población" nos desafía a entender la multiplicación espiritual como una responsabilidad en lugar de simplemente un logro. El tema bíblico de la fecundidad nos recuerda que los propósitos de Dios a menudo se extienden más allá del individuo y influyen en las generaciones futuras. La Gran Comisión establece la responsabilidad de la iglesia de hacer discípulos, bautizar creyentes y enseñar obediencia a los mandamientos de Jesucristo. La iglesia primitiva demuestra que la multiplicación espiritual debería producir una comunidad dedicada a la doctrina, la oración, la comunión y el cuidado mutuo. Juntos, estos pasajes revelan que el propósito del crecimiento espiritual no es simplemente aumentar el tamaño de una congregación, sino desarrollar un cuerpo de creyentes que se vuelven más maduros en Cristo y más capaces de participar en Su misión.

Para nuestras familias, esto significa reconocer que el futuro espiritual de la próxima generación requiere inversión intencional hoy. Debemos cultivar hogares donde se respete la Escritura, se practique la oración y se demuestre el carácter de Jesucristo a través de las relaciones cotidianas. No podemos controlar todas las decisiones que tomen nuestros hijos, pero podemos enseñarlos fielmente, animarlos y darles un ejemplo vivo de la fe que profesamos. La responsabilidad de la multiplicación espiritual comienza con la voluntad de nutrir a los que ya se han confiado a nuestro cuidado.

Para Tampa Life Church El desafío es tanto espiritual como práctico. Si estamos orando para que Dios traiga gente nueva a nuestra congregación, debemos prepararnos intencionalmente para recibirla. Debemos fortalecer el discipulado, desarrollar líderes, apoyar a las familias, cultivar la unidad y crear oportunidades para que los creyentes crezcan a través de relaciones significativas. Debemos reconocer que la nueva vida requiere cuidados continuos, y que la responsabilidad de hacer discípulos no se puede cumplir únicamente mediante servicios poderosos.

También debemos seguir siendo humildes con respecto a los resultados de nuestros esfuerzos. La multiplicación espiritual no es algo que podamos garantizar mediante la planificación humana o declaraciones entusiastas. Podemos prepararnos fielmente, comunicar el evangelio con claridad y servir con excelencia, pero la verdadera vida espiritual viene a través de la obra de Dios. Nuestra confianza debe permanecer en Jesucristo, quien prometió construir su iglesia y quien encargó a sus seguidores llevar el evangelio a las naciones.

Por lo tanto, una iglesia que da a luz no es simplemente una congregación que espera crecer. Es una iglesia dispuesta a hacer espacio para las personas, desarrollar la madurez necesaria para servirlas, e invertir en las generaciones que continuarán la misión. Comprende que la llegada de nuevos creyentes introduce responsabilidades que deben ser asumidas con paciencia, humildad y amor. Reconoce que cada persona es importante, que el discipulado requiere tiempo y que la salud del cuerpo depende de la participación fiel de sus miembros.

Nunca debemos centrarnos tanto en el territorio al que esperamos llegar que descuidemos a la gente a la que estamos llamados a ser discípulos.

Y mientras seguimos examinando el mensaje, nos acercamos a otra etapa importante en el proceso del nacimiento espiritual. Después de la temporada de formación, preparación y creciente responsabilidad, el proceso natural del embarazo finalmente llega a un momento en que se intensifica el malestar y se acerca el parto. pastor Azzolini usó las imágenes de las contracciones para explicar cómo ciertos períodos de presión e incomodidad pueden acompañar transiciones significativas en nuestras vidas espirituales y en la misión de la iglesia.

Esta ilustración requiere una comprensión cuidadosa de la Biblia porque no todas las dificultades indican que una promesa en particular está a punto de cumplirse. Sin embargo, las Escrituras ofrecen importantes enseñanzas sobre la perseverancia, las pruebas espirituales y la relación entre el sufrimiento y la madurez. Debemos aprender a responder cuando las circunstancias nos ponen incómodos sin pensar inmediatamente que Dios nos ha abandonado o que todos los desafíos deben ser eliminados.

PARTE 07

Las contracciones antes del nacimiento: comprender la presión, la incomodidad y la transición espiritual



Reconocer la diferencia entre la presión destructiva y la formación espiritual, y aprender a permanecer fiel cuando el proceso se vuelve incómodo

Pasajes fundamentales: Juan 16:20-22; Romanos 5:3-5; 2 Corintios 4:7-18; Santiago 1:2-4; 1 Pedro 1:6-7; Isaías 66:7-9

7.1 Cuando el proceso se vuelve incómodo

Hay momentos en nuestras vidas espirituales en que las responsabilidades que hemos asumido comienzan a sentirse más pesadas de lo que originalmente esperábamos. Podemos comenzar el viaje con gran entusiasmo, animados por la Palabra de Dios y confiados en que Él nos está guiando hacia algo significativo. Nos dedicamos a la oración, establecemos nuevos compromisos, invertimos en el ministerio y comenzamos a prepararnos para las oportunidades que creemos que tenemos por delante. Sin embargo, a medida que pasa el tiempo, las circunstancias pueden volverse cada vez más exigentes. Las responsabilidades se multiplican, las relaciones requieren más paciencia, y surgen desafíos que no eran visibles cuando comenzó el viaje. Lo que al principio nos parecía emocionante puede llegar a agotarnos poco a poco, y quizás nos encontremos preguntándonos si las dificultades que estamos experimentando indican que algo ha ido mal.

En su mensaje LA IGLESIA QUE DA A LUZ, pastor Vinny Azzolini utilizó el proceso natural de trabajo y entrega para ilustrar esta etapa de responsabilidad espiritual. Describió cómo las contracciones introducen un nivel diferente de incomodidad a medida que se acerca el momento del nacimiento. Durante el embarazo, una madre experimenta meses de desarrollo y preparación, pero el parto representa una transición significativa. El cuerpo comienza a responder al parto que se acerca, y la intensidad de la experiencia cambia. Lo que antes era una temporada de espera se convierte en un momento que requiere atención, perseverancia y preparación para la llegada de la nueva vida.

Esta ilustración ofrece una manera significativa de examinar nuestra respuesta a la presión espiritual. A menudo interpretamos la incomodidad como evidencia de que debemos abandonar una responsabilidad o buscar alivio inmediato. Cuando el ministerio se vuelve exigente, podemos empezar a preguntarnos si debemos seguir sirviendo. Cuando las relaciones se vuelven difíciles, podemos sentirnos tentados a retirarnos en lugar de buscar el entendimiento y la reconciliación. Cuando el crecimiento espiritual revela debilidades en nuestro carácter, podemos resistir la corrección necesaria para madurar. Sin embargo, la Escritura demuestra repetidamente que la fidelidad no siempre produce circunstancias cómodas. Hay momentos en que la obediencia requiere perseverancia, sacrificio y voluntad de seguir confiando en Dios a pesar de las dificultades.

Al mismo tiempo, debemos abordar la imagen de las contracciones con cuidado teológico. No todas las experiencias dolorosas son una señal de que una promesa en particular está a punto de cumplirse. Algunas dificultades resultan de malas decisiones, malas relaciones, injusticias, limitaciones físicas o circunstancias no relacionadas con una asignación espiritual específica. Las Escrituras no enseñan que cada temporada de sufrimiento garantice una ruptura inminente. Por lo tanto, debemos resistir la tentación de interpretar todo dolor como evidencia del tiempo divino. El valor de la ilustración es que nos desafía a examinar nuestra respuesta a la presión mientras permanecemos arraigados en la enseñanza bíblica más amplia sobre el sufrimiento, la perseverancia y la fidelidad de Dios.

Para nuestras familias, esta distinción es particularmente importante. Es posible que seamos presionados por responsabilidades financieras, por problemas de crianza, por desacuerdos en el matrimonio o por preocupaciones por los seres queridos. Estas dificultades no deben interpretarse automáticamente como contracciones espirituales que anuncian un evento extraordinario en el futuro. Algunas veces requieren decisiones prácticas, conversaciones honestas, consejos o cambios en nuestros hábitos. Sin embargo,

incluso en estas situaciones, podemos responder de una manera que refleje nuestra fe. Podemos buscar la sabiduría de Dios, practicar la paciencia y no permitir que el desaliento destruya nuestro compromiso con los principios bíblicos.

Para Tampa Life Church, las imágenes se vuelven especialmente significativas cuando consideramos las responsabilidades asociadas con la multiplicación espiritual. Una congregación en crecimiento puede enfrentarse a presiones a medida que los ministerios se expanden, las responsabilidades de liderazgo aumentan y las nuevas familias requieren atención. Estos desafíos no necesariamente indican que algo está mal. Pueden revelar áreas en las que se necesita más preparación, cooperación y madurez espiritual. Debemos aprender a responder a esas presiones con sabiduría en lugar de dejar que la incomodidad determine nuestra dirección.

La cuestión central no es simplemente si estamos experimentando dificultades. Es si nuestra respuesta a esa dificultad nos acerca más a Jesucristo y nos ayuda a ser más fieles a las responsabilidades que Él nos ha confiado.

7.2 Jesús usó el lenguaje del parto para explicar el dolor y la alegría

Uno de los pasajes bíblicos más significativos relacionados con la imagen del parto aparece en Juan 16. Durante su última conversación con los discípulos antes de su arresto y crucifixión, Jesús los preparó para el dolor que pronto experimentarían. Lo habían seguido, escuchado Su enseñanza, presenciado Sus milagros y desarrollado expectativas acerca de Su reino. Sin embargo, los acontecimientos que rodearon su muerte desafiarían su comprensión y producirían una profunda angustia emocional. Jesús sabía que se acercaba un momento en que sus circunstancias parecerían contradecir la esperanza que habían puesto en Él.

Juan 16:20-22 (RVR1960)

> *De cierto, de cierto os digo, que vosotros lloraréis y lamentaréis, y el mundo se alegrará; pero aunque vosotros estéis tristes, vuestra tristeza se convertirá en gozo.*
>
> *La mujer cuando da a luz, tiene dolor, porque ha llegado su hora; pero después que ha dado a luz un niño, ya no se acuerda de la angustia, por el gozo de que haya nacido un hombre en el mundo.*
>
> *También vosotros ahora tenéis tristeza; pero os volveré a ver, y se gozará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestro gozo.*

Jesús usó la experiencia del parto para ayudar a sus discípulos a comprender la relación entre el dolor que estaban a punto de sufrir y la alegría que tendría después de su resurrección. La ilustración no era, en primer lugar, una promesa general de que cada circunstancia dolorosa eventualmente produciría el resultado que deseamos. Se habló en el contexto específico de la muerte y resurrección cercanas de Cristo. Los discípulos experimentarían dolor al presenciar Su sufrimiento y crucifixión, pero su dolor se transformaría cuando se encontraran con el Señor resucitado.

Este contexto histórico es esencial porque establece el fundamento de la esperanza cristiana. Nuestra confianza no se basa en la suposición de que cada temporada difícil terminará exactamente como esperamos. Se basa en la victoria de Jesucristo sobre el pecado y la muerte. La resurrección demuestra que los propósitos redentores de Dios no pueden ser derrotados por la aparente finalidad de la cruz. Lo que los discípulos experimentaron como una pérdida devastadora se convirtió en el escenario en el que el propósito salvador de Dios se reveló a través de la resurrección.

Hay algo profundamente significativo en la forma en que Jesús reconoció su venidero dolor. No descartó sus emociones ni sugirió que la fe genuina les evitaría el duelo. Les dijo claramente que llorarían y llorarían. Su dolor sería real, y las circunstancias que rodeaban su muerte serían difíciles de entender. Sin embargo, Él también les aseguró que su tristeza no poseería la última palabra. La resurrección establecería una alegría arraigada en Su victoria en lugar de en la apariencia temporal de sus circunstancias.

Esto nos enseña que la fe bíblica no requiere negación emocional. Podemos sufrir dolor mientras permanecemos fieles a Dios. Podemos reconocer la decepción sin perder la esperanza. Podemos admitir que ciertas responsabilidades son difíciles sin concluir que la obediencia se ha vuelto inútil. Jesús no pidió a sus discípulos que fingían que la crucifixión sería fácil. Él los preparó para entender que su dolor existía dentro de una historia redentora más grande.

Para nuestras familias, esta perspectiva se vuelve especialmente valiosa en épocas de pérdida o incertidumbre. Es posible que nos encontremos con circunstancias que no se pueden resolver con acciones inmediatas. Un ser querido puede sufrir una enfermedad grave, una relación puede cambiar inesperadamente, o una familia puede enfrentarse a una época de dolor. En esos momentos, no debemos sentirnos presionados para explicar cada experiencia dolorosa como una preparación para una bendición inmediata. A veces la respuesta más fiel es llorar con los que lloran, proporcionar apoyo práctico y mantener la confianza en la esperanza de resurrección que poseemos a través de Jesucristo.

Para la iglesia, Juan 16 En este sentido, el Parlamento Europeo ha adoptado una propuesta de resolución en el sentido de que el Parlamento Europeo, en su opinión, debe tener en cuenta la necesidad de que el Parlamento Europeo y el Consejo adopten medidas para garantizar la seguridad y la seguridad en el medio ambiente. Es el Salvador resucitado el que ha vencido la muerte y que continúa sosteniendo a Su pueblo. Podemos perseguir la multiplicación espiritual con expectativa, pero nuestra confianza debe permanecer anclada en Cristo en lugar de en una predicción particular sobre el futuro.

La alegría de la resurrección proporciona el fundamento sobre el que podemos soportar las dificultades sin renunciar a nuestra fe.

7.3 La presión revela el fundamento de nuestra fe

Las circunstancias difíciles a menudo exponen las creencias sobre las que hemos construido nuestras vidas. Cuando todo parece estable, es posible que no nos damos cuenta de lo profundamente que nuestra confianza depende de la comodidad, la previsibilidad o el control personal. Podríamos hablar de confiar en Dios, mientras que en silencio suponemos que la fidelidad nos protegerá de una decepción significativa. Es posible que creamos que servir en el ministerio debe ser un constante aliento o que la obediencia debe llevarnos a situaciones que se vuelven cada vez más fáciles. Sin embargo, cuando aumenta la presión, estas suposiciones son cuestionadas, y comenzamos a descubrir si nuestra fe se basa en el carácter de Dios o en los resultados que esperábamos que Él proporcionara.

El apóstol Pablo abordó la relación entre el sufrimiento y el desarrollo espiritual en Romanos 5.

Romanos 5:3-5 (RVR1960)

> *Y no solo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia;*
>
> *y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza;*
>
> *y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado.*

La enseñanza de Pablo aparece dentro de una discusión sobre la justificación por fe y la paz que los creyentes poseen con Dios a través de Jesucristo. Él explica que la esperanza de la gloria de Dios proporciona una base que permanece significativa incluso cuando los creyentes experimentan tribulación. Su afirmación no sugiere que el sufrimiento sea inherentemente deseable o que cada experiencia dolorosa produzca madurez automáticamente. Más bien, describe cómo la tribulación puede convertirse en un ambiente en el que se desarrolla la perseverancia, el carácter probado y la esperanza a través de la gracia sostenida de Dios.

El progreso es significativo porque la madurez espiritual se desarrolla a menudo a través de oportunidades repetidas de confiar en Dios cuando las circunstancias son difíciles. La perseverancia no es simplemente la capacidad de soportar la incomodidad. Se trata de permanecer fieles a las convicciones bíblicas cuando puede parecer más fácil abandonarlas. El carácter probado se desarrolla a medida que seguimos practicando la obediencia a través de circunstancias que revelan nuestras debilidades. La esperanza se fortalece cuando aprendemos que nuestra relación con Dios no depende de la ausencia de dificultades.

Este principio se vuelve especialmente importante para aquellos que participan en el ministerio. Es posible comenzar a servir porque disfrutamos del estímulo, las relaciones y el sentido de propósito que proporciona el ministerio. Estas experiencias son significativas, pero no pueden convertirse en el único fundamento de nuestro compromiso. Con el tiempo, las responsabilidades pueden volverse exigentes. Las personas pueden decepcionarnos, los planes pueden fracasar y nuestros esfuerzos pueden no recibir el reconocimiento que esperábamos. Durante estas temporadas, debemos decidir si estamos sirviendo

principalmente porque la experiencia personal es gratificante o porque reconocemos el valor de la misión que nos ha sido confiada.

La presión también puede exponer debilidades en nuestras relaciones. Cuando la vida se vuelve exigente, podemos descubrir que nuestra paciencia es menos desarrollada de lo que creíamos. Podemos ser defensivos cuando nos corrigen o nos critican cuando otros no cumplen con nuestras expectativas. Es posible que tengamos dificultades para comunicarnos con compasión porque nos sentimos abrumados por responsabilidades. Estas reacciones revelan áreas en las que todavía se necesita la obra transformadora del Espíritu Santo. En lugar de permitir que la presión justifique una conducta no saludable, debemos reconocerla como una oportunidad para examinar nuestras actitudes y buscar el crecimiento espiritual.

En nuestros hogares, este principio se vuelve profundamente práctico. El estrés financiero puede revelar si hemos desarrollado una comunicación sana y una administración responsable. Los desafíos de los padres pueden exponer nuestra tendencia a ser impacientes o a controlarnos. Los desacuerdos en el matrimonio pueden revelar si estamos dispuestos a escuchar, pedir disculpas y buscar la reconciliación. Estas situaciones no producen madurez automáticamente, pero pueden convertirse en oportunidades de crecimiento cuando respondemos con humildad y obediencia a la Palabra de Dios.

Una iglesia que da a luz debe aprender a abordar la presión con esta perspectiva. Cuando las responsabilidades aumentan, no debemos asumir de inmediato que la solución es abandonar la misión. Debemos examinar si la presión revela la necesidad de desarrollar un liderazgo más fuerte, una comunicación más sana, una organización más clara o una mayor madurez espiritual. A veces el desafío no es la evidencia de que la visión es errónea. Es una prueba de que nuestra capacidad actual debe fortalecerse.

7.4 La diferencia entre la formación espiritual y el sufrimiento innecesario

Una de las responsabilidades más importantes del liderazgo espiritual es ayudar a las personas a distinguir entre las dificultades que requieren perseverancia y situaciones que requieren intervención o cambio. La imagen de las contracciones puede llegar a ser perjudicial si se usa para sugerir que cada experiencia dolorosa debe soportarse sin duda porque representa la preparación para una bendición futura. Las Escrituras no enseñan que los creyentes deben permanecer pasivos ante el abuso, la explotación, la injusticia o el daño evitable. Tampoco sugiere que toda forma de agotamiento sea evidencia de madurez espiritual.

Jesús mostró compasión por las personas que sufrían. Sanó a los enfermos, respondió a los oprimidos y enfrentó prácticas religiosas que impusieron a otros cargas innecesarias. Su ministerio revela que el sufrimiento nunca debe ser romantizado como si el dolor mismo tuviera un valor espiritual independiente de nuestra respuesta a Dios. Hay circunstancias en las que la obediencia fiel requiere perseverancia, pero también hay circunstancias en las que la sabiduría requiere que busquemos ayuda, establezcamos límites o nos alejemos de situaciones dañinas.

Esta distinción es especialmente importante dentro de las familias. Si una relación se caracteriza por manipulación, intimidación o abuso, no debemos interpretar el sufrimiento como una contracción espiritual

que debe soportarse hasta que se produzca una ruptura prometida. Los principios bíblicos relativos al amor, la verdad, la justicia y la protección de las personas vulnerables requieren una acción responsable. El perdón no elimina la responsabilidad, y la paciencia no requiere que se acepte el daño continuo. Una respuesta espiritualmente madura puede implicar buscar orientación pastoral, asesoramiento profesional, protección legal u otro apoyo apropiado.

El mismo principio se aplica a las responsabilidades del ministerio. Si un voluntario se siente constantemente abrumado porque se le ha asignado demasiadas responsabilidades a una persona, la solución puede no ser fomentar una mayor perseverancia sin hacer cambios prácticos. La iglesia puede necesitar desarrollar líderes adicionales, redistribuir responsabilidades o establecer expectativas más saludables. Si surgen conflictos porque la comunicación no es clara, la solución puede implicar mejorar las prácticas de la organización en lugar de interpretar cada desacuerdo como una oposición espiritual.

El apóstol Pablo ofrece un ejemplo de discernimiento práctico en Hechos 22 y 23. Cuando se enfrentó a tratos ilegales y amenazas de muerte, no pensó que la fidelidad le obligara a guardar silencio o rechazar la protección. Él ejerció sus derechos como ciudadano romano y aceptó medidas apropiadas para su seguridad. Sus acciones demuestran que confiar en Dios y tomar decisiones responsables no son principios contradictorios.

Por lo tanto, debemos desarrollar una comprensión equilibrada de la presión espiritual. Hay dificultades que acompañan el servicio fiel, y las Escrituras nos invitan a soportarlas con perseverancia. Pero también hay dificultades que resultan de sistemas poco saludables, malas decisiones o comportamientos dañinos, y éstas requieren corrección. La madurez espiritual implica aprender a discernir la diferencia en lugar de tratar cada circunstancia incómoda como evidencia de la preparación divina.

Para Tampa Life Church Este equilibrio es esencial porque una congregación en crecimiento debe proteger tanto su misión como el bienestar de las personas que sirven dentro de ella. Debemos fomentar el compromiso y la perseverancia, pero también debemos desarrollar prácticas saludables en el ministerio que eviten el agotamiento innecesario. Debemos celebrar el sacrificio, pero no crear un ambiente donde la gente se sienta culpable por reconocer sus limitaciones. Debemos enseñar la fidelidad, pero también debemos reconocer que la administración sabia incluye descanso, responsabilidad y responsabilidad compartida.

Una iglesia que da a luz debe convertirse en un lugar donde se fomente el crecimiento espiritual sin permitir que el lenguaje del sacrificio justifique el daño evitable.

7.5 El tesoro dentro del barco de tierra

La segunda carta del apóstol Pablo a los corintios ofrece una de las explicaciones bíblicas más profundas de cómo el poder de Dios opera a través de la debilidad humana. Pablo estaba defendiendo la naturaleza de su ministerio apostólico mientras describió el sufrimiento y la oposición que había experimentado al anunciar el evangelio. En lugar de presentar el ministerio como una vida libre de dificultades, reconoció la realidad de la presión, la persecución y la vulnerabilidad física. Sin embargo, también hizo hincapié en que el poder que sostiene su ministerio provino de Dios y no de su propia fuerza.

2 Corintios 4:7-9 (RVR1960)

> *Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros,*
>
> *que estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados;*
>
> *perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos;*

La imagen del tesoro contenido en un recipiente de arcilla revela el contraste entre la grandeza del evangelio y la debilidad de los que se les confió anunciarlo. Los recipientes de arcilla eran comunes y frágiles, pero podían contener algo valioso. Pablo usó esta ilustración para demostrar que el poder del evangelio no se origina en las capacidades humanas de sus mensajeros. El tesoro es más grande que el recipiente, y la eficacia de la obra de Dios no se puede explicar exclusivamente por la fuerza humana.

Este pasaje proporciona una perspectiva importante para una iglesia que da a luz porque la multiplicación espiritual puede introducir responsabilidades que exponen nuestras limitaciones. Es posible que reconozcamos la importancia de llegar a más personas pero también reconozcamos que nuestros recursos son limitados. Es posible que deseemos desarrollar ministerios más fuertes al tiempo que nos damos cuenta de que nuestros líderes y voluntarios poseen tiempo y energía limitados. Es posible que nos sintamos llamados a servir a familias que enfrentan circunstancias complicadas, aunque reconozcamos que no tenemos soluciones inmediatas para todos los problemas. Estas limitaciones deberían fomentar la humildad y la dependencia de Dios en lugar de producir desesperación o una confianza poco realista en nuestras propias capacidades.

La descripción de Pablo es especialmente significativa porque no negó la realidad de sus dificultades. Él reconoció que estaba perturbado, desconcertado, perseguido y abandonado. Sin embargo, también testificó que estas circunstancias no habían destruido su confianza en Dios. Su perseverancia estaba arraigada en el poder del Señor y en la esperanza de la resurrección. Esta es una distinción importante porque la fortaleza bíblica no requiere que pretendamos que la presión es insignificante. Se trata de reconocer nuestras limitaciones y seguir dependiendo de la gracia de Dios.

Para aquellos de nosotros que servimos en el ministerio, este pasaje desafía la suposición de que para ser efectivos espiritualmente se requiere que aparezcamos constantemente fuertes. Podemos sentirse presionados para demostrar confianza incluso cuando estamos luchando. Es posible que dudemos en reconocer la fatiga porque tememos que otros la interpreten como una debilidad. Podemos tratar de llevar las responsabilidades solos porque creemos que pedir ayuda socavaría nuestro liderazgo. Sin embargo, el testimonio de Pablo nos recuerda que la debilidad humana no nos descalifica automáticamente de un servicio significativo. El poder del evangelio pertenece a Dios, y el liderazgo maduro incluye reconocer nuestra dependencia de Él y del apoyo del cuerpo de Cristo.

Este entendimiento también influye en la forma en que nos cuidamos unos a otros. Una iglesia espiritualmente sana no debe convertirse en un lugar donde la gente se sienta presionada para ocultar sus luchas. Debemos cultivar relaciones en las que los creyentes puedan reconocer la dificultad, orar, recibir consejo y encontrar aliento sin ser inmediatamente juzgados. Cuando alguien se siente agotado

emocionalmente, se enfrenta a conflictos familiares o se desanima espiritualmente, nuestra respuesta debe reflejar la compasión y la sabiduría bíblica. No estamos llamados a crear una apariencia de perfección. Estamos llamados a demostrar la gracia y la verdad de Jesucristo.

El tesoro sigue siendo valioso incluso cuando el recipiente es frágil. Y el poder de Dios sigue siendo suficiente incluso cuando nuestras limitaciones humanas se hacen dolorosamente visibles.

7.6 Cuando la presión proviene de llevar responsabilidades por los demás

Una de las aplicaciones más significativas de pastor Azzolini El mensaje se refiere a la relación entre la presión espiritual y la responsabilidad de cuidar de las personas. El ministerio no es simplemente la realización de actividades religiosas. Se trata de relaciones con personas que poseen diferentes necesidades, experiencias y niveles de madurez. A medida que una iglesia crece, las responsabilidades emocionales y prácticas asociadas con estas relaciones pueden aumentar. Los líderes pueden ayudar a las familias en circunstancias difíciles, ayudar a los nuevos creyentes a superar hábitos destructivos y guiar a las personas a través de conflictos que requieren paciencia y sabiduría.

El apóstol Pablo entendió esta carga. En el 2 Corintios 11, después de describir las dificultades físicas y la oposición que había soportado, identificó otra preocupación significativa.

2 Corintios 11:28 (RVR1960)

> *y además de otras cosas, lo que sobre mí se agolpa cada día, la preocupación por todas las iglesias.*

La declaración de Pablo revela que sus responsabilidades en el ministerio se extendían más allá de predicar y viajar. Se preocupaba sinceramente por la condición espiritual de las congregaciones en las que sirvió. Sus desafíos, conflictos y desarrollo eran importantes para él. Su compromiso con el evangelio incluía la responsabilidad de cuidar a las personas cuyas vidas espirituales todavía se estaban formando.

Esto proporciona una perspectiva importante sobre la incomodidad asociada con la multiplicación espiritual. Una iglesia en crecimiento puede experimentar presión no porque algo esté fundamentalmente mal, sino porque más personas reciben atención. Es posible que los nuevos creyentes necesiten instrucción repetida. Es posible que las familias necesiten apoyo en situaciones complicadas. Los equipos del ministerio pueden enfrentarse a desafíos de comunicación a medida que aumentan las responsabilidades. Estas experiencias pueden ser exigentes porque el auténtico discipulado implica más que organizar eventos. Requiere relaciones caracterizadas por paciencia, amor y inversión constante.

También debemos reconocer que cuidar a las personas no significa asumir la responsabilidad de cada decisión que tomen. Pablo instruía, corregía, animaba y oraba por las iglesias, pero no tenía la capacidad de controlar la respuesta de cada creyente. De manera similar, los pastores y los líderes del ministerio deben aprender a distinguir entre el cuidado fiel y los intentos insalubres de controlar los resultados. Podemos enseñar la verdad bíblica, proporcionar orientación y establecer responsabilidades apropiadas, pero cada persona sigue siendo responsable de su respuesta a Dios.

Esta distinción protege a los líderes de llevar cargas que no les pertenecen exclusivamente. Podemos sentirnos desanimados cuando alguien que hemos discipulado toma una decisión destructiva o se retira de la congregación. Podemos cuestionar nuestra eficacia cuando una familia continúa luchando a pesar de los esfuerzos repetidos para ayudarla. Sin embargo, la fidelidad de nuestro ministerio no puede medirse únicamente por las decisiones de quienes servimos. Nuestra responsabilidad es comunicar la verdad con amor, proporcionar el apoyo apropiado y seguir siendo obedientes a Cristo.

La responsabilidad de cuidar a los demás también debe ser compartida por todo el cuerpo. Gálatas 6:2 instruye a los creyentes a cargarse mutuamente con sus cargas, Gálatas 6:5 nos recuerda que cada persona también tiene sus propias responsabilidades. En conjunto, estos principios establecen un sano equilibrio entre el apoyo mutuo y la responsabilidad personal. Una iglesia debe convertirse en una comunidad donde las personas se ayudan entre sí sin crear dependencia insalubre de un pequeño número de individuos.

Para Tampa Life Church, esto significa que la multiplicación espiritual debe incluir la multiplicación del cuidado. A medida que llegan nuevas familias, los creyentes más maduros deben estar preparados para desarrollar relaciones significativas con ellas. Los profesores deben recibir apoyo y formación. Los líderes de los ministerios deben trabajar juntos en lugar de asumir responsabilidades aislados. La congregación debe entender que el discipulado es un llamado compartido y no una tarea asignada exclusivamente a la dirección pastoral.

Cuando asumimos esta responsabilidad colectivamente, la presión asociada con el crecimiento puede volverse más manejable. Comenzamos a reconocer que la iglesia es un cuerpo cuyos miembros están llamados a apoyarse unos a otros, y que la misión de Cristo se fortalece cuando las responsabilidades se comparten fielmente.

7.7 Las contracciones no significan que debamos abandonar el proceso

Las imágenes de las contracciones son particularmente poderosas porque ilustran un momento en que la incomodidad se intensifica durante un proceso que ya ha requerido una preparación significativa. En la experiencia natural del parto, el parto no es el momento en que una madre decide que el niño ya no importa porque el proceso se ha vuelto doloroso. La familia entiende que el momento requiere el cuidado, el apoyo y la atención adecuados. pastor Azzolini utilizó esta ilustración para desafiar a la congregación a no abandonar sus responsabilidades espirituales simplemente porque el proceso se vuelve incómodo.

Este principio es consistente con el énfasis bíblico en la perseverancia. A través de las Escrituras, se anima a los creyentes a permanecer fieles cuando se les exige obediencia. El escritor de Hebreos nos recuerda que la perseverancia es necesaria, mientras que Santiago explica que las pruebas de fe pueden desarrollar paciencia y madurez. Estos pasajes desafían la suposición de que la dificultad indica automáticamente que debemos renunciar a nuestros compromisos.

Sin embargo, la perseverancia debe permanecer ligada a la sabiduría. No debemos seguir adelante con un plan en particular simplemente porque hemos invertido un tiempo o recursos significativos en él. Si las circunstancias revelan que nuestro enfoque es ineficaz o perjudicial, es posible que un liderazgo

responsable necesite ajuste. El objetivo no es preservar todos los métodos a cualquier costo. Es permanecer fieles a la Palabra de Dios y a la misión que Él nos ha confiado.

Esta distinción se vuelve especialmente importante cuando consideramos el desarrollo de los ministerios de la iglesia. Un programa de discipulado puede encontrar dificultades con la participación, la programación o la disponibilidad de voluntarios. Estas dificultades no deben llevarnos automáticamente a abandonar la importancia del discipulado. En cambio, deberían motivarnos a evaluar cómo el programa puede ser más efectivo. Un ministerio multicultural puede experimentar desafíos de comunicación, pero esos desafíos deben animarnos a desarrollar una mayor comprensión y cooperación en lugar de retirarnos de la responsabilidad de llegar a diferentes comunidades.

El mismo principio se aplica en nuestras familias. Cuando la crianza se vuelve difícil, no debemos abandonar nuestra responsabilidad de proveer amor, orientación y instrucción bíblica. Cuando el matrimonio requiere un mayor esfuerzo, debemos buscar una comunicación saludable y un apoyo apropiado en lugar de suponer que la incomodidad sola significa que la relación no tiene valor. Cuando resulta difícil mantener las disciplinas espirituales, debemos examinar nuestras prioridades y desarrollar hábitos sostenibles en lugar de renunciar a nuestro compromiso con la oración y las Escrituras.

El apóstol Pablo alentó a los creyentes en Gálatas 6:9 para que no nos cansemos de hacer el bien. Su instrucción nos recuerda que la conducta fiel es importante incluso cuando los resultados inmediatos no son visibles. Debemos seguir practicando lo que es correcto porque la obediencia a Dios tiene valor más allá de las circunstancias que podemos observar actualmente.

Por lo tanto, una iglesia que da a luz debe desarrollar la madurez para distinguir entre la incomodidad que acompaña la responsabilidad y las señales de advertencia que requieren corrección. No debemos ser tan sensibles a las dificultades que abandonemos todas las tareas exigentes. Tampoco debemos empeñarnos tanto en perseverar que ignoremos la necesidad de sabiduría, descanso y responsabilidad.

El objetivo es la perseverancia fiel guiada por la Palabra de Dios.

7.8 La purificación de la fe a través de las épocas difíciles

El apóstol Pedro se dirigió a los creyentes que estaban experimentando diversas pruebas y los alentó a comprender sus dificultades dentro de la mayor esperanza de salvación. Su primera epístola fue escrita a cristianos que enfrentaban presiones por su identidad y compromiso con Jesucristo. En lugar de prometer que sus circunstancias mejorarían inmediatamente, Pedro dirigió su atención a la herencia reservada para ellos en el cielo y a la revelación final de Jesucristo.

1 Pedro 1:6-7 (RVR1960)

> *En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas,*
>
> *para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo,*

Pedro compara la prueba de la fe con la purificación del oro. La ilustración pone de relieve el valor de la fe genuina y la forma en que las pruebas pueden revelar su autenticidad. El oro es precioso, pero Pedro declara que la fe probada es aún más valiosa porque su significado se extiende más allá de las circunstancias temporales terrenales. El objetivo final del pasaje no es el alivio inmediato, sino la alabanza, el honor y la gloria asociados con la aparición de Jesucristo.

Esta enseñanza desafía nuestra tendencia a evaluar cada época difícil exclusivamente en función de lo que esperamos suceder a continuación. Podemos concentrarnos tanto en escapar de la presión que olvidamos las lecciones espirituales que hay en ella. Podemos orar para que cambien las circunstancias sin considerar si también necesitamos cambiar nuestra actitud. Podemos desear mayores oportunidades mientras nos oponemos a la humildad, la paciencia y la responsabilidad necesarias para llevarlas fielmente.

El refinamiento de la fe no ocurre automáticamente a través del sufrimiento. Las experiencias difíciles también pueden producir resentimiento, temor o retirada espiritual cuando no se abordan con sabiduría y dependencia de Dios. La invitación bíblica es responder a las pruebas mediante la confianza continua, la obediencia y la gracia sostenida del Señor. Debemos buscar su sabiduría con respecto a nuestras circunstancias mientras permitimos que la Escritura examina nuestros corazones.

Para los líderes del ministerio, esto puede implicar aprender a recibir corrección sin defenderse. Para las familias, es posible que sea necesario desarrollar una comunicación más saludable durante las épocas de estrés. Para los jóvenes creyentes, esto puede implicar aprender a permanecer fieles cuando sus creencias son desafiadas por los compañeros o las expectativas culturales. Para la iglesia en su conjunto, puede significar fortalecer la unidad cuando surgen diferencias de opinión sobre decisiones prácticas.

Estas experiencias pueden revelar si nuestro compromiso con Cristo está enraizado en una verdadera convicción o en la comodidad de las circunstancias familiares. Cuando permanecemos fieles en medio de dificultades, nuestro entendimiento de las características de Dios puede profundizar, y nuestra capacidad de servir a los demás con compasión puede aumentar.

Por lo tanto, una iglesia que da a luz debe convertirse en una comunidad donde la madurez espiritual se valora más que la apariencia de un éxito sin esfuerzo. Debemos reconocer que las personas crecen en diferentes estaciones y que el verdadero discipulado requiere paciencia. Debemos animarnos unos a otros a permanecer fieles y al mismo tiempo darnos el apoyo necesario para manejar las circunstancias difíciles con responsabilidad.

7.9 El peligro de buscar la liberación de toda responsabilidad

Una de las declaraciones más memorables en pastor Azzolini El sermón fue:

«Busco dar a luz, no simplemente que me libren de lo que llevo».

Esta afirmación capta el reto central de la ilustración del parto. El predicador estaba animando a la congregación a reconocer que ciertas formas de incomodidad pueden estar relacionadas con responsabilidades que no deben ser abandonadas. En lugar de interpretar cada desafío como algo de lo

que debemos escapar inmediatamente, debemos considerar si estamos llamados a permanecer fieles a través de un proceso exigente.

La distinción es especialmente significativa porque a menudo oramos por alivio cuando nuestras responsabilidades se vuelven difíciles. Podemos pedirle a Dios que elimine un problema sin considerar si la situación requiere que desarrollemos más paciencia, sabiduría o perseverancia. Es posible que deseemos ser liberados de una responsabilidad de ministerio porque ya no produce la emoción que experimentamos al principio. Podemos esperar que una relación difícil simplemente desaparezca en lugar de aceptar la responsabilidad de perseguir una comunicación saludable y la reconciliación.

Sin embargo, el relato bíblico nos recuerda que no se pretende eliminar de inmediato todos los cargos. Pablo oró sobre su aflicción en 2 Corintios 12, pero la respuesta que recibió enfatizó la suficiencia de la gracia de Dios. Jesús oró en Getsemaní acerca de la copa que le estaba ante, sin embargo, se entregó a la voluntad del Padre. Los primeros apóstoles sufrieron persecución y dificultades mientras continuaban proclamando el evangelio. Estos ejemplos muestran que a veces la fidelidad requiere perseverancia en lugar de escapar de inmediato.

Sin embargo, no debemos interpretar la declaración del predicador como un rechazo a la liberación misma. La Escritura revela claramente a Dios como el que libera a Su pueblo. El Señor libró a Israel de Egipto, libró a individuos de peligro y demostró Su poder a través del ministerio de Jesucristo. El evangelio mismo proclama la liberación de la esclavitud del pecado a través de la obra salvadora de Jesús. Debemos continuar orando por sanidad, protección, libertad y alivio cuando las circunstancias requieren la intervención divina.

La distinción se refiere al discernimiento. Hay cargas de las que necesitamos liberación, y hay responsabilidades por las que necesitamos perseverancia. No debemos confundir los dos.

Si estamos viviendo una esclavitud espiritual destructiva, debemos buscar la libertad mediante el poder de Jesucristo. Si estamos sufriendo abusos o daños graves, debemos buscar la protección y el apoyo adecuados. Si estamos abrumados porque nuestras responsabilidades se han vuelto poco saludables, debemos buscar ajustes sabios. Pero si simplemente nos sentimos incómodos porque la obediencia requiere sacrificio, humildad o paciencia, no debemos interpretar automáticamente esa incomodidad como una razón para abandonar nuestra vocación.

Para Tampa Life Church, la declaración nos desafía a considerar si estamos preparados para asumir las responsabilidades asociadas con el crecimiento espiritual que deseamos. Podemos orar por avivamiento, pero el avivamiento requerirá discipulado. Podemos pedirle a Dios que traiga nuevas familias, pero esas familias necesitarán relaciones y cuidado pastoral. Podemos desear nuevos ministerios, pero esos ministerios requerirán capacitación, responsabilidad y servicio fiel. No podemos celebrar la posibilidad de la multiplicación espiritual mientras continuamente buscamos escapar de las responsabilidades que hacen posible la multiplicación saludable.

El mensaje más profundo es que la madurez espiritual requiere que reconozcamos la diferencia entre una carga que nos está destruyendo y una responsabilidad que nos está desarrollando. Ambas situaciones pueden implicar molestias, pero requieren respuestas diferentes. La sabiduría bíblica nos ayuda a discernir cuándo soportar, cuándo buscar ayuda y cuándo hacer los cambios necesarios.

7.10 Una iglesia debe aprender a apoyar a los que llevan responsabilidades pesadas

La imagen natural del parto también nos recuerda que los momentos significativos de transición no deben experimentarse en aislamiento. Una madre en proceso de parto necesita cuidados, apoyo y atención adecuados. La responsabilidad de la familia no es simplemente celebrar la llegada del niño después de que haya terminado el difícil proceso. También es para proporcionar apoyo durante todo el viaje. Este principio ofrece una aplicación significativa a la vida de la iglesia porque las responsabilidades espirituales pueden volverse abrumadoras cuando los individuos tratan de llevarlas solos.

El Nuevo Testamento enfatiza constantemente la importancia del apoyo mutuo dentro del cuerpo de Cristo. En el 1 Corintios 12, Pablo describe a la iglesia como un cuerpo compuesto por muchos miembros. Cada miembro tiene un papel, y el bienestar del todo está ligado a la condición de sus partes. Cuando un miembro sufre, los demás están llamados a participar en esa preocupación. Cuando un miembro recibe honor, todo el cuerpo tiene razón para regocijarse. Esta enseñanza desafía el enfoque individualista del ministerio en el que se espera que las personas lleven responsabilidades importantes sin apoyo significativo.

Para los líderes del ministerio, esto significa que desarrollar equipos saludables es una expresión de la sabiduría bíblica. No se debe esperar que un pastor cumpla personalmente todas las responsabilidades dentro de la congregación. Los maestros necesitan oportunidades para entrenar y alentar. Los voluntarios necesitan expectativas claras y apoyo apropiado. Las personas que cuidan a familias que experimentan circunstancias difíciles deben tener acceso a orientación y responsabilidad. La iglesia se fortalece cuando las responsabilidades se comparten según los dones y capacidades de sus miembros.

Este principio también cuestiona cómo reaccionamos a las personas que están luchando. Es posible que seamos rápidos en animar a alguien a permanecer fiel, pero el apoyo genuino requiere más que una breve declaración de aliento. A veces necesitamos escuchar con atención, dar ayuda práctica o ayudar a alguien a identificar recursos que puedan fortalecer su situación. Una familia que tiene dificultades económicas puede necesitar oración y apoyo práctico responsable. Un padre que lucha contra el comportamiento de su hijo puede beneficiarse de un aliento, de consejos bíblicos y de una guía profesional apropiada. Un voluntario que se encuentra agotado en el ministerio puede necesitar ayuda para redistribuir las responsabilidades en lugar de que simplemente se le diga que persevera.

La iglesia primitiva demostró este tipo de preocupación práctica mediante su disposición a compartir recursos y responder a las necesidades de los creyentes. Hechos 6 también revela cómo los apóstoles abordaron un desafío organizacional relacionado con la distribución de ayuda a las viudas. En lugar de ignorar el problema o esperar que el liderazgo existente asuma todas las responsabilidades, establecieron una estructura a través de la cual individuos calificados pudieran proporcionar la atención adecuada. Este relato demuestra que la dirección espiritual y la organización práctica pueden trabajar juntas para fortalecer a la iglesia.

Para Tampa Life Church, la responsabilidad de apoyarse unos a otros se vuelve cada vez más importante a medida que la congregación se desarrolla. Una iglesia multicultural y multigeneracional incluye personas que navegan por diferentes desafíos, y ningún ministerio puede satisfacer todas las necesidades de forma

independiente. Debemos aprender a cooperar entre departamentos, idiomas y generaciones para que todo el cuerpo pueda participar en el cuidado mutuo.

Una iglesia que da a luz nunca debería convertirse en un lugar donde se alabe a la gente por llevar cargas que podrían haber sido compartidas con más sabiduría. Debemos celebrar la fidelidad al tiempo que reconocemos la importancia de los sistemas de apoyo saludables. Cuando las personas se fortalecen a través de relaciones significativas, se equipan mejor para seguir sirviendo con alegría y madurez.

7.11 La perspectiva eterna que nos sostiene a través de las presiones temporales

Uno de los aspectos más poderosos de la enseñanza de Pablo sobre el sufrimiento es su capacidad de evaluar las dificultades actuales a través de la esperanza de la eternidad. En el 2 Corintios 4, reconoció las dificultades asociadas con su ministerio, pero se negó a permitir que esas dificultades definieran el significado final de su vida. Confiando en la resurrección de Jesucristo y en la gloria eterna prometida a los que pertenecen a él.

2 Corintios 4:16-18 (RVR1960)

> *Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día.*
>
> *Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria;*
>
> *no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas.*

La descripción de Pablo de la aflicción como ligera y momentánea debe entenderse en relación con la gloria eterna que anticipaba. Su sufrimiento no era insignificante en términos humanos. Había sufrido persecución, encarcelamiento, dificultades físicas y oposición grave. Sin embargo, cuando comparó esas experiencias con el futuro eterno asegurado a través de Jesucristo, reconoció que el sufrimiento no poseería la última palabra.

Esta perspectiva es esencial porque la vida cristiana no se puede entender exclusivamente a través de los resultados que experimentamos en el mundo presente. Quizás sirvamos fielmente sin ver todos los resultados que esperábamos ver. Podemos invertir en personas cuyo desarrollo espiritual continúe más allá de nuestra vida. Es posible que tengamos dificultades que no se resuelvan a pesar de la oración sincera. Sin embargo, nuestro trabajo en el Señor no es inútil simplemente porque sus resultados no son inmediatamente visibles.

El apóstol Pablo expresó una convicción similar en 1 Corintios 15:58 Allí, Pablo exhortó a los creyentes a permanecer firmes y a tener mucho trabajo en la obra del Señor, porque su trabajo no es en vano. Esta instrucción sigue su extensa enseñanza acerca de la resurrección. Por lo tanto, el fundamento de la

perseverancia no es la garantía de un éxito inmediato en la tierra, sino la certeza de que Cristo ha vencido la muerte y de que nuestro futuro descansa en Él.

Para nuestras familias, esta perspectiva eterna cambia la forma en que entendemos la responsabilidad espiritual. Podemos pasar años enseñando, orando y demostrando la verdad bíblica sin saber la plena influencia que nuestra fidelidad tendrá en las generaciones futuras. Puede que no veamos todos los resultados que deseamos, pero podemos estar seguros de que la obediencia a Cristo tiene un valor superior a lo que podemos medir actualmente.

Para la iglesia, esto significa que nuestra misión debe seguir siendo mayor que nuestras ambiciones institucionales. Debemos desear llegar a nuestra comunidad, desarrollar ministerios y ver a la gente responder al evangelio. Pero nuestro objetivo final no es establecer una reputación de éxito. Es glorificar a Jesucristo y participar fielmente en Su misión redentora. Cuando esta perspectiva eterna moldea nuestra comprensión, nos volvemos menos vulnerables al desaliento cuando las circunstancias no se desarrollan de acuerdo a nuestras expectativas.

Por consiguiente, una iglesia que da a luz debe aprender a asumir las responsabilidades actuales con la eternidad en vista. Debemos servir con excelencia, prepararnos sabiamente y buscar la multiplicación espiritual, pero nunca debemos olvidar que el mayor cumplimiento de nuestra esperanza se encuentra en el mismo Jesucristo.

Sección 7 Conclusión: Debemos aprender a discernir el propósito de la presión

Las imágenes de las contracciones en pastor Vinny Azzolini El mensaje de Dios nos exhorta a reconsiderar cómo reaccionar cuando las responsabilidades de la vida espiritual se vuelven incómodas. A menudo deseamos la alegría de la realización sin anticiparnos a la paciencia, el sacrificio y la perseverancia que pueden acompañar el viaje. Celebramos la posibilidad de la multiplicación espiritual, pero el desarrollo de nuevos creyentes, familias más fuertes y ministerios adicionales introducen responsabilidades que pueden poner a prueba nuestra madurez. La cuestión no es si cada dificultad posee un significado profético oculto. La pregunta es si estamos dispuestos a permanecer fieles a la Palabra de Dios cuando la obediencia se vuelve exigente.

Jesús usó la ilustración del parto para preparar a sus discípulos para el dolor que experimentarían antes de la alegría de su resurrección. Pablo explicó que la tribulación puede desarrollar resistencia, carácter probado y esperanza. Pedro animó a los creyentes a reconocer el valor de la fe verdadera, incluso cuando se pone a prueba a través de dificultades. Estos pasajes nos recuerdan que el sufrimiento no indica automáticamente el abandono divino y que la gracia de Dios puede sostenernos a través de circunstancias que no hubiéramos elegido.

Sin embargo, las Escrituras también exigen que ejerzcamos discernimiento. No todas las experiencias dolorosas deben soportarse sin cuestionarse, y no todas las cargas representan una responsabilidad que Dios quiere que llevemos indefinidamente. Algunas situaciones requieren corrección, ayuda práctica, responsabilidad o protección. La madurez espiritual implica aprender a distinguir entre las dificultades que

requieren perseverancia y las circunstancias que requieren un cambio responsable. Nunca debemos usar el lenguaje de la formación espiritual para justificar el daño evitable o las expectativas poco saludables.

Para nuestras familias, esto significa responder a la presión con oración, sabiduría y compasión. Es posible que nos encontremos con épocas en que las relaciones requieren más paciencia, cuando las responsabilidades financieras se vuelven exigentes o cuando nuestros hijos enfrentan problemas que no podemos resolver de inmediato. Durante estos momentos, debemos resistir tanto la desesperación como la tentación de controlar cualquier resultado. Podemos permanecer fieles a los principios bíblicos mientras buscamos el apoyo adecuado y tomamos decisiones responsables.

Para Tampa Life Church, la responsabilidad es prepararse para las demandas asociadas con la multiplicación espiritual. Si deseamos llegar a más personas, debemos desarrollar la capacidad de cuidarlas. Si esperamos que surjan nuevos líderes, debemos invertir en su formación y madurez. Si oramos para que las familias experimenten la restauración, debemos cultivar relaciones y ministerios capaces de proporcionar un apoyo significativo. La presión asociada con el crecimiento debe motivarnos a fortalecer nuestros fundamentos espirituales y prácticos en lugar de simplemente buscar alivio de todas las responsabilidades exigentes.

pastor Azzolini La declaración de "estoy buscando una entrega, no una liberación" se vuelve especialmente significativa cuando se entiende a través de este equilibrio bíblico. Hay responsabilidades que no debemos abandonar simplemente porque requieren sacrificio, y hay cargas de las que debemos buscar la ayuda de Dios y la intervención apropiada. La sabiduría de la madurez espiritual consiste en discernir la diferencia.

Una iglesia que da a luz debe convertirse en una congregación que no permita que la incomodidad sola determine su obediencia, sino que busca continuamente la sabiduría de Dios con respecto a lo que debe soportar, lo que debe corregirse y lo que debe ser confiado a Su cuidado.

A medida que avanzamos hacia la conclusión de este estudio, llegamos a la etapa final de la ilustración del parto. El tiempo de espera, formación, preparación y trabajo acaba dando paso a la llegada de la nueva vida. Sin embargo, el momento de la entrega no es el final de la responsabilidad. Introduce un nuevo comienzo en el que la familia debe aprender a nutrir lo que ha nacido.

De la misma manera, la multiplicación espiritual debe conducir a un continuo discipulado, a una administración fiel y al desarrollo de las generaciones futuras. Debemos considerar lo que sucede después del momento del avance, cómo reaccionamos cuando Dios trae gente nueva a nuestra congregación, y por qué la mayor evidencia de fecundidad espiritual no es simplemente que algo comience, sino que continúa creciendo hacia la madurez en Jesucristo.

PARTE 08

El nacimiento es solo el comienzo: cuidar la vida que Dios ha hecho nacer



Comprender la responsabilidad de la paternidad espiritual, la importancia del discipulado y por qué la mayor evidencia de la resurrección es una vida que continúa creciendo en Cristo

Pasajes fundamentales: Hechos 2:38-47; 1 Pedro 2:2; 1 Corintios 3:6-9; Colosenses 1:28-29; Gálatas 4:19; 2 Timoteo 2:2

8.1 El momento del nacimiento cambia todo

Hay algo extraordinario en el momento en que nace un niño. Después de meses de espera, preparación, cambios físicos e incertidumbre, la familia finalmente experimenta la llegada de la vida que habían estado esperando. La guardería que fue preparada ahora tiene a alguien para ocuparla. Las ropas que se compraron ahora tienen a alguien que las use. Las conversaciones sobre el futuro se conectan repentinamente a una persona real cuya presencia cambia las responsabilidades de todos los involucrados. Lo que antes era una expectativa se ha convertido en realidad, y la familia comienza a experimentar la alegría de dar la bienvenida a una nueva vida.

Sin embargo, cada padre descubre rápidamente que el momento del nacimiento, por maravilloso que pueda ser, no es el final del viaje. En muchos sentidos, es el comienzo de una responsabilidad mucho mayor. El niño que ha llegado no puede cuidar de sí mismo de forma independiente. Se necesita alimento, protección, afecto, guía y atención constante. Los padres deben ajustar sus rutinas, reconsiderar sus prioridades y aprender a responder a necesidades que antes no existían. La emoción del parto es seguida de la responsabilidad de nutrir la vida que se ha confiado a su cuidado.

Esta es una de las aplicaciones más importantes de pastor Vinny Azzolini El mensaje de LA IGLESIA QUE DA A LUZ. A lo largo del sermón, las imágenes del embarazo y el parto fueron cuestionadas Tampa Life Church para entender que la esperanza espiritual debe ir acompañada de preparación y perseverancia. El predicador hizo hincapié en que la iglesia no debería simplemente buscar alivio de la incomodidad asociada con el crecimiento, sino que debería reconocer la responsabilidad de llevar lo que Dios desea lograr. Sin embargo, las imágenes también nos invitan a considerar lo que sucede después del momento del parto. Si estamos orando por la multiplicación espiritual, debemos reconocer que la llegada de nuevos creyentes introduce responsabilidades que van mucho más allá del momento inicial de la conversión.

En la vida de la iglesia, a menudo celebramos los momentos en que la gente responde al evangelio. Nos regocijamos cuando alguien se presenta en arrepentimiento, cuando una persona es bautizada en el nombre de Jesucristo, y cuando alguien recibe el don del Espíritu Santo. Estos son momentos significativos que merecen ser celebrados porque reflejan la obra transformadora de Dios en las vidas humanas. Sin embargo, el Nuevo Testamento no presenta estas experiencias como permiso para descuidar el desarrollo continuo de los que han respondido. En cambio, el modelo apostólico revela que el comienzo de la vida espiritual debe conducir a un viaje continuo de discipulado, compañerismo, obediencia y madurez.

Por lo tanto, debemos examinar cómo entendemos el éxito espiritual. Si nuestra mayor emoción es reservada exclusivamente para el momento en que alguien responde a una llamada al altar, podemos pasar inadvertidamente por alto la importancia de lo que sucede después. Un nuevo creyente puede dejar el servicio lleno de alegría, pero regresar a un hogar donde nadie comparte sus convicciones. Pueden encontrar preguntas acerca de las Escrituras a las que no saben responder. Es posible que tengan problemas con hábitos que se desarrollaron a lo largo de muchos años o que se desanimen cuando la emoción de su primer encuentro comienza a desaparecer. Sin relaciones significativas y sin instrucción bíblica continua, pueden tener dificultades para desarrollar los fundamentos espirituales necesarios para una madurez duradera.

Esta es la razón por la cual una iglesia que da a luz también debe convertirse en una iglesia que nutre. No podemos estar satisfechos sólo con la llegada de la nueva vida. Debemos comprometernos con su desarrollo. Debemos celebrar los comienzos espirituales y también invertir en las relaciones, la enseñanza y el estímulo que ayudan a las personas a seguir a Jesucristo. La responsabilidad del discipulado no pertenece sólo a los pastores y maestros, sino a todo el cuerpo de creyentes que han sido llamados a amarse unos a otros y a participar en la misión del evangelio.

La alegría del nacimiento espiritual debe convertirse en la responsabilidad de la crianza espiritual, porque el propósito de la iglesia no es simplemente presenciar nuevos comienzos sino ayudar a las personas a crecer en discípulos maduros de Jesucristo.

8.2 Pentecostés: Cuando tres mil nuevos creyentes se convirtieron en una familia espiritual

El segundo capítulo de Hechos proporciona uno de los ejemplos bíblicos más claros de multiplicación espiritual seguido de desarrollo comunitario intencional. En el día de Pentecostés, el Espíritu Santo fue derramado sobre los creyentes reunidos en Jerusalén, cumpliendo la promesa de Jesús acerca de la venida del Espíritu. Los acontecimientos extraordinarios atrajeron la atención de la multitud que los rodeaba, y Pedro se levantó para anunciar el evangelio. Su mensaje se centró en Jesucristo, a quien Dios había resucitado de entre los muertos y exaltado como Señor y Cristo.

Cuando la gente oyó la predicación de Pedro, se convencieron y preguntaron qué debían hacer. Pedro respondió con la proclamación apostólica registrada en Hechos 2:38.

Hechos 2:38-39 (RVR1960)

> *Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo.*
>
> *Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare.*

Para la iglesia apostólica pentecostal, este pasaje sigue siendo central para nuestra comprensión de la respuesta bíblica al evangelio. El arrepentimiento, el bautismo en el nombre de Jesucristo y el don del Espíritu Santo no son meramente detalles históricos. Son parte del anuncio apostólico de la salvación y de la misión continua de la iglesia. Nunca debemos perder nuestra pasión por comunicar claramente este mensaje e invitar a la gente a responder a la gracia de Dios.

Hechos 2:41 el relato dice que aproximadamente tres mil personas recibieron la palabra de Pedro y fueron bautizadas. Este fue un momento extraordinario de multiplicación espiritual. La iglesia experimentó un tremendo crecimiento en un período notablemente corto, y el número de nuevos creyentes introdujo responsabilidades que antes no existían en la misma escala. Estos individuos venían de diferentes orígenes y poseían diferentes niveles de comprensión sobre el mensaje que habían recibido. Necesitaron instrucción, compañerismo y oportunidades para establecer su nueva identidad dentro de la comunidad de fe.

El relato de Lucas es especialmente significativo porque no concluye el relato con el número de personas bautizadas. En cambio, describe lo que los creyentes hicieron después.

Hechos 2:42 (RVR1960)

> *Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones.*

La palabra continua revela algo esencial acerca de la vida espiritual de la iglesia primitiva. Su respuesta al evangelio no fue tratada como una experiencia emocional temporal. Se convirtió en el comienzo de un compromiso sostenido con la enseñanza apostólica, relaciones significativas, comidas compartidas y oración. Los creyentes estaban aprendiendo a vivir como una familia espiritual, y su nueva identidad en Jesucristo comenzó a influir en su conducta diaria.

Este patrón nos hace cuestionar si nuestra comprensión de la resurrección incluye la responsabilidad de seguir siendo discípulos. Podemos experimentar poderosos servicios en los que mucha gente responde a la predicación de la Palabra, pero ¿qué sucede durante los días y semanas siguientes? ¿Tienen esas personas oportunidades de hacer preguntas? ¿Están conectados con creyentes maduros que puedan animarlos? ¿Comprenden la importancia de la oración, las Escrituras, la comunión y la santidad? ¿Los estamos ayudando a desarrollar las disciplinas espirituales necesarias para permanecer fieles cuando surgen dificultades?

La iglesia primitiva demuestra que una auténtica multiplicación espiritual debería producir una comunidad en la que los nuevos creyentes sean bienvenidos en un proceso continuo de formación. Los apóstoles no simplemente proclamaban el evangelio y dejaban a las personas desarrollarse independientemente. Los creyentes se mantuvieron conectados con la enseñanza y la comunión, y su compromiso compartido se convirtió en parte del entorno en el que se produjo el crecimiento espiritual.

Para Tampa Life Church, este principio debe influir en cada etapa de nuestro proceso de discipulado. Cuando alguien responde al evangelio, debemos celebrar con alegría, pero también debemos reconocer que ha comenzado una nueva responsabilidad. Debemos ayudar a esa persona a conectarse con la familia de la iglesia, comprender los fundamentos de la doctrina apostólica y desarrollar una relación consistente con Jesucristo. El momento del nacimiento espiritual es precioso, pero el desarrollo continuo de esa vida es igualmente importante.

8.3 Los nuevos creyentes necesitan nutrición espiritual

Una de las ilustraciones bíblicas más claras del desarrollo espiritual aparece en la primera carta de Pedro, donde compara el deseo de la Palabra de Dios con el hambre natural de un niño recién nacido. La ilustración es especialmente significativa en el contexto de LA IGLESIA QUE DA A LUZ porque conecta el comienzo de la vida con la necesidad de una nutrición continua.

1 Pedro 2:2 (RVR1960)

> *desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación,*

Pedro estaba escribiendo a los creyentes que necesitaban aliento para permanecer fieles en medio de circunstancias difíciles. En el primer capítulo, les recordó la esperanza viva que poseían a través de la resurrección de Jesucristo y los llamó a la santidad y al amor sincero. Mientras continuaba en el segundo capítulo, les instruyó a dejar de lado la malicia, el engaño, la hipocresía, la envidia y la maldición, y a desarrollar un deseo genuino por el alimento proporcionado a través de la Palabra de Dios.

La conexión entre la nutrición espiritual y el crecimiento espiritual es importante porque los nuevos creyentes no pueden llegar a la madurez solo mediante el entusiasmo. Un niño puede nacer sano, pero el desarrollo continuo requiere una nutrición adecuada. De manera similar, alguien puede responder sinceramente al evangelio y experimentar un poderoso encuentro con Dios, pero aún así requiere una instrucción bíblica continua para entender cómo vivir fielmente. El entusiasmo espiritual puede motivarnos, pero no puede reemplazar el alimento consistente de las Escrituras.

Este principio desafía la suposición de que un nuevo creyente debe comprender inmediatamente todos los aspectos de la doctrina y la conducta cristianas. La gente llega a la iglesia con diferentes experiencias, educación y niveles de conocimiento bíblico. Algunos pueden estar familiarizados con los relatos de las Escrituras pero no comprender su significado teológico. Otros quizás nunca hayan leído la Biblia consistentemente. Algunos pueden poseer fuertes convicciones morales mientras luchan por comprender la naturaleza de Dios, la salvación o el propósito de la iglesia. Estas diferencias requieren paciencia y una instrucción reflexiva.

Por lo tanto, una congregación espiritualmente sana debe proporcionar oportunidades claras para la enseñanza básica bíblica. Los nuevos creyentes necesitan entender quién es Jesucristo, por qué su muerte y resurrección son importantes, y cómo el evangelio nos llama a responder. Necesitan instrucciones sobre el arrepentimiento, el bautismo en el nombre de Jesús, el don del Espíritu Santo y la importancia de continuar en la fe. También necesitan orientación en cuanto a la oración, la santidad, la administración, las disciplinas espirituales y las relaciones dentro del cuerpo de Cristo.

Sin embargo, el alimento espiritual implica más que completar una serie de lecciones. El objetivo de la instrucción bíblica no es simplemente comunicar información. Es ayudar a los creyentes a desarrollar una relación con Jesucristo que influya en sus decisiones y conducta. Debemos desear que la gente entienda las Escrituras lo suficientemente profundamente como para que puedan reconocer la verdad, responder a la tentación, practicar el perdón y permanecer fieles cuando las circunstancias se ponen difíciles.

Esta es la razón por la que el discipulado debe ser abordado como una relación continua en lugar de un programa temporal. Una clase puede proporcionar estructura, pero el desarrollo espiritual también se produce a través de conversaciones, experiencias compartidas, oración y el ejemplo de creyentes maduros. Alguien puede entender la importancia del perdón intelectualmente, pero necesita aliento cuando se enfrenta a un conflicto doloroso. Otra persona puede saber que la oración es importante, pero se esfuerza por desarrollar una costumbre consistente. Un nuevo creyente puede entender la enseñanza bíblica acerca de la generosidad, pero necesita orientación acerca de la administración responsable.

Por consiguiente, una iglesia que da a luz debe ser intencionada en proveer alimento apropiado para las diferentes etapas de desarrollo espiritual. No debemos esperar que los bebés espirituales demuestren la misma madurez que los creyentes que han caminado con Dios durante décadas. Tampoco debemos

conformarnos con permitir que las personas permanezcan inmaduras espiritualmente indefinidamente. El objetivo es el crecimiento, y el crecimiento requiere una continua instrucción, paciencia y aplicación fiel de la Palabra de Dios.

8.4 La paternidad espiritual requiere paciencia, no la perfección

Una de las responsabilidades más significativas dentro de la iglesia es la oportunidad de ayudar a otra persona a desarrollarse espiritualmente. Esta responsabilidad se puede comparar a la crianza porque implica enseñar, alentar, corregir y cuidar constantemente. Sin embargo, la paternidad espiritual nunca debe convertirse en una excusa para controlar las decisiones de otra persona o crear una dependencia insalubre de un líder en particular. El objetivo del discipulado es ayudar a las personas a desarrollar una relación madura con Jesucristo, no hacerlas permanentemente dependientes de nuestra aprobación personal.

El apóstol Pablo expresó un notable sentido de responsabilidad espiritual hacia los creyentes a los que sirvió. En el Gálatas 4:19, describió su preocupación usando el lenguaje del parto.

Gálatas 4:19 (RVR1960)

> *Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros,*

Las palabras de Pablo revelan la profundidad de su preocupación por la condición espiritual de los creyentes de Galacia. Habían sido influenciados por una enseñanza que amenazaba su comprensión del evangelio, y Pablo estaba profundamente preocupado por la dirección que estaban tomando. Su uso de imágenes de parto comunica la intensidad de su deseo de ver a Cristo formado en ellos. Él no estaba satisfecho simplemente con el hecho de que ellos habían respondido previamente a su ministerio. Él quería que siguieran creciendo en la verdad.

Este pasaje proporciona una conexión poderosa con el tema de LA IGLESIA QUE DA A LUZ. El trabajo espiritual no termina cuando alguien responde por primera vez al evangelio. Hay una responsabilidad continua de ayudar a los creyentes a establecerse en Cristo. Pablo entendió que para llegar a ser maduro en el sentido de la espiritualidad, se debe enseñarlo repetidamente, corregirlo, animarlo y orar. Su preocupación no era simplemente que los gálatas permanecieran asociados con su ministerio, sino que su vida reflejara la verdad de Jesucristo.

Para aquellos de nosotros que enseñamos o aconsejamos a otros, este principio requiere paciencia. Podemos dedicar mucho tiempo a alguien que sigue luchando con las mismas preguntas o hábitos. Podemos explicarles un principio bíblico repetidamente antes de que tenga sentido en su vida diaria. Podemos animar a alguien a través de una época difícil para descubrir que ha vuelto a desanimarse. Estas experiencias pueden ser frustrantes si esperamos que el desarrollo espiritual ocurra rápidamente y sin contratiempos. Sin embargo, ser discípulo requiere que reconozcamos que la madurez se desarrolla a través de un proceso.

Al mismo tiempo, la paciencia no significa evitar la corrección. El desarrollo espiritual saludable requiere la verdad, la responsabilidad y la disposición a enfrentarse a comportamientos destructivos cuando sea

necesario. El apóstol Pablo no dudó en abordar las enseñanzas falsas o la conducta pecaminosa dentro de las iglesias. Pero su corrección tenía el propósito de restaurar la fidelidad de las personas en lugar de establecer su superioridad personal. Esta distinción es esencial porque el liderazgo espiritual puede volverse perjudicial cuando la corrección es motivada por el orgullo, la ira o el deseo de controlar.

Un padre espiritual maduro debe aprender a combinar convicción con compasión. Debemos comunicar la verdad bíblica con claridad, recordando que las personas están desarrollándose en diferentes etapas. Debemos establecer expectativas apropiadas sin exigir la perfección instantánea. Debemos celebrar los verdaderos progresos, incluso cuando esos progresos parezcan pequeños. Y debemos permanecer lo suficientemente humildes como para reconocer que nuestro propio desarrollo espiritual también continúa.

Este principio es particularmente importante en nuestras familias. Los padres pueden desear que sus hijos demuestren fuertes convicciones espirituales, pero esas convicciones deben llegar a ser personales. Podemos dar instrucción, establecer límites apropiados y modelar una vida cristiana fiel, pero no podemos sustituir nuestra relación con Dios por la de ellos. A medida que los niños crecen, nuestra responsabilidad es ayudarlos a entender por qué son importantes los principios bíblicos y cómo aplicarlos de forma independiente.

Una iglesia que da a luz debe cultivar este mismo enfoque en el discipulado. Debemos ayudar a los nuevos creyentes a desarrollar una independencia espiritual arraigada en la dependencia de Cristo. El objetivo no es producir gente que requiera una dirección constante de un líder en particular, sino creyentes que entiendan las Escrituras, reconozcan la guía del Espíritu Santo y sean capaces de servir a otros fielmente.

8.5 La Iglesia debe convertirse en un lugar donde el crecimiento sea posible

Un niño necesita más que nutrición para desarrollarse correctamente. El crecimiento saludable también requiere un entorno en el que esté disponible el cuidado, la protección, las relaciones y la orientación adecuada. De manera similar, el desarrollo espiritual se ve influenciado por la cultura de la congregación en la que participan los creyentes. Puede que una iglesia posea una excelente enseñanza, pero si sus relaciones se caracterizan por la dureza, el chisme, la competencia o las expectativas poco realistas, los nuevos creyentes pueden tener dificultades para desarrollar una sana comprensión de la comunidad cristiana.

Esta es la razón por la cual la sección anterior relativa a la dieta espiritual de una iglesia que da a luz permanece profundamente relacionada con la responsabilidad del discipulado. No podemos separar el alimento de los nuevos creyentes del entorno en el que se proporciona ese alimento. La gente aprende no sólo a través de instrucciones formales sino también a través de la observación. Observan cómo los creyentes maduros responden a los conflictos, cómo los líderes del ministerio se comunican con los voluntarios y si la iglesia demuestra el amor que proclama.

Jesús enfatizó la importancia del amor entre sus discípulos en Juan 13:34-35. Él les instruyó a amarse unos a otros como Él los había amado y les explicó que este amor se convertiría en una característica

distintiva de su identidad como seguidores. El mandamiento no se limitó al afecto emocional. Se trataba del tipo de interés sacrificial que Jesús demostró a través de su vida y ministerio.

Para una iglesia en crecimiento, esto significa que la hospitalidad debe convertirse en algo más que un saludo amistoso en la entrada. Los nuevos creyentes necesitan oportunidades para desarrollar relaciones significativas. Deben sentirse cómodos haciendo preguntas, reconociendo las dificultades y buscando orientación sin temor a que sus dificultades sean objeto de chismes. Deben encontrarse con cristianos maduros que estén dispuestos a escuchar pacientemente y a dar ánimo basado en las Escrituras.

Este entorno debe incluir también una rendición de cuentas adecuada. Una iglesia amorosa no ignora el comportamiento destructivo ni abandona las normas bíblicas. Más bien, comunica la verdad de una manera que busca la restauración y la madurez espiritual. Efesios 4:15 describe la importancia de hablar la verdad con amor para que los creyentes crezcan en Cristo. La verdad y el amor no son responsabilidades competitivas. Son elementos esenciales de un buen discipulado.

También debemos reconocer que las personas se desarrollan a diferentes velocidades. Algunos nuevos creyentes pueden establecer rápidamente costumbres consistentes de oración y estudio bíblico, mientras que otros necesitan más tiempo y orientación. Algunos pueden tener familias que les apoyan y fomentan su desarrollo espiritual, mientras que otros pueden enfrentar oposición o malentendidos en el hogar. Algunos pueden tener una amplia experiencia con la enseñanza cristiana, mientras que otros están encontrando conceptos bíblicos por primera vez. Una iglesia espiritualmente sana debe reconocer estas diferencias sin crear una cultura de comparación.

Para Tampa Life Church, esta responsabilidad se vuelve especialmente importante porque una congregación multicultural incluye personas de diferentes orígenes y tradiciones. Debemos estar dispuestos a explicar las prácticas bíblicas con paciencia en lugar de suponer que todos entienden la misma terminología o expectativas. Debemos reconocer que las diferencias culturales pueden influir en los estilos de comunicación y en las relaciones sin que necesariamente reflejen diferencias en la sinceridad espiritual. Nuestro compromiso compartido con Jesucristo debe crear un ambiente en el que las personas puedan crecer en unidad mientras mantienen el respeto apropiado entre sí.

Por lo tanto, una iglesia que da a luz debe convertirse en un lugar donde se desafía a la gente a crecer sin ser condenada por cada debilidad. Debemos mantener la convicción bíblica mientras demostramos la paciencia y la compasión necesarias para ser verdaderos discípulos. El objetivo no es crear un ambiente en el que se celebre la inmadurez espiritual, sino uno en el que se persigue la madurez a través de la verdad, la gracia y el constante aliento.

8.6 Debemos compartir la responsabilidad de educar

Uno de los mayores peligros que enfrenta una congregación creciente es la suposición de que el discipulado pertenece exclusivamente a los pastores, maestros o líderes formales del ministerio. Aunque estos individuos tienen importantes responsabilidades, el Nuevo Testamento describe consistentemente a la iglesia como un cuerpo cuyos miembros contribuyen al desarrollo espiritual de los demás. Una congregación sana no puede depender de un pequeño número de personas para proporcionar toda clase de enseñanza, aliento, compañerismo y atención práctica.

El apóstol Pablo explica este principio en Efesios 4, donde describe el propósito del liderazgo del ministerio.

Efesios 4:11-12 (RVR1960)

> *Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros,*
>
> *a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo,*

La instrucción de Pablo revela que la dirección del ministerio tiene la responsabilidad de preparar a los creyentes para el servicio. La iglesia no tiene la intención de funcionar como una comunidad donde unos pocos individuos desempeñan todas las responsabilidades mientras que la mayoría sigue siendo observadores pasivos. En cambio, los creyentes deben estar preparados para participar en la obra del ministerio de acuerdo con los dones y oportunidades que Dios les ha confiado.

Este principio se vuelve especialmente importante cuando la multiplicación espiritual aumenta las necesidades dentro de una congregación. Más personas necesitan oportunidades adicionales para conectar, enseñar y cuidar. Si todas las responsabilidades permanecen concentradas en el mismo grupo pequeño, esas personas pueden agotarse mientras que otros no son conscientes de las oportunidades disponibles para servir. Por consiguiente, una iglesia que da a luz debe ser intencional en el desarrollo de una cultura en la que los creyentes maduros reconozcan su responsabilidad de animar y discipular a otros.

Esto no significa que todo el mundo deba ser un maestro formal o un líder del ministerio. La nutrición espiritual se produce a través de muchas expresiones diferentes de servicio. Una familia puede invitar a un nuevo creyente a cenar y a desarrollar una amistad significativa. Alguien con años de experiencia en la oración puede animar a un joven creyente que está aprendiendo a establecer una vida de devoción consistente. Un cristiano maduro puede ofrecer consejo bíblico y apoyo práctico a una familia que se enfrenta a situaciones difíciles. Un voluntario puede ayudar a crear un ambiente en el que los niños se sientan bienvenidos y valorados. Estas contribuciones pueden no siempre ser visibles desde la plataforma, pero son esenciales para la salud del cuerpo.

El apóstol Pablo describe a la iglesia como un cuerpo en 1 Corintios 12, enfatizando que cada miembro posee un valor y que las diferentes partes deben funcionar juntas. Esta imagen desafía la suposición de que sólo los ministerios visibles importan. Un cuerpo saludable depende de la actividad coordinada de muchos miembros, incluidos aquellos cuyas contribuciones reciben poca atención pública. De la misma manera, la multiplicación espiritual requiere la participación fiel de los creyentes cuyo servicio puede ocurrir en silencio a través de relaciones, hospitalidad, oración y ayuda práctica.

Para nuestras familias, este principio también nos da la oportunidad de demostrar que el servicio cristiano no se limita a las actividades formales de la iglesia. Los padres pueden involucrar a sus hijos en actos apropiados de hospitalidad, generosidad y aliento. Los jóvenes pueden aprender a reconocer las necesidades de los demás y participar en un servicio significativo. Las familias pueden orar juntas por los

nuevos creyentes y desarrollar amistades que fortalezcan a la congregación en general. Estas prácticas ayudan a establecer una cultura en la que el discipulado se convierte en parte de la vida cotidiana.

Por lo tanto, una iglesia que da a luz debe convertirse en una comunidad en la que la responsabilidad espiritual se comparte en lugar de concentrarse. El objetivo no es simplemente desarrollar más programas, sino equipar a más creyentes para participar fielmente en la misión de Jesucristo.

8.7 La diferencia entre hacer crecer una multitud y hacer discípulos

A medida que las iglesias se desarrollan, es cada vez más importante distinguir entre atraer a la gente y hacer discípulos. Tanto la predicación como la hospitalidad son valiosas, y una congregación debe desear comunicar el evangelio a tantas personas como sea posible. Sin embargo, la asistencia numérica no indica automáticamente madurez espiritual. Es posible que las personas participen regularmente en las actividades de la iglesia pero no estén familiarizadas con las Escrituras, estén separadas de relaciones significativas o sean inconsistentes en sus disciplinas espirituales. Una multitud creciente puede crear la apariencia de éxito sin necesariamente producir el tipo de transformación descrita en el Nuevo Testamento.

El apóstol Pablo mencionó la importancia de la madurez espiritual en Colosenses 1.

Colosenses 1:28-29 (RVR1960)

> *a quien anunciamos, amonestando a todo hombre, y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre;*
>
> *para lo cual también trabajo, luchando según la potencia de él, la cual actúa poderosamente en mí.*

El objetivo de Pablo no era simplemente anunciar a una gran audiencia a Cristo. Deseaba presentar creyentes maduros en Cristo. La palabra traducida perfecta transmite la idea de la plenitud o madurez en lugar de la ausencia de todas las debilidades humanas. Pablo entendió que anunciar el evangelio implicaba enseñar y instruir continuamente para que los creyentes pudieran desarrollar una comprensión más profunda de Jesucristo.

Este pasaje proporciona un criterio importante para evaluar la misión de una iglesia que da a luz. Debemos celebrar cuando las personas nuevas asisten a las reuniones, pero también debemos considerar si se les está ayudando a desarrollarse espiritualmente. Debemos regocijarnos cuando alguien responde al evangelio, pero también debemos preguntarnos si esa persona está recibiendo el apoyo necesario para seguir creciendo. Debemos valorar los programas de ministerio, pero debemos evaluar si esos programas están ayudando a las personas a convertirse en seguidores más maduros de Cristo.

La diferencia entre una multitud y una comunidad de discípulos se hace visible a través de las relaciones y la conducta. Una multitud puede reunirse porque un evento es emocionante, pero los discípulos permanecen fieles a Cristo cuando las circunstancias se vuelven difíciles. Una multitud puede apreciar la inspiración de la predicación, pero los discípulos aprenden a aplicar la verdad bíblica a sus decisiones

diarias. La multitud puede disfrutar de la comunión, pero los discípulos aceptan la responsabilidad de amarse, servirse y animarse unos a otros.

Esto no significa que todos los que asisten a la iglesia tengan que demostrar el mismo nivel de madurez. La iglesia debe seguir siendo un lugar donde los buscadores, los nuevos creyentes y los cristianos maduros puedan encontrar el evangelio y recibir la atención adecuada. La distinción se refiere a la dirección de nuestro ministerio. ¿Estamos simplemente tratando de aumentar la asistencia, o estamos ayudando intencionalmente a las personas a avanzar hacia una fidelidad más profunda?

Para Tampa Life Church, esta pregunta debe influir en cómo desarrollamos oportunidades de discipulado. Las clases fundamentales pueden ayudar a los nuevos creyentes a comprender la doctrina apostólica. Los estudios bíblicos continuos pueden fortalecer su conocimiento de las Escrituras. Los grupos pequeños y las relaciones significativas pueden fomentar la rendición de cuentas y la comunión. Las oportunidades de servicio pueden ayudar a los creyentes a descubrir cómo sus dones contribuyen al cuerpo de Cristo. El desarrollo del liderazgo puede preparar a los discípulos maduros para invertir en otros.

Estas responsabilidades no deben tratarse como programas aislados que compiten por la atención. Son diferentes expresiones de la misma misión: ayudar a las personas a crecer hacia la madurez en Jesucristo.

Por lo tanto, una iglesia que da a luz debe medir la fecundidad a través de más que el número de personas que se reúnen. También debemos considerar si estas personas se están consolidando en la verdad bíblica, desarrollando un carácter semejante al de Cristo y participando en la misión de hacer discípulos.

8.8 De hijos espirituales a padres espirituales

Una de las más bellas expresiones de multiplicación espiritual ocurre cuando alguien que una vez fue nuevo creyente se vuelve capaz de ayudar a otra persona a crecer. Este proceso demuestra que el discipulado no se termina con la madurez personal. A medida que nos fortalecemos en nuestra relación con Jesucristo, debemos reconocer cada vez más las oportunidades de animar, enseñar y servir a otros.

La instrucción que el apóstol Pablo le dio a Timoteo ofrece un claro ejemplo de este principio.

2 Timoteo 2:2 (RVR1960)

> *Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros.*

Pablo describe un patrón de transmisión espiritual que se extiende a través de múltiples generaciones de creyentes. Él había instruido a Timoteo, Timoteo debía confiar esa enseñanza a personas fieles, y esas personas debían llegar a ser capaces de enseñar a otros. El proceso no fue diseñado para seguir dependiendo de un maestro. Se pretendía que continuara a través del desarrollo fiel de futuros discípulos.

Esta es una poderosa expresión de la misión de una iglesia que da a luz. No debemos contentarnos solo con ayudar a las personas a convertirse en miembros firmes de la congregación. Debemos desear verlos

desarrollar la madurez necesaria para contribuir al crecimiento espiritual de los demás. Una persona que alguna vez necesitaba alentamiento puede llegar a ser alguien que nos anima. Alguien que comenzó con un entendimiento limitado de la Biblia puede llegar a ser capaz de enseñar verdades fundamentales. Un joven creyente que alguna vez tuvo dificultades para establecer una vida de oración puede ayudar a otros a descubrir la importancia de orar constantemente.

Este proceso requiere una inversión intencional. Los creyentes maduros deben estar dispuestos a compartir su conocimiento y experiencia en lugar de tratar el entendimiento espiritual como algo que establece la superioridad personal. Los maestros deben reconocer la importancia de preparar a otros que puedan enseñar. Los líderes del ministerio deben proporcionar oportunidades para que los creyentes en desarrollo participen en el servicio bajo la guía apropiada. Los pastores deben fomentar la formación de estructuras de liderazgo saludables que permitan compartir la responsabilidad en toda la congregación.

También debemos reconocer que la paternidad espiritual no requiere un título formal. Un creyente maduro puede influir en otros a través de su constante amistad, hospitalidad, oración y ejemplo personal. Alguien que ha caminado fielmente con Dios en tiempos difíciles puede poseer sabiduría que puede animar a aquellos que enfrentan dificultades similares. Una familia que ha desarrollado hábitos espirituales saludables puede ser un ejemplo para otros que están aprendiendo a establecer oración y instrucción bíblica en el hogar.

Para nuestros hijos y jóvenes, este principio establece una visión que va más allá de su participación inmediata en las actividades de la iglesia. Debemos desear que se conviertan en creyentes maduros que comprendan las Escrituras, demuestren un carácter semejante al de Cristo y reconozcan su responsabilidad de servir a los demás. El objetivo no es simplemente que permanezcan conectados a la iglesia debido a la tradición familiar. Queremos que desarrollen convicciones personales que puedan influir en las generaciones futuras.

Por lo tanto, una iglesia que da a luz debe comprometerse al discipulado generacional. Debemos reconocer que las personas que estamos criando hoy pueden llegar a ser maestros, misioneros, pastores, líderes de ministerio y siervos fieles que llevan el evangelio a lugares a los que nunca llegaremos personalmente.

8.9 Plantamos y regamos, pero Dios hace crecer

Uno de los mayores desafíos en el discipulado es aprender a aceptar los límites de nuestras responsabilidades. Cuando invertimos profundamente en el desarrollo espiritual de otra persona, naturalmente deseamos ver resultados significativos. Queremos que entiendan las Escrituras, establezcan hábitos espirituales consistentes y permanezcan fieles a Jesucristo. Sin embargo, la gente no siempre responde de acuerdo a nuestras expectativas. Algunos se desarrollan rápidamente, mientras que otros luchan por períodos prolongados. Algunos reciben instrucciones con entusiasmo, mientras que otros resisten la corrección o se distraen por prioridades competitivas. Estas experiencias pueden desalentarnos si empezamos a suponer que el resultado espiritual de la vida de otra persona depende enteramente de nuestros esfuerzos.

El apóstol Pablo proporciona una corrección importante a esta suposición en 1 Corintios 3.

1 Corintios 3:6-7 (RVR1960)

> *Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios.*
>
> *Así que ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento.*

Pablo estaba hablando de la división dentro de la iglesia de Corinto, donde los creyentes habían comenzado a identificarse con ministros particulares. Les recordó que diferentes siervos habían contribuido a su crecimiento espiritual, pero la fuente final de crecimiento era Dios. Pablo había sembrado, Apolo había regado y ambos habían participado en la obra del ministerio. Sin embargo, ninguno de ellos poseía poder independiente para producir vida espiritual.

Este principio es esencial para un buen discipulado porque nos protege tanto del orgullo como de la desesperación. Cuando alguien hace crecimiento espiritual a través de nuestro ministerio, debemos regocijarnos y glorificar a Dios en lugar de suponer que el resultado demuestra nuestra superioridad personal. Cuando alguien lucha o toma decisiones decepcionantes, debemos examinar si hemos cumplido fielmente nuestras responsabilidades sin suponer automáticamente que cada resultado refleja nuestro fracaso.

Nuestro llamado es plantar y regar fielmente. Podemos anunciar el evangelio, enseñar las Escrituras, animar a la oración, guiar y demostrar el amor de Cristo. Podemos establecer relaciones saludables y crear oportunidades para el crecimiento espiritual. Pero no podemos obligar a otra persona a arrepentirse, creer, obedecer o permanecer fiel. Cada individuo debe responder personalmente a la gracia y la verdad de Dios.

Este entendimiento se vuelve especialmente importante para los padres. Podemos invertir años en enseñar a nuestros hijos principios bíblicos y ayudarlos a desarrollar hábitos espirituales, pero eventualmente tomarán decisiones que pertenecen a su propia responsabilidad. Debemos permanecer fieles en la oración, la instrucción y el amor, pero debemos resistir la tentación de medir toda nuestra identidad espiritual de acuerdo a sus elecciones. Nuestra confianza debe permanecer en Dios, y nuestras relaciones deben seguir reflejando su carácter.

Para los líderes de la iglesia, este principio proporciona libertad de la presión insalubre para fabricar resultados espirituales. Debemos evaluar honestamente nuestros ministerios y buscar continuamente mejoras, pero debemos recordar que la verdadera transformación es la obra del Espíritu Santo. No podemos sustituir la presencia de Dios por la excelencia organizativa, ni podemos sustituir la persuasión humana por el arrepentimiento sincero.

Por lo tanto, una iglesia que da a luz debe ser diligente y dependiente. Debemos trabajar fielmente porque el discipulado es importante, y debemos orar continuamente porque la vida espiritual proviene de Dios. Debemos reconocer el valor de nuestra responsabilidad sin asumir autoridad sobre los resultados que le pertenecen.

8.10 La mayor evidencia del nacimiento espiritual es el crecimiento continuo

A medida que nos acercamos a la conclusión de esta sección, debemos volver a la cuestión central planteada por pastor Azzolini El mensaje: ¿ Para qué significa? Tampa Life Church ¿Para convertirse en una iglesia que da a luz? La respuesta no se puede limitar a la expectativa de servicios poderosos o un aumento de la asistencia. Una iglesia fecunda espiritualmente debe estar comprometida con todo el proceso a través del cual las personas encuentran el evangelio, responden a Jesucristo y se convierten en discípulos maduros.

La ilustración natural del parto nos ayuda a reconocer que la llegada de una nueva vida introduce una responsabilidad que continúa mucho después del momento del parto. Una familia no deja de cuidar a un niño porque el nacimiento ha terminado. De hecho, las responsabilidades se hacen más visibles a medida que el niño crece. Hay nuevas etapas de desarrollo, nuevos desafíos y nuevas oportunidades de instrucción. Cada temporada requiere paciencia, sabiduría y disposición a adaptarse a las necesidades de la persona en desarrollo.

De la misma manera, la iglesia debe permanecer comprometida con los creyentes a través de diferentes etapas de crecimiento espiritual. Alguien que se ha bautizado recientemente puede necesitar instrucciones básicas sobre la oración y las Escrituras. Un creyente que ha caminado con Dios durante varios años puede necesitar aliento para desarrollar una mayor consistencia en el servicio. Un cristiano maduro puede necesitar oportunidades para aconsejar a otros o asumir responsabilidades adicionales. Es posible que las familias necesiten orientación a medida que sus hijos crecen y enfrentan nuevos desafíos. Las necesidades cambian, pero la misión sigue siendo la misma: ayudar a las personas a ser más como Jesucristo.

El apóstol Pablo describe el desarrollo continuo del cuerpo en Efesios 4:16, donde explica que todo el cuerpo crece a medida que sus miembros contribuyen según sus responsabilidades. Este pasaje nos recuerda que la madurez espiritual no es simplemente un logro individual. La salud de la iglesia se fortalece cuando sus miembros trabajan juntos en amor.

Para Tampa Life Church, esto significa que la visión de la multiplicación espiritual debe influir en cada ministerio y cada generación. Debemos desear ver a las personas reaccionar al evangelio, pero también debemos prepararnos para nutrirlas a través de la instrucción bíblica y relaciones significativas. Debemos celebrar el desarrollo de nuevos líderes, pero también debemos proporcionarles la formación y la rendición de cuentas necesarias para su madurez continua. Debemos invertir en los niños y jóvenes, reconociendo que su desarrollo espiritual influirá en el futuro de la congregación.

Sobre todo, debemos recordar que la iglesia pertenece a Jesucristo. No estamos construyendo una institución personal o tratando de establecer nuestro propio legado. Estamos participando en la misión del Señor resucitado, que nos ha llamado a anunciar su evangelio y hacer discípulos. Cada acto de servicio fiel debe en última instancia dirigir a las personas hacia Él.

Una iglesia verdaderamente fructífera no es simplemente aquella en la que comienza una nueva vida espiritual, sino aquella en la que esa vida se nutre constantemente hacia la madurez en Jesucristo.

Sección 8 Conclusión: La responsabilidad comienza cuando llega la nueva vida

El mensaje de LA IGLESIA QUE DA A LUZ nos desafía a entender que la multiplicación espiritual implica más que el entusiasmo de la expectativa o la alegría de la entrega. El momento en que alguien responde al evangelio es precioso, pero también introduce la responsabilidad de proveer atención continua, instrucción bíblica y relaciones significativas. El patrón del Nuevo Testamento demuestra que los creyentes no sólo fueron llamados a recibir la Palabra, sino también a continuar firmemente en la doctrina apostólica, la comunión, la oración y la vida espiritual compartida.

Para nuestras familias, este principio nos recuerda que la formación espiritual requiere una inversión constante a través de generaciones. Debemos cultivar hogares donde se enseña la verdad bíblica, se practica la oración y se demuestra el carácter de Jesucristo a través de las relaciones cotidianas. Debemos ayudar a nuestros hijos a desarrollar convicciones personales en lugar de depender exclusivamente de la tradición familiar. Debemos reconocer que la madurez espiritual se desarrolla a través de un proceso y que nuestra responsabilidad es proporcionar instrucción fiel y ejemplo mientras confiamos en Dios con los resultados que no podemos controlar.

Para Tampa Life Church, el desafío es convertirse en una congregación que nutre a las personas a las que llega. Debemos celebrar el arrepentimiento, el bautismo en el nombre de Jesús y el lleno del Espíritu Santo, pero también debemos establecer oportunidades significativas para continuar siendo discípulos. Los nuevos creyentes necesitan aliento, los cristianos maduros necesitan oportunidades para servir, y los líderes emergentes necesitan orientación y responsabilidad. La salud espiritual de la congregación depende de la voluntad de sus miembros de participar en esta responsabilidad compartida.

También debemos recordar que el crecimiento espiritual es, en última instancia, obra de Dios. Pablo sembró, Apolo regó, pero Dios hizo crecer. Nuestra responsabilidad es permanecer fieles en la enseñanza, la oración, el aliento y el servicio sin suponer que tenemos el poder de controlar el desarrollo espiritual de otra persona. Este entendimiento nos protege del orgullo cuando el ministerio es fructífero y de la desesperación cuando parece que el progreso es lento.

Por lo tanto, una iglesia que da a luz debe convertirse en una iglesia que nutre, enseña y multiplica. Debe reconocer que la misión de Jesucristo se extiende más allá del momento del nacimiento espiritual hasta la formación continua de discípulos que eventualmente ayudarán a otros a crecer. El mayor testimonio de una congregación fecunda espiritualmente no es simplemente que la gente responda al evangelio, sino que continúa desarrollándose en seguidores maduros de Jesucristo.

La entrega puede ser el momento que celebramos, pero el discipulado es la responsabilidad que debemos aceptar.

Y esto nos lleva a otra dimensión esencial de pastor Azzolini El mensaje. Si la iglesia está llamada a producir vida espiritual y a cultivarla hacia la madurez, entonces debemos considerar la responsabilidad de llevar a cabo esa misión más allá de los límites de nuestra congregación existente. El propósito de la multiplicación no es simplemente llenar un edificio. Es extender la influencia del evangelio a familias, barrios, ciudades y generaciones futuras.

La iglesia que ha sido fortalecida espiritualmente debe convertirse en una iglesia que llega hacia fuera. Los creyentes que han sido discípulos deben estar dispuestos a hacer discípulos a otros. Las familias que han experimentado el poder transformador de Dios deben ser testigos de Su gracia. La responsabilidad de la multiplicación espiritual continúa a medida que el evangelio va más allá de los lugares donde ya ha sido recibido.

PARTE 09

Nacidos para alcanzar más allá de nuestras paredes: la misión de una iglesia que se multiplica



Comprender la responsabilidad de la evangelización, el poder del Espíritu Santo y por qué la multiplicación espiritual debe extenderse más allá de las personas que ya conocemos

Pasajes fundamentales: Hechos 1:8; Mateo 9:35-38; Hechos 8:1-8; Romanos 10:13-15; 2 Corintios 5:17-20; Apocalipsis 7:9-10

9.1 No se puede llamar a una iglesia a multiplicarse y a centrarse únicamente en sí misma

A lo largo de este estudio, hemos examinado las responsabilidades espirituales relacionadas con pastor Vinny Azzolini El mensaje, LA IGLESIA QUE DA A LUZ. Hemos considerado la importancia de recibir la Palabra de Dios, cultivar una expectativa espiritual, permanecer fieles durante las épocas de preparación, guardar la condición de nuestro corazón y aceptar la responsabilidad de nutrir a los nuevos creyentes. Cada uno de estos principios nos ha llevado a una mayor comprensión de la misión de la iglesia. Si la multiplicación espiritual es verdaderamente parte de nuestra vocación, entonces debemos reconocer que el propósito del crecimiento se extiende más allá de las personas que ya pertenecen a nuestra congregación. La iglesia nunca tuvo la intención de convertirse en una comunidad cerrada preocupada exclusivamente por preservar su propia comodidad, tradiciones y relaciones. Jesucristo estableció su iglesia para anunciar el evangelio y hacer discípulos entre todas las naciones.

Esta verdad desafía uno de los peligros más sutiles que pueden surgir dentro de una congregación establecida. Con el tiempo, naturalmente formamos amistades significativas, desarrollamos rutinas familiares y nos sentimos cómodos con la forma en que se realiza el ministerio. Aprendemos a dónde pertenecemos, reconocemos a las personas que nos rodean y establecemos relaciones que nos animan y establecen. Estas son expresiones valiosas de la comunión cristiana, pero también pueden convertirse en limitaciones si comenzamos a tratar a la iglesia principalmente como un lugar diseñado para satisfacer nuestras preferencias existentes. Sin darnos cuenta, podríamos preocuparnos más por preservar lo que nos parece familiar que por llegar a aquellos que aún no han experimentado el poder transformador de Jesucristo.

pastor Azzolini El énfasis en el nacimiento espiritual y la multiplicación nos desafía a reconsiderar este enfoque interno. La imagen del parto nos recuerda que la nueva vida cambia la familia existente. Cuando llega un niño, el hogar debe hacer espacio para alguien cuyas necesidades, personalidad y desarrollo influirán en la vida de todos los que ya estén presentes. La familia no puede permanecer exactamente como era antes de la llegada del niño. De manera similar, una congregación que desee llegar a nuevos creyentes debe estar dispuesta a acoger a personas cuya formación, experiencias y necesidades espirituales pueden ser diferentes a las de sus miembros establecidos.

Esto no significa que la iglesia deba abandonar sus convicciones bíblicas o comprometer la doctrina apostólica para hacerse más atractiva. El evangelio sigue siendo el fundamento de nuestra identidad, y la fidelidad a las Escrituras debe guiar todos los aspectos de nuestra misión. Pero debemos distinguir entre la inmutable verdad de la Palabra de Dios y las preferencias personales que se desarrollan a través de la familiaridad. El estilo de comunicación que preferimos, las amistades que hemos establecido y las rutinas que nos parecen cómodas nunca deben convertirse en barreras innecesarias que impiden que otros encuentren el evangelio.

Por lo tanto, la misión de una iglesia que da a luz es mayor que mantener una reunión semanal exitosa. Estamos llamados a convertirnos en una comunidad de creyentes cuya relación con Jesucristo produce un deseo continuo de llegar a otros. Debemos valorar el crecimiento espiritual de los que ya están entre

nosotros, pero ese crecimiento debe prepararnos cada vez más para participar en la evangelización, el discipulado y el servicio más allá de las paredes del santuario.

Una congregación madura espiritualmente nunca debe perder su preocupación por las personas que todavía están fuera de su congregación. Debemos recordar que cada persona que ahora pertenece a la iglesia fue alguna vez alguien que necesitaba escuchar el evangelio, recibir aliento y experimentar la gracia de Dios. Nuestra familia espiritual existe porque alguien antes de nosotros estaba dispuesto a anunciar la Palabra, orar, enseñar, servir y hacer espacio para otros. La responsabilidad que una vez nos llevó a la comunidad de fe debe ahora formar parte de nuestro propio compromiso con los que aún no han sido alcanzados.

9.2 El Espíritu Santo fue dado para fortalecer nuestro testimonio

Uno de los fundamentos bíblicos más claros para la misión externa de la iglesia aparece en las instrucciones finales que Jesús dio a Sus discípulos antes de Su ascensión. Los discípulos habían sido testigos de su resurrección y esperaban el cumplimiento de sus promesas. Sin embargo, su comprensión del reino aún necesitaba aclaración. Preguntaron si Él restauraría el reino a Israel en ese tiempo, revelando su interés continuo en el tiempo y la naturaleza de los propósitos futuros de Dios. Jesús redirigió su atención lejos de especular sobre el calendario y hacia la responsabilidad que estaban a punto de recibir.

Hechos 1:8 (RVR1960)

> *pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra.*

Este pasaje establece una conexión esencial entre el poder del Espíritu Santo y la misión de la iglesia. Jesús prometió que sus seguidores recibirían poder a través de la venida del Espíritu, pero también identificó el propósito hacia el que se dirigiría ese poder. Debían convertirse en Sus testigos, llevando el testimonio de Su vida, muerte, resurrección y obra salvadora más allá de sus alrededores inmediatos.

Para los creyentes apostólicos pentecostales, la experiencia de recibir el Espíritu Santo es central para nuestra comprensión de la iglesia del Nuevo Testamento. Hechos 2 En el primer día de Pentecostés, el Espíritu Santo fue derramado sobre ellos, y todos hablaron en lenguas diferentes, como el Espíritu les dio a hablar. Este acontecimiento marcó el cumplimiento de la promesa de Jesús y se convirtió en el comienzo del testimonio público de la iglesia mediante el poder del Espíritu Santo. Pedro inmediatamente proclamó el evangelio, y miles de personas respondieron al mensaje.

La secuencia es significativa porque la experiencia del Espíritu estaba relacionada con el anuncio de Jesucristo. Los creyentes no recibieron el Espíritu Santo simplemente para poder disfrutar de un extraordinario encuentro espiritual y luego volver a una comprensión inalterada de sus responsabilidades. El poder de Dios los equipó para participar en la misión que Jesús les había confiado. Su encuentro con el Espíritu se convirtió en la base para el testimonio audaz, la predicación apostólica y la expansión del evangelio.

Esto nos impide examinar cómo entendemos el propósito de las experiencias espirituales dentro de nuestra propia congregación. Debemos seguir buscando la presencia de Dios, orando por el lleno del Espíritu Santo, y esperando que Él opere poderosamente en nuestros servicios. Sin embargo, debemos reconocer que el mismo Espíritu que se mueve entre nosotros durante la adoración también nos llama a demostrar el carácter de Cristo y a proclamar Su verdad más allá del edificio de la iglesia. Un poderoso encuentro con Dios debe fortalecer nuestro deseo de servir, alentar y llegar a otros.

No podemos separar la experiencia de Pentecostés de la misión de Pentecostés. El Espíritu Santo no fue dado para producir una comunidad espiritual que existe sólo para sí misma. El Espíritu da poder a la iglesia para dar testimonio de Jesucristo, vencer el miedo, y llevar el Evangelio a lugares donde aún no ha sido recibido.

Para Tampa Life Church, este principio debe influir en nuestra comprensión de cada ministerio. Nuestras reuniones de oración deben fortalecer nuestra dependencia de Dios y profundizar nuestra preocupación por los perdidos. Nuestra adoración debe dirigir a las personas hacia Jesucristo y cultivar un corazón de entrega. Nuestras clases de discipulado deben preparar a los creyentes para comprender y comunicar la verdad bíblica. Nuestros ministerios multiculturales deben crear oportunidades para que el evangelio llegue a las personas a través de las fronteras lingüísticas y culturales.

Una iglesia que da a luz debe convertirse en una iglesia de testimonio porque la vida espiritual está destinada a producir fecundidad espiritual. La presencia del Espíritu Santo entre nosotros no debe conducir al aislamiento espiritual, sino a una mayor participación en la misión de Jesucristo.

9.3 Jerusalén, Judea, Samaria y el extremo de la Tierra

La evolución geográfica en Hechos 1:8 revela la ampliación del alcance de la misión confiada a los discípulos. Jesús identificó a Jerusalén, Judea, Samaria y las extremidades de la tierra como lugares donde sus seguidores darían testimonio. Estos lugares representaban un movimiento que se expandió más allá de la comunidad inmediata de los discípulos, llegando finalmente a personas de diferentes regiones, culturas y naciones.

Jerusalén era la ciudad donde se reunían los discípulos y donde los acontecimientos de Pentecostés se llevarían a cabo pronto. Era un ambiente familiar, aunque también contenía oposición y desafíos. Judea representaba la región circundante, mientras que Samaria introdujo diferencias culturales y religiosas significativas. El mandato de llegar a las extremidades de la tierra extendió la misión más allá de los límites de la comprensión y las relaciones existentes de los discípulos.

Esta progresión nos recuerda que la misión de la iglesia no puede permanecer limitada a los lugares donde nos sentimos más cómodos. Debemos comenzar reconociendo a las personas y comunidades que nos rodean inmediatamente, pero también debemos desarrollar una visión que se extienda más allá de nuestro entorno familiar. El evangelio pertenece a todas las naciones, y la iglesia está llamada a participar en su divulgación.

Para Tampa Life Church, nuestra Jerusalén incluye las comunidades en las que vivimos, trabajamos, estudiamos y desarrollamos relaciones. Incluye familias que pueden vivir cerca de nuestros hogares pero

que nunca han asistido a una iglesia apostólica. Incluye a los compañeros de trabajo que están navegando en las luchas personales, a los jóvenes que buscan dirección, y a las personas que pueden sentirse desconectadas de una comunidad significativa. No necesitamos viajar por todo el mundo para encontrar gente que necesita el evangelio. Hay muchas oportunidades para dar testimonio en las relaciones ordinarias de nuestra vida diaria.

Sin embargo, nuestra responsabilidad no puede terminar con las personas que se parecen a nosotros o comparten nuestro origen. La referencia a Samaria es especialmente significativa porque nos recuerda que el evangelio cruza los límites que la historia humana y las suposiciones culturales pueden haber establecido. En el primer siglo, las relaciones entre los judíos y los samaritanos fueron influenciadas por las antiguas tensiones religiosas y sociales. La misión de Jesucristo desafió a Sus seguidores a reconocer que el propósito salvador de Dios se extendía más allá de las divisiones que habían heredado.

Una congregación multicultural tiene una extraordinaria oportunidad de demostrar esta verdad. Cuando los creyentes de diferentes naciones y idiomas adoran juntos, proporcionan un testimonio visible de que nuestra identidad en Jesucristo es mayor que las diferencias que nos distinguen. Sin embargo, el ministerio multicultural requiere más que la presencia de diferentes idiomas en el mismo edificio. Requiere relaciones intencionales, respeto mutuo, responsabilidad compartida y la voluntad de reconocer las contribuciones de personas cuyas experiencias difieren de las nuestras.

También debemos reconocer que la misión de la iglesia se extiende a todo el mundo. Algunos creyentes pueden ser llamados a servir en otras naciones, mientras que otros participan mediante oración, apoyo financiero, enseñanza o ayuda práctica. El Nuevo Testamento revela que la difusión del evangelio implicaba diferentes formas de servicio y cooperación. No todos viajaban a los mismos lugares o desempeñaban las mismas responsabilidades, pero la iglesia compartía el compromiso de dar a conocer a Jesucristo.

El movimiento geográfico de Hechos 1:8 por lo tanto, debe desafiar nuestra comprensión de la multiplicación espiritual. Debemos ser fieles a las comunidades que nos rodean inmediatamente mientras permanecemos abiertos a las oportunidades más amplias que Dios proporciona. Una iglesia que da a luz debe desarrollar una visión que sea local en sus relaciones diarias y global en su comprensión del evangelio.

9.4 Jesús vio a la gente antes de ver la cosecha

Uno de los pasajes más importantes sobre el evangelismo aparece en Mateo 9 Y Jesús recorrió ciudades y aldeas, enseñando en las sinagogas, predicando el evangelio del reino, y curando a los enfermos. El pasaje revela no sólo la actividad de su ministerio, sino también la compasión que motivó su respuesta a las personas que lo rodeaban.

Mateo 9:36-38 (RVR1960)

> *Y al ver las multitudes, tuvo compasión de ellas; porque estaban desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor.*
>
> *Entonces dijo a sus discípulos: A la verdad la mies es mucha, mas los obreros pocos.*
>
> *Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies.*

El orden de este pasaje es profundamente significativo. Antes de que Jesús hablara de la cosecha, vio a la gente y se conmovió por ella. Él reconoció su condición espiritual y su necesidad de cuidado. Las multitudes no eran simplemente una audiencia potencial o una medida del éxito del ministerio. Ellos eran individuos cuyas circunstancias le importaba.

Esta perspectiva debe transformar la forma en que abordamos el evangelismo. Podemos hablar de llegar a nuestra comunidad, expandir nuestra influencia o aumentar la asistencia, pero nunca debemos permitir que estos objetivos se separan de la verdadera compasión por las personas. La evangelización no es una estrategia para hacer que nuestra congregación parezca más exitosa. Es una expresión de amor arraigada en la convicción de que Jesucristo es el Salvador y que cada persona necesita la esperanza del evangelio.

Cuando nos encontramos con personas fuera de la iglesia, debemos aprender a ver más que su comportamiento exterior o circunstancias. Alguien que parece resistirse a la conversación espiritual puede estar llevando experiencias dolorosas relacionadas con la religión. Una persona cuyo estilo de vida difiere de nuestras convicciones bíblicas puede seguir buscando sentido, estabilidad y esperanza. Una familia que rara vez asiste a la iglesia puede estar enfrentando responsabilidades o dificultades que no entendemos. La compasión requiere que nos acerquemos a las personas como individuos en lugar de reducirlas a categorías.

Jesús demostró esta compasión a lo largo de su ministerio. Habló con personas marginadas, respondió a las personas que sufrían y desafió las actitudes religiosas que trataban a ciertos individuos como indignos de atención. Su compasión no le obligó a comprometerse con la verdad. Llamó a la gente al arrepentimiento y a la obediencia, pero comunicó el reino de Dios a través de un ministerio caracterizado por la misericordia y la preocupación por las necesidades humanas.

Esto proporciona un modelo importante para una iglesia que da a luz. Debemos proclamar el evangelio con claridad, incluido el llamado bíblico al arrepentimiento, el bautismo en el nombre de Jesús y el don del Espíritu Santo. Pero nuestro anuncio debe ir acompañado de amor genuino. Las personas deben encontrar creyentes que estén dispuestos a escuchar, a animar y a demostrar el carácter de Cristo mediante acciones prácticas.

Las imágenes de la cosecha también nos recuerdan que la evangelización requiere trabajadores. Jesús no instruyó a sus discípulos simplemente a admirar el tamaño de la cosecha o a quedarse abrumados por las necesidades que les rodeaban. Les dijo que oraran por los trabajadores. La misión requería personas que estuvieran dispuestas a participar.

Para Tampa Life Church, esto significa que cada creyente debe considerar cómo puede contribuir a la obra de llegar a los demás. Algunos pueden tener oportunidades de enseñar estudios bíblicos. Otros pueden desarrollar relaciones significativas a través de la hospitalidad o el servicio comunitario. Algunos pueden ser especialmente efectivos para alentar a los jóvenes o apoyar a las familias. Otros pueden contribuir mediante oración, traducción, transporte o ayuda práctica.

Una iglesia que da a luz debe convertirse en una iglesia compasiva porque la multiplicación espiritual comienza con el reconocimiento del valor de las personas a las que Jesús nos ha llamado a llegar.

9.5 Cuando el Evangelio va más allá de los límites familiares

El octavo capítulo de Hechos registra una transición importante en la expansión de la iglesia primitiva. Después de la persecución que comenzó después de la muerte de Esteban, los creyentes se dispersaron más allá de Jerusalén. Lo que había sido una comunidad concentrada de discípulos comenzó a extenderse a las regiones circundantes, y el evangelio llegó a nuevas poblaciones.

Hechos 8:4-5 (RVR1960)

> *Pero los que fueron esparcidos iban por todas partes anunciando el evangelio.*
>
> *Entonces Felipe, descendiendo a la ciudad de Samaria, les predicaba a Cristo.*

Este pasaje demuestra que el anuncio del evangelio no se limitó a los apóstoles. Los creyentes que estaban dispersos por la persecución continuaron comunicando la Palabra dondequiera que fueran. El ministerio de Felipe en Samaria fue una expresión importante de la misión que Jesús había descrito en Hechos 1:8.

Debemos tener cuidado de no interpretar la persecución como algo que Dios requiere para que la iglesia crezca. El sufrimiento experimentado por los primeros creyentes era real, y el relato bíblico no nos invita a celebrar la injusticia ni a buscar dificultades. Sin embargo, el relato revela que la oposición no impidió que el evangelio se extendiera. Los creyentes siguieron dando testimonio a pesar de las circunstancias que habían perturbado su comunidad establecida.

El traslado a Samaria fue especialmente significativo porque cruzó las fronteras históricas entre comunidades que habían experimentado tensiones religiosas y culturales de larga data. Felipe proclamó al Cristo, y la gente respondió al mensaje. Hechos 8 y muchos creyeron y fueron bautizados, y después llegaron a Jerusalén para orar por ellos para que recibieran el Espíritu Santo. El relato demuestra que el mismo evangelio proclamado en Jerusalén llegaba a personas más allá del centro original de la iglesia.

Esto se convierte en un gran desafío para las congregaciones que han desarrollado fuertes relaciones internas. Podemos sentirnos tan cómodos con las personas que ya conocemos que, sin querer, limitamos nuestra voluntad de alcanzar más allá de esas relaciones. Podemos preferir lugares de culto familiares, expresos culturales familiares y métodos de comunicación familiares. Sin embargo, la misión de Jesucristo nos llama a reconocer que el evangelio no se limita a las personas que ya entienden nuestras tradiciones.

Para una iglesia multicultural, esta responsabilidad es especialmente importante. Debemos reconocer el valor de comunicar la verdad bíblica en idiomas que la gente entiende y crear oportunidades para relaciones significativas a través de las diferencias culturales. La traducción, el discipulado y la comunicación cultural sensibles pueden convertirse en expresiones prácticas de nuestro compromiso con la Gran Comisión.

También debemos estar dispuestos a llegar a personas de diferentes orígenes espirituales. Algunos pueden haber crecido en otras tradiciones cristianas, mientras que otros pueden poseer poco conocimiento de las Escrituras. Algunos pueden haber experimentado decepción o maltrato dentro de comunidades religiosas. Otros pueden ser escépticos porque nunca han encontrado un ejemplo convincente de amor cristiano. Estas diferencias deberían motivarnos a comunicarnos con paciencia en lugar de confrontarnos innecesariamente.

Una iglesia que da a luz debe aprender a proclamar el evangelio inmutable a través de relaciones y métodos que permitan a la gente entender su significado. El objetivo no es hacer a todas las personas culturalmente idénticas. Es ayudar a las personas a conocer a Jesucristo y a establecerse en la verdad bíblica.

9.6 El Evangelio debe ser oído antes de ser creído

El apóstol Pablo enfatizó la importancia del anuncio del evangelio en su carta a los romanos. En el Romanos 10, explicó la necesidad de la fe y la relación entre escuchar el mensaje de Cristo y responder a él. Su argumento demuestra que la iglesia tiene la responsabilidad de comunicar el evangelio porque la gente no puede responder a un mensaje que nunca han oído.

Romanos 10:13-15 (RVR1960)

> *porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo.*
>
> *¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique?*
>
> *¿Y cómo predicarán si no fueren enviados? Como está escrito: ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas!*

El razonamiento de Pablo establece una progresión que conecta la proclamación del evangelio con la oportunidad de fe. La gente debe escuchar el mensaje acerca de Jesucristo para responderle. La responsabilidad de comunicar ese mensaje pertenece a la iglesia, a la que se le ha confiado el ministerio de la reconciliación.

Este pasaje nos desafía a examinar si nos hemos vuelto más cómodos para discutir las actividades de la iglesia que para comunicar el propio evangelio. Podemos invitar a la gente a eventos especiales, animarlos a asistir a las reuniones religiosas o describir las buenas relaciones que hay en nuestra congregación. Estas invitaciones pueden ser valiosas, pero en última instancia deberían crear oportunidades para que la gente escuche la verdad acerca de Jesucristo.

El evangelio no es simplemente una invitación a experimentar una comunidad de apoyo. Es el anuncio de que Jesucristo murió por nuestros pecados, fue enterrado y resucitó según las Escrituras. Declara que la salvación se encuentra en Él y llama a las personas a responder a través del arrepentimiento y la fe. En la predicación apostólica de Hechos, esta respuesta incluye el bautismo en el nombre de Jesucristo y la promesa del Espíritu Santo.

Por lo tanto, debemos desarrollar confianza en comunicar la verdad bíblica. Algunos creyentes dudan en compartir su fe porque temen que se les haga preguntas a las que no puedan responder. Otros pueden pensar que para evangelizar se requiere una personalidad particular o un nivel de formación teológica. Sin embargo, la responsabilidad de dar testimonio comienza con la voluntad de hablar con verdad acerca de Jesucristo y la diferencia que Su gracia ha hecho en nuestras vidas.

Esto no elimina la importancia de la preparación bíblica. Debemos estudiar las Escrituras, aprender a explicar doctrinas fundamentales y buscar sabiduría con respecto a preguntas difíciles. Pero debemos resistir la suposición de que necesitamos un conocimiento perfecto antes de poder participar en la evangelización. La iglesia se fortalece cuando los creyentes desarrollan humildad respecto a lo que aún no entienden y confianza en la verdad que han recibido.

Para nuestras familias, este principio nos da la oportunidad de cultivar una cultura de testimonio. Podemos enseñar a nuestros hijos a hablar con respeto sobre su fe, responder preguntas con paciencia y demostrar carácter cristiano a través de sus relaciones. Podemos ayudarlos a entender que compartir el evangelio no es ganar discusiones o demostrar superioridad personal. Se trata de comunicar la esperanza que se encuentra en Jesucristo.

Para Tampa Life Church, esto significa que el discipulado debe equipar a los creyentes no sólo para entender el evangelio personalmente, sino también para comunicarlo a otros. Los estudios bíblicos, la capacitación en el ministerio y las oportunidades de servir deben fortalecer nuestra capacidad de explicar las Escrituras con claridad y amor. Una congregación madura espiritualmente debe ser cada vez más capaz de participar en la evangelización en lugar de depender exclusivamente de la predicación que se produce durante los servicios programados.

9.7 Nuestro testimonio debe ser respaldado por nuestra conducta

Uno de los mayores desafíos en la evangelización es mantener la coherencia entre el mensaje que proclamamos y la vida que vivimos. Podemos comunicar la verdad bíblica con exactitud, pero si nuestra conducta contradice continuamente esa verdad, nuestro testimonio puede debilitarse. La gente observa cómo tratamos a los demás, cómo respondemos a los conflictos, cómo manejamos las responsabilidades y cómo demostramos nuestra integridad en circunstancias normales. Por lo tanto, nuestro testimonio se ve influenciado no sólo por lo que decimos acerca de Jesucristo, sino también por si nuestra vida refleja su carácter.

Jesús abordó esta responsabilidad en Mateo 5 Cuando describió a sus seguidores como la luz del mundo. Él les instruyó que dejaran brillar su luz ante otros para que sus buenas obras dirigieran la atención hacia la gloria del Padre. El énfasis no estaba en buscar el reconocimiento de la justicia personal, sino en vivir de una manera que revele el carácter y la bondad de Dios.

Este principio se vuelve especialmente importante porque muchas personas se encuentran primero con el cristianismo a través de sus relaciones con los creyentes. Es posible que un compañero de trabajo no asista a nuestra iglesia, pero observa cómo reaccionamos cuando las responsabilidades se vuelven estresantes. Es posible que un vecino nunca escuche un sermón, pero notará si demostramos bondad e integridad. Nuestros hijos pueden escuchar enseñanzas bíblicas durante los servicios, pero también observan si esos principios influyen en nuestra conducta en el hogar.

Un testimonio cristiano consistente requiere humildad porque ninguno de nosotros vive sin errores. Es posible que hablemos impacientemente, tomemos malas decisiones o no demuestremos la compasión que declaramos. Cuando esto sucede, nuestra responsabilidad no es defender cada acción o fingir que no hemos hecho nada malo. Debemos reconocer nuestros errores, pedir perdón cuando sea necesario y mostrar genuino arrepentimiento. En muchas situaciones, la humildad y la rendición de cuentas pueden comunicar la obra transformadora de la gracia de Dios más claramente que un intento de mantener una apariencia de perfección.

El apóstol Pedro animó a los creyentes a mantener una conducta honorable entre los que no comparten su fe. Su instrucción en 1 Pedro 2:12 hizo hincapié en que sus buenas obras podían ser un testimonio para otros. El pasaje nos recuerda que el testimonio cristiano incluye la expresión visible de los valores bíblicos a través de la conducta ordinaria.

Para nuestras familias, esto significa que la evangelización comienza con la consistencia de nuestras relaciones diarias. No podemos esperar que nuestros hijos entiendan la importancia del perdón si constantemente observan amargura y hostilidad en el hogar. No podemos enseñar la generosidad con eficacia y mostrar indiferencia a las necesidades de los demás. No podemos animar a la oración mientras tratamos la dependencia de Dios como innecesaria en nuestras propias decisiones. Los valores espirituales que deseamos comunicar deben hacerse visibles a través de nuestra conducta.

Para la iglesia, el mismo principio se aplica colectivamente. Los visitantes y los nuevos creyentes observan cómo nos tratamos unos a otros. Observan si los dirigentes del ministerio demuestran humildad, si los desacuerdos son tratados con respeto y si las personas que están luchando reciben compasión. La cultura de la congregación se convierte en parte de su testimonio.

Por lo tanto, una iglesia que da a luz debe reconocer que la evangelización no se limita a una difusión organizada. Nuestra conducta, nuestras relaciones y nuestras decisiones diarias pueden fortalecer o debilitar la credibilidad del mensaje que proclamamos.

9.8 La multiplicación espiritual debe llegar a nuestros hijos y a las generaciones futuras

La misión de una iglesia que se multiplica no se puede entender exclusivamente a través de las personas que esperamos llegar fuera de la congregación. También debe incluir la responsabilidad de nutrir a las generaciones que ya crecen entre nosotros. Los niños y los jóvenes no son simplemente futuros participantes en la iglesia. Son personas que necesitan una relación personal con Jesucristo y oportunidades para desarrollar convicciones bíblicas que guiarán sus vidas.

La instrucción dada a Israel en Deuteronomio 6 enfatizó la responsabilidad de enseñar diligentemente los mandamientos de Dios a la siguiente generación. La Palabra debía formar parte de la conversación diaria, la vida familiar y las actividades ordinarias de la familia. Este principio nos recuerda que la formación espiritual requiere más que una exposición ocasional a la instrucción religiosa.

Para nuestros hijos, la iglesia debe convertirse en un entorno donde se enseñe claramente la verdad bíblica y donde puedan desarrollar relaciones significativas con creyentes maduros. Necesitan oportunidades para hacer preguntas, expresar sus preocupaciones y examinar la relación entre las Escrituras y los desafíos que enfrentan. Debemos animarlos a desarrollar costumbres personales de oración y estudio bíblico en lugar de depender exclusivamente de las rutinas espirituales de sus padres.

A medida que los jóvenes maduran, se encontrarán con ideas y valores que desafían las convicciones que han aprendido. Algunos pueden luchar con preguntas acerca de su identidad, relaciones, sufrimiento o la fiabilidad de las Escrituras. Otros pueden experimentar presiones para conformarse con las expectativas culturales que están en conflicto con las enseñanzas bíblicas. Debemos responder a estos desafíos con verdad y paciencia, reconociendo que la madurez espiritual se desarrolla mediante el entendimiento y la convicción personal en lugar de sólo el miedo.

Esta responsabilidad se extiende también al desarrollo de los jóvenes líderes. Debemos crear oportunidades para que los jóvenes creyentes sirvan de acuerdo a su madurez y habilidades. Pueden participar en la hospitalidad, la adoración, la oración, la predicación y otras áreas del ministerio bajo la guía apropiada. A medida que adquieren experiencia, pueden comenzar a reconocer el valor de servir a los demás y la importancia de rendir cuentas.

El apóstol Pablo animó a Timoteo a no dejar que su juventud se convirtiera en una razón para que otros lo despreciaran, sino que se convirtiera en un ejemplo en el habla, la conducta, el amor, la fe y la pureza. Esta instrucción nos recuerda que la influencia espiritual está relacionada con el carácter y no solo con la edad. Los jóvenes creyentes pueden convertirse en ejemplos significativos cuando se basan en la verdad bíblica y se apoyan mediante relaciones saludables.

Para Tampa Life Church, la inversión en las generaciones futuras debe permanecer central para la visión de la multiplicación espiritual. Una congregación puede experimentar un crecimiento significativo durante una temporada, pero si descuida el desarrollo espiritual de los niños y jóvenes, su salud a largo plazo puede volverse vulnerable. La responsabilidad de ser discípulos requiere que pensemos más allá de nuestros logros inmediatos y consideremos a las personas que llevarán el evangelio en el futuro.

Una iglesia que da a luz debe convertirse en una iglesia de generación, comprometida a nutrir la vida espiritual en aquellos que continuarán la misión mucho después de que nuestras responsabilidades actuales cambien.

9.9 Una Iglesia multicultural refleja el alcance global del Evangelio

Una de las más bellas expresiones de la misión de la iglesia es la reunión de creyentes de diferentes naciones, idiomas y orígenes culturales alrededor de la persona de Jesucristo. El Nuevo Testamento revela que el evangelio nunca tuvo la intención de limitarse a una comunidad étnica o nacional. A través del ministerio de los apóstoles y la expansión de la iglesia primitiva, personas de diferentes orígenes comenzaron a responder al mismo mensaje de salvación.

El libro de Apocalipsis ofrece una imagen notable del alcance final de la obra redentora de Dios.

Apocalipsis 7:9-10 (RVR1960)

> *Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos;*
>
> *y clamaban a gran voz, diciendo: La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero.*

Esta visión revela una multitud reunida para adorar a Dios y al Cordero, representando las naciones y pueblos de la Tierra. Se hace hincapié en el alcance universal de la salvación y en la gloria de Dios revelada a través de los redimidos. El pasaje no sugiere que la identidad cultural se convierta en la base de la salvación. Más bien, demuestra que la obra salvadora de Jesucristo se extiende a través de las divisiones que distinguen a las comunidades humanas.

Para una congregación multicultural, esta visión debería inspirar tanto gratitud como responsabilidad. Tenemos oportunidades de adorar junto a creyentes que hablan idiomas, tienen tradiciones y viven experiencias diferentes a las nuestras. Estas relaciones pueden ampliar nuestra comprensión del cuerpo de Cristo y desafiar las suposiciones que podemos haber desarrollado a través de la limitada experiencia cultural.

Sin embargo, el ministerio multicultural requiere un esfuerzo intencional. Las barreras lingüísticas pueden crear dificultades en la comunicación. Las diferencias culturales pueden influir en las expectativas sobre liderazgo, hospitalidad, relaciones familiares y adoración. Las personas que no conocen el idioma dominante de una congregación pueden tener dificultades para desarrollar relaciones significativas si no hay apoyo adecuado disponible. Estos desafíos requieren paciencia, sabiduría y disposición a cooperar.

Por lo tanto, debemos reconocer que el ministerio multicultural implica más que traducir anuncios o prestar servicios separados. Requiere desarrollar líderes, fortalecer relaciones y crear oportunidades para que creyentes de diferentes orígenes participen de manera significativa en la vida de la iglesia. El objetivo no es borrar las diferencias culturales, sino cultivar la unidad basada en Jesucristo y en la verdad de Su Palabra.

Este principio también nos impone examinar nuestra actitud hacia personas que son diferentes a nosotros. Podemos, sin querer, suponer que nuestras expresiones culturales representan la única forma apropiada de comunicar la fe cristiana. Sin embargo, las Escrituras demuestran que el evangelio puede ser

proclamado entre diversas comunidades sin requerir que cada creyente adopte las mismas costumbres culturales. Debemos permanecer fieles a la doctrina bíblica mientras ejercemos sabiduría con respecto a métodos y tradiciones que no son esenciales para el evangelio.

Para Tampa Life Church La oportunidad de servir a las comunidades de habla española, portuguesa, china, francesa e inglesa puede convertirse en una expresión significativa de la Gran Comisión. Estos ministerios no deben considerarse simplemente como departamentos separados que compiten por la atención. Son oportunidades para que el mismo evangelio llegue a las personas a través de idiomas y relaciones que puedan entender.

Por lo tanto, una iglesia que da a luz debe convertirse en una iglesia cuya visión refleja el alcance global del evangelio. Debemos celebrar la diversidad de los que adoran con nosotros mientras permanecemos unidos en nuestro compromiso con Jesucristo, la doctrina apostólica y la misión de hacer discípulos.

9.10 Cada creyente participa en la misión de reconciliación

El apóstol Pablo describe la responsabilidad del testimonio cristiano mediante el lenguaje de la reconciliación. En el 2 Corintios 5, explica que los que pertenecen a Jesucristo han experimentado la obra transformadora de Dios y se les ha confiado el mensaje de la reconciliación a través de Él.

2 Corintios 5:17-20 (RVR1960)

> *De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.*
>
> *Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación;*
>
> *que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación.*
>
> *Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios.*

La enseñanza de Pablo revela que el evangelio se ocupa fundamentalmente de restaurar la relación entre la humanidad y Dios a través de Jesucristo. La iglesia ha sido encargada de comunicar este mensaje. Nuestra responsabilidad no es crear salvación por medio de nuestros propios esfuerzos, sino anunciar la obra salvadora de Cristo e invitar a la gente a responder.

El lenguaje de los embajadores es particularmente significativo porque un embajador representa los intereses y el mensaje de otro. No tenemos autoridad para redefinir el evangelio de acuerdo a nuestras preferencias. Estamos llamados a representar fielmente a Jesucristo por medio de nuestras palabras y conducta.

Esta responsabilidad se extiende más allá de las posiciones formales de ministerio. Un creyente que ha experimentado la gracia de Dios puede convertirse en testigo a través del testimonio personal, las relaciones y el servicio. Es posible que no todos poseamos las mismas capacidades o oportunidades, pero podemos participar en la misión de acuerdo a las responsabilidades que se nos han confiado.

Algunos pueden comunicar el evangelio mediante la predicación o la enseñanza. Otros pueden desarrollar relaciones con compañeros de trabajo o vecinos que buscan orientación espiritual. Algunos pueden ofrecer hospitalidad a familias que no están familiarizadas con la vida de la iglesia. Otros pueden apoyar la obra misionera mediante la oración, la generosidad o la ayuda práctica. Estas contribuciones son diferentes, pero participan en la misma misión.

También debemos reconocer que la reconciliación con Dios debe influir en nuestras relaciones entre nosotros. Una iglesia que proclama el mensaje de reconciliación mientras continúa cultivando división socava la credibilidad de su testimonio. Debemos buscar la paz, practicar el perdón y demostrar la humildad necesaria para tener relaciones sanas. Nuestra conducta debe reflejar la gracia que hemos recibido.

Para nuestras familias, este principio nos desafía a ser ejemplos de reconciliación en nuestros hogares. Debemos aprender a reconocer nuestros errores, buscar perdón y restaurar relaciones cuando sea necesario. Nuestros hijos deben observar que el evangelio influye en la forma en que reaccionamos ante conflictos y decepciones. Estas prácticas ayudan a demostrar que el cristianismo no es simplemente una colección de creencias, sino una forma de vida transformada.

Por lo tanto, una iglesia que da a luz debe entender que cada creyente posee oportunidades para participar en la misión de reconciliación. No debemos esperar un título formal antes de reconocer nuestra responsabilidad de comunicar el amor y la verdad de Jesucristo.

9.11 La misión debe seguir siendo más grande que nuestro consuelo

Mientras consideramos la responsabilidad externa de una iglesia que da a luz, debemos reconocer que la evangelización y la multiplicación espiritual a veces requerirán que pasemos más allá de las rutinas familiares. Es posible que tengamos que desarrollar relaciones con personas que tienen experiencias diferentes a las nuestras. Es posible que tengamos que aprender nuevos métodos de comunicación o participar en ministerios que desafíen nuestras preferencias existentes. Podemos encontrar preguntas que requieren un estudio bíblico más profundo o circunstancias que requieren más paciencia y compasión.

Estos desafíos no deben sorprendernos porque la misión de Jesucristo siempre ha requerido que Sus seguidores vean más allá de sí mismos. Los primeros discípulos fueron llamados a abandonar ambientes familiares, a anunciar el evangelio en medio de la oposición y a desarrollar comunidades de fe entre personas de diferentes orígenes. Sus experiencias demuestran que la multiplicación espiritual no es simplemente el resultado de circunstancias cómodas. A menudo requiere sacrificio, perseverancia y disposición a permanecer fieles cuando la misión se vuelve exigente.

Sin embargo, debemos recordar que nuestra voluntad de servir no es el fundamento de la salvación. No ganamos la gracia de Dios por el número de personas a las que llegamos o por la cantidad de actividad de

ministerio que realizamos. Nuestro servicio es una respuesta a la gracia que hemos recibido por medio de Jesucristo. Participamos en su misión porque lo amamos y reconocemos el valor de las personas a las que nos ha llamado a llegar.

Esta distinción nos protege de convertir la evangelización en una competencia o una medida de superioridad espiritual personal. Algunos creyentes poseen oportunidades para llegar a un gran número de personas, mientras que otros influyen en un círculo más pequeño a través de relaciones consistentes. Algunos pueden servir en público, mientras que otros contribuyen en silencio mediante oración, hospitalidad o ayuda práctica. El valor del servicio fiel no puede medirse exclusivamente por la visibilidad.

Para Tampa Life Church, esto significa que nuestra visión de la multiplicación espiritual debería fomentar la participación en lugar de crear presión insalubre. Debemos preparar a los creyentes para compartir su fe, desarrollar oportunidades de predicar y cultivar relaciones más allá de la congregación. Pero también debemos reconocer que los diferentes miembros poseen diferentes capacidades y responsabilidades. Una iglesia sana alienta a todos a participar de manera significativa sin tratar cada expresión de servicio como idéntica.

También debemos estar dispuestos a evaluar si nuestras prácticas existentes nos ayudan a cumplir la misión. Si es difícil para los recién llegados entender nuestra comunicación, debemos considerar cómo hacerlo más claro. Si las personas de diferentes idiomas tienen dificultades para participar, debemos buscar el apoyo adecuado. Si los nuevos creyentes tienen dificultades para desarrollar relaciones, debemos fortalecer las oportunidades de compañerismo. Si nuestros esfuerzos de predicación no se relacionan con seguir siendo discípulos, debemos reconsiderar cómo ayudamos a las personas a avanzar desde el contacto inicial hacia la madurez espiritual.

La misión debe seguir siendo mayor que nuestro consuelo porque la gente a la que Jesús nos ha llamado es más importante que preservar cada rutina familiar.

Sección 9 Conclusión: La Iglesia nació para llevar adelante el Evangelio

El mensaje de LA IGLESIA QUE DA A LUZ nos desafía a entender la multiplicación espiritual como una misión que va más allá de los límites de nuestra congregación existente. La iglesia no se estableció simplemente para proporcionar un lugar donde los creyentes pudieran reunirse y disfrutar de experiencias espirituales. Jesucristo encargó a sus seguidores anunciar el evangelio, hacer discípulos y llevar su mensaje a las naciones. El poder del Espíritu Santo fue dado para equipar a la iglesia para esta responsabilidad, y el libro de Hechos demuestra cómo esa misión comenzó a extenderse más allá de Jerusalén a las regiones circundantes y finalmente a través del mundo en general.

Para nuestras familias, este llamado nos recuerda que la influencia espiritual comienza a través de las relaciones ordinarias. Debemos cultivar hogares donde la verdad bíblica se practique constantemente y donde nuestros hijos aprendan a entender y comunicar su fe. Debemos mostrar compasión hacia nuestros vecinos, compañeros de trabajo y amigos, reconociendo que nuestra conducta puede ser parte de nuestro testimonio. El evangelio debe influir no sólo en lo que creemos durante los servicios de la iglesia, sino también en cómo vivimos durante toda la semana.

Para Tampa Life Church La responsabilidad es desarrollar una visión que incluya tanto a los que ya están entre nosotros como a los que aún no se han alcanzado. Debemos continuar fortaleciendo el discipulado, preparando líderes y fomentando el crecimiento espiritual de nuestra congregación. Pero estas responsabilidades deben prepararnos para alcanzar lo exterior en lugar de convertirse en una excusa para permanecer centrados en lo interior. Una iglesia sana desarrolla creyentes maduros que son cada vez más capaces de ayudar a otros a encontrar a Jesucristo.

Nuestra identidad multicultural ofrece oportunidades para comunicar el evangelio a través de lenguas y antecedentes culturales. Debemos usar esas oportunidades con humildad, sabiduría y cooperación intencional. Debemos reconocer que cada persona que entra en nuestra comunidad posee valor y que la misión de Jesucristo se extiende más allá de las preferencias y tradiciones de cualquier comunidad.

Sobre todo, debemos seguir dependiendo del Espíritu Santo. Podemos desarrollar métodos eficaces de predicación, establecer relaciones significativas y comunicar claramente las Escrituras, pero la verdadera vida espiritual viene a través de la obra de Dios. Nuestra responsabilidad es anunciar fielmente el evangelio, demostrar el amor de Cristo y proporcionar oportunidades para continuar siendo discípulos.

Una iglesia naciente nunca debe estar tan satisfecha con la vida espiritual ya dentro de sus muros que se olvida de la gente a la que Jesús la ha llamado para alcanzar más allá de ellos.

El propósito de la multiplicación espiritual no es simplemente llenar un santuario. Es extender la influencia del evangelio a hogares, barrios, comunidades y generaciones futuras. Cada nuevo creyente representa una vida que importa a Dios. Cada discípulo maduro tiene oportunidades de animar a otros. Cada familia fortalecida a través de la Palabra se convierte en parte de un testimonio más amplio sobre el poder transformador de Jesucristo.

A medida que nos acercamos a la sección final de este estudio, debemos reunir estos principios. Hemos examinado la Palabra que precede a la formación, la visita que despierta la expectativa, el pacto que produce obediencia, el tiempo de espera que desarrolla madurez, las influencias espirituales que deben guardarse, la responsabilidad de multiplicar, la presión asociada con la transición, y el cuidado continuo requerido después del nacimiento espiritual.

La pregunta restante es profundamente personal y colectiva: ¿Qué clase de iglesia nos estamos convirtiendo a medida que respondemos a este mensaje? ¿Simplemente nos inspira la posibilidad de multiplicarnos espiritualmente, o estamos dispuestos a asumir las responsabilidades necesarias para ser discípulos fieles? ¿Estamos preparando nuestros hogares y ministerios para recibir nueva vida? ¿Estamos cultivando la unidad, la santidad, la compasión y el entendimiento bíblico necesarios para mantener una comunidad espiritual sana?

Estas preguntas nos llevan al desafío final de LA IGLESIA QUE DA A LUZ: convertirse en una congregación que no sólo habla de la fecundidad espiritual, sino que demuestra su compromiso mediante la obediencia continua a Jesucristo.

PARTE 10

10

Llegar a ser la iglesia que da a luz: de la expectativa espiritual a un legado duradero



Cuando la Palabra de Dios se convierte en nuestra convicción, su misión se convierte en nuestra responsabilidad, y la multiplicación espiritual se convierte en un legado que llega más allá de nuestra generación

Pasajes fundamentales: Jeremías 1:4-5; Lucas 1:38; Juan 15:5-8; Hechos 2:42-47; Efesios 3:20-21; Philippians 1:6; 2 Timoteo 2:2

10.1 La pregunta más importante no es lo que hará Dios, sino quiénes somos

A lo largo de este estudio, hemos explorado las poderosas imágenes espirituales presentadas en pastor Vinny Azzolini El mensaje, LA IGLESIA QUE DA A LUZ. Comenzamos examinando la Palabra de Dios que precede a la formación, la visita divina que despierta la expectativa, y el pacto de fe que produce obediencia. Examinamos las temporadas de espera durante las cuales se desarrolla madurez espiritual, la importancia de proteger nuestros corazones y relaciones, y la responsabilidad de prepararse para la multiplicación espiritual. Consideramos la incomodidad que puede acompañar las temporadas de transición, la necesidad de nutrir a los nuevos creyentes después del nacimiento espiritual, y el llamado a llevar el evangelio más allá de los límites de nuestra congregación existente. Cada uno de estos principios nos ha llevado a una pregunta que ahora debe ser central para nuestra respuesta: ¿Qué tipo de personas nos estamos convirtiendo mientras buscamos participar en la obra de Dios?

Es posible sentirse profundamente entusiasmados por lo que creemos que Dios puede lograr sin prestar suficiente atención al carácter y las responsabilidades requeridas de los que participarán en esa obra. Podemos orar para que nos revitalicen, que nos multipliquen espiritualmente y para que nos ofrezcan nuevas oportunidades para el ministerio, pero sin dejar de tratar las actitudes que debilitan nuestras relaciones. Es posible que deseemos ver a nuestros hijos desarrollar fuertes convicciones espirituales mientras descuidamos la coherencia de nuestro propio ejemplo. Podemos celebrar la posibilidad de que nuevos creyentes entren a la iglesia sin dejar de querer ajustar las rutinas familiares o invertir tiempo en el discipulado. En estas situaciones, podemos esperar sinceramente, pero nuestra preparación sigue siendo incompleta.

Es por ello que el mensaje de LA IGLESIA QUE DA A LUZ debe ser más que una ilustración inspiradora sobre el embarazo y el parto. Su mayor valor está en desafiarnos a examinar nuestra disposición a aceptar las responsabilidades asociadas con la vida espiritual. La iglesia no está llamada a meramente anticiparse a momentos extraordinarios. Estamos llamados a convertirnos en una comunidad formada por la Palabra de Dios, fortalecida por el Espíritu Santo, y comprometida con la misión de Jesucristo. La evidencia de la madurez espiritual no es simplemente la intensidad de nuestras expectativas, sino la coherencia de nuestra obediencia.

A través de la Escritura, Dios muestra preocupación no sólo por lo que su pueblo logra, sino también por el carácter que desarrollan a través de su relación con Él. Los profetas se enfrentaron repetidamente a actividades religiosas que se habían separado de la justicia, la misericordia y la verdadera devoción. Jesús desafió a aquellos que poseían un amplio conocimiento religioso pero que descuidaban los asuntos más importantes de la ley. Los apóstoles instruyeron a los creyentes a perseguir la santidad, el amor, la humildad y la unidad como expresiones esenciales de su nueva vida en Cristo. Estas enseñanzas nos recuerdan que la actividad espiritual no puede reemplazar la transformación espiritual.

Para nuestras familias, esto significa que la visión de una iglesia que da a luz debe comenzar con la forma en que vivimos fuera del santuario. Es posible que deseemos que nuestros hijos se conviertan en creyentes fieles, pero necesitan observar la fidelidad en nuestra conducta diaria. Podemos orar por la restauración de nuestros hogares, pero también debemos estar dispuestos a practicar el perdón,

comunicarnos con honestidad y abordar patrones poco saludables. Es posible que deseemos tener más influencia espiritual, pero esa influencia debe ser apoyada por la integridad, la humildad y la compasión genuina.

Para Tampa Life Church, el reto es colectivo. Debemos convertirnos en algo más que una congregación que disfruta de una poderosa predicación y una adoración significativa. Debemos convertirnos en una familia espiritual donde la verdad bíblica moldea las relaciones, donde creyentes maduros invierten en otros, donde el liderazgo se ejerce con humildad, y donde la misión de llegar a la gente sigue siendo central a nuestra identidad.

Por lo tanto, la pregunta más importante no es simplemente si esperamos que Dios produzca algo nuevo. Es si estamos permitiendo que Su Palabra y Su Espíritu nos transformen en personas que puedan servir fielmente los propósitos que Él ha confiado a Su iglesia.

10.2 De una palabra recibida a una vida de obediencia

Al principio de este estudio, examinamos Jeremías 1:4-5 y el significado de la Palabra de Dios antes de la formación del profeta. Examinamos cómo el Señor conoció a Jeremías antes de su nacimiento y lo designó para una responsabilidad profética particular. Este pasaje estableció un fundamento importante sobre la iniciativa y el propósito divinos, mientras que también nos recuerda que la llamada específica de Jeremías no debe convertirse en una promesa universal de que cada ambición personal representa una asignación predeterminada por Dios.

El principio que sigue siendo esencial es que nuestra vida espiritual debe comenzar con la autoridad de la Palabra de Dios en lugar de con la intensidad de nuestros deseos personales. No establecemos la misión de la iglesia a través de la imaginación o el entusiasmo solo. Jesucristo ya ha revelado a través de las Escrituras las responsabilidades de sus seguidores. Estamos llamados a arrepentirnos, a creer en el evangelio, a perseguir la santidad, a amarnos unos a otros, a hacer discípulos y a permanecer fieles a Sus mandamientos. Estas instrucciones proporcionan un fundamento que no depende de las circunstancias cambiantes de nuestras vidas.

El ejemplo de María en Lucas 1 El Consejo de Ministros de la Unión Europea ha adoptado una propuesta de resolución en el sentido de que el Consejo de Ministros de las Comunidades Europeas, en su calidad de Consejo de Ministros de las Comunidades Europeas, debe tener en cuenta la situación actual. Cuando el ángel Gabriel anunció que concebiría y daría a luz a Jesús, María respondió con humildad y sumisión a la Palabra que había recibido.

Lucas 1:38 (RVR1960)

> *Entonces María dijo: He aquí la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra. Y el ángel se fue de su presencia.*

La respuesta de María estaba relacionada con un acontecimiento único en la historia redentora: la encarnación de Jesucristo. Su experiencia no puede reproducirse como un patrón general en el que cada creyente recibe un anuncio comparable con respecto a una promesa personal. Sin embargo, su voluntad

de someterse a la Palabra de Dios proporciona un ejemplo significativo de fe expresada a través de la obediencia.

A lo largo de nuestra vida espiritual, nos encontraremos con momentos en los que las Escrituras cuestionan nuestras preferencias. Es posible que se nos instruya a perdonar a alguien cuando se siente más fácil el resentimiento. Podemos ser llamados a servir fielmente cuando el reconocimiento es limitado. Es posible que tengamos que abandonar hábitos contrarios a la santidad bíblica o cambiar las prioridades que poco a poco han cambiado nuestra relación con Dios. En estas situaciones, el acuerdo con la Palabra debe ser visible a través de la conducta.

Aquí es donde la expectativa espiritual se vuelve espiritualmente significativa. Podemos hablar de creer en Dios para nuestras familias, pero la fe debe influir en la forma en que nos tratamos unos a otros. Podemos declarar nuestro deseo de una iglesia sana, pero ese deseo debe influir en nuestra comunicación y participación. Podemos orar por ser discípulos y por multiplicarse espiritualmente, pero esas oraciones deben animarnos a estar disponibles para enseñar, recibir huéspedes, guiar y servir.

Santiago 1:22 desafía a los creyentes a ser obreros de la Palabra en lugar de sólo oyentes. El pasaje nos recuerda que recibir instrucciones bíblicas sin aplicarlas puede producir una falsa sensación de madurez espiritual. Podemos familiarizarnos con los sermones, las doctrinas y el lenguaje religioso mientras nos mantenemos resistentes a las exigencias prácticas de obediencia.

Por lo tanto, una iglesia que da a luz debe convertirse en una iglesia en la que la Palabra de Dios no es simplemente admirada sino obedecida. Debemos acercarnos a la Escritura con humildad, dejándola corregir nuestras actitudes, fortalecer nuestras convicciones y dirigir nuestras responsabilidades. El cambio que deseamos dentro de la congregación debe comenzar con nuestra voluntad de responder personalmente a la verdad que hemos recibido.

10.3 La fecundidad espiritual comienza con permanecer en Jesucristo

Uno de los mayores peligros asociados con una visión de multiplicación espiritual es la posibilidad de que nos centramos tanto en los resultados visibles que descuidamos la relación de la que fluye la verdadera vida espiritual. Podemos estar ocupados con la elaboración de programas, la expansión de los ministerios, el aumento de la asistencia y la organización de responsabilidades. Estas actividades pueden servir a propósitos importantes, pero no pueden sustituir una relación viva con Jesucristo. La iglesia no es sostenida solo por la organización humana, y la transformación espiritual no puede producirse a través de la excelencia administrativa.

Jesús abordó el fundamento de la fecundidad en Juan 15.

Juan 15:5 (RVR1960)

> *Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, este lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer.*

La imagen de la vid y las ramas establece la relación entre la dependencia y la fecundidad. Una rama no puede mantener la vida independientemente de la vid. Su capacidad para dar fruto depende de

mantenerse conectado con la fuente de su nutrición. Jesús usó esta ilustración para enseñar a sus discípulos que la fecundidad espiritual verdadera requiere una relación duradera con Él.

Este principio debe influir en todos los aspectos de nuestra comprensión de LA IGLESIA QUE DA A LUZ. Podemos prepararnos para la multiplicación espiritual, desarrollar líderes, fortalecer el discipulado y crear oportunidades para la predicación, pero ninguna de estas responsabilidades puede reemplazar el poder transformador de Jesucristo. Nuestros esfuerzos deben seguir siendo expresiones de obediencia y dependencia en lugar de tratar de producir vida espiritual mediante la capacidad humana sola.

Permanecer en Cristo implica más que actividades religiosas ocasionales. Requiere una relación continua en la que Su Palabra forme nuestro pensamiento, Sus mandamientos guíen nuestra conducta, y Su presencia sigue siendo el centro de nuestras prioridades. La oración se convierte en una expresión de dependencia de Él. La Escritura se convierte en el fundamento a través del cual se renueva nuestra comprensión. La adoración dirige nuestra atención a Su grandeza y fidelidad. La obediencia demuestra que nuestra relación con Él influye en nuestra forma de vivir.

Para nuestras familias, permanecer en Cristo significa cultivar hábitos espirituales que van más allá de los servicios de la iglesia programados. Debemos desarrollar oportunidades de oración, conversación bíblica y compañerismo significativo dentro de nuestros hogares. Debemos reconocer que la coherencia espiritual no se establece sólo por momentos ocasionales de entusiasmo. Se desarrolla mediante decisiones repetidas de buscar a Dios y someter nuestras vidas a Su Palabra.

Esto no significa que todas las familias sigan el mismo programa de devoción ni que la madurez espiritual se pueda medir por la duración de una rutina particular de oraciones. Los hogares tienen diferentes responsabilidades y circunstancias. El principio importante es que nuestra relación con Dios debe convertirse en una parte intencional de la vida diaria en lugar de algo limitado al edificio de la iglesia.

Para Tampa Life Church, permanecer en Cristo debe permanecer central para nuestra comprensión de la eficacia del ministerio. Debemos valorar una excelente organización, una planificación reflexiva y una administración responsable, pero nunca debemos permitir que estas prioridades desplacen la oración, la enseñanza bíblica y la dependencia del Espíritu Santo. Una congregación puede llegar a ser impresionante en sus actividades mientras que poco a poco pierde la sensibilidad espiritual necesaria para el auténtico discipulado.

El fruto que Jesús describió no se limita a la expansión numérica. Incluye la evidencia visible de una vida formada por Su presencia y Palabra. El amor, la obediencia, la madurez espiritual y el testimonio fiel son expresiones esenciales de auténtica fecundidad.

Por lo tanto, una iglesia que da a luz debe permanecer conectada con la fuente de la vida espiritual. No podemos nutrir fielmente a otros si descuidamos nuestra propia relación con Cristo, y no podemos producir frutos espirituales duraderos mediante el esfuerzo humano independiente de Él.

10.4 El renacimiento debe convertirse en una cultura, no simplemente en un acontecimiento

Uno de los desafíos más importantes que enfrenta cualquier congregación es aprender a llevar el impacto espiritual de un poderoso servicio a las responsabilidades ordinarias de la vida diaria. Podemos experimentar momentos de extraordinaria adoración, convicción, arrepentimiento y renovación espiritual. Estas experiencias fortalecen nuestra fe y nos recuerdan la presencia y el poder de Dios. Sin embargo, la salud a largo plazo de la iglesia depende de si esos momentos producen cambios continuos en nuestra conducta, relaciones y compromisos.

El libro de Hechos ofrece un ejemplo significativo de este principio. Los acontecimientos de Pentecostés fueron extraordinarios, pero los creyentes no consideraron el derramamiento del Espíritu Santo como la conclusión de su responsabilidad espiritual. Continuaron firmemente en la doctrina apostólica, en la comunión, en la partición del pan y en la oración. Su encuentro con Dios fue el comienzo de una vida compartida formada por el evangelio.

Hechos 2:42 (RVR1960)

> *Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones.*

El significado de este pasaje reside en la relación entre la experiencia espiritual y la devoción continua. Los creyentes habían sido testigos del poder de Dios, pero también reconocieron la importancia de la instrucción continua y la comunidad. Su fe influyó en sus relaciones, generosidad, adoración y conducta diaria. Los acontecimientos extraordinarios de Pentecostés se conectaron con las prácticas ordinarias de la vida cristiana.

Esto proporciona un estándar importante para entender el avivamiento. Debemos dar la bienvenida a los momentos en que la presencia de Dios se mueve poderosamente entre nosotros, pero también debemos considerar si esas experiencias producen madurez espiritual duradera. ¿Están las personas desarrollando un mayor amor por las Escrituras? ¿Están cada vez más intencionadas las familias acerca de la oración y la instrucción bíblica? ¿Están los creyentes practicando el perdón y la humildad? ¿Se están alimentando los nuevos discípulos a través de relaciones significativas? ¿Están los cristianos maduros volviendo más dispuestos a servir a otros?

Estas preguntas no disminuyen el valor de las poderosas experiencias espirituales. En cambio, nos ayudan a reconocer su lugar apropiado dentro de la misión más amplia de la iglesia. El encuentro con Dios debería llevarnos a una mayor devoción y obediencia en lugar de convertirnos en un recuerdo aislado que produce pocos cambios duraderos.

Para nuestras familias, esto significa que la atmósfera espiritual de la adoración del domingo debe influir en la forma en que vivimos durante toda la semana. Podemos dejar un servicio alentado e inspirado, pero esa inspiración debe ser visible en nuestra comunicación, prioridades y relaciones. Si hemos sido condenados en cuanto al perdón, debemos buscar la reconciliación apropiada. Si nos han desafiado a fortalecer nuestra vida de oración, debemos establecer hábitos sostenibles. Si nos han recordado la importancia de hacerse discípulos, debemos considerar cómo podemos animar a otros.

Para Tampa Life Church, el renacimiento debe convertirse en una cultura caracterizada por la verdad bíblica, la oración, la unidad y la misión. No debemos depender de acontecimientos extraordinarios para mantener nuestro compromiso espiritual. La presencia de Dios debe seguir siendo el centro de nuestra adoración, pero nuestra fidelidad debe continuar cuando el servicio termine y se reanuden las responsabilidades ordinarias.

Por lo tanto, una iglesia que da a luz debe convertirse en una iglesia continua. La alegría del nacimiento espiritual debe dar lugar a un compromiso duradero de criar, enseñar, servir y llegar a otros. El renacimiento se vuelve espiritualmente fructífero cuando su influencia se extiende más allá del momento en que se encuentra y comienza a transformar la vida diaria de la congregación.

10.5 Nuestra unidad debe ser lo suficientemente fuerte como para soportar nuestra diversidad

Mientras consideramos el futuro de Tampa Life Church, debemos reconocer que la multiplicación espiritual traerá a personas de diferentes orígenes, experiencias, personalidades y niveles de madurez a la misma familia espiritual. Esta diversidad puede convertirse en una gran fortaleza, pero también introduce responsabilidades que requieren humildad, paciencia y cooperación intencional. Una congregación en crecimiento no puede suponer que la unidad se desarrolle automáticamente simplemente porque las personas asisten a los mismos servicios o comparten las mismas convicciones doctrinales.

El apóstol Pablo enfatizó la importancia de la unidad en Efesios 4.

Efesios 4:2-3 (RVR1960)

> *con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor,^{()}*
>
> *solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz;*

La instrucción de Pablo revela que la unidad requiere un esfuerzo intencional. Los creyentes están llamados a practicar la humildad, la mansedumbre, la paciencia y el amor porque las relaciones inevitablemente implican diferencias y desafíos. La unidad del Espíritu no se crea mediante la eliminación de todos los desacuerdos o la exigencia de que todos los creyentes posean personalidades idénticas. Se conserva mediante un compromiso compartido con Jesucristo y una conducta consistente con Su Palabra.

Esto es especialmente importante en una congregación multicultural. Las diferentes culturas pueden influir en los estilos de comunicación, las expectativas sobre las relaciones y los enfoques en el ministerio. Las personas pueden tener diferentes experiencias con el liderazgo de la iglesia o expresar su adoración de maneras que otros no conocen. Estas diferencias no representan automáticamente problemas espirituales. Pueden convertirse en oportunidades de mayor comprensión cuando los creyentes se acercan unos a otros con humildad y respeto.

Sin embargo, la diversidad también requiere fundamentos bíblicos claros. La iglesia debe permanecer unida en su compromiso con el evangelio y las enseñanzas de las Escrituras. La sensibilidad cultural no debe convertirse en una excusa para el compromiso doctrinal, y la convicción doctrinal no debe

convertirse en una excusa para la rigidez cultural innecesaria. Debemos aprender a distinguir entre los principios bíblicos que no deben cambiar y las preferencias personales que se pueden abordar con flexibilidad.

Para nuestras familias, este principio se vuelve significativo cuando consideramos las relaciones entre generaciones. Los padres y los hijos pueden tener diferentes experiencias y expectativas con respecto a la comunicación, la tecnología y las relaciones sociales. Los creyentes mayores pueden acercarse al ministerio a través de prácticas que les han servido fielmente durante muchos años, mientras que los creyentes más jóvenes pueden reconocer oportunidades para nuevos métodos de comunicación y predicación. Estas diferencias pueden crear tensión cuando las personas se preocupan más por defender sus preferencias que por entenderse mutuamente.

Una iglesia espiritualmente sana debe proporcionar oportunidades para que las generaciones aprendan unas de otras. Los creyentes mayores tienen experiencias que pueden ofrecerles sabiduría, estabilidad y perspectiva. Los creyentes más jóvenes pueden aportar energía, creatividad y familiaridad con las nuevas formas de comunicación. El cuerpo se fortalece cuando estas contribuciones son reconocidas y guiadas por un compromiso compartido con la verdad bíblica.

La unidad también requiere métodos apropiados para resolver los conflictos. No debemos suponer que una iglesia sana nunca experimentará desacuerdos. El Nuevo Testamento mismo registra situaciones en las que los creyentes se enfrentaban a importantes preguntas sobre doctrina, organización y relaciones. La cuestión es cómo se resuelven esos desacuerdos. Debemos cultivar un ambiente en el que las preocupaciones puedan comunicarse con honestidad, donde los líderes sigan siendo responsables, y donde la corrección se persigue con humildad y amor.

Por consiguiente, una iglesia que da a luz debe hacerse intencional para preservar la unidad necesaria para el crecimiento espiritual. No podemos esperar criar a los nuevos creyentes con eficacia si nuestras relaciones se debilitan continuamente por la competencia, la sospecha o el resentimiento no resuelto. La misión de Jesucristo requiere que seamos una familia espiritual capaz de amarnos unos a otros a través de diferencias y desafíos.

10.6 Debemos preparar líderes que lleven la misión más allá de nosotros

Una de las manifestaciones más importantes de madurez espiritual es la voluntad de invertir en personas que eventualmente asumirán las responsabilidades que tenemos actualmente. Este principio desafía la tendencia a medir el liderazgo principalmente a través de la influencia o el reconocimiento personal. Un líder puede poseer habilidades y experiencia considerables, pero si esas cualidades nunca se invierten en otros, el ministerio puede depender de un solo individuo. La auténtica multiplicación espiritual requiere el desarrollo intencional de futuros líderes que puedan seguir sirviendo fielmente a través de generaciones.

El apóstol Pablo entendió esta responsabilidad cuando le ordenó a Timoteo que confiara la enseñanza apostólica a personas fieles que pudieran enseñar a otros.

2 Timoteo 2:2 (RVR1960)

> *Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros.*

El progreso descrito en este versículo demuestra que el discipulado debe extenderse más allá de la relación inmediata entre el maestro y el estudiante. Pablo había instruido a Timoteo, Timoteo debía preparar a otros, y se esperaba que esos individuos fueran capaces de continuar el proceso. El objetivo no era simplemente preservar el conocimiento dentro de un pequeño grupo, sino asegurarse de que la verdad bíblica se comunicara fielmente a las generaciones futuras.

Para Tampa Life Church, este principio debe influir en nuestra comprensión de cada ministerio. No deberíamos simplemente preguntar quién es capaz de cumplir con una responsabilidad hoy en día. También debemos considerar a quiénes nos estamos preparando para servir mañana. Un maestro debe reconocer la importancia de desarrollar a otros maestros. Un líder de ministerio debe crear oportunidades para que los voluntarios fieles adquieran experiencia y madurez. Los creyentes maduros deben estar dispuestos a guiar a los que están empezando su viaje espiritual.

Este proceso requiere paciencia intencional porque el desarrollo del liderazgo no se puede reducir a asignar títulos o responsabilidades. La gente necesita instrucción bíblica, experiencia práctica, comentarios honestos y oportunidades para crecer en el carácter. Deben aprender a comunicarse eficazmente, responder a las críticas, tomar decisiones responsables y servir a los demás con humildad. Algunos pueden desarrollarse rápidamente, mientras que otros requieren tiempo y orientación adicionales.

También debemos reconocer que no todos servirán de la misma manera. El cuerpo de Cristo incluye diferentes dones y responsabilidades, y el desarrollo del liderazgo debe reflejar esas diferencias. Algunos creyentes pueden convertirse en maestros o coordinadores del ministerio, mientras que otros sirven fielmente mediante la hospitalidad, la oración, el apoyo técnico, la administración o el cuidado práctico. El objetivo no es crear líderes idénticos, sino ayudar a cada persona a desarrollar la madurez necesaria para contribuir de manera significativa a la misión.

Este principio es especialmente importante para nuestros hijos y jóvenes. Debemos darles oportunidades de aprender, participar y desarrollar convicciones espirituales mientras reciben la guía adecuada. No debemos suponer que el ministerio significativo comience sólo después de una edad o etapa determinada de la vida. Los jóvenes creyentes pueden ser ejemplos de fidelidad y servicio cuando son alentados y apoyados de manera responsable.

Una iglesia que da a luz debe convertirse en una iglesia que desarrolle padres espirituales. Debemos desear que los que antes eran nuevos creyentes se vuelvan capaces de animar a otros. Debemos celebrar cuando alguien a quien hemos enseñado desarrolla un mayor entendimiento o recibe nuevas oportunidades de servir. Su crecimiento no es una amenaza para nuestro significado. Es evidencia de que la misión continúa.

10.7 El legado de nuestras familias se construye mediante la fidelidad diaria

Cuando hablamos de dejar un legado espiritual, podemos imaginar logros extraordinarios, ministerios influyentes o momentos importantes que las generaciones futuras recordarán. Sin embargo, las Escrituras demuestran repetidamente que la fidelidad se expresa a menudo a través de responsabilidades ordinarias que se llevan a cabo de manera consistente a lo largo del tiempo. La influencia espiritual de una familia puede desarrollarse a través de la oración diaria, la comunicación honesta, la instrucción bíblica y el ejemplo de los padres que buscan seguir a Jesucristo en circunstancias felices y difíciles.

El apóstol Pablo reconoció la influencia de la familia de Timoteo cuando se refirió a la fe sincera de su abuela Loís y de su madre Eunice.

2 Timoteo 1:5 (RVR1960)

> *trayendo a la memoria la fe no fingida que hay en ti, la cual habitó primero en tu abuela Loida, y en tu madre Eunice, y estoy seguro que en ti también.*

Las palabras de Pablo revelan el significado de la influencia espiritual a través de generaciones. La fe de Timoteo era personal, pero había sido criada en una familia donde la devoción bíblica estaba presente. El ejemplo de su madre y su abuela contribuyó a la fundación sobre la que se desarrolló su propio ministerio.

Este pasaje nos recuerda que el legado espiritual no se crea simplemente a través de las responsabilidades públicas que cumplimos. También está conformada por la conducta privada que observan nuestras familias. Nuestros hijos pueden recordar cómo orábamos en épocas difíciles, cómo respondíamos a la decepción y cómo tratábamos a las personas que no podían ofrecernos nada a cambio. Es posible que recuerden si admitimos nuestros errores y buscamos perdón. Es posible que recuerden si nuestro compromiso con Dios se mantuvo consistente cuando la vida se hizo exigente.

Por lo tanto, debemos reconocer que nuestros hogares son ambientes importantes de discipulado. No podemos suponer que la iglesia es la única responsable del desarrollo espiritual de nuestros hijos. Los pastores, los maestros y los líderes juveniles pueden proporcionar instrucciones y ánimos significativos, pero la influencia diaria de las relaciones familiares sigue siendo significativa.

Esta responsabilidad no debe producir temor ni expectativas poco realistas. Ninguna familia demuestra una perfecta coherencia espiritual, y ningún padre puede garantizar las decisiones futuras de un hijo. Debemos resistir la tentación de medir nuestro valor según los resultados que no podemos controlar completamente. Nuestra responsabilidad es permanecer fieles en la instrucción, el amor, la oración y el ejemplo, reconociendo que cada individuo debe responder personalmente a Dios.

Para las familias que experimentan circunstancias complicadas, este principio debe ser un aliento en lugar de una condena. En algunos hogares puede haber un solo padre que esté buscando activamente una relación con Dios. Otros pueden estar atravesando conflictos, dificultades económicas o relaciones que requieren curación. La herencia espiritual no requiere la apariencia de una familia perfecta. Requiere la voluntad de seguir fielmente a Cristo en las circunstancias que enfrentemos.

Por lo tanto, una iglesia que da a luz debe convertirse en una comunidad que fortalezca a las familias en lugar de simplemente ponerles expectativas adicionales. Debemos proporcionar enseñanza bíblica, relaciones significativas y apoyo apropiado para padres, hijos y jóvenes. Debemos reconocer los desafíos que enfrentan las familias y animarlas a expresar su fe en el día a día.

El futuro espiritual de nuestra congregación está relacionado con la forma en que invertimos en la próxima generación. Es posible que no sepamos la plena influencia de nuestra fidelidad actual, pero podemos seguir comprometidos con demostrar el carácter de Cristo a través de las responsabilidades que se nos han confiado hoy.

10.8 La Iglesia nunca debe confundir la expansión con la aprobación de Dios

Al considerar la posibilidad de la multiplicación espiritual, debemos abordar una importante distinción teológica. El crecimiento numérico, los recursos financieros, la expansión de la organización y el reconocimiento público pueden proporcionar oportunidades para el ministerio, pero no son evidencias automáticas de la aprobación divina. Una congregación puede crecer sin ser más sana espiritualmente, así como una congregación más pequeña puede demostrar una profunda fidelidad a Jesucristo. El Nuevo Testamento nos invita a evaluar la vida espiritual a través de la obediencia, la verdad, el amor y la madurez en lugar de confiar exclusivamente en medidas visibles de éxito.

Jesús advirtió a sus seguidores sobre el peligro de una actividad religiosa que no esté relacionada con la verdadera obediencia. En el Mateo 7:21-23, explicó que las afirmaciones impresionantes y las obras religiosas externas no reemplazan el hacer la voluntad del Padre. El pasaje desafía la suposición de que la actividad espiritual visible demuestra automáticamente la condición de la relación de una persona con Dios.

Este principio debe dar forma a la forma en que entendemos la misión de una iglesia que da a luz. Debemos desear llegar a más personas porque a Dios le importa a cada uno. Debemos desarrollar ministerios efectivos porque el discipulado requiere una preparación reflexiva. Debemos administrar los recursos financieros de manera responsable porque pueden apoyar oportunidades significativas de servicio. Sin embargo, estas responsabilidades deben permanecer relacionadas con la fidelidad bíblica.

Si el crecimiento numérico comienza a producir orgullo, competencia o presión insalubre, debemos examinar si nuestras prioridades se han distorsionado. Si la expansión organizacional nos obliga a descuidar el bienestar espiritual de nuestros líderes y voluntarios, debemos reconsiderar cómo se gestionan las responsabilidades. Si la búsqueda del reconocimiento se vuelve más importante que el desarrollo de discípulos maduros, debemos volver a la misión que Jesús confió a Su iglesia.

El apóstol Pablo recordó a los corintios que un siervo planta y otro abre, pero Dios da el crecimiento. Esta enseñanza nos protege de suponer que la fecundidad espiritual se origina en la capacidad humana. Debemos trabajar fielmente, pero debemos seguir dependiendo del Señor.

Para Tampa Life Church, esto significa que debemos celebrar el crecimiento con gratitud mientras seguimos comprometidos con la evaluación honesta. ¿Estamos ayudando a las personas a comprender la

Biblia? ¿Reciben nuestras familias apoyo significativo? ¿Están nuestros líderes demostrando humildad y responsabilidad? ¿Están los nuevos creyentes conectándose con relaciones saludables? ¿Comunicamos fielmente el evangelio a través de las comunidades a las que servimos?

Estas preguntas nos ayudan a reconocer que el propósito del ministerio no es simplemente aumentar. Es glorificar a Jesucristo a través del discipulado fiel y la transformación espiritual.

Por lo tanto, una iglesia que da a luz debe perseguir la multiplicación sin permitir que la multiplicación misma se convierta en un ídolo. La misión pertenece a Jesucristo, y la iglesia debe seguir siendo responsable de Su Palabra.

10.9 Dios puede trabajar más allá de lo que podemos imaginar

A medida que nos acercamos a la conclusión de este estudio, también debemos reconocer la importancia de mantener la confianza en el poder y la fidelidad de Dios. Las responsabilidades asociadas con la multiplicación espiritual pueden parecer abrumadoras cuando consideramos nuestras limitaciones humanas. Podemos reconocer necesidades que exceden nuestros recursos actuales, oportunidades que requieren habilidades que aún no hemos desarrollado, o desafíos que parecen más grandes que nuestra capacidad de responder. Estas realidades deberían fomentar la preparación responsable, pero no deberían llevarnos a suponer que la obra de Dios se limita a lo que podemos lograr actualmente con nuestras propias fuerzas.

El apóstol Pablo ofrece una declaración poderosa de la capacidad de Dios en Efesios 3.

Efesios 3:20-21 (RVR1960)

> *Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros,*
>
> *a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén.*

La declaración de Pablo aparece al final de una oración sobre el fortalecimiento espiritual de los creyentes, su comprensión del amor de Cristo y su plenitud en Dios. El pasaje no es simplemente una promesa de que cada ambición personal se cumplirá más allá de nuestras expectativas. Es una expresión de alabanza a Dios cuyo poder es suficiente para cumplir Sus propósitos redentores a través de Su pueblo.

Este contexto es importante porque dirige nuestra atención hacia la madurez espiritual en lugar de hacia el éxito exterior. Pablo oró para que los creyentes fueran fortalecidos en la persona interior y arraigados y arraigados en el amor. Él deseaba que ellos comprendieran la grandeza del amor de Cristo y experimentaran la plenitud de Dios. Su confianza en el poder divino estaba relacionada con la obra transformadora que Dios estaba llevando a cabo dentro de la iglesia.

Para nuestras familias, este pasaje debe animarnos a permanecer fieles incluso cuando no podemos predecir todos los resultados. Es posible que no sepamos cómo se desarrollará una situación difícil o qué oportunidades tendrán nuestros hijos en el futuro. Es posible que reconozcamos áreas en las que nuestra

propia madurez necesita aumentar. Sin embargo, podemos confiar en que Dios es capaz de sostenernos y trabajar a través de nuestra obediencia en formas que van más allá de nuestra comprensión actual.

Para Tampa Life Church, esta confianza debe producir humildad y coraje. No debemos desanimarnos simplemente porque las responsabilidades relacionadas con el ministerio superen nuestra experiencia actual. Podemos buscar sabiduría, desarrollar líderes, fortalecer el discipulado y hacer planes responsables mientras seguimos dependiendo del poder del Espíritu Santo.

También debemos recordar que la capacidad de Dios no elimina nuestra responsabilidad. El poder divino no es una excusa para la planificación descuidada o el descuido de los principios bíblicos. Más bien, nuestra confianza en Dios debe motivarnos a obedecer fielmente porque reconocemos que la misión le pertenece.

Una iglesia que da a luz debe convertirse en una congregación que espera que Dios trabaje mientras permanece dispuesta a servir fielmente. Debemos orar con confianza, prepararnos con sabiduría y responder con humildad a las oportunidades que Él nos brinda.

10.10 La obra que Dios comienza debe continuar más allá de nuestra generación

Uno de los aspectos más significativos del legado espiritual es el reconocimiento de que nuestras responsabilidades actuales pertenecen a una misión que va más allá de nuestras vidas individuales. Es posible que participemos en una temporada específica de ministerio, sirvamos a una congregación durante varios años o invertimos en personas cuya influencia futura nunca veremos plenamente. Sin embargo, la obra de Jesucristo es mayor que la contribución de cualquier individuo o generación.

El apóstol Pablo expresó su confianza en la obra continua de Dios cuando escribió a los filipenses.

Philippians 1:6 (RVR1960)

> *estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo;*

En su contexto original, la declaración de Pablo se refiere a su confianza en la obra de Dios entre los creyentes de Filipos, una congregación que había participado fielmente en el evangelio. Su seguridad estaba basada en la fidelidad de Dios y en la obra continua de gracia dentro de la comunidad cristiana.

Este pasaje no debe ser usado para garantizar que cada proyecto personal o ambición de ministerio alcanzará el resultado que imaginamos. Su significado más profundo es que la obra redentora de Dios continúa hacia el cumplimiento de Sus propósitos en Jesucristo. Nuestra confianza se basa en su fidelidad, no en nuestra capacidad de controlar todas las circunstancias.

Esta perspectiva es especialmente importante cuando consideramos el futuro de la iglesia. Podemos invertir en programas de discipulado, desarrollar líderes en el ministerio y establecer relaciones que fortalezcan a la congregación, pero el objetivo final no es simplemente preservar nuestra influencia actual.

Debemos desear que la siguiente generación sea capaz de llevar el evangelio fielmente, incluso cuando los métodos y las responsabilidades del ministerio cambien.

Por lo tanto, una iglesia madura debe aprender a celebrar el desarrollo de personas que eventualmente servirán más allá de los límites de nuestra propia experiencia. Debemos preparar maestros que puedan ser más eficaces que los que los instruyeron. Debemos animar a los jóvenes creyentes cuyos dones pueden llevarlos a ministerios que nunca hemos emprendido personalmente. Debemos invertir en familias cuya influencia espiritual puede extenderse a comunidades y naciones que nunca visitaremos.

Esto requiere humildad porque el legado espiritual no puede ser controlado como una posesión personal. Podemos sembrar semillas cuyos frutos se ven sólo después de que nuestra temporada de ministerio haya cambiado. Podemos contribuir al desarrollo de alguien sin recibir el reconocimiento público por la influencia que hemos brindado. Sin embargo, nuestra fidelidad sigue siendo significativa porque la misión pertenece a Jesucristo.

Para Tampa Life Church, el reto es desarrollar una cultura que pueda continuar fielmente a través de generaciones. Debemos fortalecer la enseñanza bíblica, cultivar un liderazgo saludable, fomentar relaciones significativas e invertir en el desarrollo espiritual de los niños y jóvenes. Debemos reconocer que la salud a largo plazo de la congregación depende no sólo de las habilidades de sus actuales líderes, sino de la fiel transmisión de la verdad apostólica y del carácter cristiano.

Por lo tanto, una iglesia que da a luz debe convertirse en una iglesia que construya un legado. El objetivo no es simplemente experimentar una temporada extraordinaria de multiplicación espiritual. Es desarrollar una comunidad capaz de continuar la misión de Jesucristo a través de generaciones sucesivas de creyentes.

Sección 10 Conclusión: Ser lo que hemos estado orando

El mensaje de LA IGLESIA QUE DA A LUZ nos ha desafiado a examinar la relación entre la expectativa espiritual y la responsabilidad espiritual. Primero examinamos la Palabra de Dios que precede a la formación y la importancia de responder a la instrucción divina con fe y obediencia. Exploramos las temporadas de espera durante las cuales se desarrolla la madurez, la responsabilidad de proteger nuestro entorno espiritual y la necesidad de prepararse para multiplicar. Examinamos la incomodidad que puede acompañar la transición, la importancia de nutrir a los nuevos creyentes y el llamado a llevar el evangelio más allá de los límites de nuestra congregación.

En conjunto, estos principios revelan que la visión de una iglesia que da a luz no consiste simplemente en esperar que suceda algo extraordinario. Se trata de convertirse en una comunidad capaz de participar fielmente en la misión de Jesucristo.

Para nuestras familias, esto significa cultivar hogares donde la verdad bíblica se vea a través de la conducta diaria. Debemos reconocer que nuestros hijos son influenciados por el ejemplo que damos, las conversaciones que animamos y la coherencia de nuestra relación con Dios. Debemos seguir la oración, el perdón, la humildad y la instrucción bíblica, recordando que el desarrollo espiritual requiere paciencia. Nuestra responsabilidad es permanecer fieles en el presente mientras confiamos el futuro al Señor.

Para Tampa Life Church, el desafío es llegar a ser intencional acerca de la cultura espiritual que estamos desarrollando. Debemos seguir comprometidos con la doctrina apostólica, el poder del Espíritu Santo y la misión de hacer discípulos. Debemos proteger la unidad, desarrollar líderes, fortalecer familias y crear oportunidades para que los nuevos creyentes crezcan. Debemos celebrar la multiplicación espiritual sin permitir que el aumento numérico se convierta en la medida final de nuestra fidelidad.

También debemos reconocer que la misión requiere la participación de todo el cuerpo. Los pastores y los líderes del ministerio tienen importantes responsabilidades, pero cada creyente puede contribuir a través de la oración, la hospitalidad, la enseñanza, el aliento, el servicio y el testimonio personal. La iglesia se hace más fuerte cuando sus miembros entienden que pertenecen unos a otros y que sus dones están destinados a fortalecer el cuerpo de Cristo.

Sobre todo, debemos mantenernos conectados con Jesucristo. Él es la fuente de la vida espiritual, el fundamento de nuestra salvación, y Aquel que ha confiado a su iglesia la responsabilidad de anunciar el evangelio. No podemos confiar únicamente en nuestros planes, recursos o habilidades. Debemos depender de Su Palabra y del poder del Espíritu Santo mientras respondemos fielmente a las responsabilidades que tenemos delante.

El mayor legado de una iglesia que da a luz no será el tamaño de sus edificios, el reconocimiento de sus ministerios o los logros de una generación particular. Su mayor herencia será la de las personas que encuentren a Jesucristo, se establezcan en la verdad bíblica, desarrollen madurez espiritual y continúen llevando el evangelio a otros.

No estamos simplemente orando para que Dios traiga nueva vida a nuestra iglesia. Le pedimos que nos forme en el tipo de familia espiritual que nutrirá fielmente esa vida para las generaciones venideras.

Y esto nos lleva al reto central de todo el estudio: debemos convertirnos en lo que hemos estado orando.

Si oramos por una iglesia que se caracteriza por la unidad, debemos practicar el perdón, la humildad y el amor. Si oramos para que se multiplicen nuestras necesidades espirituales, debemos estar dispuestos a extendernos más allá de nuestras relaciones familiares. Si oramos por familias más fuertes, debemos cultivar valores bíblicos en nuestros hogares. Si oramos por nuevos líderes, debemos invertir en el desarrollo de los demás. Si estamos orando por un avivamiento, debemos permanecer comprometidos con la oración, la santidad y la obediencia cuando la emoción de un servicio en particular haya pasado.

La responsabilidad de la fecundidad espiritual no pertenece a algún futuro lejano. Comienza con las decisiones que tomamos hoy.

Una iglesia que da a luz es una iglesia de oración. Es una iglesia de enseñanza. Es una iglesia disciplinadora. Es una iglesia que protege la unidad, desarrolla líderes, fortalece familias y llega más allá de sus muros. Es una congregación dispuesta a asumir las responsabilidades asociadas con la vida espiritual que desea ver.

Y cuando estos compromisos forman parte de nuestra identidad compartida, el mensaje de LA IGLESIA QUE DA A LUZ pasa más allá del lenguaje de la expectativa y se convierte en una expresión continua de nuestra obediencia a Jesucristo.

La mayor evidencia de que hemos aceptado la visión no es simplemente que esperamos algo nuevo, sino que nos estamos volviendo más fieles a las personas, responsabilidades y oportunidades que Dios ya nos ha confiado.

Reflexión final: ¿Qué llevaremos a la próxima generación?

Hay una profunda diferencia entre asistir a una iglesia que experimenta crecimiento espiritual y formar parte de una iglesia que nutre intencionalmente la vida espiritual. La primera puede permitirnos ser testigos de momentos extraordinarios. El segundo requiere que aceptemos la responsabilidad personal de la misión de Jesucristo.

A lo largo de este estudio, hemos descubierto que la multiplicación espiritual implica mucho más que la llegada de nuevos creyentes. Requiere un fundamento en la Palabra de Dios, la voluntad de obedecer, la paciencia durante las épocas de desarrollo, el discernimiento sobre las influencias que permitimos en nuestras vidas, y la madurez necesaria para perseverar a través de responsabilidades difíciles. Requiere un compromiso con el discipulado que continúa mucho después de la emoción del nacimiento espiritual. Y requiere una visión que se extienda más allá de nuestra propia generación.

La imagen del parto nos recuerda que la nueva vida cambia todo. Una familia que se prepara para tener un hijo debe reconocer que la llegada de ese niño influirá en sus prioridades, rutinas y responsabilidades. De la misma manera, una iglesia que desea multiplicarse espiritual debe estar dispuesta a dar espacio a personas cuya presencia le desafiará a crecer en paciencia, compasión, organización y madurez.

No podemos desear simplemente la alegría del nacimiento espiritual sin aceptar la responsabilidad de ser padres espirituales. No podemos orar por una cosecha mientras no deseamos participar en el trabajo de discipulado. No podemos esperar que las generaciones futuras lleven el evangelio fielmente si descuidamos su desarrollo espiritual hoy.

Pero tampoco podemos cumplir estas responsabilidades con la fuerza humana sola. Jesucristo sigue siendo el fundamento de la iglesia, y el Espíritu Santo proporciona el poder necesario para el testimonio fiel. Nuestra responsabilidad es permanecer en Él, obedecer Su Palabra y participar fielmente en la misión que Él nos ha confiado.

Mientras consideramos el futuro de Tampa Life Church, no debemos centrarnos exclusivamente en lo que esperamos recibir. También debemos considerar lo que estamos dispuestos a dar. ¿Estamos dispuestos a invertir tiempo en los nuevos creyentes? ¿Estamos dispuestos a fortalecer relaciones que requieren paciencia y humildad? ¿Estamos dispuestos a desarrollar líderes que eventualmente lleven responsabilidades más allá de nuestras propias capacidades? ¿Estamos dispuestos a crear espacio para familias cuyas necesidades difieren de las nuestras? ¿Estamos dispuestos a permanecer fieles cuando el ministerio se vuelve exigente y los resultados de nuestro trabajo no son inmediatamente visibles?

Estas preguntas nos desafían porque la visión de una iglesia que da a luz no puede seguir siendo una idea que nos inspira solo durante un sermón. Debe convertirse en una convicción que influye en la forma en que vivimos.

Nuestros hijos están viendo. Los nuevos creyentes están aprendiendo. Las familias están buscando esperanza. Las comunidades están esperando para escuchar el evangelio. Y la responsabilidad de llevar ese mensaje ha sido confiada a la iglesia.

Es posible que no sepamos todo lo que nos espera el futuro, y no podemos garantizar los resultados de todos nuestros esfuerzos. Pero podemos permanecer fieles a las responsabilidades que Dios ha revelado claramente a través de su Palabra.

Podemos orar. Podemos enseñar. Podemos servir. Podemos perdonarle. Podemos ser discípulos. Podemos animarlo. Podemos llegar más allá de nuestras paredes. Y podemos seguir confiando en Jesucristo para que cumpla Sus propósitos a través de una iglesia que permanezca sometida a Él.

Una iglesia que da a luz no se define simplemente por lo que produce en una temporada. Se define por su compromiso continuo de nutrir la vida espiritual, criar discípulos maduros y llevar fielmente el evangelio a las generaciones posteriores.

PARTE 11

Examen personal, reflexión espiritual y nuestro compromiso con la próxima generación



Pasamos más allá de la inspiración para transformarnos, examinamos nuestras responsabilidades espirituales y respondemos a la Palabra de Dios mediante la obediencia fiel

Pasajes fundamentales: Santiago 1:22-25; 2 Corintios 13:5; Salmo 139:23-24; Lucas 1:38; Juan 15:5; Hechos 2:42; 2 Timoteo 2:2

11.1 De escuchar el mensaje a vivirlo

En todas partes LA IGLESIA QUE DA A LUZ, hemos examinado los principios espirituales que surgen de pastor Vinny Azzolini Es predicar. Hemos examinado la Palabra que precede a la formación, la visita que despierta la expectativa, el pacto que produce obediencia y los períodos de espera durante los cuales se desarrolla madurez espiritual. Hemos explorado la importancia de proteger nuestro entorno espiritual, prepararnos para la multiplicación, perseverar en las dificultades y nutrir a los nuevos creyentes después del nacimiento espiritual. Finalmente, hemos considerado la responsabilidad de llevar el evangelio más allá de nuestra congregación y desarrollar un legado que influirá en las generaciones futuras.

Sin embargo, el mayor desafío de cualquier enseñanza bíblica no es simplemente comprender su contenido. Está permitiendo que esa verdad examine y transforme nuestras vidas. Podemos apreciar un mensaje poderoso, reconocer su significado teológico y estar de acuerdo con sus principios fundamentales sin necesariamente cambiar nuestra forma de vivir. La Escritura nos exhorta repetidamente a ir más allá del acuerdo intelectual hacia la obediencia práctica.

Santiago 1:22 (RVR1960)

> *Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos.*

Santiago nos recuerda que escuchar la verdad bíblica sin reaccionar a ella puede producir un autoengaño espiritual. Podemos pensar que conocer las Escrituras es equivalente a ser maduros espiritualmente, pero ser discípulos genuinos requiere que apliquemos la Palabra en nuestras decisiones, actitudes, relaciones y responsabilidades. El valor de este estudio no se determinará en última instancia por el número de secciones que hayamos completado, sino por si sus principios bíblicos nos animan a convertirnos en seguidores más fieles de Jesucristo.

Esta última parte está diseñada para ayudarnos a examinar nuestra condición espiritual individualmente, dentro de nuestras familias y como miembros de la iglesia. Las preguntas no tienen el propósito de generar culpa o fomentar comparaciones entre los creyentes. Son oportunidades para la reflexión sincera, conversación honesta y aplicación significativa de las Escrituras.

Debemos acercarnos a ellos con humildad, reconociendo que la madurez espiritual es un proceso continuo. Ninguno de nosotros ha completado todos los aspectos de nuestro desarrollo. Todos tenemos áreas en las que necesitamos más sabiduría, paciencia, coherencia y obediencia. El propósito del examen no es condenarnos a nosotros mismos, sino identificar dónde nuestra respuesta a la Palabra de Dios puede ser más fiel.

11.2 Doce preguntas para reflexionar profundamente

Estas preguntas están destinadas a la devoción personal, la discusión en grupos pequeños, las clases de discipulado y el desarrollo de liderazgo. Cada pregunta nos invita a examinar no sólo lo que creemos, sino también cómo influyen esas convicciones en nuestra conducta diaria.

01

¿Estamos más entusiasmados con lo que creemos que hará Alá que con lo que ya nos ha ordenado?

Cuando analizamos nuestra vida en oración, nuestras prioridades y nuestras decisiones diarias, ¿nos encontramos con un mayor énfasis en las bendiciones futuras o en la obediencia presente? ¿Cómo podemos demostrar nuestro acuerdo con la Palabra de Dios mediante cambios prácticos en lugar de simplemente mediante declaraciones de fe?

Escritura: Lucas 1:38; Santiago 1:22-25

02

¿Qué está desarrollando Dios en nuestro carácter durante las épocas en que los progresos visibles parecen limitados?

¿Cómo reaccionamos cuando esperamos, nos sentimos inseguros o decepcionados? ¿Estamos permitiendo que esas circunstancias desarrollen la paciencia, la humildad y la dependencia de Dios, o estamos cada vez más frustrados porque la vida no se desarrolla de acuerdo a nuestras expectativas?

Escritura: Santiago 1:2-4; Romanos 5:3-5

03

¿Qué influencias están moldeando el ambiente espiritual de nuestros hogares?

Si examináramos las conversaciones, el entretenimiento, las relaciones y los hábitos que más se centran en nuestras familias, ¿qué revelarían acerca de nuestras prioridades? ¿Estamos creando un ambiente que fomente la oración, el entendimiento bíblico, el perdón y el crecimiento espiritual?

Escritura: Proverbios 4:23; Philippians 4:8; Deuteronomio 6:6-7

04

¿Estamos protegiendo la unidad de la iglesia a través de nuestras palabras y actitudes?

Cuando estamos en desacuerdo con alguien o nos decepciona una decisión, ¿responemos mediante una comunicación respetuosa y una rendición de cuentas bíblicas, o permitimos que el chisme, la crítica y el resentimiento influyan en otros? ¿Cómo podemos ser personas que aborden con honestidad las preocupaciones mientras preservamos el amor y la unidad?

Escritura: Efesios 4:29-32; Mateo 18:15-17

05

Si Dios trae nuevos creyentes a nuestra congregación, ¿estamos preparados para ayudarlos a crecer?

¿Estamos dispuestos a hacer amigos, a responder preguntas, a comer juntos, a animar a la oración y a dedicar tiempo a hacer discípulos? ¿Qué es lo que necesitamos cambiar en nuestros horarios o prioridades para participar más intencionalmente?

Escritura: Hechos 2:42-47; 1 Pedro 2:2

06

¿Cómo distinguimos entre responsabilidades que requieren perseverancia y situaciones que requieren cambio?

Cuando resulta difícil el ministerio, la vida familiar o los compromisos personales, ¿buscamos inmediatamente escapar, o examinamos cuidadosamente las circunstancias? ¿Estamos dispuestos a perseverar en sanas responsabilidades y al mismo tiempo reconocer cuándo son necesarios límites, descanso, responsabilidad o apoyo práctico?

Escritura: Gálatas 6:2-5; 2 Corintios 4:7-9

07

¿Estamos criando a nuestros hijos para que desarrollen fe personal, o simplemente les enseñamos a seguir rutinas religiosas?

¿Entienden nuestros hijos por qué oramos, por qué es importante la Escritura y por qué es importante obedecer a Jesucristo? ¿Estamos creando oportunidades para preguntas honestas y conversaciones significativas? ¿Cómo podemos ser ejemplos de fe que permanezca genuina fuera del edificio de la iglesia?

Escritura: Deuteronomio 6:6-7; 2 Timoteo 1:5

08

¿Quiénes se están fortaleciendo espiritualmente porque hemos invertido en su vida?

¿Podemos identificar a alguien a quien estamos animando, enseñando, guiando o ayudando a desarrollar una relación más profunda con Dios? Si no podemos, ¿qué oportunidades podríamos tener para empezar a participar en el discipulado de otra persona?

Escritura: 2 Timoteo 2:2; Colosenses 1:28-29

09

¿Estamos dispuestos a dejar espacio para personas que son diferentes de nosotros?

¿Cómo reaccionamos a los recién llegados cuyo idioma, cultura, personalidad o cultura espiritual difieren de los nuestros? ¿Estamos dispuestos a construir relaciones más allá de los círculos familiares y a distinguir entre las convicciones bíblicas y las preferencias personales?

Escritura: Romanos 15:7; Hechos 10:34-35

10

¿Nuestra relación con el Espíritu Santo influye en nuestro testimonio fuera del santuario?

Podemos experimentar momentos poderosos de adoración y oración, pero ¿cómo influye esa vida espiritual en nuestras conversaciones, nuestra integridad, nuestra compasión y nuestra disposición a comunicar el evangelio? ¿Permitimos que el Espíritu modele nuestra conducta privada y nuestro testimonio público?

Escritura: Hechos 1:8; Gálatas 5:22-23

11

Si las responsabilidades actuales de nuestro ministerio fueran confiadas a la próxima generación mañana, ¿las habríamos preparado adecuadamente?

¿Estamos desarrollando a propósito maestros, líderes y creyentes maduros que puedan seguir sirviendo fielmente? ¿Celebramos el crecimiento de otros, o nos aferramos involuntariamente a las responsabilidades tan estrictamente que los nuevos líderes luchan por desarrollarse?

Escritura: Efesios 4:11-16; 2 Timoteo 2:2

12

Si alguien examinara el legado espiritual que construimos hoy, ¿qué descubriría?

¿Verían una vida caracterizada principalmente por actividades religiosas, o una relación creciente con Jesucristo expresada por amor, santidad, generosidad, humildad y discipulado? ¿Qué queremos que recuerden nuestros hijos, nuestras familias y futuros creyentes acerca de la fe que practicamos?

Escritura: Juan 15:5-8; Philippians 1:6; Salmo 78:4-7

11.3 Diez declaraciones completas

Estas declaraciones refuerzan los principios bíblicos centrales desarrollados a lo largo del estudio. Pueden utilizarse individualmente o durante la discusión en grupo.

Completa las declaraciones

Rellenar cada espacio en blanco, luego comprobar la clave de respuesta.

1. La formación espiritual debe permanecer fundamentada en la _____ de Dios y no solo en nuestros deseos personales.

2. El verdadero acuerdo con la Palabra de Dios se hace visible mediante la _____, no solo mediante declaraciones verbales.

3. Los períodos de espera pueden convertirse en oportunidades para desarrollar paciencia, carácter y _____ espiritual.

4. Debemos guardar nuestros _____ porque las influencias que recibimos continuamente afectan nuestra dirección espiritual.

5. La Gran Comisión llama a la iglesia a hacer _____, no simplemente a atraer asistentes.

6. Las responsabilidades difíciles pueden requerir una _____ fiel, mientras que las situaciones dañinas requieren una intervención sabia.

7. Los nuevos creyentes necesitan _____ bíblica continua y relaciones significativas para crecer.

8. El Espíritu Santo capacita a los creyentes para ser _____ de Jesucristo más allá del edificio de la iglesia.

9. Los discípulos maduros deben llegar a ser capaces de enseñar y animar a _____.

10. La fuente de una fecundidad espiritual duradera es nuestra relación continua con Jesús, el _____.

Respuestas: 1. Palabra; 2. obediencia; 3. madurez; 4. corazones; 5. discípulos; 6. perseverancia; 7. enseñanza; 8. testigos; 9. otros; 10. Cristo.

11.4 Nuestro compromiso personal y congregacional

El propósito de este último ejercicio es traducir los principios del estudio en responsabilidades específicas que podemos comenzar a practicar. La transformación espiritual no requiere que intentemos todos los cambios posibles al mismo tiempo. En muchas situaciones, el crecimiento significativo comienza cuando identificamos un área de nuestra vida que requiere atención y respondemos fielmente mediante acciones prácticas.

Los siguientes compromisos proporcionan un marco para el examen personal. No deben convertirse en una medida de superioridad o en una fuente de condena. Son oportunidades para considerar cómo podemos participar más intencionalmente en la misión de Jesucristo.

Nuestra lista de compromisos

□ Nuestra relación con Dios

Establezca o fortalezca un patrón consistente de oración, lectura bíblica y obediencia personal.

□ Nuestras familias

Crear oportunidades intencionales de conversación bíblica, oración, perdón y aliento espiritual en el hogar.

□ Nuestras relaciones

Resolva los conflictos sin resolver adecuadamente, rechaza los chismes y habla con verdad y amor.

□ Nuestro discipulado

Identifique a una persona a la que podemos animar, aconsejar o ayudar a que se establezca más en las Escrituras.

□ Nuestro servicio

Consideremos cómo nuestros dones, tiempo y habilidades pueden contribuir a la salud espiritual de la congregación.

□ Nuestro testigo

Desarrolle una relación significativa con alguien fuera de la iglesia y busque oportunidades respetuosas para compartir el evangelio.

□ Nuestra próxima generación

Invertir intencionalmente en el desarrollo espiritual de un niño, un joven o un líder emergente.

11.5 Un último desafío para nuestras familias

Si la visión de LA IGLESIA QUE DA A LUZ si va a influir en las generaciones futuras, debe tener sentido dentro de nuestros hogares. No podemos depender exclusivamente de sermones poderosos, ministerios eficaces para jóvenes o programas bien organizados de discipulado para establecer los cimientos espirituales de nuestros hijos. Estos ministerios pueden proporcionar un importante apoyo, pero nuestras relaciones diarias siguen siendo una parte importante de su formación espiritual.

Por lo tanto, debemos examinar si la fe que practicamos en público es coherente con la fe que demostramos en privado. Nuestros hijos deben encontrar más que expectativas religiosas. Deben observar la oración sincera, la humildad, la compasión y la voluntad de reconocer sus errores. Deben ver que las Escrituras influyen en nuestras decisiones y que nuestra relación con Jesucristo sigue siendo importante cuando las circunstancias se ponen difíciles.

También debemos crear espacio para conversaciones honestas. Los niños y los jóvenes pueden enfrentarse a preguntas acerca de la fe, el sufrimiento, las relaciones y las expectativas culturales. No debemos suponer que cada pregunta difícil representa una rebelión espiritual. En muchas situaciones, las preguntas ofrecen oportunidades para comprender más profundamente. Cuando respondemos con paciencia y sabiduría bíblica, ayudamos a establecer un ambiente en el que la fe pueda desarrollarse a través de convicciones personales en lugar de sólo la presión externa.

Nuestra responsabilidad no es controlar todas las decisiones futuras que tomen nuestros hijos. No podemos garantizar sus resultados espirituales. Pero podemos permanecer fieles en la enseñanza, la oración, el ejemplo y el amor. Podemos demostrar que seguir a Jesucristo no es simplemente una tradición familiar, sino una relación continua que moldea la forma en que vivimos.

La herencia espiritual de nuestros hogares será influenciada por las pequeñas decisiones que tomemos constantemente. Una conversación en la mesa de la cena, una disculpa después de una discusión, un momento de oración durante la incertidumbre, o un acto de generosidad hacia alguien necesitado pueden formar parte del fundamento sobre el cual se desarrollan las convicciones futuras.

11.6 Un último desafío Tampa Life Church

Para Tampa Life Church, el mensaje de LA IGLESIA QUE DA A LUZ La responsabilidad colectiva. Estamos llamados a ser más que una congregación que anticipa la multiplicación espiritual. Debemos desarrollar la madurez, las relaciones y las prácticas de ministerio necesarias para nutrir a las personas a las que oramos.

Esto comienza con un renovado compromiso con la doctrina apostólica y el poder del Espíritu Santo. Debemos continuar proclamando el evangelio de Jesucristo, invitando a la gente al arrepentimiento, enseñando el bautismo en su nombre, y animando a los creyentes a recibir y caminar en el Espíritu. Estas convicciones forman una parte esencial de nuestra identidad y misión.

Pero también debemos fortalecer el discipulado que sigue al nacimiento espiritual. Los nuevos creyentes necesitan relaciones significativas y una instrucción bíblica continua. Las familias necesitan aliento y

apoyo apropiado. Los niños y los jóvenes necesitan oportunidades para desarrollar convicciones personales. Los líderes emergentes necesitan capacitación, orientación y responsabilidad. Los creyentes maduros necesitan reconocer que su experiencia puede ser una bendición para otros.

Nuestros ministerios multiculturales deben reflejar la unidad del cuerpo de Cristo mientras se comunica el evangelio a través de las fronteras lingüísticas y culturales. Debemos celebrar la oportunidad de servir a diferentes comunidades sin permitir que esas diferencias debiliten nuestro compromiso compartido con Jesucristo.

También debemos estar atentos a la salud de nuestras relaciones. Una congregación no puede nutrir fielmente una vida espiritual mientras permite que el chisme, la amargura, la competencia y los conflictos no resueltos formen su entorno. La unidad requiere humildad intencional, comunicación honesta, responsabilidad bíblica y disposición a perdonar.

El futuro de nuestra iglesia no será determinado exclusivamente por los planes que desarrollemos o los recursos que poseamos. También se verá influenciado por la cultura espiritual que cultivamos a través de las decisiones cotidianas.

Si deseamos convertirnos en una iglesia que da a luz, debemos estar dispuestos a preparar, criar, hacer discípulos y servir.

Declaración final: No nos detendremos en el momento del nacimiento

El mensaje de LA IGLESIA QUE DA A LUZ nos recuerda que la vida espiritual es preciosa, pero también lleva responsabilidades. La Palabra de Dios nos llama a la obediencia. El Espíritu Santo nos empodera para ser testigos. La misión de Jesucristo nos desafía a hacer discípulos. Y el amor a Dios nos invita a nutrir a quienes crecen en su relación con Él.

No mediremos la fecundidad espiritual simplemente por el entusiasmo de un servicio o el tamaño de una congregación. Buscaremos el tipo de madurez que se hace visible a través de la comprensión bíblica, la oración constante, la santidad genuina, las relaciones compasivas y el servicio fiel.

Reconoceremos que nuestras familias son parte de la misión. Nuestros hijos necesitan más que rutinas religiosas. Necesitan un ejemplo vivo de fe. Nuestros matrimonios y relaciones requieren más que buenas intenciones. Necesitan humildad, perdón y obediencia a la Palabra de Dios.

Recordaremos que las personas que entran a nuestra congregación no son simplemente asistentes. Son personas creadas a imagen de Dios, merecedoras de dignidad, compasión y oportunidades para un crecimiento espiritual significativo. Celebraremos los momentos en que la gente responda al evangelio, pero también aceptaremos la responsabilidad de caminar junto a ellos a medida que se convierten en discípulos maduros.

Seguiremos comprometidos a alcanzar más allá de nuestras murallas. No permitiremos que las rutinas familiares o las preferencias personales se conviertan en obstáculos innecesarios para la misión de Jesucristo. Buscaremos oportunidades para comunicar el evangelio a través de comunidades, culturas, idiomas y generaciones.

Y sobre todo, seguiremos dependiendo de Jesucristo, la fuente de la vida espiritual y el fundamento de la iglesia.

No estamos simplemente pidiendo a Dios que nos dé un momento de nacimiento espiritual. Nos comprometemos a convertirnos en una familia espiritual que nutrirá fielmente lo que Él trae a la vida.

La entrega no es el final.

La responsabilidad continúa.

Y por la gracia de Dios, la misión continuará en las generaciones siguientes.

LA IGLESIA QUE DA A LUZ

De la expectativa a la obediencia. Desde el nacimiento espiritual hasta el discipulado. De generación en generación.